

FERNANDO DE CEA

# *Puentes y sombras*

NO SALGAS DE NOCHE

DEL CREADOR DEL BESTSELLER  
EL SUAVE ROCE DE TU PELO

# PUENTES Y SOMBRAS

FERNANDO DE CEA

**PUENTES Y SOMBRAS**

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo por escrito del autor.

© Fernando de Cea Velasco 2019

[www.fernandodecea.com](http://www.fernandodecea.com)

Datos de la primera edición:

Depósito legal: SE n68-2012

ISBN: 978-84-939444-5-2

*A Mar*

*Para engañar al mundo,  
toma del mundo la apariencia;  
pon una bienvenida en tu mirada  
y en tus manos y lengua;  
procúrate el inocente aspecto de  
una flor,  
pero sé tú la víbora que oculta.*

William Shakespeare, *Macbeth*.

# **LIBRO PRIMERO**

**D**icen, que cuando se acerca el momento de la muerte, vemos pasar la película de nuestra vida, en un instante; como si fuera una cinta montada a base de retazos de existencia. Editada de forma lineal, pero avanzando sin pararse en detalles, sólo mostrando algunos de los fotogramas que han marcado nuestro paso por este valle de lágrimas.

A él no le funcionaba: cuando se disponía a ser el espectador privilegiado del repaso de su vida, cuanto más forzaba a su cerebro para iniciar la proyección, su mente, obstinada, más se negaba.

Quizás la razón estuviera en la clase de muerte que iba a tener: ni súbita ni accidental. ¿Es que el volcado de memoria sólo se cumplía en los casos de inmediatez? Podría ser: recordaba testimonios de personas enfermas que sintieron lo mismo antes de una operación de urgencia, pero que al salvarse pudieron contarlo. No era su caso. Aquí todo estaba premeditado desde hacía mucho tiempo; tanto como para que su determinación a desaparecer para siempre ocupara el mayor espacio posible de memoria, y se negara a compartirla con sus recuerdos.

Claro que el motivo de la ausencia de perspectiva también podría deberse a que su existencia no era merecedora del definitivo homenaje. Era cierto que los últimos años habían transcurrido de forma anodina, sin embargo, su trayectoria profesional le había deparado momentos memorables. Incluso llegó a ser admirado por sus compañeros. Y sus viajes por todo el continente le dejaron experiencias que seguramente serían la envidia de cualquiera.

Tenía gracia. Resultaba que la negativa de su conciencia por revivir aquellos tiempos no era tal. Finalmente, estaba pensando en ellos; y era cierto que lo hacía de forma telegráfica. Así funcionaba. Tenían razón los que afirmaban aquello.

No obstante, para él la sensación de revivir el pasado fue casi imperceptible: enseguida volvió a sumergirse en su dolor. Aquél que llevaba soportando mucho más tiempo del que una persona puede aguantar. Por fin iba a dejar de sufrir. Eso lo consolaba. Y lo animaba para terminar cuanto antes.

Pero lo que más lo ayudaba en su decisión era la idea que se había formado de las consecuencias de su fallecimiento. Sobre todo, la imagen de ella cuando descubriera el cadáver. Y ojalá fuera la primera en hacerlo. Se

**imaginaba como su mueca de sorpresa se iría transformando en un gesto de desazón y pesar. Ya no se reiría más de él. Por primera vez le llevaba ventaja. Ya no tendría que oír sus sonoras carcajadas; tan hirientes como sus comentarios, tan desagradables como su aliento a alcohol. Ya no lo humillaría más.**

**Desde esta pequeña altura lo veía todo claro. Sin un resquicio de duda. Ahora, deseando para ella un perpetuo remordimiento de conciencia, el que sonreía era él. Ya sólo tenía que empujar con el pie el respaldo de la silla en la que estaba subido.**

## MARTES

*No sé si es necesario que me presente. Ustedes me conocen de sobra: soy Enrique Jarque, redactor jefe del periódico local “La Voz de Hispalis”. Llevo dos años en el cargo y cinco en el diario. Antes de ser trasladado aquí, trabajaba en Madrid, en la sede central del grupo: en su agencia de noticias. En realidad, pertenezco al Grupo Sincera desde que salí de la facultad, hace ya más de diez años.*

*Me gusta ser minucioso en todo lo que hago, y voy a intentar serlo también ahora. Sin embargo, procuraré ceñirme a lo que sea relevante para esclarecer el caso que nos ocupa. Por ello, creo que lo pertinente es comenzar recordando el día en el que conocí a Merche.*

*Era martes, día 2 de noviembre. Recuerdo la fecha porque andaba liado con el suplemento cultural de los miércoles —por aquel tiempo yo llevaba el área de Cultura y Deportes—, y estaba muy retrasado en su redacción debido a que la jornada anterior fue fiesta: el Día de Todos los Santos. Tenía la mesa llena de papeles, distribuidos en un perfecto orden desordenado. Todo en sintonía con el resto de la sala; perfecto ejemplo de la teoría del caos. Si tuviera que describir el funcionamiento del periódico seguramente me apoyaría en el socorrido calificativo de “jaula de grillos”, por el ruido producido por las impresoras, las voces y las urgencias de los que allí trabajaban. Jaula de grillos o gallinero. Sala de redacción donde los periodistas picoteábamos las noticias que nos enviaba la central, y donde Roberto encajaría perfectamente como gallo del corral.*

*Debería hablar del jefe; y del jefe del jefe. Roberto Stefani es el director de “La Voz de Hispalis”, el alma del periódico. Lleva más tiempo que nadie en “La Voz” y desde siempre ha estado en sintonía con el presidente del grupo: Juan Morales del Prado. Don Juan, como todos lo conocíamos, se había hecho a sí mismo. Empezó trabajando como chico de los recados en un periódico local. Su ascenso fue progresivo, pero imparable. Pasó por todos los puestos posibles hasta llegar a ser el presidente de una gran compañía. De ahí que conociera tan bien su trabajo. Era un gigante de la comunicación. Creó el Grupo Sincera y lo convirtió en uno de los líderes del sector. Con casi noventa años Don Juan logró*

*convertir su sueño en realidad y, además, mantener una línea independiente en todas sus publicaciones. Este era el sello característico del Grupo; y también la obsesión particular de Roberto.*

*Pero la situación económica del periódico no era nada boyante. Ni tampoco la del Grupo. Desde hacía dos años la reducción de personal era continua e implacable. Realmente, mi nombramiento como redactor jefe fue una trampa. En principio, me alegré con la subida de categoría, pero enseguida me di cuenta de que mi volumen de trabajo aumentaba considerablemente: tendría que hacer mi labor como periodista y la de dos más a los que habían despedido. Y, encima, con la responsabilidad de llevar el área lo más dignamente posible.*

*Es decir, el trabajo me saturaba. Ese día, estaba terminando de redactar la recensión del último best-seller de una escritora sueca con apellido de estantería de IKEA, y aún tenía pendientes varias críticas de cine y teatro. Tampoco avanzaba con las actividades culturales de la ciudad. Totalmente abandonada, la página de dicha sección me observaba desde el portátil situado en la mesita auxiliar: el documento de Word en blanco, amenazante, con varias notas de los pesados de maquetación pegadas en la pantalla, presionándome cada vez que miraba al monitor.*

*Con respecto a la sección de deportes, estaba preocupado por Javier, un eficiente alumno de comunicación en prácticas que finalizaba esa semana su periodo de becario en el diario. Algo que me dejó angustiado de verdad. Ya me había acostumbrado a simplemente supervisar su labor. Era efectivo, diligente y muy buena persona, pero, sobre todo, hacía que yo viviera mejor.*

*Así estaba, en pleno desarrollo del invento del siglo, el día de veinticinco horas, cuando Roberto me envió un e-mail al ordenador a través de la red local. Quería que fuera a su despacho inmediatamente.*

**E**l puente de las Delicias comenzó a elevarse.

—¡Mierda! —maldijo Merche en voz alta lamentándose por su mala suerte. Iba a llegar tarde en su primera entrevista de trabajo con posibilidades. Había salido con el tiempo justo para la cita, pero no se podía imaginar que con la hora punta superada con creces hubiera todavía problemas de tráfico. Claro que, precisamente por eso, era el momento ideal para el tránsito portuario.

Algunos conductores curiosos, y otros impacientes, se bajaron de sus automóviles para asomarse al río. Merche, malhumorada, decidió hacer lo mismo. Abajo, en el muelle destinado para los yates, una goleta de dos palos iniciaba la maniobra de desatraque. Era un barco precioso donde todo estaba reluciente. El casco blanco, de fibra de vidrio, y la cubierta de madera, recién calafateada y barnizada, aguantaban la mayor y el mesana. Las velas arranchadas en las botavaras, la cabuyería nueva y los elementos metálicos del velero como chigres o pasamanos brillaban impecables reflejando el suave sol de otoño. En el combés, una persona manejaba la rueda del timón y los mandos del motor auxiliar. Mientras, en proa, dos marineros soltaban amarras. Los conductores miraban con envidia como la popa se despegaba del muelle, y como soltaban la estacha de proa que aún ligaba el barco con tierra. Muy despacio, el velero inició la virada para poner rumbo a un punto entre los pilares centrales del puente, e iniciar su travesía hasta la desembocadura del río.

A pesar de su enfado, Merche no pudo evitar pensar en los días felices del verano. En aquellas cinco semanas de Punta Umbría, alejada de todo y de todos. En el ático de la plaza Pérez Pastor, justo enfrente del Puerto Deportivo; en las salidas a la mar con su Jeanneau de 8 metros; en el “pescaíto”, y en la marcha nocturna. Sonreía al recordar los ligues de fin de semana, sin compromiso, como a ella le gustaban: una cena romántica en la playa del Rompido, unas copas en el pub o la discoteca y después, si se terciaba, cama. Pero, ante todo, programar la salida con el “Borinquen Dos”, su barquito. Para ella, era complicado manejar drizas, escotas y timón a la vez. Necesitaba mano de obra. A ser posible, la misma que luego utilizaría para compartir la siesta a bordo después de una buena comida en el fondeadero. Merche se sorprendió de la ligereza con la que se tomaba la vida; pero eran vacaciones, qué coño. Ya tendría el resto del año para agobiarse.

No se explicaba por qué el semáforo continuaba en rojo cuando el puente

levadizo ya estaba en línea con la carretera. Necesitaba ese trabajo. A sus veintiocho años estaba todavía en la fase de demostrar a su padre que se valía por sí misma. Creía que lo había conseguido cuando se embarcó, junto a dos amigas de la universidad, en el ilusionante proyecto de crear una revista mensual. La idea era buena. Merche pondría el capital; bueno, su padre. Isabel y ella se encargarían de la actualidad política, mientras Elena lo hacía de la económica. No era la primera vez que trabajaba con Isabel: en la facultad de Ciencias de la Comunicación, cuando eran alumnas de quinto, lograron sacar adelante el periódico del centro, abandonado tras varios años de ostracismo. En cuanto a Elena, simplemente era su mejor amiga de siempre. Elena se decantó por económicas, pero nunca dejaron de salir juntas. Se veían prácticamente todos los fines de semana y, además, Elena congenió enseguida con Isabel.

Durante el primer año la cosa funcionó a duras penas. Sin beneficios, pero sin grandes pérdidas. Soportable. Un pequeño negocio que andaba de puntillas en el sector, defendiéndose de la competencia con ingenio y buenos reportajes. Pero demasiado verde para aguantar el tremendo choque de la crisis financiera. Eso sucedió en el segundo ejercicio, cuando la caída de las ventas fue tan brusca que no pudieron hacer frente a los pagos que se les acumulaban, sobre todo los de la editorial. Los anunciantes dejaron de acudir a la revista. Las piezas del dominó iban cayendo una tras otra. Y Merche no quería seguir pidiendo dinero a su padre, que ya le había pronosticado su fracaso. Eso era lo que más rabia le daba: tuvieron que cerrar, y darle a él la razón.

Isabel se fue al extranjero con una beca de estudios para realizar un master en comunicación institucional. Elena se echó un novio arquitecto de Madrid y desde entonces vivía con él en la capital mientras opositaba a la administración. ¿Y ella? Se dedicó a la buena vida como niña de papá. Algo que odiaba, pero que no estaba dispuesta a aguantar por más tiempo. Reconocía el desahogo económico, el Jeanneau, su apartamento de Punta Umbría y el ático de la avenida Cardenal Bueno Monreal. Pero haría todo lo que fuera posible para que su padre no se saliera con la suya: él era todavía de los que opinaba que la mujer debía casarse, tener hijos, llevar la casa y olvidarse de trabajar.

El Doctor Ramiro Vallés, odontólogo de prestigio, con una clínica en la Vía Layetana de Barcelona, opinaba que su hija debía buscar novio allí, en Cataluña. Él se encargaría de introducirla en los ambientes más selectos de la

ciudad. No dejaba de presionarla, pero Merche se comportaba como su madre: Eres cabezota e irresponsable, le decía su padre, ¿por qué no haces como tu hermano? Un día tendrá su propia clínica o se hará cargo de la nuestra. Vente a vivir con nosotros. «Ni de coña».

Su carácter era imposible. Estaba claro que había salido a Rosita. Para Merche, su madre era el espejo donde debía mirarse. Natural de Puerto Rico, Rosita Emanuele era una mujer que sabía lo que quería. Conoció a Ramiro mientras éste se encontraba de viaje de fin de curso en la isla. El complicado noviazgo, por la lejanía, provocó que se casaran pronto. Rosita no lo dudó, y pasó con él los años más difíciles. Los que tocaba sobrevivir con un mísero sueldo, trabajando en una empresa de calzado en Elche, mientras su marido iba haciéndose una clientela que nunca llegaba. Con dos hijos pequeños supo salir adelante, pero cuando las cosas empezaron a irles bien, su matrimonio se fue a pique. Algunas infidelidades, enfermeras demasiado jóvenes, aburrimiento en la cama, todo contribuyó para que acabaran separándose, incluida la añoranza que sentía por su tierra.

Rosita volvió a San Juan. Su Borinquen querido. Merche sólo aguantó un año sin ver a su madre, en cuanto pudo fue a Puerto Rico a visitarla a casa de sus dos tías solteras. Las tres hermanas vivían como si nunca hubieran dejado de estar juntas. Como si el largo paréntesis entre la boda y el divorcio de Rosita se hubiera esfumado. Como si formara parte de la historia de otra persona. Rosita parecía feliz, pero echaba de menos a su hija.

A Merche se le saltaban las lágrimas.

Por fin se levantó la barrera del puente; y el semáforo se tornó verde.

**N**o le gustaba nada el cariz con el se presentaba el día. Veía su futuro de color oscuro. Negro. Y lo malo es que su porvenir se limitaba a las próximas horas. Vivía en el presente inmediato, siempre pendiente de un hilo. Un hilo que, esta vez, amenazaba con romperse.

Su vida transcurría a ras de suelo, literalmente. Y no sólo por el hecho de dormir a la intemperie, entre cartones, tirado en la esquina más inmunda, sino por la perspectiva del mundo que lo rodeaba. Era como si su campo de visión estuviera limitado a la altura del contenedor de basura más cercano. Sólo aquellos objetos que se abandonaban en la calle eran susceptibles de ser observados, el resto carecía de importancia. Los desechos de la sociedad —él era uno más—, las heces de los perros, y las pintadas que recordaban que

había que recogerlas, eran visión obligada. Seguramente ayudaba el que caminara encorvado, como si le pesara la cabeza y no fuera capaz de sujetarla entre los hombros. *El Gabacho* vivía una mísera existencia. Y lo sabía; pero no tenía escapatoria: llevaba más de veinte años enganchado a la heroína.

Criado en el Polígono Sur de la ciudad, probó la droga con dieciséis años. Ocurrió en el verano del 88, en la década en la que la heroína hizo estragos entre la juventud. Un viernes por la tarde, sus colegas le invitaron al primer chute de su vida. Al principio le resultó muy desagradable, pero pronto empezó a sentirse de maravilla. El sábado repitió. El lunes, mientras ayudaba a un maestro albañil en la obra donde trabajaba de aprendiz, comenzó a encontrarse mal; muy mal. No sabía qué le ocurría; creía que tenía una indigestión, o que la resaca del fin de semana duraba más de lo habitual. Lo único que tenía claro era que si volvía a picarse caballo seguro que iba a mejorar. Y eso fue lo que hizo. A partir de ahí todo fue cada vez peor.

Cuando se le acabó el dinero, comenzó a robar en casa, a vender todo lo que encontraba de valor para poder drogarse cada vez con mayor frecuencia. Su madre intentó que lo dejara, pero fue él quien la dejó a ella. De hecho, ya no se acordaba de la última vez que hablaron. Igual ya estaba muerta; como su padre. Para él ambos estaban muertos.

El resto de los años transcurrieron entre la calle y la cárcel. Sólo se acordaba con claridad de la primera vez que lo enchironaron. Fue cuando asaltó aquella farmacia donde la encargada, como si lo tuviera todo preparado, reaccionó con rapidez: la hija de puta se encerró en la botica. En realidad, fue él quien se quedó atrapado ya que el control de la puerta de la calle estaba situado en la oficina donde se guarecía la espabilada. Desesperado, con el mono haciendo de las suyas, arrambló contra todo lo que veía: cajas de medicamentos, muestrarios de gafas de sol, cremas para la piel o tratamientos milagrosos para adelgazar y, en fin, todo aquello susceptible de ser arrancado, empujado o tirado al suelo. Mientras, en el refugio improvisado, la farmacéutica llamaba al 091. Pronto, llegó la policía. Los maderos lograron reducirle sin muchos esfuerzos debido al cansancio propio de su estado de ansiedad y a la resignación del que ha caído en una trampa de la que es imposible salir.

Fue en presidio cuando comenzó a arrastrar ese mote despectivo. Le llamaban *El Gabacho* por su apariencia de guiri. Es verdad que antaño, cuando todavía no era un muerto viviente, tenía la tez más blanca y sonrosada. Eso, unido a los ojos claros y el pelo rubio, le daban un atractivo semblante de

extranjero. No obstante, lo que definitivamente motivó el apodo fue la dificultad que tenía al pronunciar la erre, y la naturalidad con que su frenillo la sustituía por una ge. El alias le desagradó al principio, pero ya hacía tiempo que se divertía con él. Le gustaba alimentar su particular leyenda inventando historias y asegurando que era francés de nacimiento, cuando, en realidad, nunca había pasado más allá de Dos Hermanas. Sin embargo, su aspecto ahora no acompañaba. Era el de una persona que rondaba los cuarenta, pero aparentaba más de sesenta. Su piel era extremadamente morena, seca y ajada; se estiraba por la presencia de los huesos de la cara que configuraban su cadavérico rostro. Las sucias greñas ya no brillaban al sol, y la delgadez extrema de su cuerpo enjuto se confirmaba cuando brazos y piernas asomaban por la desaliñada vestimenta. Sólo sus ojos azules se aferraban a la vida anterior; aunque la mirada era diferente. Tenía la misma expresión que la de aquellos judíos, diezmados por el Holocausto en los campos de concentración, el día en que fueron liberados.

Ahora caminaba con ansiedad. Temblando, febril por el efecto de la abstinencia, su cuerpo encorvado avanzaba por la Plaza del Museo. No, las cosas no iban nada bien. Y todo parecía indicar que alguien estaba empeñado en joderle. No tenía más remedio que volver al piso de la calle Trajano. No debía preocuparse tanto. Era poco lo que se jugaba: solamente su vida.

**U**n grupo de grandes eucaliptos observaba la glorieta de Tablada, justo por donde pasaba el Peugeot 207. Merche no se decidió a descapotarlo cuando salió del garaje porque, aunque la mañana era soleada, había amanecido con niebla y la temperatura rondaba los quince grados. El vehículo negro, con tapicería de cuero blanca, cruzó la rotonda y siguió por la avenida Juan Pablo II; el pontífice daba nombre a la calle en recuerdo de su primera visita a la ciudad en 1982 y del lugar donde se ofició una multitudinaria eucaristía.

Mientras Merche avanzaba, soplaban un viento fresco del norte que animaba a los plátanos de sombra a mover sus ramas. Los árboles aún eran jóvenes, pero ya enseñaban a las otras especies como sembrar la acera de hojas; llevaban haciéndolo desde verano y no terminarían hasta enero. La hilera de la derecha cumplía su misión de esconder el recinto ferial de la carretera. En parte, gracias al seto de tuyas que la acompañaba y a la serie de naranjos amargos que discurría por el interior de la acera. Los cítricos estaban cargados de fruta como si fueran adornos de una Navidad prematura. Algunos

aguantarían así hasta últimos de marzo; mes en el que se daría por terminada la campaña de recogida de naranjas amargas por toda la ciudad. Una operación cuyo destino preferente eran las fábricas inglesas de mermelada.

Merche pisaba el acelerador con ansiedad. Aún tenía que llegar a La Cartuja, buscar el edificio Expo 2 y localizar la redacción de “La Voz de Híspalis”. Se maldijo por no haber tenido más paciencia, por no haber esperado unos meses antes de comprarse el coche. Podría haber adquirido el nuevo modelo de 207 con GPS y ahora no estaría con esa sensación de pérdida. Miró el reloj digital del ordenador de abordo y comprobó que ya pasaba un minuto de la hora concertada para la entrevista.

El Peugeot se incorporó a la autovía de circunvalación y cruzó por debajo del túnel que lo conduciría a la avenida Carlos III. La vía se había convertido en una de las arterias principales de la ciudad. Discurría paralela al cauce del Guadalquivir y era el límite oeste de la Isla de La Cartuja. A su izquierda, se levantaba un talud, o muro de defensa, que protegía el recinto de la Exposición del 92 de posibles inundaciones. Entre la vegetación frondosa que lo cubría se distribuía un jardín botánico espontáneo: alcornoques, encinas, pinos, olivos e higueras convivían con los arbustos que revestían el muro hasta la unión con la avenida.

Merche decidió acceder al aparcamiento de la Zona Oeste, fuera del moderno barrio empresarial. Antes de bajar del Peugeot, manipuló el espejo retrovisor para convertirlo en espejo. No necesitaba ningún retoque de maquillaje; sólo se ajustó el peinado. Su oscura y larga melena estaba recogida en una ancha trenza que despejaba su exótico rostro. De tez caribeña, como su madre, con una piel morena favorecedora, era alta y no excesivamente delgada. Vestía un jersey rojo oscuro que combinaba perfectamente con su falda negra. El suéter era de cuello vuelto, tan holgado que descubría un escote poco habitual en una prenda de invierno.

Después de comprobar lo atractiva que estaba, consultó su situación comparándola con el plano improvisado que había fabricado la semana pasada, cuando le confirmaron el lugar de la cita. El dibujo de la arrugada servilleta señalaba el Camino de los Descubrimientos con una flecha. Allí debía estar el edificio que albergaba el diario. El problema radicaba en las dimensiones de la avenida: un kilómetro que recorría longitudinalmente casi todo el recinto ferial de la Exposición Universal.

Todavía en pleno desarrollo, después de su abandono inicial, la Expo se había convertido en un espacio innovador. Edificios diseñados por los más

prestigiosos arquitectos acompañaban a los pocos pabellones que quedaban del certamen. Merche avanzaba por el Camino de los Descubrimientos y seguía intentando adivinar el jeroglífico en el que se había transformado su mapa de emergencia. A ambos lados de la calle se alternaban bloques de hormigón aún sin personalidad, en plena construcción, con figuras arquitectónicas irregulares revestidas de vidrio. «Debería estar por aquí», pensó Merche mientras levantaba la cabeza buscando el número de la calle como una turista en un país extranjero. La apabullaba el conjunto de tres edificios con forma cúbica que se alzaban ante ella. Todos con las fachadas tapizadas de elementos de aluminio y cristal.

“Edificio Expo 2”. Por fin, este es.

Con determinación, atravesó la puerta giratoria y se adentró en una sala minimalista. A la derecha, al lado de un mostrador vacío coronado con una lámina del *skyline* de Nueva York, un tablero ofrecía información de la situación que las empresas ocupaban en las distintas plantas. A la izquierda, tres ascensores de gran tamaño esperaban cerrados. Merche se acercó al tablero. Cuando se disponía a escrutar la guía sintió que alguien le tocaba el brazo. Un hombre trajeado, de unos cuarenta años, con el pelo brillante y engominado, peinado hacia atrás, la abordó bruscamente.

—¿Necesita ayuda? Estos edificios inteligentes, en vez de facilitar las cosas, lo que hacen es complicarlas.

Merche sintió su desagradable aliento a coñac barato, pero fue amable con él.

—Sí, gracias. Estaba buscando la redacción de “La Voz de Híspalis”.

—Pues precisamente voy para allá. Si quiere seguirme... —El hombre tendió el brazo señalando el grupo de ascensores.

—Muchas gracias.

—¿Viene de visita o por negocios? —Se entrometió el hombre mientras pulsaba el botón de llamada del ascensor—. Se lo pregunto porque allí conozco a todo el personal y puedo facilitarle las cosas —presumió el personaje.

—En realidad, voy a una entrevista de trabajo. Tengo una cita con Cecilia Ramos —dijo Merche antes de que el sujeto volviera a cogerle del brazo para llevarla dentro del ascensor. Merche se estaba poniendo alerta. No tenía cuerpo para aguantar ninguna clase de flirteo. Siempre le habían molestado esas personas que andaban manoseando a la gente sin apenas conocerlas.

—Cecilia es muy amiga mía —dijo con suficiencia el hombre—. Pero es

raro el día que no está de mal humor. De todas formas, no te preocupes demasiado. Si tienes algún problema con ella me lo dices.

El tuteo tampoco le gustó nada a Merche, que sin embargo continuó guardando la compostura.

—Creo que podré arreglármelas sola.

—Estupendo. Ahora mismo te llevo a su despacho. Espero que consigas el trabajo, porque presiento que vamos a ser muy buenos amigos. —El ascensor se paró en el cuarto piso y esta vez el sujeto fue más lejos cuando la agarró de la cintura para empujarla suavemente hacia la planta.

—Soy Jaime Morales, prácticamente el dueño de la empresa —dijo ufano mientras la sujetaba y se inclinaba para darle dos besos.

Merche se apartó bruscamente y le tendió la mano visiblemente enfadada.

—Merche Emanuele; encantada —mintió.

El día soleado de fuera se estaba tornando gris en el interior del edificio.

—Lo mismo digo: un placer. —Jaime disimulaba mal el rechazo cuando le ofreció a Merche una mano lánguida y sudorosa.

Después del bochornoso saludo, atravesaron un corto pasillo con puertas a ambos lados y llegaron a la entrada de la sala de redacción. Esta vez Merche se adelantó a Jaime para no dar lugar al roce acostumbrado.

—Ahí tienes a Cecilia; en su salsa —ironizó Jaime mientras señalaba un apartado entre el caótico mar de mesas que se desplegaba ante los ojos de Merche. Allí, una mujer embarazada discutía con un hombre mucho más joven que ella. De aspecto cansado, con las ojeras invadiendo las mejillas, Cecilia gritaba algo ininteligible a su oponente. Su melena, de un incierto rojo oscuro, estaba recogida en una descuidada coleta y finalizaba en un flequillo irregular cuyas raíces evidenciaban el color blanco original del pelo. Cecilia no mostraba la fragilidad que se le espera a una mujer en estado de buena esperanza. De hecho, sorprendía la fiereza con la que estaba tratando al chaval: le estaba rompiendo unas fotografías en la cara para después tirarlas a la papelera.

La situación cada vez se presentaba peor. El nubarrón amenazaba tormenta violenta, con rayos y truenos. Merche estaba a punto de llorar.

—Mi despacho está al otro lado del de Cecilia. —Jaime señaló el habitáculo contiguo, separado del resto por tres pequeñas mamparas—. Pásate por allí después de la entrevista y nos vamos a tomar un café.

—No sé si tendré tiempo —se excusó Merche, que sospechó que Jaime era un asiduo al bar de enfrente, y que sus cafés eran de alta graduación.

—Claro que sí. —Jaime la miraba de arriba abajo apoyado en el quicio de la puerta. Se limpió la boca con la mano en un gesto desagradable que parecía confirmar que se estaba relamiendo—. Además, podemos celebrar que has conseguido el trabajo. En caso contrario ya me encargaré yo de que te lo den.

«¿A cambio de qué?», pensó Merche, que se sintió violentada mientras Jaime la desnudaba con sus ojos lascivos. Le entraron ganas de pegarle con todas sus fuerzas o de salir corriendo de allí. Una vez más, se contuvo: se limitó a darse la vuelta.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por todo —masculló Merche ya de espaldas.

Armándose de valor se arrastró hacia la mesa de Cecilia. Mientras caminaba, sentía la mirada de Jaime atravesándole la ropa como si estuviera expuesta a un campo de rayos x.

—**A**delante, pasa y siéntate —gritó Roberto cuando divisó a Enrique a través de la puerta acristalada.

Roberto Stefani era un hombre soltero, de 55 años; con el pelo largo y alborotado; barba descuidada, irregular, de color ceniza; y ojos profundos de mirada inquisitiva. Su rostro parecía el negativo de una fotografía en blanco y negro: pelo blanco, cejas y patillas negras. Extravagante en su vestimenta, pero decidido en su comportamiento, siempre llevaba camisas blancas que descansaban por encima de los pantalones; repletas de bolsillos, a su vez repletos de bolígrafos y papeles. Esa mañana, en el bolsillo superior derecho tenía una pequeña mancha de tinta que fue lo primero que atrapó la vista de Enrique al entrar en el despacho.

—Buenos días —saludó Enrique—. ¿Me llamabas? —dijo mientras se sentaba en la silla, al otro lado de la abarrotada mesa de Roberto.

El despacho del jefe era como una isla en el mar agitado de la sala de redacción. A él llegaban las oleadas de redactores, reporteros o fotógrafos que buscaban una decisión, acudían a una llamada o asistían a una reunión. El habitáculo era cercano; no como otras oficinas que solían localizarse en un piso superior en sintonía con la jerarquía. No disponía de antesala, ni de secretaria a modo de barrera humana. Se incrustaba en la sala y compartía lugar de trabajo con el resto del personal. Suficientemente grande, su espacio se repartía en dos áreas: el despacho del jefe, propiamente dicho, y la mesa de

reuniones. Con cristales en tres de los cuatro tabiques, desde allí se divisaba prácticamente toda la sala de redacción; aunque eso no le impedía ser casi estanco al ruido exterior. En él se celebraban las reuniones diarias de redactores jefes. Una por la mañana, a eso de las 09:00, donde se esbozaban los asuntos de los que iba a tratar el periódico al día siguiente. A esta reunión asistían Roberto y la coordinadora, Cecilia, con el resto de redactores jefes, Enrique y Jaime, más los reporteros responsables del seguimiento de algún tema candente, si lo hubiera. Otra junta tenía lugar a las 13:00. Aquí se centraba más el tiro, se trataba del cierre de las secciones y se definía la línea editorial del periódico. Finalmente, a las 18:00, se debatía la portada: cuáles serían las noticias que destacarían en ella. A partir de ahí, ya sólo quedaba ir terminando las distintas secciones para cumplir el horario de cierre de la edición que era sobre las 22:00. Esto era la teoría. En la práctica, la mayoría de los días a Roberto, y a los jefes de las secciones implicadas en algún asunto especial, les daban las doce de la noche mientras todavía continuaban trabajando en el periódico.

— Necesito hablar contigo —contestó Roberto—, tenemos que tratar la baja de Cecilia. Como nos retrasemos más va a dar a luz en la sala de redacción.

—Sólo nos faltaba eso. Tú dirás —atajó Enrique mientras se acomodaba en el asiento.

—Mira, he pensando que deberías ser tú el que te encargaras del área de Cecilia mientras ella esté de baja.

—¿Cómo? —Enrique dio un respingo.

—Que vas a ser el sustituto de Cecilia Ramos —aclaró Roberto.

—Si casi no puedo con lo que tengo. —La cara de Enrique era un poema.

Roberto se levantó del sillón y se situó junto a Enrique que comenzaba a moverse incómodo en su silla, como si tuviera algún problema de hemorroides.

—Llevo todo el fin de semana pensando en el tema. No creas que es una decisión tomada a la ligera. La he meditado mucho.

—Sabes perfectamente que estoy hasta arriba de trabajo —protestó Enrique, haciendo un gesto con la mano que señalaba un montón de papel imaginario encima de la mesa del despacho.

—Lo sé, pero va a ser una situación transitoria.

—Transitoria es la situación de Javier. Se va el viernes, y aún no me has dado ninguna solución.

—Tú acepta lo que te propongo y veremos que se puede hacer con la sección de deportes.

—Cuidado, que ese truco ya me lo sé. —Enrique era el único que tenía la suficiente familiaridad con Roberto para hablarle sin reparos. La franqueza entre ellos descansaba en una especie de acuerdo tácito labrado a lo largo de los últimos años; asentado en la confianza que Roberto tenía en él a pesar de ser el redactor jefe más moderno. Era un periodista brillante y Roberto lo tenía como su protegido y a la vez confidente. Necesitaba alguien en quien poder desahogarse, y no le importaba que Enrique se aprovechara de ello.

—Llevo hablándote de Javier varios días y no haces más que darme largas —continuó Enrique—. Debemos hacerle un contrato al chaval, aunque sea temporal. Acuérdate del sensacional trabajo que hizo cubriendo el mundial de fútbol. El suplemento y la guía que editamos se lo curró el solo. Se lo merece. Y yo también. No podemos esperar a enero a que vengan los nuevos becarios a resolvernó la papeleta como siempre. Y a perder casi un mes en ponerles al día. Además, es una vergüenza como explotamos a los pobres. Sin cobrar un duro, trabajando hasta las doce de la noche. Estamos dinamitando sus vocaciones año tras año.

La última frase impactó por debajo de la línea de flotación de Roberto. Enrique estaba llevando ventaja. Después de una pausa cambió de táctica y siguió con su defensa personal:

—Sencillamente, no puedo llevar Deportes y menos hacerme cargo ahora de Nacional y Regional. Como siga así pronto tendrás noticias más en las páginas necrológicas.

—No exageres. No vas a estar solo, vas a tener tu gente más el personal de Cecilia. No creo que sea necesario recordarte el momento tan delicado por el que estamos pasando. Hemos hecho un esfuerzo enorme para colocar a alguien en noticias locales y no podemos gastar un euro más.

—Es decir, que Cecilia se me ha adelantado.

—Nadie se ha adelantado a nadie. El periódico es de todos. Y yo tengo que velar por el interés común. Hacía más falta en Regional que en Deportes. Ten en cuenta que esa nueva incorporación será un refuerzo para ti cuando sustituyas a Cecilia. Así que no te quejes.

—Vale, y ¿cuándo debo relevar a Cecilia?

—Ya. A partir de que sea oficial en la reunión de mañana. Cecilia tendrá un par de días para entregarte los trastos.

—Estupendo —dijo Enrique con toda la ironía que era capaz de expresar

—. Encima tengo que tratar con la persona con la que menos me apetece hablar.

—No seas duro con ella. Recuerda todo lo que ha tenido que pasar: la separación no ha podido ser más traumática, y además el embarazo...

—Bueno. Accederé. ¿Me queda otra alternativa? —se resignó Enrique, que volvía a mirar la mancha de tinta del bolsillo derecho de Roberto. Ya no pensaba avisarle de que se estaba cargando la camisa de Hermes Govantes.

—La verdad es que no —dijo Roberto acompañando la respuesta con un cabeceo—. Pero aún hay más...

—¿Cómo que más?, ¡no me jodas! —Esta vez el que se levantó fue Enrique.

—Deberás encargarte también de la coordinación de todas las áreas. Lo siento, pero eso va incorporado al cargo.

—Ni de coña. Eso le corresponde al más antiguo —dijo Enrique seguro de su victoria—. El siguiente a Cecilia es Jaime, no yo.

—Ya lo sé... —La coreografía no terminaba, ahora era Roberto el que se sentaba. Se tomó un respiro y, desde la seguridad que le confería su puesto de privilegio, detrás de su mesa, lanzó el ataque definitivo:

—Pero de Jaime no me fío. Ese niño de papá ya sabes por qué trabaja aquí. Don Juan quería mantenerle ocupado, pero a ser posible lejos de él. Y ahí lo tienes —Roberto señaló con su dedo índice hacia la mesa vacía donde se suponía debía estar sentado Jaime— ocupándose de Internacional o, lo que es lo mismo, copiando las noticias que le mandan de la agencia y volcándolas en maquetación. Y ni si quiera eso lo hace bien. Al final tengo que supervisar yo personalmente la selección final porque la suya suele ser un desastre. ¿Ese es el coordinador que quieres para el periódico?

Enrique estaba vencido. La batalla estaba perdida. Tenía que reconocer que sufrir a Jaime como coordinador era lo peor que les podía pasar. Roberto sabía como manejar la situación. Era un maestro en esas lides y Enrique no tenía nada que hacer. Aun así, intentó sacar ventaja de su derrota con una advertencia.

—Está bien. Tú ganas. Pero a Jaime no va a haber quien lo aguante.

—Tranquilo, de ese niño me encargo yo.

—Te lo recordaré.

La discusión había finalizado, y Enrique había perdido por K.O.

—Entonces, ¿cuento contigo para el puesto?

Enrique cabeceó y puso condiciones a la rendición—. Aceptaré, pero me

tienes que prometer que contratarás a Javier.

—Te lo prometo—mintió Roberto.

Vivía en una tienda de campaña desechada por alguien que acababa de renovar el material y recogida por él en el vertedero municipal. *El Gabacho* se había instalado en el asentamiento de chabolas del parque anexo al puente de Chapina. También llamado del Cristo de la Expiración o del Cachorro, por el popular paso de Semana Santa, era un viaducto muy reconocible por sus lonas blancas ideadas para hacer más soportable el calor a los sufridos peatones. El puente tenía poco recorrido histórico. Había sido construido para la Expo del 92 y para los casi cuatro kilómetros de río que se pretendían recuperar. Por esa razón (por haberse construido el puente primero, antes que el cauce del río) se llamó “El Puente de Los Leperos”. Esto provocó una reacción todavía más graciosa por parte del ayuntamiento de Lepe. El alcalde del famoso pueblo de Huelva solicitó, el día de los inocentes, que el puente recibiera ese nombre con carácter “oficial”. La inocentada se completó con un bando que le otorgaba al pueblo el derecho a cobrar un canon por permitir que utilizaran su nombre.

Lo que no tenía ninguna gracia era la triste existencia de *El Gabacho*. Una vida que gozaba de cierta “estabilidad” en el último año. El eufemismo se podía aplicar gracias a la rutina diaria que seguía casi a rajatabla: se basaba en organizarse para conseguir los quince euros que costaba la dosis de heroína, y luego chutarse en su tienda para escapar del temible mono. Para ello, se levantaba relativamente temprano. Con la resaca del día anterior a cuestas, atravesaba los Jardines del Guadalquivir y cruzaba el río por la Pasarela de la Cartuja. Desde allí, tras pasar por Torneo, subía por Juan Rabadán, y ya estaba a un paso de su puesto de “trabajo” en la plaza de San Lorenzo. En la entrada de la Hermandad del Gran Poder, si no se daba mal el día, podía sacar unos ocho euros de media a los piadosos que se acercaban a ver la imagen centenaria. Se podía decir que casi se había ganado una clientela fija entre las ancianas que allí se reunían para rezar el rosario. Además, había conseguido librarse de la competencia auxiliado por el SIDA y otras enfermedades. Una vez lograda esa cantidad, subía hasta las inmediaciones de la clínica Nuestra Señora de Aranzazu. En las calles anexas podría sacarse el resto si estaba espabilado y atendía a los vehículos que temporalmente allí se estacionaban. No le iba mal la mezcla de mendigo y

“gorrilla”. Por otro lado, siempre podía ganarse un extra pidiendo en los bares de la Alameda de Hércules y, de paso, celebrarlo bebiéndose una litrona, comprando tabaco e, incluso, comiendo algo.

Luego, sin necesidad de cambiar de zona, en un lúgubre piso de la calle Trajano, prácticamente en el único edificio que quedaba por restaurar, conseguía el preciado tesoro. *Charlie*, su camello habitual, lo esperaba a eso de las diez u once de la noche para hacer la transacción. Era un tipo legal. Nunca faltaba a la cita y siempre tenía mercancía de primera. Tan buena, que el propio *Charlie*, un yonqui rehabilitado, no había resistido la tentación y varias veces había cambiado su insulsa metadona por un buen pico. Eso es lo que le había confesado hacía unas semanas: “el jefe ni se entera si me chuto un poco de droga...”. *El Gabacho* opinaba que un camello que consumía no era muy buen negocio; aunque a él eso le daba igual. No era su problema. Mientras tuviera su parte, todo iba bien. Conseguido el caballo, y espantado el fantasma del mono, ya podía irse a su tienda. Su elíseo particular; su lugar de reposo. Un día más en el paraíso.

Pero ayer, de repente, todo se fue al carajo. Y eso que había tenido una jornada de las que se podría llamar buena; al menos hasta la hora de su cita con *Charlie*. Con dinero de sobra, gracias a la generosidad de los fieles que acudieron al templo cumpliendo con los oficios del Día de Todos los Santos, y después de haberse pimplado un litro de cerveza, llegó contento al piso de la calle Trajano. Una vez allí, le sorprendió que ninguno de los habituales estuviera vigilando la calle, pero no le dio importancia hasta que, dentro del portal, notó algo raro. Aparentemente, todo estaba como siempre: el oscuro zaguán, los desvencijados buzones, la mayoría abiertos y sin tapas, las desconchadas paredes, y el hueco del ascensor sin ascensor, una obra que alguna ingenua reunión de vecinos había intentado llevar a cabo sin éxito.

Subió la escalera sin abandonar la sensación de desasosiego. Sería el mono que estaba comenzando a escarbar sus entrañas. Se tranquilizó pensando que pronto tendría aquello que necesitaba. Entonces llegó a la cuarta planta. La puerta del tugurio estaba entreabierta. La empujó despacio y enseguida oyó los gritos. Alguien estaba discutiendo con *Charlie*. No podía distinguir bien las palabras, “... Vas a pagar...” “Te lo juro...”, a *El Gabacho* le entró el pánico. Sin haber llegado a traspasar la puerta se dio media vuelta y salió pitando. «Una redada», pensó. Tenía que salir de allí rápido. Ya sabía lo que eso significaba. ¿Cuántas veces lo habían pillado chutándose en pisos como aquel? El camello solía escapar a tiempo después de deshacerse de la droga,

mientras que los yonquis, en su delirio, se quedaban a merced de la pasma. Esa era la razón por la que hacía tiempo que decidió no pincharse en otro sitio que no fuera un lugar seguro. No podía permitir que lo volvieran a coger. La última vez creyó que no salía vivo de la experiencia. Allí, entre rejas, el mono estaba asegurado. Y eso era lo peor que le podía pasar con diferencia.

Todo se había jodido. Por experiencia sabía que las desgracias no solían venir solas. Después de atravesar corriendo la ronda de Torneo, a punto de ser atropellado, volvió por la Pasarela de la Cartuja para recorrer el camino inverso hasta el asentamiento bajo el puente de Chapina. A medida que se acercaba por el Jardín Americano, ya observó, a lo lejos, un centelleo azul característico. Eran las luces de los automóviles y motos de la policía local. Sólo podía significar una cosa: estaban desalojando las chabolas.

Su tienda corría peligro. Lo que faltaba.

Otra vez se dio a la fuga. No paró hasta llegar a un comercio de todo a cien donde un dependiente chino suministraba bebidas para el botellón nocturno. Con la recaudación del día, *El Gabacho* compró varias litronas y una botella de whisky. Todo el alcohol cayó esa noche. Eso le sirvió para ahuyentar, a duras penas, los efectos del síndrome de abstinencia que comenzaban a ser insoportables. Tirado en el interior de una sucursal del Banco de Andalucía, junto a dos sin techo como él, durmió anestesiado por la bebida. Fueron el temblor y los sudores fríos, provocados por la falta de droga, los que lo despertaron muy temprano. Lo primero que hizo al salir del cajero automático fue vomitar en la calle, justo cuando pasaba por delante una señora mayor con su carrito de la compra. Los insultos de la anciana, que se quejaba de las salpicaduras en los bajos de su carrito, parecía que iban dirigidos a otra persona. Él no prestaba atención a lo que ocurría en ese mundo. Su vida, a ras de suelo, se lo impedía. Ahora sólo tenía una idea en la cabeza: volver al piso de *Charlie* y conseguir su dosis diaria.

**M**erche se plantó, con la poca decisión que le quedaba, delante de la mesa de Cecilia. Pronto se dio cuenta que de cerca era más desagradable todavía. El vestido, de color gris oscuro, casi negro, no conseguía disimular su deformado aspecto por ser demasiado ajustado para una embarazada. El joven, a quien instantes antes Cecilia había reprendido, se alejaba cabizbajo como si le pesara la Nikon con teleobjetivo que llevaba colgada del cuello.

—¿Y usted qué quiere? —dijo Cecilia todavía fuera de sí, mirando con

cara de pocos amigos a Merche.

—Yo... Tenía una entrevista de trabajo... —contestó Merche con poca convicción, dispuesta a marcharse en cuanto Cecilia se lo insinuara.

—Ah, es usted. Llega tarde. Siéntese. —Cecilia hablaba como si estuviera dictando un telegrama.

Rebuscó entre sus papeles y extrajo de una bandeja el currículum de Merche. Leyó algo en él.

—Su nombre es Mercedes Vallés, ¿no es así?

—Sí. —Merche dejó el bolso encima de la mesa mientras se mantenía erguida en la silla giratoria; respiró hondo e intentó sonreír sin mucho éxito—. Aunque todos me llaman Merche y prefiero utilizar el apellido de mi madre: Emanuele.

—Vale, Mercedes Vallés. —Cecilia no podía ser más cortante. Merche seguía sintiendo la borrasca en su horizonte particular.

—He podido leer sus datos con detenimiento y veo que su expediente académico no es demasiado brillante.

Merche comenzó a recoger: se colgó nuevamente el bolso del hombro. No podía soportar más esa situación: un acoso sexual nada más llegar, seguido de un juicio sumarísimo a su persona a cargo de una especie de bruja gótica salida de una película de Tim Burton.

—Sin embargo, me gusta su experiencia y su carácter emprendedor. — Cecilia golpeaba el currículum de Merche con el dedo índice, en el lugar donde aparecía la información—. Al menos eso se desprende de su intento de llevar adelante una revista de actualidad política.

Merche sintió que el tiempo mejoraba. No obstante, dado el éxito anterior, prefirió callarse.

—No me gusta perder el tiempo así que vamos a lo que interesa — continuó Cecilia—. Le vamos a hacer un contrato temporal de un mes; como prueba. Si nos convence, *si me convence*, seguirá con nosotros.

La joven transformó su gesto sombrío en uno luminoso. Estaba abrumada. Contenta. A punto de saltar de alegría. Por fin se despejaba el día.

—No sé qué decir...

—No diga nada y preste atención: Va a pertenecer a Local y Regional, es decir, dependerá de mí personalmente. —Merche seguía eufórica, pero en silencio, sólo la delataban sus ojos café con leche que centelleaban al ritmo de su corazón.

—Su trabajo será principalmente de campo. Consistirá en atender, in situ,

las noticias locales que vayan surgiendo y hacerse cargo de los reportajes para incluirlos en la sección. Saldrá siempre con alguien de Medios Gráficos. Los detalles internos los aprenderá sobre la marcha. Pregunte a sus compañeros cómo funciona la red local, cómo es el proceso de maquetación, etc. Empezará mañana mismo. Su mesa de trabajo es esta de al lado. —Cecilia seguía disparando palabras, mientras señalaba, sin mirar, a una mesa contigua con un ordenador y una bandeja como la suya, pero vacía—. ¿Está claro?

—Gracias... Yo...—Merche no era capaz de expresar lo que sentía, después del terrible día que llevaba. Le entraron de nuevo ganas de llorar.

—Si no tiene ninguna duda, lo mejor es que vayamos a ver al jefe ahora mismo. Así mañana no tendrá que presentarse a nadie y podrá comenzar con su trabajo.

—Creo que no va a hacer falta. Ya he hablado con él.

—¿Conoce a Roberto?

—¿Roberto? No. Me dijo que se llamaba Jaime. Que era el dueño de la empresa o algo así.

—¿Jaime Morales?

—Sí.

—Ese no es dueño de nada. Es un gilipollas.

—Pues yo creía...

—Es el hijo de Don Juan, el presidente del Grupo Sincera, pero ni pincha ni corta. Su padre lo mantiene a raya.

Cecilia se acercó algo más a Merche para tutearla; por fin.

—Ten cuidado con él. No le consientas lo más mínimo. Se cree un playboy, pero no es más que un jodido niño.

—Pero trabaja aquí ¿no?

—Sí. Lleva Internacional. Bueno, realmente lo único que hace es joder al personal. Es un parásito que si por mí fuera ya estaría de patitas en la calle. Pero supongo que Roberto no se lo podrá permitir.

—Entiendo...

Tras un silencio, que ambas utilizaron para reflexionar sobre la conveniencia o no de echar a Jaime a la calle y enfrentarse a su padre, Cecilia se levantó de la mesa e hizo un ademán a Merche para que la siguiera.

—Venga, vamos a ver a Roberto.

**H**acía mucho tiempo que no sufría ese malestar; aunque le era familiar,

terriblemente familiar. Los calambres ya habían hecho su aparición y las oleadas de calor iban seguidas de otras de frío. La fiebre, y los dolores óseos y musculares, casi no le permitían andar. Y luego estaba esa horrible migraña. *El Gabacho* se sentía morir mientras se arrastraba a duras penas por la calle Baños. La acera era demasiado estrecha para el zigzag cansino que llevaba. No podía seguir con su punto de vista a ras de suelo, tenía que elevarlo si no quería ser atropellado. El tráfico intenso colapsaba la calzada; una de las más usadas por ser la puerta de entrada a la plaza del Duque y a la zona comercial del centro.

Mientras atravesaba la glorieta de la Gavidia, intentaba averiguar qué es lo que pudo haber pasado el día anterior en el piso de *Charlie*. Su cerebro apenas le dejaba pensar, pero recordaba las voces que oyó al fondo del pasillo y la ausencia de gente en las inmediaciones. Era muy extraño: ninguno de los clientes habituales de *Charlie* andaba por allí cuando él llegó. Seguramente se trataba de una redada; pero tampoco había ningún vehículo de la policía. De todas formas, no tenía más remedio que volver allí si quería acabar con las taquicardias y el mal cuerpo en general. No era la primera vez que pasaba por la misma, o parecida, situación. Cuando las cosas se calmaban con la policía, solía regresar al lugar donde el camello de turno fue visto por última vez. O era él el que suministraba la droga de nuevo, o tenía algún correo que avisaba del siguiente punto de reunión a todos los consumidores que se acercaban por allí.

Al doblar la esquina de la plaza de la Concordia con Jesús del Gran Poder, *El Gabacho* se tropezó con una pareja de novios que iba con bolsas de El Corte Inglés. El centro comercial ya ofrecía sus galas para las fiestas navideñas y la plaza del Duque hervía de gente después de un largo puente sin apenas actividad. Sus puestos callejeros impedían ver la estatua de Velázquez y formaban una especie de zoco que contrastaba con el edificio principal de los grandes almacenes.

Los jóvenes increparon al yonqui que siguió dando tumbos sin prestarles atención. A duras penas, después de abandonar San Miguel, se adentró en la calle Trajano. Pasado el hotel Venecia ya podía divisar si existía algún movimiento sospechoso en las proximidades del piso franco. Todo permanecía tranquilo.

Sin pensar mucho en las consecuencias de su acción, traspasó el portal y el zaguán para comenzar a subir las escaleras. A *El Gabacho* le costaba respirar después de superar el primer tramo. Sentía como si la altura de los

peldaños hubiera crecido desde el último día, mientras que la huella parecía más corta. A medida que le faltaba el aire, su esquelético cuerpo se mostraba cada vez más pesado. Casi sin aliento, llegó al cuarto piso. Igual que la noche anterior, la puerta estaba entreabierta. Le entró pánico, pero la esperanza de que terminaran los temblores, y la ansiedad que le producía la arritmia de su corazón, lo empujaron dentro.

No había más luz que la procedente de la planta baja. El sombrío pasillo, sin más adorno que un cuadro torcido donde una perdiz descolorida parecía a punto de perder el equilibrio, lo guiaba hacia una lúgubre habitación sin muebles. En las paredes sólo habitaba la tristeza y la falta de pintura. En el suelo, se desparramaban dos viejos colchones sin bastas manchados de sudor y otros fluidos corporales. Estaban pegados a las paredes, uno enfrente de otro. Mientras *El Gabacho* atravesaba el estrecho espacio que dejaban los jergones, iba recordando algún pico ocasional que se metió tumbado en aquella deprimente estancia.

Sus pasos lo condujeron a otro pequeño cuarto. A estas alturas la luz era tan escasa que *El Gabacho* no veía por donde pisaba. A tientas, atravesó el vano de la puerta. Después de dar dos pasos sobre el sucio terrazo, tropezó con algo que no debía estar allí. Buscó la ventana y descorrió la manta que hacía las veces de cortina. La luz atravesó la sala; sólo entonces pudo ver el cuerpo sin vida de *Charlie*.

**M**erche siguió los pasos de Cecilia; su jefa, a partir de ahora. No se lo podía creer: ¡tenía trabajo! Mientras caminaba decidió que esa noche lo iba a festejar. Tenía que llamar a algunos amigos y encargarse de la comida a la taberna de la esquina. Cuánto le gustaría poder celebrarlo con Elena e Isabel. Tenía que contárselo a su madre. Y al doctor Vallés. ¿Ves como me puedo ganar la vida? No necesito ni tu dinero ni tus influencias. Y, lo siento, pero tengo intención de vivir aquí mucho tiempo.

Cecilia la guiaba por un camino libre de papeleras, cables de impresoras y mesitas plegables que soportaban teléfonos y todo tipo de periféricos. Ambas se dirigieron al despacho acristalado que había al fondo de la sala de redacción. Sin llamar a la puerta, Cecilia abrió bruscamente y se precipitó dentro de la habitación. Merche solamente se asomó.

—Perdonad si interrumpo. —Cecilia anunciaba su llegada dando por sentado que interrumpía la conversación. Los dos hombres la miraron con

sorpresa—. Acaba de llegar la nueva.

Cecilia se apartó y giró la cabeza en dirección a Merche que se escondía detrás de ella.

—Roberto, te presento a Mercedes Vallés. Se va a encargar de las noticias locales.

Roberto se acercó a las dos mujeres con el brazo derecho extendido y enseñando la palma de la mano.

—Te esperábamos como agua de mayo.

—Encantada —dijo Merche estrechando la fuerte mano de Roberto. «Qué diferencia de saludo», pensó al compararlo con el de Jaime.

Mientras Roberto y Merche se saludaban, el otro hombre se adelantó ligeramente y miró a Cecilia con la intención de unirse a la ronda de presentaciones.

—Y este es Jarque, el responsable de Cultura —señaló Cecilia con desgana.

Merche alargó de nuevo el brazo, pero el hombre tomó la iniciativa y le plantó dos besos en las mejillas que la desconcertaron por un momento, pero que no tardaron en provocarle la mejor de sus sonrisas.

—Me llamo Enrique —se presentó.

—Encantada —volvió a decir, aunque esta vez sus palabras estaban cargadas de literalidad—. Casi todo el mundo me llama Merche.

Cecilia no fue ajena a la indirecta, pero le dio exactamente igual.

—Pues bienvenida, Merche. — Enrique señaló la ovalada mesa de reuniones donde había una jarra de cristal medio llena de café y varias tazas, algunas usadas, otras vacías.

—¿Café? Aún está caliente.

—No, gracias

—¿Té?

—No.

—¿Agua?

Merche negó con un ligero cabeceo, sonriendo ante la insistencia.

—El whisky no te lo puedo ofrecer porque Roberto lo tiene escondido.

Aquel comentario amplificó la sonrisa de Merche, que dejó ver su blanca dentadura y la graciosa distancia que separaba sus dos incisivos. También hicieron su aparición dos nuevos personajes: unos hoyuelos en las mejillas que terminaron por encandilar a Enrique.

A Merche le sorprendió la espontaneidad de Enrique que hacía uso del

despacho como si fuera suyo. Ese hombre alto de unos treinta y tantos años la estaba impresionando de verdad. Tenía el pelo moreno, corto, con una barba incipiente cuidadosamente descuidada. Vestía informal, como todo el mundo allí, con un jersey de pico morado y unos vaqueros Levis que «le sentaban de maravilla», pensó Merche. Todo lo contrario que Roberto: mucho mayor que Enrique, parecía que estaba a medio peinar, a medio afeitarse y a medio vestir, con la camisa por fuera. ¿Nadie le iba a decir que tenía una mancha en el bolsillo?

—Tienes una mancha de tinta. —Cecilia parecía que estaba leyéndole el pensamiento a Merche. La información se la dio a Roberto con cierta sorna. Cecilia señalaba con su dedo índice el fatídico cerco azulado que se iba extendiendo poco a poco por la camisa. Roberto se vació el bolsillo de bolígrafos, rotuladores y papeles mientras le dirigía una mirada asesina a Enrique.

—Bueno, me voy que tengo mucho que hacer —se quitó de en medio Enrique sin disimular una sonrisa que amenazaba convertirse en carcajada.

—Cecilia, quédate por favor —dijo Roberto cuando vio que su coordinadora también se marchaba—, tengo que hablar contigo de un par de cosas.

Merche se había quedado en tierra de nadie, pero Enrique, muy atento, se dio cuenta enseguida.

—¿Vienes? —Enrique le ofreció la salida a Merche.

—Sí. Gracias. —Merche se volvió hacia Cecilia y Roberto antes de abandonar la sala—. Bueno, encantada... —¡otra vez! Era como si su vocabulario se hubiera reducido únicamente a esa palabra. Lo último que quería era parecer tonta.

—Nos vemos mañana —atajó Cecilia—. A las ocho —dijo marcando las palabras y alzando las cejas para dar a entender que no iba a permitir que llegara otra vez tarde.

—Seré puntual —prometió Merche.

Cuando Merche salió con Enrique aún pudo oír como Roberto le decía a Cecilia algo sobre un desalojo de chabolas.

**L**a jeringuilla seguía clavada en el brazo de *Charlie*, como si el tiempo se hubiera detenido en el momento en que el camello expiró. *El Gabacho* volvió a correr la improvisada cortina. Sus ojos ya estaban acostumbrados a la poca

luz que aún llegaba de la otra habitación. El instinto de supervivencia logró el milagro: su vista se fijó en los blanquecinos restos de heroína que quedaban esparcidos por el suelo, al lado del cadáver. El cuerpo descansaba desmadejado en el terrazo, parcialmente apoyado en la pared, en una posición antinatural con la cabeza ladeada y el tronco inclinado exageradamente. La lividez de su rostro era la mejor certificación del fallecimiento. Allí, en la penumbra, la cara de *Charlie* parecía como si estuviera alumbrada por la luz mortecina de una linterna con las baterías a punto de agotarse.

*El Gabacho* arrancó la hoja de un inútil calendario de un año pretérito que había colgado en la pared. La utilizó como recogedor improvisado mientras con la otra mano iba barriendo la preciada droga. Una maniobra poco efectiva que provocó que se dejara la mitad por el camino. La cantidad recogida era inferior a la dosis diaria, pero menos daba una piedra. En su delirio se dio cuenta de que le estaba prestando más atención al caballo que a *Charlie*. Su pobre amigo falleció de una sobredosis. Lo sabía porque no era el primer caso que veía. Sin embargo, una sombra de duda le recorrió el cuerpo; y le hizo estremecer. Se acordó de los gritos y amenazas del día anterior: podían haberle ajustado las cuentas al camello y hacer que su muerte pareciera un accidente o un suicidio.

En cualquier caso, tenía que salir de allí enseguida. No quería tener nada que ver con el asunto. Al menos disponía de algo de heroína para aguantar algunas horas. Pero sabía que no era suficiente. Bajó las escaleras todo lo rápido que pudo. Estuvo a punto de caerse dos veces antes de llegar al zaguán y salir a la calle. Ahora tenía que alejarse de allí para no volver nunca más; encontrar un sitio tranquilo donde chutarse era su prioridad número uno. Luego, debía conseguir algo de pasta antes de que volviera el mono. Aún quedaban varias horas de luz.

**E**nrique acompañó a Merche hasta la salida. Caminaron sin decir una palabra a través del ruido de las conversaciones telefónicas y de las impresoras.

—Me lo imaginaba todo mucho más grande —dijo Merche para romper el hielo.

—Sí. Todo el mundo dice lo mismo al ver la sala de redacción. En realidad, el periódico no es muy ambicioso. Como te habrá dicho Cecilia tenemos sólo tres secciones.

—La verdad es que no me ha contado casi nada.

—¿No? Bueno, de la organización no hay mucho que decir.

—Todo lo que me puedas adelantar me interesa.

—Vale. Pues el diario se divide en cuatro áreas: la de Opinión la lleva personalmente Roberto, por eso no cuenta. Hará un año o así, Nacional se unió con Regional y Local, donde vas a trabajar tú. Cecilia se hizo cargo de todo; a pesar de sus defectos hay que reconocer que es una trabajadora nata. Yo llevo Cultura y Deportes; Internacional lo lleva otra persona...

—Jaime Morales —le interrumpió Merche.

—Vaya, parece que algo sí te han contado.

—Sí, es al primero que he conocido —dijo Merche con muy poco entusiasmo.

—Entonces me ahorraré cualquier comentario. —Parecía que a Enrique tampoco le caía muy bien Jaime.

—Pues eso es casi todo —prosiguió Enrique—. Luego está el personal de cada sección, al que irás conociendo poco a poco; la gente de informática; los de medios gráficos, los de maquetación... En general, hay muy buen ambiente. Ah, se me olvidaba, tu jefa también es la coordinadora, un cargo que suele llevar el más antiguo. Muy importante para darle a todo un mismo enfoque y conseguir un periódico compacto en vez de la suma de muchos periódicos pequeños. —Enrique se estaba poniendo demasiado serio; se dio cuenta—: Esto es la teoría, en la práctica, como has visto, la sala de redacción es lo más parecido al camarote de los Hermanos Marx. Intentamos sacar adelante la edición del día con demasiada prisa. La presión es tan alta que no podemos pararnos a reflexionar si le estamos dando la orientación adecuada.

Merche se sentía como en una nube. Le encantaba formar parte de ese equipo. La ilusión era tremenda. Iba a trabajar como periodista y, aunque su jefa era bastante difícil de tratar, le hubiera dado dos besos cuando le anunció que el puesto era para ella. Aquellos cielos oscuros que antes nublaban su mente se antojaban ya muy lejanos. Y una de las causas por las que el día se había despejado tanto que amenazaba con darle una insolación era el hecho de haber conocido a Enrique. En aquel momento de euforia le parecía el hombre más interesante de su vida. Tenía que conocerlo mejor.

Podía invitarle a la fiesta que pensaba dar esa noche. Lo estaba deseando, pero pensó que iba a quedar fatal. ¿Qué iba a pensar de ella? De repente se sorprendió a sí misma con tantos escrúpulos: Ojo, Merche, que este no es uno de esos ligues de verano. Te lo acaban de presentar, y esto no es una

discoteca en la que después de sacarle a bailar ya te estás morreando con él y en una hora te lo estás tirando. Las cosas no se hacen así. Va a ser un compañero de trabajo. Lo vas a ver todos los días. Así que ándate con tiento y no lo echés todo a perder.

—No le hagas mucho caso —la despertó Enrique.

—¿Cómo? —Merche dio un respingo.

—A Cecilia. Es así con todo el mundo.

—Ah, bueno... —Despertó del todo—. La verdad es que hoy he llegado tarde. Tiene razón en cabrearse conmigo. No me quejo en absoluto. Al revés, no puedo estarle más agradecida. Estoy...

—¿Encantada? —le ayudó Enrique alzando las cejas. Ambos estallaron en una cómplice carcajada que duró unos segundos.

—Hay que saber tratarla —prosiguió Enrique a medida que iba desapareciendo la sonrisa de sus labios—. Lleva muy mal lo del embarazo. Por su edad y todo eso. La cosa puede complicarse y debe estar preocupada.

—Claro, la entiendo perfectamente. Yo estaría acojonada. Necesitará los cuidados de su marido... —Mientras decía eso, Merche pensaba que a ella sí que le gustaría rendirse a los cuidados de Enrique. Se ruborizó al imaginárselo, y más aún al pensar que Enrique podría estar dándose cuenta.

—Está separada. En realidad, vivían juntos, pero no estaban casados —dijo Enrique negando con la cabeza.

—No tenía ni idea.

Siguieron hablando del periódico de forma tan amena que a Merche se le hizo la conversación muy corta. No se había dado cuenta de dónde estaban hasta que tuvo que atravesar la puerta giratoria del edificio Expo 2. Ya en la calle, Enrique se ofreció a resolverle las dudas que le surgieran en los primeros días de trabajo. Y le confió un secreto: pronto iban a trabajar en la misma sección ya que Cecilia estaba a punto de darse de baja y él iba a sustituirla. La noticia no podía ser mejor. Esta vez no le sorprendieron a Merche los besos de despedida. Fue, precisamente, el recuerdo de ese instante el que la llevó en volandas de vuelta hasta su casa.

**F**in. Ana pasó la última página del libro miniatura. Agradecimientos. Se acabó la novela. Justo a tiempo porque el crepúsculo estaba agotando sus últimos minutos. Esos nuevos ejemplares, literalmente de bolsillo, eran ideales para ella. Los fabricaban las editoriales que se especializaban en

misales y biblias. Dieron con el invento del siglo gracias a ese papel tan fino y a la forma vertical en la que se disponían las páginas. Mucho mejor que los *e-book*, pensaba Ana, pasas las hojas como si estuvieras manejando un calendario. Las letras no son tan pequeñas y puedes guardarlo en el bolso o en la riñonera. Ideal para leer en el metro o en el autobús. O para llevárselo al parque mientras Nacho juega en los columpios. ¿Dónde está Nacho? El corazón le dio un vuelco. Ensimismada con los capítulos finales, no se había dado cuenta del paso del tiempo. Tampoco existía rastro de la niñera sudamericana que jugaba con los gemelos pelirrojos; ni de la mujer del moderno cochecito de bebé. Se encontraba sola.

Nada más salir del parque infantil se tropezó con la bicicleta de montaña de Nacho que estaba tumbada en el suelo. Se asomó a la plaza del Auditorio, pero tampoco quedaba nadie. Volvió a bajar al parque infantil y se dirigió hacia el jardín botánico. Entonces vio a Nacho. Su pelo rubio flotaba en el aire cada vez que daba un salto. Estaba jugando en los islotes artificiales del Jardín Americano; pasando por encima de los estrechos canales que daban al río. ¿Por qué siempre elegía los lugares más peligrosos para jugar? ¡Nacho ven aquí! Las pequeñas cascadas y los estanques rodeados de verdina atraían al niño mucho más que los columpios. ¡Quédate quieto, ahora me acerco yo!

Ana lo sujetó por el brazo y lo arrastró hacia el huerto de cactus. A regañadientes, Nacho consintió en esquivar las piscinas donde ya compartían hábitat algas de agua dulce y nenúfares. Pasaron cerca del pabellón de la Naturaleza y atravesaron el curioso parque de los arbustos tropicales, las chumberas, las pitas y los árboles de la familia de las leguminosas. Pronto llegaron a la zona de ocio para los pequeños, donde aguardaba la bici de Nacho. Ana agarró con una mano el manillar, mientras mantenía sujeto al protestón de Nacho con la otra. ¡Déjame montar! No, que no me fío. Pero si es todo recto, cuando llegue al puente te espero. De acuerdo, pero más vale que estés allí, si no olvídate de la consola en un mes.

Siempre hacían lo mismo: él se adelantaba, mientras ella se relajaba paseando por la ribera, pensando en sus cosas. Nacho pedaleó con fuerza y se alejó por el sendero asfaltado que conducía al puente de la Barqueta. Ana vio como desaparecía por el cambio de rasante. Aún seguía algo intranquila. Y no sabía por qué. Por allí no podían circular automóviles. Además, no había pérdida posible: el camino era recto, con curvas muy suaves, y terminaba al pie del puente. La cuneta casi no existía. En el lado derecho, la vegetación subía desde el río hasta la calzada; en el izquierdo, el límite lo fijaba un talud

de arbustos y cañas que se elevaba hasta el recinto de la Expo. Sin embargo, sintió un escalofrío.

Estaba bastante oscuro y la última persona haciendo footing había pasado como una exhalación en sentido contrario. Ana sopesó la posibilidad de hacer lo mismo: salir corriendo para alcanzar a Nacho antes de que llegara al puente. Llevaba su chándal Nike de color rosa y sus zapatillas de deportes, pero estaba realmente cansada. Ya había hecho bastante ejercicio a la ida, cuando vinieron por el mismo camino haciendo carreras, él con su pequeña Totem de montaña y ella con la lengua fuera casi todo el rato.

No, no podía quitarse de encima la sensación de desasosiego. Podía deberse a la existencia del asentamiento de chabolas en el Puente de Chapina, no lejos de allí. La verdad es que nunca los habían molestado. ¿Eran gitanos o rumanos? Qué más daba. Ella no los había visto nunca en la zona de los jardines del Guadalquivir. Los indigentes se limitaban a mirar con indiferencia a los pescadores ocasionales que lanzaban sus anzuelos en los márgenes del río

Ana pensaba en lo rápido que habían pasado los últimos cinco años desde el traslado al nuevo apartamento de Torneo. En lo lejos que quedaban los malos tiempos, cuando Vicente y ella estuvieron a punto de la separación. La frustración por la pérdida del primer hijo dio paso a la desesperación por no quedarse embarazada de nuevo. Luego llegó el infierno de los reproches. Sólo el anuncio de la llegada de Nacho pudo salvar la situación.

¿Estará ya en el puente? Seguro que sí. Lo que ha crecido Nacho, todo le está pequeño. Ana estaba pensando que tendrían que aprovechar las rebajas para comprarle ropa cuando oyó un ruido. Se volvió instintivamente pero no vio a nadie. El sendero se encontraba vacío. Estaba segura de haber oído algo, pero no sabía con certeza de donde provenía el sonido. Lo más seguro es que fuera un pájaro remolón que aún estaba localizando el lugar donde pasar la noche; o algún roedor buscando comida entre las cañas.

El río parecía un espejo. La última piragua hacía ya media hora que pasó por allí, y los barcos de turistas habían desaparecido. Pues estamos en temporada alta, pensó Ana más tranquila. Hay que ver lo infrutilizado que está el río. Otras capitales en la misma situación, y con esta temperatura, estarían saturadas de cruceros. Debe ser cosa de la crisis.

Alzó la vista y pudo observar cómo Venus brillaba ya con fuerza. La claridad de las luces de la ciudad impedía que el resto de estrellas acompañara al planeta. Los días son cada vez más cortos. Y más desde que

funciona el horario de verano. ¿Es una hora más o una menos? Soy disléxica hasta en eso. Ese fue el último pensamiento de Ana antes de que un golpe seco en la garganta la detuviera bruscamente.

# MIÉRCOLES

*Los problemas se acumulaban. Roberto me notificó que tenía que sustituir a Cecilia en pocos días. Eso significaba que más de la mitad del periódico iba a estar en mis manos cuando ni siquiera podía sacar adelante mi trabajo. Sin embargo, al finalizar la jornada, la mala noticia incluía una parte buena: tendría a Merche trabajando conmigo. Cerca de mí.*

*Creo que me enamoré de ella nada más verla entrar en el despacho de Roberto. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos las preocupaciones desaparecieron como por arte de magia. Enseguida nos pusimos a hablar como si nos conociéramos de toda la vida. Sé que le causé buena impresión, como ella a mí. Nada más despedirnos, saber algo más de Merche se convirtió en la primera prioridad. Ignoraba si estaba con alguien, si tenía pareja o se había casado, pero me propuse averiguarlo enseguida. Sin muchos problemas conseguí la carta de presentación y el curriculum de Merche en la oficina de personal. Por supuesto, allí no constaba que tuviera novio, pero al menos se confirmaba que era soltera. La cosa pintaba bien.*

*No pude apartar de mi mente la imagen de Merche en todo el día. Su sonrisa, su tez tostada y el brillo de sus ojos estaban presentes en cualquier actividad en la que estuviera implicado. Un obstáculo más —muy agradable, por cierto— para que no avanzara en mi trabajo atrasado. Recuerdo que mi participación en la reunión de portada fue nula. Mi postura pensativa era tan evidente que hasta el jefe se dio cuenta cuando me preguntó si me pasaba algo. Yo, normalmente, participaba activamente en todas las reuniones. Mis opiniones vehementes animaban el debate, tuviera que ver o no con mi sección; de ahí que mi actitud pasiva y la sensación de que me encontraba a kilómetros de allí despertaran las alarmas de Roberto, que cada vez me conocía mejor.*

*Esa tarde no faltó tema para la polémica. Se discutió sobre la necesidad o no de destacar en primera página el desalojo del asentamiento de chabolas del puente de Chapina, y la manifestación prevista para el día siguiente. En realidad, teníamos noticias de que la concentración había comenzado ya: los expulsados llevaban acampados desde primera hora de la tarde en los jardines del Cristina, enfrente del palacio de San Telmo. Los*

*cortes de circulación y la presencia de la policía local y nacional estaban poniendo las cosas al rojo vivo. La elección, por parte de los chabolistas, de reunirse en las inmediaciones del gobierno autonómico en vez de acudir a la plaza Nueva, donde tenía su sede el consistorio, tuvo curiosas consecuencias. El alcalde entendió que era un problema regional, mientras que el consejero de presidencia y el delegado del gobierno esperaban que el ayuntamiento tomara medidas. Unos por otros y la casa sin barrer. Esta circunstancia favoreció a los desalojados, que ganaron tiempo y se hicieron fuertes en el parque y en la calzada. También las fuerzas del orden público tomaron posiciones durante la noche. La jornada se presentaba de lo más caliente.*

*La mañana del miércoles nos deparaba aún otras sorpresas. En la reunión de las 09:00 nos desayunamos con un par de noticias más; bastante peores. Entonces pensé en Merche: mal día para estrenarse como reportera.*

—**Y**a tienes tu primer trabajo. —Fue la frase que Merche oyó antes de que Cecilia colgara. Eran las 07:30, mientras apuraba el café y le daba el último mordisco a la tostada de aceite pensaba en lo que acababa de ordenarle su jefa: que fuera directamente a cubrir la noticia de la protesta de los chabolistas sin pasar por el periódico. Tendría que reunirse con el fotógrafo, un tal Dani, en el Costurero de la Reina. Después, avanzarían hacia la manifestación para intentar hacer alguna entrevista y no perder detalle de lo que sucediera. Si el desarrollo de los acontecimientos lo permitía, el reportaje debía estar listo para que Cecilia le diera el visto bueno antes de la reunión de mediodía.

Merche dejó la taza en el lavaplatos. Los nervios no la habían dejado dormir esa noche, pero el café y la llamada del periódico la terminaron de despejar. En la cocina destacaba el color del aluminio: el de la enorme campana central, que recogía los humos de la vitrocerámica situada en la isla de debajo; y el del frigorífico de doble puerta, que cerraba una disposición de muebles en u donde no faltaba ningún electrodoméstico.

Merche regresó al dormitorio para cambiarse los zapatos por unas botas negras de pirata. El espejo del vestidor le dio la razón: a la cazadora de piel que llevaba puesta, y a los ajustados vaqueros, le iban mucho mejor el nuevo calzado que las *ballerinas*.

Una vez en el salón, comprobó que la noche se hacía la perezosa y aún no dejaba que arrancara el día. La vista desde allí era espectacular. A Merche le encantaban los áticos. Tres grandes ventanales mostraban una visión panorámica de la ciudad de casi ciento ochenta grados interrumpida solamente por las dos columnas maestras. La ventana del centro estaba orientada al sur, hacia Cádiz; la cristalera de la izquierda recogía los primeros rayos solares; y la de la derecha dominaba un Aljarafe todavía sembrado de pequeñas luces, pero que ya ofrecía su silueta característica gracias al crepúsculo matinal.

Merche había diseñado personalmente el salón con el objetivo de pasar la mayor parte del tiempo allí, y no para tenerlo de exposición. La cuidada mezcla de estilos, entre muebles antiguos y funcionales, cumplía la misión perfectamente. Los tenía repartidos en dos ambientes diferentes: el del comedor, presidido por una mesa circular de una sola pieza de caoba; y la zona de estar, con un moderno tresillo de piel de color beis. Mesitas antiguas, un aparador que escondía un mueble bar, una televisión de plasma, lámparas art decó y cuadros impresionistas llenaban los espacios, sin abarrotarlos, para

hacer de la habitación el lugar más acogedor de la casa.

Del buró del siglo XVIII, cogió un bloc de notas y un bolígrafo que introdujo en su bolso de Carolina Herrera. Mientras pensaba que esas eran las armas de una buena periodista sintió un ligero mareo. El vértigo de quien se da cuenta, por primera vez, de la responsabilidad que había asumido. Por un instante tuvo la tentación de abandonar antes de empezar. De continuar con su vida fácil, sin madrugones ni preocupaciones; con el saldo de su cuenta corriente nunca inferior a las cinco cifras; y con la vida resuelta para siempre. Fue un momento de debilidad que desapareció cuando vio la fotografía del doctor Vallés. El responsable de su, hasta ahora, insulsa existencia descansaba en el buró apoyado en la pared. Merche cogió el marco de plata con la instantánea de su padre, le dio la vuelta y se puso en marcha hacia su primer reportaje.

En el ascensor se dio cuenta de lo insuficiente que había sido la preparación para el trabajo que se le presentaba; sencillamente no existía. El poco tiempo del que disponía lo había gastado en vestirse y desayunar. Menos mal que Cecilia, por teléfono, le hizo un resumen improvisado de la situación: el lunes pasado la policía local había desalojado un asentamiento de chabolas en el puente de Chapina. Los afectados pertenecían a un clan de gitanos, *Los Sanluqueños*, que llevaban casi dos años recorriendo el extrarradio oeste de la ciudad buscando un lugar donde acampar. Provenían del barrio de Los Bermejales. Allí, varias reyertas con otro de los clanes se saldaron con varios muertos por parte de ambas familias. Casi era tradición que cada lustro se liarán a navajazos, cuando nadie sabía quién, o qué, era el origen de la disputa. El caso es que *Los Sanluqueños*, hartos de tanta sangre, optaron por abandonar las viviendas sociales que les fueron entregadas en su día para buscar un lugar mejor donde iniciar una nueva vida. Así las cosas, montaron sus tiendas, fabricaron sus chabolas y aparcaron sus furgonetas en distintos emplazamientos: desde el margen del río correspondiente a San Juan de Aznalfarache hasta el puente de Chapina, pasando por el Charco de la Pava. De todos ellos habían sido expulsados sistemáticamente.

El último desalojo se convirtió en la gota que hizo rebosar un vaso cargado de nitroglicerina. El jefe del clan anunció el lunes, después de ver como deshacían sus hogares, que pasarían a la acción hasta que les dieran una vivienda digna. Su acampada de ayer, enfrente de la sede del gobierno autonómico, confirmaba que no se estaba tirando un farol. Para complicar más las cosas, a la familia gitana se les unieron, progresivamente, una pequeña

comunidad rumana y todo tipo de vagabundos, mendigos sin techo y demás marginados que ya poblaban el asentamiento de Chapina con anterioridad.

La reunión ilegal de los chabolistas en los jardines del Cristina había cogido por sorpresa a la Administración. Sólo el corte del tráfico, en el acceso al palacio desde el paseo de Las Delicias, hizo reaccionar a las fuerzas de orden público, que estuvieron preparando toda la noche un amplio dispositivo antidisturbios.

Mientras salía del garaje, y doblaba la esquina para adentrarse en Bueno Monreal, Merche repasaba mentalmente todos los datos. En el primer semáforo en rojo, se concentró en memorizar una posible lista de preguntas que podría hacer tanto a los manifestantes como a la policía. Una vez más se recriminó la falta de previsión: debía haberlas escrito antes de salir, así como la información recibida por teléfono. La autoexcusa del poco tiempo que había tenido para organizarse volvió a funcionar. Al doblar por la Palmera se dijo que improvisaría sobre la marcha. Pisó el acelerador con decisión dispuesta a comerse el mundo. La sensación de mareo ya era historia.

**L**a primera imagen que vio, nada más abrir los ojos, fue la de una rata olisqueando entre la basura. A pesar de su tamaño, ni lo asustó, ni le dio asco. No tenía por qué, el roedor pertenecía al mundo particular de *El Gabacho*. Era un habitual de su bajo punto de vista. Allí, a ras de suelo, esa mañana hacía frío. Seguramente por eso se despertó tan temprano. Tuvo que esperar unos minutos hasta darse cuenta de dónde estaba. Su dormitorio improvisado se hallaba situado en la esquina de Juan Pablos con Valparaíso. Un nombre apropiado. Una ironía para describir el lugar donde se encontraba: tirado entre cartones, en un solar donde los restos de un derrumbamiento compartían lugar con desperdicios acumulados durante meses. El terreno abandonado estaba rodeado de una cerca metálica. Un gran cartel descolorido anunciaba la construcción de dos bloques de pisos de lujo. Por algún motivo la obra se había quedado parada casi antes de comenzar. Una víctima más de la crisis inmobiliaria. Un lugar estancado en el tiempo y olvidado por los habitantes del barrio; ideal para servir de cobijo a personas como *El Gabacho*.

Escudriñó su cerebro para averiguar cómo había llegado allí. Entonces regresó a su mente la imagen del cadáver de *Charlie*. No podía olvidar la expresión de su rostro: seguramente, el corazón del camello había dejado de latir en un momento en el que debía estar pasándolo bastante mal. Sus ojos

abiertos y una mueca de dolor así lo reflejaban. No cuadraba con una sobredosis, aunque aún tenía la aguja clavada en el brazo. Cuando abandonó la calle Trajano prometió no volver a pisar nunca más ese barrio. Estuvo caminando mucho tiempo. El temor le proporcionó la suficiente fuerza como para recorrer media ciudad hasta llegar al Porvenir. Debió meterse la poca heroína que tenía en el solar donde amaneció. Los efectos del mono no habían pasado del todo, pero eran mucho más soportables; como un recuerdo de los dolores más que los dolores en sí.

También se acordaba de la llamada que hizo en un momento de lucidez. Fue en una cabina de Felipe II. Su primera intención no era la de utilizar el teléfono, sino la de refugiarse para tomar aliento, comprobar cuánta droga tenía y, sobre todo, vigilar si alguien lo seguía. Tuvo suerte porque ya quedaban pocos habitáculos como ese. Telefónica había desmantelado la mayoría, el resto los fue sustituyendo por cabinas abiertas desde que el uso del móvil se hiciera mayoritario. Pensó en meterse el caballo allí dentro, pero el miedo que sentía aún prevalecía sobre el síndrome de abstinencia. Primero tenía que asegurarse de que seguía siendo invisible para la poca gente que circulaba por la acera; después debía buscar un lugar apartado donde pasar la noche. Antes de abandonar la cabina se fijó en el letrero metálico de color rojo. Contenía las normas para efectuar una comunicación de emergencia utilizando el número 112. Pensó en *Charlie*, tirado en el suelo de aquella habitación. Seguro que pasaban días hasta que alguien lo descubriera. Y lo harían por el olor a cadáver putrefacto. *Charlie* no se merecía ese final. No perdía nada haciendo esa llamada, totalmente anónima y gratuita. Cualquiera podría haber utilizado la cabina. Era lo menos que podía hacer por *Charlie*, su amigo; en realidad, el único que tenía. Se armó de valor y marcó el número de emergencia. Enseguida, una señorita le preguntó el motivo de la llamada. *El Gabacho*, con voz trémula, informó que en el 40 de la calle Trajano, en el cuarto piso, había un hombre muerto.

**L**a noche no pudo ser más dura. Desde luego, si ella lo hubiera sabido, no le habría cambiado el turno al caradura de Solís; el jeta había alargado el puente desde el viernes 29 hasta el miércoles 3. ¿Cómo se las arreglaba para camelar al comisario? El caso es que a ella no le tocaba pringar hasta el jueves, pero Solís la convenció para permutarlo por el martes, justo el día que finalmente resultó ser el peor del año para que te cogieran como jefe de turno.

Lamentando su mala suerte, la subinspectora Torres, de la comisaría de distrito Poniente, llegó a la escena del crimen.

Cassandra Torres, a la que todos sus compañeros llamaban “Sam”, estaba realmente agotada. No tuvo tiempo ni para ducharse, sólo para quitarse el uniforme y ponerse su ropa de paisano. La guardia había sido de perros. Desde que llamaron del servicio de emergencia anunciando la muerte de un hombre por posible sobredosis, hasta el aviso del crimen en la Barqueta, pasando por el envío de un destacamento al palacio de San Telmo, no había parado para descansar ni un minuto.

El primer caso, el del drogadicto de la calle Trajano, se lo quitó de encima rápido: se lo endosó al grupo de estupefacientes. Con el segundo hubo más problemas. El requerimiento urgente de la Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental para mandar un grupo que se uniera al dispositivo antidisturbios, tuvo su dificultad por la hora que era y la falta de personal. Al final, consiguió mandarlo pasadas las seis de la mañana.

El último asunto era el que la afectaba directamente. Sólo hacía una hora de la llamada de la policía local. El cadáver de la mujer lo descubrieron a unos cuatrocientos metros del puente de la Barqueta, en el sendero que conduce a los Jardines del Guadalquivir. Sam se puso en marcha enseguida para gestionar las primeras actuaciones. Lo primero que hizo fue avisar al comisario Ramírez. Sabiendo que el caso le iba a dar de lleno se anticipó a la jugada activando el grupo de policía científica, y alertando al juzgado para el levantamiento del cadáver. Hasta abrió un archivo para el comienzo de las diligencias de prevención. Al llegar el comisario, Sam le puso al corriente de todo y confirmó lo que se había imaginado: el jefe nombró al inspector Hidalgo, con Sam de auxiliar, para dirigir la investigación y efectuar el correspondiente atestado. Hidalgo y ella llevaban varios años actuando juntos y, prácticamente, ya era una rutina que les encargaran a ellos los homicidios. Como Rodrigo Hidalgo no había llegado todavía a la comisaría, Sam se adelantó al lugar de los hechos para hacerse cargo de la escena del crimen.

Ya era de día cuando Sam atravesó el camino forestal. Iba en el Citroen Picasso del parque de automóviles, sorteando a las pocas personas que a esas horas estaban haciendo footing o circulaban en bicicleta. Tenía prisa, pero debía andar con ojo al conducir por un camino en principio vetado para los automóviles. Después de pasar una curva muy abierta, y un pequeño cambio de rasante, divisó la zona acotada por la policía local.

Sam aparcó a un lado de la carretera y apagó las luces del todo

innecesarias ante un sol que ya se alzaba más de un palmo sobre el horizonte. Con decisión, levantó la cinta amarilla que señalaba el perímetro acordonado, mientras, con la otra mano, enseñaba la placa a uno de los dos agentes que aseguraban el recinto.

—Buenos días. Subinspectora Torres de la policía judicial —dijo Sam con autoridad al agente que la miraba incrédulo.

El aspecto de Sam se encontraba muy lejos del que se esperaba de una funcionaria del cuerpo de policía. Con una rebeca de lana ajada, cargada de bolas y de años, y un pañuelo hippie alrededor del cuello, parecía recién salida de una comuna más que de una comisaría. Se diría que a Sam no le importaba demasiado su imagen, sin embargo, su aparente desidia a la hora de vestir era engañosa. Sam hacía todo lo posible para esconder su figura regordeta y poco afortunada. Nada de vestidos ajustados. Esos anchos jerseys cumplían muy bien su función y, encima, eran muy cómodos. En el mismo sentido, había decidido cortarse su morena melena. Con eso evitaba el efecto negativo que produce un pelo demasiado largo sobre alguien que llega con dificultad al metro sesenta. Todo dentro de un estilo desenfadado, propio de quien no tiene ninguna intención de presumir. La única licencia, digamos elegante, que se permitía era llevar las gafas acorde al color de su ropa. Tenía una extensa colección, que guardaba celosamente, y le gustaba tomarse su tiempo para elegir la más adecuada antes de salir de casa. Ese día llevaba unas lentes estrechas con montura de color negro. Era cierto que su miopía las necesitaba, pero lo que más pesaba era su afán por esconder el rostro tras ellas.

Sam pasó rápidamente a la acción cuando pidió que la llevaran a ver al que estaba al mando. El mismo agente le confirmó que él era el responsable hasta que llegara alguien de la policía nacional.

—Muy bien, entonces quiero hablar con el que descubrió el cadáver —pidió Sam de forma que su deseo era una orden en toda regla.

—Fui yo, subinspectora —respondió el agente de nuevo, todavía sorprendido por aquella *Serpico* en versión femenina.

—¿A qué hora?

—A eso de las siete de la mañana. Llevamos toda la noche buscándola.

—Entonces sabemos quién es...

—Sí, su nombre es Ana Mateos, vive al otro lado del puente, en Torneo.

Sam anotó en una pequeña libreta la dirección y el nombre de la mujer y siguió preguntando al joven policía local.

—¿Quién denunció su desaparición?

—El marido de la víctima. Ha estado aquí hasta hace un rato. Le convencimos para que se fuera a descansar. Ha participado en la búsqueda y cuando hemos encontrado a su mujer no ha podido soportarlo. Se ha hundido completamente. Nunca he visto a alguien tan destrozado.

—Me lo imagino. —A Sam no le costó nada ponerse en el lugar de aquel hombre que acababa de perder a un ser querido. Ella tenía, por desgracia, su propia experiencia. Y sabía que lo peor estaba por llegar: cuando el marido se diera cuenta del verdadero alcance de la situación.

Al lugar del siniestro comenzaba a llegar más gente: un coche patrulla, con dos agentes más, y algunos curiosos que eran disuadidos de pasar más allá del cordón establecido.

—Por lo visto, avisó a la comisaría cuando su hijo regresó de la calle solo —siguió informando el policía municipal—. La víctima y el niño habían salido juntos por la tarde, como casi todos los días, a dar un paseo por el parque.

—Ya veo... —Sam pensó que lo primero que tendría que hacer era hablar con el marido para acotar tiempos y concretar donde habían estado exactamente la madre y el niño. Era inevitable incluirlo en la lista de sospechosos, mientras no tuvieran otra cosa.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Sam mientras miraba a un lado y otro de la calzada sin más resultado que el de una zapatilla de deportes abandonada, marcada con un número por los técnicos criminalistas.

—Aquí abajo. —El agente señaló un cañaveral situado en la rivera—. Si quiere seguirme...

Los dos policías bajaron con alguna dificultad hasta la orilla del río. Allí, el cuerpo sin vida de una mujer rubia descansaba en una posición poco natural. El cadáver seguía la inclinación del terreno, con la cabeza a un nivel inferior al de las piernas. Llevaba un chándal rosa y una riñonera abierta, con el contenido esparcido alrededor. Tenía el pie derecho descalzo; el izquierdo calzaba la pareja de la zapatilla encontrada arriba. El personal de la policía científica ya se encontraba trabajando gracias a la eficacia de Sam. Con sus batas blancas y los guantes de látex, uno se encargaba de fotografiar los restos y el entorno, mientras el otro examinaba el cuerpo y tomaba notas en una libreta.

—Buenos días, Santi —saludó Sam al que estudiaba el cadáver.

—Hola Sam; de buenos no tienen nada.

Santiago Casal era un tipo meticuloso y efectivo. Sam lo conocía bien y sabía que ya tendría alguna impresión del crimen.

—¿Sabemos la hora del fallecimiento?

—Yo calculo que dejó de respirar hace doce horas como poco, pero te lo diré con más exactitud cuando la examine el forense.

—¿Y la causa de la muerte?

—Ni idea, pero supongo que estas marcas han tenido algo que ver. —Santi señalaba el cuello de la mujer donde destacaban dos hematomas rojizos paralelos y muy bien delimitados—. Quizás estrangulada, aunque tiene una herida en la nuca que quisiera tener más tiempo para estudiarla.

—Ya me han dicho que el marido la ha reconocido... —Sam pensaba en alto.

—Sí, cuando llegábamos él se iba. Estaba bastante afectado —confirmó Santi.

Sam se tomó un momento de respiro. El cansancio le estaba jugando una mala pasada.

—Dime más cosas, Santi —dijo al cabo de unos segundos.

—Aún es pronto, pero, si quitamos las marcas del cuello, no hay otros signos externos de violencia, ni en el cadáver ni en el entorno. Lo que sí hemos podido apreciar es desde dónde pudo venir el asesino. —Santi señalaba una especie de camino, donde los arbustos estaban aplastados y las cañas tronchadas. El rastro discurría paralelo al camino asfaltado, pero por el margen del río.

—Sí. Debió seguirla hasta aquí, esperando su oportunidad para atacarla. —Sam razonaba mientras se aproximaba más al cuerpo. Sintió un escalofrío al ver el rostro azulado, entre desconcertado y compungido, de la víctima—. La deportiva de arriba indica que el asalto se produjo en la carretera. La sorprendió saliendo del cañaveral. Después la arrastró hasta el río. No se molestó en esconder el cuerpo. En tirarlo al agua, por ejemplo. Debía tener prisa.

Sam narraba la posible secuencia como si estuviera rodando una película.

—Podría tratarse de un robo... —dedujo la subinspectora agachándose para observar los restos esparcidos de la cartera que llevaba la mujer a la cintura—. Aunque es pronto para decirlo.

—Eso parece —apuntó el otro técnico.

Sam no supo si se refería al robo o a que era pronto para asegurarlo.

Observó cómo el policía tomaba una instantánea del supuesto contenido de la cartera. Muy cerca del cadáver se hallaba una polvera con el cristal roto, un lápiz de labios, un paquete de clínex y un llavero. «Qué coqueta, hasta para hacer footing se lleva un kit de maquillaje», pensó Sam al tiempo que no se imaginaba a ella misma haciendo ejercicio ni llevando esos horrorosos bolsitos en la cintura.

—Bueno, te dejo trabajar Santi. Ya me contarás si descubres alguna cosa.

—De acuerdo, pero no creo que adelantemos nada más hasta que el doctor la examine. Espero que el juez autorice a llevar el cuerpo al Instituto Anatómico Forense cuanto antes. Vamos, que no tendrás datos concretos hasta dentro de un par de días.

—OK. Te veo luego —dijo Sam subiendo de nuevo hasta la carretera, acompañada del agente municipal.

Arriba, los policías nacionales ya controlaban la situación.

—Ya tengo aquí a mis hombres —exclamó Sam cuando vio a la pareja de su comisaría vigilando la zona acotada y alejando a los curiosos—. Muchas gracias por todo. —Sam le dio una palmada en la espalda al joven municipal que, aunque se sorprendió del gesto tan poco femenino, le resultó bastante agradable—. Han hecho un buen trabajo. Me gustaría que dejaran un informe escrito con todo lo relevante. Cuando terminen, pueden irse a descansar. A partir de ahora nos hacemos cargo de la situación.

**E**l débil sol de la mañana posaba sus rayos sobre la pequeña torre cilíndrica del Costurero de la Reina. Merche dejó el Peugeot mal aparcado en la glorieta de los Marineros Voluntarios. Recordaba que cuando trabajaba en la revista pertenecía a la FAPE (Federación de Asociaciones de Periodistas de España) y tenía un carné que la acreditaba. ¿No deberían haberle dado algo parecido a una tarjeta de periodista para evitar que la multaran? Al volver al periódico lo preguntaría. De nuevo, volvió a sentir que se encontraba un poco en precario para realizar su primer trabajo, como si estuviera en uno de esos sueños recurrentes —más bien pesadillas— en los que, sin poder evitarlo, salía desnuda de casa, o en ropa interior, y todo el mundo se reía de ella mientras caminaba avergonzada por la calle.

Merche se acercó al Costurero de la Reina. De estilo neomudéjar, el monumento fue construido a finales del siglo XIX como cierre del jardín de la familia Montpensier. Con una planta en forma de trébol de cuatro hojas, el

edificio era un claro precursor del estilo arquitectónico que Aníbal González exhibiera en la Exposición Iberoamericana del 29. También estaba en la línea de los distintos pabellones que se levantaron en los huertos de La Cartuja en honor de la infanta María Luisa. Convertido en oficina de información y turismo, su función original fue servir de merendero, y de mirador del río y del parque, en los tiempos en los que la ciudad se consideraba una alternativa a la Corte de España.

Apoyado en una de las cuatro estructuras cilíndricas del edificio, la correspondiente a la hoja del trébol situada al sur, estaba el joven fotógrafo que sufrió la bronca de Cecilia. Tenía su inseparable Nikon colgada al cuello. Merche pensó que aquel debía ser Dani.

Tras las presentaciones de rigor, decidieron bajar andando por el paseo de Las Delicias. Acercar el coche era misión imposible. El dispositivo de tráfico cerraba la circulación desde la Torre del Oro hasta la rotonda donde estaba aparcado el Peugeot de Merche.

Después de pasar la Biblioteca Pública caminaron a la sombra del muro que protegía los jardines interiores de San Telmo, cuyas interminables obras por fin estaban acabando. La restauración de todo el complejo había diezmado las arcas municipales durante siete largos años. Un lujoso edificio que comenzó a construirse en 1682, en terrenos propiedad del Tribunal de la Inquisición. Su primera misión, la de albergar el Colegio Seminario de la Universidad de Mareantes, destinado a los huérfanos de la Marina Mercante, quedaba muy lejos de la actual como sede del Gobierno Autonómico.

A medida que los periodistas avanzaban aumentaban las señales de que estaba a punto de pasar algo serio. Policías aquí y allá, coches patrulla, microbuses y furgonetas protegidas con enrejados metálicos confirmaban que aquella parte de la ciudad estaba tomada por las fuerzas de seguridad.

Cuando llegaron a las inmediaciones del palacio pudieron observar a los dos bandos con claridad: por un lado, con el edificio a sus espaldas, una hilera doble de personal antidisturbios se iba preparando para desalojar a los manifestantes; por el otro, en los jardines del Cristina y alrededores, una muchedumbre desafiaba a los policías con insultos y pancartas.

La situación era tensa. Merche se dio cuenta de que, entre los chabolistas, se mezclaba mucha gente que no debía estar allí. Sobre todo, un grupo de jóvenes desaliñados que se mantenían unidos y cuchicheaban consignas entre ellos, algunos peinados con rastas, la mayoría con la mitad del rostro cubierto con pañuelos.

—Fíjate en esos, Dani —señaló Merche.

—Son los antisistema, no se pierden una —los reconoció Dani—; deberíamos apartarnos más. —Conforme hablaba se iba alejando. A Merche no le gustó su actitud y no se movió del sitio. Casi a gritos, más que hablarle le ordenaba:

—Tú toma fotografías que intentaré acercarme a uno de ellos para hacerle una entrevista.

—Estás loca, pero allá tú.

Merche dio un rodeo para acercarse a los manifestantes. Cruzó la avenida para esquivar a los policías y, entre dos furgones blindados, atravesó el cordón policial con sorprendente facilidad. Ya sólo tenía que volver a cruzar la calzada para unirse a una muchedumbre heterogénea formada por gitanos, rumanos y todo tipo de vagabundos, donde los jóvenes provocadores cada vez eran más numerosos.

En el momento en el que Merche iba a preguntarle algo al que parecía el líder, el grupo organizado se desplegó. Saliendo de la nada, decenas de jóvenes se unieron a la manifestación para reforzar los flancos y el centro. Estaban cargados de piedras y algunos llevaban botellas a medio llenar de las que sobresalía un trapito colgando. Curiosamente, Merche no desentonaba demasiado con su aspecto de motera.

Uno de ellos, cubierto con un pasamontañas, blandía una honda de cuero. Hizo girar el arma casera a gran velocidad sobre su cabeza hasta que desplegó su proyectil con precisión y alcanzó a uno de los guardias en el casco. El policía se desplomó como un muñeco de trapo. La caída del agente fue el pistoletazo de salida para que estallara una violencia desahorada e irracional.

**E**l tamborileo de los dedos de Roberto en la mesa anunciaba su nerviosismo por el retraso de la junta matinal. Ya estaba siendo habitual que la reunión comenzara un cuarto de hora tarde. Todos los días tenían que esperar a Jaime. Roberto sabía que lo hacía a propósito; como tantas otras cosas. La situación era delicada: Roberto tenía que aguantar los desplantes del hijo del jefe sabiendo que no podía echarlo a la calle. Pero, por otro lado, el que mandaba allí era Roberto; eso también lo sabía Jaime. Don Juan le encargó personalmente que manejara la situación con mano izquierda. Sólo en el momento en que la cosa se saliera de madre, el presidente del grupo intervendría. Roberto hacía lo que podía. Aunque Don Juan le dio esas

instrucciones, debía actuar con prudencia. Lo último que quería era un enfrentamiento con el hombre que más admiraba por culpa del inútil de su hijo. Eso no impedía que, un día sí y otro también, le echara la bronca a Jaime y lo ignorara en la toma de decisiones.

—Buenos días, perdonad el retraso. —Jaime apareció por el vano de la puerta acristalada mostrando la más cínica de sus sonrisas. Llevaba el habitual peinado hacia atrás, pero más brillante que otros días. La duda de Roberto era si se debía a un exceso de gomina o a que lo tenía más sucio y grasiento de lo normal.

En la mesa también aguardaban Enrique y Cecilia, el primero sentado a la izquierda de Roberto y la segunda algo más alejada. Todos con cara de pocos amigos.

—Ya era hora. La próxima vez empezamos sin ti —le amenazó Roberto que se levantó de la presidencia para cerrar el despacho—. Hoy estaba la puerta abierta. Mañana a las 09:00 ya estará cerrada. Si te la encuentras así, no te molestes en entrar.

Jaime se sentó a la derecha de Roberto y se acercó una taza de café, ajeno a la reprimenda.

—Oye, menudo bombón la que entrevistaste ayer ¿no? —exclamó Jaime mirando a Cecilia, mientras se relamía tras el primer sorbo de café.

El cambio brusco de tema tenía una doble intención: que todo el mundo se diera cuenta de lo poco que le impresionaban las amenazas de Roberto; y averiguar si aquella monada, que ya se encontraba en su punto de mira, trabajaba en el periódico.

Sin embargo, no fue Cecilia la que le contestó sino Enrique visiblemente enfadado:

—Ni se te ocurra acercarte a ella —le salió del alma a Enrique, que se dio cuenta enseguida de que una parte de su intimidad había quedado al descubierto.

—Vaya, vaya, Jarque. Quién lo diría. —Jaime disfrutaba—. Tranquilo, no tenía intención de acapararla para mí solo. Si te parece, podemos turnarnos...

El cinismo de Jaime era tan insoportable para Enrique que echó la silla hacia atrás en un ademán claro para levantarse y ajustarle las cuentas a aquel mamarracho. Lo habría hecho si no se lo hubiera impedido el brazo extendido de su jefe. Roberto, con determinación, puso orden en la reunión antes de que se convirtiera en una riña de taberna:

—¡Dejaros de comportaros como niños, tenemos cosas urgentes que

tratar!

Las aguas volvieron a su cauce, pero la tensión se mascaba en el ambiente. Roberto esperó un minuto para hablar mientras recogía unas anotaciones. Era una táctica para asegurarse de que el conato de pelea había sido sofocado y que aquello volvía a ser una junta de redactores jefe.

—Mi confidente habitual de la policía me ha adelantado un par de noticias a las que debemos dar prioridad —anunció Roberto con seriedad.

Sus palabras consiguieron atraer la atención de todos que lo miraban sin pestañear. Como Roberto se tomó algunos segundos en continuar con la información, Enrique se adelantó algo más relajado:

—¿Nos dirás algún día quién es ese “garganta profunda”? —preguntó con ironía el periodista.

Roberto ignoró la petición de Enrique y siguió leyendo lo que tenía escrito desde hacía media hora en una página arrancada del bloc de notas telefónicas:

—Ayer encontraron a un hombre muerto en un piso de la calle Trajano, al parecer por sobredosis. Y esta madrugada ha aparecido el cadáver de una mujer en los Jardines del Guadalquivir, cerca del puente de La Barqueta. Un asesinato, seguro.

Un segundo silencio inundó la sala, esta vez para la reflexión.

—Pues debemos ponernos en marcha enseguida si queremos ser los primeros —dijo por fin Cecilia con apremio.

—¿Puedes mandar a alguien para que cubra el suceso de La Barqueta? —preguntó Roberto.

—No. He enviado a la nueva, a Mercedes, con lo de la manifestación de San Telmo. No hay nadie más y la chica no tiene el don de la ubicuidad que yo sepa.

—¿Has mandado a Merche allí? —A Enrique esta vez no le importó que se notara la preocupación—. Te has pasado. El primer día y le asignas un trabajo propio de un corresponsal de guerra experimentado.

—La guapa está pagando la novatada —sentenció Jaime con ironía.

—Así espabila —Cecilia parecía estar más en sintonía con el comentario de Jaime que con el de Enrique.

—Esperemos que termine pronto —siguió diciendo Cecilia—. De todas formas, el tema de las drogas es sencillo, puede esperar a la nota de prensa de la policía. En cuanto al crimen, si quieres me encargo yo misma; lo tenemos aquí al lado —se ofreció Cecilia.

—De acuerdo. —Roberto subrayaba su conformidad con un movimiento de cabeza.

La periodista iba a añadir algo cuando la interrumpió el tono de llamada de su móvil. Sin pedir excusas atendió al teléfono. Conforme iba escuchando a su interlocutor la expresión seria de su rostro se iba transformando en una mueca de sorpresa.

—Es Dani —anunció Cecilia con gravedad—. Han detenido a Merche.

**L**o peor no era el frío, sino la humedad que lo calaba hasta los huesos. *El Gabacho* estaba dentro de una caja de cartón que en su día había servido de embalaje para un frigorífico y que ahora usaba a modo de saco de dormir. Como la protección era claramente insuficiente para pasar una noche de noviembre, antes de dormirse se había tapado con algunos cartones más. La falta del calor extra que le proporcionaban esos cartones es lo que lo despertó antes de tiempo. Alguien se los había quitado. Se incorporó y entonces se dio cuenta que, a sus pies, como un perro faldero, otra persona tendida en el suelo los estaba usando descaradamente.

*El Gabacho* se levantó para ver quien era su compañero de “dormitorio”. Resultó ser una mujer de edad indefinida. La cara le sonaba de haberla visto por el piso de *Charlie*, como a tantos otros desgraciados. Seguramente tan adicta al caballo como él, igual de desaliñada y con los huesos de la cara tan señalados que sería muy fácil enumerarlos en una práctica de anatomía. La versión en negativo de la Bella Durmiente. De pelo color ceniza, enredado y sucio, de muchos meses sin cuidar, dormía plácidamente. *El Gabacho* le arrancó los cartones, pero la sin techo no se despertó. Supuso que el efecto del alcohol y las drogas la mantenían junto a Morfeo.

El yonqui pensó en ella como en una posible portadora de heroína o cocaína. Y así la trató. Sin ningún recato la registró a conciencia. Metió las manos entre su ropa. La volteó y la zarandeó como si fuera un fardo. Lo hizo con el interés de alguien al que le pueden solucionar toda su vida. Lo cual era cierto, si se tenía en cuenta que el horizonte vital de *El Gabacho* se limitaba a doce horas, las que faltaban para que el mono fuera insoportable.

Con la última sacudida, la mujer se despertó.

—¿Qué haces? —llegó a articular una protesta la yonqui con bastante dificultad

—Me has quitado mis cartones —se justificó *El Gabacho*.

—Vete al carajo —masculló la mujer dándole la espalda para seguir durmiendo.

—Oye —*El Gabacho* la cogió con violencia del hombro para volver a darle la vuelta—: ¿no tendrás un poco de caballo? Estoy seco.

—No tengo nada, tío, déjame...

—Tú has estado en el piso de *Charlie* ¿verdad? —preguntó *El Gabacho* que aún la presionaba con su mano.

La pregunta actuó como un resorte: la mujer se incorporó sobresaltada.

—No sé quién es *Charlie*.

—No me vengas con esas, te he visto allí varias veces.

La mujer miraba a un lado y a otro desorientada y visiblemente asustada.

—¿Qué quieres? ¿Por qué no me dejas en paz?

—No voy a hacerte daño —la tranquilizó *El Gabacho*—. Sólo quiero saber donde conseguir algo de heroína.

—Te he dicho que no tengo nada. Todo el mundo sabe dónde conseguirla ¡no me jodas!

—Ya, pero yo no tengo dinero.

—Haz como yo: déjalo.

—Si tú estás limpia yo soy el presidente del gobierno —se burló *El Gabacho*.

—Me da igual que te lo creas o no. Llevo dos días sin consumir. No quiero acabar como *Charlie*...

—Ya veo que no conocías a *Charlie*... —exclamó *El Gabacho* con ironía.

La mujer se dio cuenta de su error, pero no pareció afectarle mucho. Se levantó y recogió un par de bolsas de basura: su equipaje.

—Vale, ahora eres una santa, pero dime dónde comprabas antes — insistió *El Gabacho* volviendo a sujetarla para evitar que se fuera

La indigente se soltó disgustada. Le miró a los ojos y se tomó su tiempo hasta que finalmente le informó:

—*El Moro*... Vende la misma mierda que *Charlie*.

—¿Dónde puedo encontrar a ese *Moro*?

—Vete por la noche a la plaza de Los del Río.

—¿Y me fiará?

—Es posible que te adelante algo. Al principio, puede. Después más vale que le pagues. —La sin techo se echó las bolsas al hombro y le lanzó una última frase a *El Gabacho*—: Ni se te ocurra decirle que me has visto.

—No sé quién eres. No puedo hablar de alguien a quien no conozco.

*El Gabacho* ya tenía la información que necesitaba. Nada le unía con aquella mujer con la que, prácticamente, había dormido. Así que la dejó marchar. En su vida a ras de suelo no se hacían amigos. Aunque ella formaba parte de su entorno, nada le retenía a su lado. Ni ella quería su amistad, ni *El Gabacho* la buscaba. Sólo el interés podía unirle con alguna persona en un determinado momento. Así funcionaba con *Charlie*; hasta que murió.

**E**l Citroen Picasso rodaba por el puente de la Barqueta en dirección a la avenida de Torneo. El puente Mapfre, como realmente se llamaba desde que dicha empresa patrocinó su construcción en el 92, era el verdadero nexo de unión entre el casco antiguo y la ciudad moderna; el cordón umbilical que unía la villa con el renacido barrio emprendedor. Una arteria que transportaba diariamente miles de personas, que circulaban como hace la savia cuando camina desde el tronco a las ramas para afianzar el nuevo brote y asegurarse de que crece fuerte y sano.

El inspector Hidalgo siempre dejaba conducir a Sam. Lo hacía por dos razones: porque una mujer que ronda la treintena tiene más reflejos que un hombre que está muy cerca de los sesenta; y, segundo, porque Hidalgo había comprobado que era cierto eso que decían de que la mujer es capaz de hacer varias cosas a la vez. Desde luego, Sam le demostró en varias ocasiones que podía atender la persecución más comprometida por las calles más estrechas del centro y, simultáneamente, mantener una conversación con él, o ponerle al día con las últimas novedades del caso que estuvieran llevando. Esto último es lo que Sam hizo desde que Hidalgo llegó a la escena del crimen.

“Un asunto feo”, concluyó el policía cuando Sam le informó de todos los pormenores. Apenas tenían pistas. Por una vez, nada tenían que ocultar a los periodistas porque nada sabían. Tuvo que despachar con un “ningún comentario hasta mañana que daremos una notificación a la prensa” a la única representante de los medios de comunicación que se acercó al lugar del suceso. Una mujer desagradable, bastante mayor para estar embarazada. Seguro que era de aquellas que ponían a parir a la policía. “Embarazada” y “parir”, el chiste le hizo sonreír, pero al preguntarse cómo coño se había enterado tan pronto ya dejó de hacerle gracia.

Para avanzar en la investigación, o más bien para iniciarla, dependían exclusivamente de los informes, tanto del forense como de los técnicos

criminalistas. El juez acababa de dar la orden de levantar el cadáver para llevarlo al Instituto de Medicina Legal, así que la maquinaria ya estaba en marcha. Lo malo es que los primeros resultados aún tardarían en llegar dos días, como poco.

Seguramente se trataba de un robo, pero ¿por qué matarla? En un principio, aparte de aquellas marcas en el cuello, no existían signos de lucha, ni nada apuntaba a una violación. Por otro lado, no tenían ningún testigo y sólo gracias al aviso del marido se pudo dar con el cadáver. ¿Sabía él dónde se encontraba el cuerpo antes de que lo hallaran los municipales?

El vehículo llegaba a la avenida de Torneo, cruzaba la rotonda y se incorporaba al carril derecho, en el sentido que le conducía hacia el puente del Alamillo. Paralela a la calzada desfilaba una hilera de plátanos de sombra que aún dudaban entre el color verde de sus hojas y el ocre más propio de la estación. Enfrente lo tenían más claro: al lado del río, las palmeras datileras y las jacarandas ofrecían un tono verdoso y homogéneo a lo largo de todo el paseo.

—Jefe, ¿quieres comprobar la calle? —le pidió Sam a Hidalgo mientras le pasaba el bloc de notas.

—José Díaz; creo que es la siguiente a la derecha. —La contestación de Hidalgo provocó que Sam empujara la palanca del intermitente hacía arriba.

Desde el último caso, Hidalgo dejaba que Sam llevara la iniciativa de los pasos a seguir en la investigación. Lo más lógico era empezar interrogando al marido de la víctima. Les iba muy bien con ese sistema de delegación y supervisión por parte de Hidalgo. Sam se había ganado su confianza a base de trabajo duro y efectivo. Era una investigadora de primera, con un olfato especial que la llevaba por el camino correcto sin apenas cometer errores. Siempre iba unos pasos por delante de Hidalgo; en todos los sentidos. En los últimos meses, la insistencia de Hidalgo para que Sam se decidiera a promocionar a inspectora, era una constante. Pero ella siempre inventaba excusas tan poco originales como la falta de tiempo para estudiar, “el año que viene me pongo con ello” y cosas así. En el fondo, a Hidalgo no le molestaba su falta de interés por ascender. Al revés, si se mantenía como subinspectora las posibilidades de seguir juntos eran mayores.

Y es que la relación entre Hidalgo y Sam traspasaba lo profesional para entrar de lleno en el terreno afectivo. Hidalgo había trabajado con el padre de Sam, con el inspector Torres. Un tipo duro al que pusieron en la lista negra cuando un alijo de drogas incautado desapareció de la comisaría. Todos

apuntaron a Torres como responsable sólo porque estaba de jefe de turno. A raíz de aquellos hechos, Eduardo Torres pidió voluntariamente un destino en el País Vasco. Quería alejarse lo más posible de la comisaría donde lo señalaban como culpable de una corrupción que nunca llegó a demostrarse. Se fue solo, sin la familia, dispuesto a pagar por un delito que no había cometido.

En Bilbao, el inspector Torres demostró su valía, pero se dejó la vida en un atentado de ETA. Un coche bomba le destrozó las piernas. Hidalgo se recorrió España de un extremo a otro para velar la agonía de su compañero en el hospital. La amistad labrada en duros años de lucha propició que Torres le pidiera a Hidalgo que cuidara de su familia. Hidalgo se lo prometió justo antes de cerrar los ojos de su amigo.

Y lo cumplió: se hizo cargo de la familia Torres, pero sin desvelar nunca que aquello formaba parte de un juramento. Ayudó a pagar los estudios del hijo mayor y vio como crecía Casandra. Sam tenía doce años cuando murió su padre, sin embargo, los recuerdos que tenía Hidalgo de la infancia de su compañera siempre estaban asociados a una época anterior, a la imagen de una niña gordita y simpática con dificultades para pronunciar su nombre. “Sanda” decía la menor a la vez que movía graciosamente la cabeza y provocaba el baile de sus dos coletas. De aquellos primeros balbuceos salió su apodo actual.

La viuda de Torres nunca se repuso del fallecimiento del policía. Al sufrimiento por las falsas acusaciones y las calumnias, le siguió la depresión por la muerte de su marido. Su deterioro psíquico fue en aumento hasta dejarla en un estado catatónico que obligó a recluirla en un centro psiquiátrico de Carmona.

Hidalgo intentó que Sam estudiara alguna carrera superior, pero la adolescente sólo tenía ojos para la policía y veía en Hidalgo el ejemplo a seguir. El inspector no pudo evitar que Sam entrara en el cuerpo, pero si consiguió que la trasladaran a la comisaría donde él estaba destinado. Desde entonces, procuró tenerla cerca, más que nada para protegerla. Le enseñó todo lo que sabía y poco a poco fue dejándole más responsabilidad. Sam se convirtió en una agente capaz de manejarse por sí sola y de hacerlo tan bien como la mejor. Sin embargo, Hidalgo no podía dejar de pensar en la promesa dada a un viejo policía en su lecho de muerte.

**D**efinitivamente, aquel sótano tenía un defecto de diseño. Y no porque

estuviera mal distribuido: el ancho pasillo separaba las doce celdas, seis a cada lado, y la planta estaba bien iluminada; sino porque los materiales de construcción no aislaban el ruido, más bien parecía que lo amplificaban. Seguramente había sido un fallo de previsión donde los cálculos se hicieron teniendo en cuenta la ocupación media, y no la total. El caso es que el griterío de los presos era insoportable: rebotaba en las paredes y en el techo para construir una especie de sonido metálico que amenazaba con romper los tímpanos de Merche.

Ella intentaba aislarse del resto de detenidos observando el lugar donde estaba encerrada. La verdad es que el habitáculo era espacioso. Debía tener unos quince metros cuadrados, en una superficie rectangular donde uno de los lados lo formaban las sólidas rejas de acero. No obstante, al estar abarrotado, la sensación que daba el calabozo era cercana a la claustrofobia.

Merche se acomodó en una esquina huyendo de las protestas de los presos que no paraban de gritar. Se sucedían las consignas antifascistas, republicanas, contra el capitalismo y revolucionarias de todo tipo, en una situación que se le antojaba a Merche totalmente absurda. Era como si hubiera viajado en el tiempo a una época pretérita donde la falta de libertades podría respaldar la actitud de los detenidos. Pero, en el momento actual, ¿de qué se quejaban tan airadamente? ¿Era la situación tan desesperada que justificaba el poder quemar vivo a un agente con un cóctel molotov? Merche no lograba entender qué tenía que ver todo aquello con la reivindicación de los chabolistas.

Su primer día de trabajo y en menudo lío estaba metida. Las cosas no podían haber salido peor. Los acontecimientos se precipitaron desde que la primera piedra impactó en el policía. Merche se dio cuenta de lo terriblemente efectiva que podía ser una honda bien esgrimida. David contra Goliat en versión moderna, pero distorsionada. El guardia, rápidamente, fue desalojado hacia un lugar más seguro, mientras, la primera hilera de antidisturbios arremetió furiosa contra la multitud, en lo que parecía una venganza por la agresión traicionera que había sufrido su compañero.

Merche intentó abandonar la zona caliente de la manifestación, pero se lo impidieron los empujones de los que venían detrás. Entonces, decidió huir por el flanco derecho, hacia la calzada. Un porrazo disuasorio, de un agente cabreado, la obligó a cambiar de maniobra. Intentó correr en sentido opuesto, pero se topó con una melé improvisada de gente que gritaba mientras se pisoteaban unos a otros. Sin salida, intentó aguantar la embestida

protegiéndose con los brazos en la cara. No le sirvió de nada gritar que era periodista; sólo obtuvo más impactos de los duros bastones antidisturbios por todo el cuerpo.

Fue un segundo grupo de policías, muy bien organizado, el que comenzó a detener a los provocadores. Merche se sorprendió al ver cómo les incautaban todo tipo de armas blancas. Había subestimado a los alborotadores: eran más peligrosos de lo que parecían. Merche no se libró de un registro y un cacheo a conciencia. Le quitaron el bolso, y con él el móvil, mientras seguía insistiendo que pertenecía a la prensa, que podían llamar al periódico para comprobarlo. No sólo hicieron caso omiso a sus protestas, sino que la introdujeron a empujones en un furgón blindado con otros diez más. Cuando el vehículo arrancó vio entre las rejas a Dani que estaba hablando con un agente. Le mostraba una especie de carné, mientras señalaba el vehículo.

Merche pensaba que las gestiones de Dani no debieron surtir mucho efecto cuando llevaba ya más de cinco horas en aquella celda. A pesar de todo, intentó aprovechar el tiempo. Con los jóvenes violentos ni siquiera lo intentó, pero sí sondeó a uno de los afectados por el desalojo de las chabolas. Cisco, que así se llamaba, le contó cómo hace dos años tuvieron que salir a escondidas, por la noche, del barrio de los Bermejales. El clan de *Los Romanos*, la familia enemiga de siempre, los atacó el día anterior mientras celebraban la boda de uno de los primos de Cisco. Prácticamente, todas las viviendas sociales de *Los Sanluqueños* estaban vacías aquella noche. En la casa de Cisco sólo quedaba Jesús, su hermano pequeño de diecisiete años. Se había quedado a estudiar porque al día siguiente se examinaba de la selectividad. El chico era inteligente, le gustaba el instituto y era la esperanza de la familia: estaban seguros de que un día los sacaría a todos de la miseria. Sin embargo, tuvo la mala suerte de que *Los Romanos* eligieran esa vivienda para el asalto. Los malnacidos tenían todo estudiado, sabían que no habría oposición mientras sus enemigos estuvieran en el banquete. Su enésima venganza esta vez iba a ser fácil. No pensaban encontrarse a nadie, simplemente iban a destrozar una de las casas y llevarse todo lo que encontraran de valor. Pero Chus los debió sorprender. Al chiquillo no le dieron opción. Lo cosieron a navajazos antes de que terminara de bajar las escaleras. Cuando uno de los hermanos de Cisco se acercó al adosado a por más cerveza se encontró con el cuerpo ensangrentado del adolescente. Con el chaval en brazos, llorando de rabia y de pena, caminó hasta el solar que hay debajo del puente del Quinto Centenario, donde se celebraba la boda. La

trágica noticia acabó con los festejos. A los gritos que clamaban venganza y más sangre, por primera vez, se unieron otros que pedían acabar con tanto sufrimiento. El jefe del clan aprovechó la reunión para dirigir una votación que marcó su destino en los dos años siguientes: irse de su barrio y comenzar una nueva vida en cualquier otro lugar.

Merche quería tomar nota del testimonio de Cisco y de todo lo que le había sucedido ese día para redactar su primer artículo, pero le confiscaron su bolso y no tenía nada para escribir. Se acercó a la puerta de la celda y, entre las rejas, pudo ver a un funcionario que intentaba acallar las voces de los violentos sin ningún éxito. Le resultó imposible hablar con él, pero sí vio cómo de la primera celda sacaban a uno de los detenidos y se lo llevaban escaleras arriba. Parecía que por fin los iban a dejar salir de allí. Justo a tiempo porque al ruido ensordecedor, y al olor a sudor, se les estaba uniendo una peste a marihuana que no podía soportar. El descaro de aquella gente era tremendo. ¿Cuántos días al año se pasaba aquella chusma en la cárcel?

Al cabo de unos minutos, Merche observó cómo regresaban dos policías con el mismo detenido para volverlo a encerrar, y cómo llevaban, a empujones, al siguiente hacia arriba. No los estaban liberando. Seguramente los estaban fichando o estaban comprobando que ya los tenían registrados en la base de datos.

A Merche le entraron ganas de llorar. Volvió a su esquina en un estado próximo a la depresión. Se sentó en el suelo y se abandonó a sus pensamientos. Seguro que se iba a pasar todo el día allí; e incluso la noche. La iban a fichar y al final se enteraría su padre —eso era lo que más la preocupaba—. Todas esas oscuras expectativas hacían mella en su estado de ánimo que iba cediendo poco a poco. Abatida, se llevó las manos al rostro. Fue cuando oyó el ruido de la cancela al abrirse. El funcionario gritó su nombre dos veces; la segunda se pudo oír gracias a que el ruido ambiente decayó un momento porque los alborotadores se percataron de que alguien entraba en la celda. Merche vio a una persona conocida al lado del guardia. Por segundo día consecutivo, la presencia de Enrique mejoraba, y mucho, su vida.

**S**am pulsó el timbre del portero automático del apartamento 7-2. Desde el otro lado del telefonillo, después de la identificación verbal de los agentes de policía, alguien con un hilo de voz les abrió la puerta.

—Pasa, Hidalgo. —Sam le cedió el paso a su superior al que llamaba indistintamente “Jefe” o “Hidalgo”. Nunca por el nombre. Y no porque no tuviera la suficiente confianza, sino por todo lo contrario. Desde que Sam era pequeña, en su casa, siempre había oído llamar a Rodrigo Hidalgo por su apellido. Si alguien le preguntaba el porqué, Sam siempre respondía una cosa absurda, inventada por ella, y que no se correspondía con la realidad: “porque para mí es una redundancia que alguien se llame Rodrigo y se apellide Hidalgo y, como me gusta más el segundo, elimino el primero y así resuelvo la repetición”. La tontería le hacía gracia al inspector al que no le importaba en absoluto que lo llamara por el apellido. Tampoco se sentía ofendido cuando Sam se reía de ambos al compararlos con Don Quijote y Sancho. El apellido, unido a la espigada figura de su jefe, más el aspecto redondo y bajito de ella, venían totalmente al pelo. A Sam le divertía imaginarse a Hidalgo con armadura y una bacía por sombrero. Para un parecido total con el protagonista de la obra inmortal de Cervantes, al inspector sólo le hacía falta que su cabello corto y cano estuviera acompañado de una larga perilla del mismo color.

Sin embargo, la situación actual distaba mucho de ser graciosa: tenían el marrón de interrogar al marido de la víctima. No había más remedio que comprobar horas y coartadas, y pasar aquel mal trago cuanto antes.

—Esto va a ser difícil, Jefe —dijo Sam cuando atravesaron la puerta enrejada y entraron en el edificio.

—Sí, esta es la parte que menos me gusta de una investigación —respondió Hidalgo a la vez que movía la cabeza negando.

Los policías se cruzaron con un hombre bajito y moreno que salía del ascensor. Llevaba un maletín en una mano y un puro a medio terminar en la otra. La mirada asesina de Sam se clavó primero en el habano y luego en el personaje que ni siquiera se molestó en saludarlos.

—Buenas tardes —exclamó Sam con retintín cuando el hombre ya estaba saliendo por la puerta—. Será maleducado el tío, menuda peste ha dejado en el ascensor. —Los aspavientos con las manos de Sam le resultaron exagerados a Hidalgo que volvió a mover la cabeza de la misma forma, aunque, esta vez, la reacción de su compañera hizo que de su rostro asomara una ligera sonrisa.

Cuando llegaron al séptimo piso, la puerta del apartamento 2 estaba abierta y en el vano los esperaba un hombre abatido. Sam pensó que no debía ser mayor de cuarenta años, pero que si tuvieran que averiguar su edad por el aspecto que presentaba lo tendrían muy difícil.

—Inspector Hidalgo y subinspectora Torres —dijo Hidalgo.

El hombre le estrechó una mano tan apagada como él y se presentó como Vicente Portolés, el marido de la víctima.

—Le acompañamos en el sentimiento. —Sam eligió la frase más convencional para aquellos momentos, pero le sonó algo falsa a medida que la iba pronunciando. Aquella persona hundida, sin embargo, parecía agradecido por el consuelo estándar y les sonrió mientras los invitaba a pasar. Los guió por un recibidor que tenía dos puertas: una, se imaginaba Sam que daría a la cocina; la otra, estaba abierta y conducía a un amplio salón.

—Siéntense, por favor ¿quieren tomar un café?

—No, muchas gracias —respondieron casi a la vez Sam e Hidalgo.

Los policías se acomodaron en un sofá de dos plazas, mientras que Portolés se sentaba algo alejado, en el filo de un sillón orejero.

—No vamos a molestarle nada más que unos minutos —dijo Hidalgo.

—Pregunten lo que quieran. Estoy a su disposición. —A Sam le agradó la actitud de Portolés y se preguntó si ella hubiera actuado de la misma forma en aquella situación.

—Nos gustaría saber a qué hora vio a su mujer por última vez el martes. Estamos intentando acotar las horas del... —Sam no acertaba con la palabra adecuada para que no sonara demasiado fuerte ante la presencia de aquel hombre destrozado. Tuvo suerte de que Portolés se adelantara y no la dejara seguir:

—Ana y Nacho salieron a las cuatro y media. Solemos comer... pronto. —Vicente Portolés se resistía a pensar que ya no iban a volver a sentarse a la mesa juntos nunca más—. A las dos, cuando yo vuelvo del trabajo. Si hace buen tiempo, después de la siesta del pequeño, aprovechan para ir a pasear al Jardín Americano. —Algo le impedía conjugar el verbo en pasado, como aferrándose a la idea de que el problema era pasajero, que mañana volverían a estar juntos de nuevo.

—¿Usted no los acompañaba? —preguntó Sam devolviéndole a la realidad.

—No. Siempre me quedo a trabajar en casa. Soy arquitecto técnico y prefiero sacar trabajo en esas dos horas que me quedo solo para luego tener libre el fin de semana.

—Ya veo. —«Esa es su coartada» pensó Sam: bastante floja—. ¿Entonces a qué hora solían volver a casa?

—De seis a seis y media. Desde luego, siempre antes de anoecer. Por

eso me preocupé cuando veía que no llegaban... ya era de noche... Y luego apareció Nacho, solo en la puerta con su bici..., sin su madre... —Vicente se llevó una mano al rostro para ocultar el sollozo que, esta vez, no pudo evitar.

—Tranquilo, tómese su tiempo. —Sam no sabía si levantarse para consolarlo, o esperar que se calmara. Optó por lo segundo mientras se retorció en el sofá.

—Perdónenme. —Portolés se repuso y con voz trémula consiguió seguir hablando—. Creo que Nacho llegó alrededor de las ocho. Me dijo que estuvo esperando a su madre en el puente. Que estaba todo muy oscuro y prefirió volver a casa. El pobre, tuvo que cruzar solo la avenida; para que alguien lo hubiera atropellado... Lo dejé con la vecina y salí a buscar a Ana.

—Es posible que tengamos que hablar con su hijo más adelante —intervino Hidalgo que, como de costumbre, dejaba que Sam llevara el peso del interrogatorio.

—Ahora está en casa de su tía, se ha empeñado en cuidar de él hasta que todo esto pase... —Vicente, cabizbajo, volvía a sumirse en su dolor.

De repente, tras unos segundos de silencio, se incorporó para buscar los ojos de Sam y preguntarle con decisión algo que le debía estar reconcomiendo por dentro: si su mujer había sufrido, si la habían maltratado. Sam le dijo que eso estaba en manos del forense, que era pronto para saberlo, pero que no encontraron signos de violencia. La información no pareció calmar a Portolés que se volvió a tomar un minuto de silencio antes de levantar la cabeza de nuevo. La detective esperó a que se recuperara del todo para seguir con la rutina:

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño a su esposa?

—No.

La respuesta fue tan rápida, seca y segura que Sam no insistió mucho más en ese aspecto. Ahora venía lo delicado:

—Me gustaría saber que tipo de relación tenía con su mujer. Quiero decir si se llevaban bien, o si tenían algún tipo de problema.

—No entiendo a qué se refiere. Somos una familia normal... Feliz.

—Perdone que se lo pregunte, pero no tengo más remedio: ¿sabe si su mujer tenía algún trato con otra persona, digamos íntimo?

Vicente se levantó como un resorte para responder con vehemencia:

—No, categóricamente no. ¡Ella sería incapaz de engañarme!

Sólo por un instante, la rápida y violenta respuesta de Portolés le dio la impresión a Sam de que existía una contradicción entre lo que el marido

estaba pensando de su mujer y lo que estaba diciendo. Sam tragó saliva e hizo un par de anotaciones en su bloc antes de pasar tres páginas hacía atrás para comprobar algo.

—Su mujer llevaba unas cuantas cosas en su poder cuando la encontramos: el reloj de pulsera, un kit de maquillaje, unas llaves y un paquete de pañuelos de papel. ¿Echa en falta algo de valor que pudiera tener ese día? ¿Dinero? ¿Quizás alguna joya?

—No sé. No creo..., se dejó su móvil, y su cartera también está aquí. —Portolés señalaba la cómoda del salón—. Yo siempre le digo que se lleve al menos el DNI cuando sale a hacer deporte, pero nunca me hace... Nunca me hacía caso.

Vicente ya se estaba dando cuenta de que había perdido para siempre a su mujer. Sam respiró hondo y, al tiempo que cerraba el bloc, miró a Hidalgo con un gesto como para animarle a añadir alguna pregunta más al interrogatorio, e insinuando que, por su parte, lo daba por terminado.

—No lo molestamos más. No sabe lo que le agradecemos que nos haya atendido —se limitó a decir el inspector antes de levantarse del sofá.

Portolés los acompañó a la puerta y antes de desaparecer por el ascensor, Sam se giró hacía él para despedirse y decirle:

—Le prometo que el que le ha hecho esto a su mujer lo va a pagar.

**E**l camarero sirvió las dos cervezas y les dejó una carta escrita a mano, tamaño cuartilla, con las tapas del día y la recomendación de vinos de copeo. Merche se había sentado enfrente de Enrique, en una pequeña mesa redonda que todavía tenía los restos de una pareja anterior.

—Puede llevarse esto y nos trae una tapa de menudo y otra de taquitos de mero —dijo Enrique guiñándole un ojo al camarero.

La seguridad con la que Enrique se conducía por todas partes, y que Merche pudo comprobar el día anterior en el trabajo, era una de las cosas que más le agradaban de él.

—Ya verás como te gusta —exclamó Enrique.

—Me acabo de dar cuenta de que tengo un hambre canina. —A Merche se le estaban pasando todos los males y no podía dejar de sonreír. Sus hoyuelos hacían mella en Enrique que parecía encantado.

—¿Te han tenido a pan y agua? —bromeó Enrique.

Merche negó con la cabeza sonriendo. Era verdad que no le habían dado

nada de comer, pero pensó que habría sido imposible hacerlo con todas las celdas a rebosar.

—La verdad es que no he comido nada desde que salí de casa. Dentro, con toda esa gente a mi alrededor, lo que tenía eran náuseas. Y ganas de salir de allí cuanto antes.

Merche se sintió sucia y horrible todo el rato que estuvo encerrada. Menos mal que el cuarto de baño del bar le permitió asearse un poco. No obstante, se lamentaba por no estar ante Enrique lo presentable que a ella le hubiera gustado.

—En el periódico dicen que has pagado la novatada. Tómalo como una experiencia. Un poco desagradable, pero la recordarás riéndote. —Enrique chocó su copa con la de Merche ofreciéndole la mejor de las sonrisas.

—Bastante desagradable, supongo que tienes razón: ya tengo algo que contarles a los nietos.

Merche bebió un sorbo de cerveza que dejó una marca circular blanca en la copa de balón. Tenía una sed terrible. La típica sequedad de boca producida por haber pasado por una mala experiencia. Mientras bebía pensó que tenía que memorizar lo sucedido: la manifestación, la entrevista con Cisco, las horas en el calabozo; todo para elaborar una buena historia. Pero eso sería después de la comida. Después de disfrutar de la compañía de aquel chico del que se sentía tan atraída.

—¿Cómo te enteraste de que estaba en chirona? —preguntó Merche relamiéndose después del larguísimo segundo trago.

—Dani nos avisó enseguida —respondió Enrique—. Lo que pasa es que las gestiones para sacarte de allí han sido harto complicadas. Una locura; la comisaría estaba saturada. Por cierto, eso me recuerda que tienes trabajo pendiente...

—Sí ya lo sé, en cuanto coma algo...

—No, no es eso... Me han encargado que te ponga sobre aviso: un asesinato en la Barqueta y un muerto por sobredosis. Casi nada. Desde luego no te vas a aburrir. Cecilia ya ha estado hablando con la policía; por lo visto mañana harán una declaración a la prensa.

—Muy bien. Allí estaré. —Merche se sorprendió de lo tranquila que estaba ante tanto trabajo. Pero es que realmente disfrutaba. Después de lo mal que lo había pasado... y tan cerca de Enrique.

El bar estaba repleto de gente. El camarero se acercó desde el único hueco que quedaba libre en la barra, el destinado para el personal. Limpió la

mesa y puso un platillo con aceitunas verdiales. Ambos quisieron probarlas a la vez y lo que consiguieron fue que sus manos se tocaran en el intento. Merche sintió el roce a cámara lenta. Igual que la mirada de Enrique sonriendo, su disculpa, y la invitación para que fuera ella la primera en probar el aperitivo. Lo que faltaba para caer rendida ante él.

—Aún no te he dado las gracias por venir a rescatarme... —Merche se estaba derritiendo, y lo malo es que no podía evitar que Enrique se diera cuenta.

—Puedes dárme las aceptando cenar conmigo esta noche.

Merche ni se planteó hacerse de rogar:

—¿A qué hora?

**L**a glorieta de Los del Río estaba situada en una encrucijada donde terminaba la avenida de Manuel Siurot y comenzaba Su Eminencia; una carretera asociada al peligroso y marginal Polígono Sur, a la que llegaba después de abandonar el barrio de Bami. La plaza de Los del Río era triangular. En su cara oeste se levantaba un único edificio de color azul chillón. La ausencia de construcciones permitía ver, parcialmente, el enorme estadio de fútbol que se alzaba en el paseo de La Palmera. *El Gabacho* llegó cuando ya era de noche cerrada. La luz era escasa debido a que alguien se encargaba de mantener las farolas permanentemente inutilizadas. Sólo el resplandor que procedía de La Palmera, y de su abundante tráfico, alumbraba parcialmente la zona.

Los habituales vigilantes, situados estratégicamente en los accesos a la plaza, indicaban que aquel era un lugar de venta de droga. *El Gabacho* reconoció a uno de ellos: el que estaba apostado en la verja que daba al solitario edificio. El guardia del evidente *puticlub* era uno de los que se colocaban en las inmediaciones del piso de *Charlie* para avisar si venía la policía. Su presencia era inquietante debido a la lúgubre iluminación de un farolillo rojo. La descarada lámpara provocaba sombras en el rostro del sujeto que distorsionaban sus facciones y las hacían amenazantes. La culpa la tenía la ligera brisa del este que movía de un lado a otro la bombilla. Era como si el viento de levante estuviera compinchado para anunciar las actividades que tenían lugar tras las paredes azules.

*El Gabacho* se acercó a aquel sereno pagado seguramente con caballo para preguntarle en un susurro si conocía a *El Moro*. El hombre del rostro

hundido miró a un lado y a otro y le hizo una indicación para que lo siguiera. Ambos cruzaron el jardín del *Tony's Club* y dieron la vuelta hasta llegar a una entrada situada a la espalda. Los nudillos del chato dieron unos golpes estudiados y la puerta se abrió como si aquella señal accionara un resorte. Un fulano corpulento apremió con un ademán al yonqui para que pasara. *El Gabacho* dudó antes de entrar a un pasillo donde también se ahorraba en luz. Sólo dos apliques rectangulares, que parecían de emergencia, alumbraban aquel espacio. El guardaespaldas se situó delante y abrió la segunda puerta de la derecha. Cuando *El Gabacho* oyó las voces del interior sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—Sólo una semana ¿me oyes? —decía un sujeto gordo y sudoroso.

—Necesito algo más de tiempo hasta que pueda situarme —exclamaba el calvo de la arandela a modo de pendiente.

Ambos giraron la cabeza cuando el portero carraspeó y empujó a *El Gabacho* dentro.

—Mi negocio es “legal”. La policía me respeta y no quiero que me lo jodas. Las chicas andan preocupadas con esta gentuza merodeando por aquí. —El obeso señalaba a *El Gabacho*, mientras el alopécico cruzaba los musculosos brazos donde asomaban sendos tatuajes en árabe.

*El Gabacho* se sentía tan fuera de lugar que estaba a punto de darse la vuelta y salir corriendo de allí.

—Ven, acércate —le ordenó el calvo, que parecía haber adivinado las intenciones del yonqui.

El drogadicto se adelantó un metro antes de tener que apartarse para dejar pasar al dueño del prostíbulo. Esa mole humana casi no cabía por el vano de la puerta.

—Te lo recuerdo, *Moro*: una semana... —le advirtió el gordo al de los tatuajes, antes de salir.

*El Gabacho*, una vez libre de la presencia del proxeneta, y visiblemente asustado, se aproximó unos metros más.

—¿Cuánto quieres? —*El Moro* ignoraba ya al otro sujeto y se centraba en su nuevo cliente, al que quería despachar rápido.

—Lo que pueda darme... No tengo dinero —masculló *El Gabacho*.

—Bien, no te preocupes.

*El Moro* rebuscó en sus bolsillos y sacó un par de papelinas y se las entregó a *El Gabacho*.

—Esto es para ti. Verás que me preocupo de mi gente. Recuérdalo.

—Gracias... gracias. —*El Gabacho* temblaba. Y lo hacía como resultado de la suma de la emoción al ver la heroína y del miedo que le daba ese lugar.

—Ya puedes irte. Pero, ojo, la próxima vez trae dinero contigo.

—Gracias... —fue, de nuevo, lo único que acertó a decir *El Gabacho* antes de retirarse.

Una vez libre, en la calle, *El Gabacho* pensó que la generosidad de aquel traficante se fundamentaba en un deseo de ampliar el mercado y enganchar a la droga a cuantos más mejor. Sintió un enorme alivio por estar fuera del *night club*. Sin embargo, cuando se volvió para ver aquel edificio azul, el apóstrofe del anuncio de neón donde se leía *Tony's* comenzó a parpadear. Era como una señal de aviso, como una alarma que le hizo de nuevo estremecer. Entonces, las voces de *El Moro* resonaron de nuevo en su cerebro. Ahora estaba seguro: no era la primera vez que las oía.

# JUEVES

*Recuerdo aquella primera semana de noviembre con la redacción en plena ebullición. Hirviendo de noticias y vendiendo más que nunca gracias a la labor de todos, pero especialmente a la grata sorpresa que resultó ser el trabajo de Merche. Su primer artículo salió el jueves. Fue tan bueno que Roberto no dudó en colocar un resumen en primera. Merche consiguió en un solo día lo que llevábamos esperando meses: que los lectores se engancharan al diario. El seguimiento que hizo de la noticia del desalojo de las chabolas de Chapina fue el empuje que necesitaba el periódico. No sólo escribía como los ángeles, sino que les confería a sus artículos un aspecto humano que los hacía muy atractivos. Además, estaba la experiencia personal. La pobre sufrió en sus carnes golpes, cacheos y horas de encierro en la comisaría que, sin duda, tuvieron que influir en su implicación con el asunto.*

*Hacía mucho tiempo que Roberto no llamaba a las reuniones matinales a ninguno que no fuera jefe de redacción, y no porque no estuviera previsto, sino porque nadie se había hecho merecedor de tal privilegio. Antaño era frecuente que los periodistas a cargo de reportajes de tirón estuvieran presentes, pero ya ni me acordaba cuando fue la última vez que el diario despertaba tanto interés. El caso es que Merche asistió con permanencia a las juntas desde que se encargó de la sección regional. Es verdad que su éxito coincidió con una sucesión anormal, por la cantidad, de noticias locales, y con la futura baja de Cecilia, pero también es cierto que las crónicas de Merche eran magníficas. Hasta la propia Cecilia, con su habitual carácter huraño, no tuvo más remedio que admitir que la chica valía su peso en oro. Sólo las impertinencias de Jaime ensombrecían el ambiente cordial de esas mañanas de noviembre.*

*A la admiración que todos sentimos enseguida por aquella joven de cálida mirada, se unió el cariño que despertó en mi interior y que se hacía más evidente conforme pasaban los días. No era sólo una atracción sexual —que, por supuesto la había, y muy fuerte— sino algo más profundo. Un deseo de hacerla feliz, de protegerla, de estar junto a ella el máximo tiempo posible. Cuando el día anterior nos enteramos de su detención, no dudé ni*

*un segundo en ofrecermé para gestionar la liberación. No fui el único: Jaime también lo propuso, pero su intención era la habitual de una persona que trata a las mujeres como objetos, es decir, conseguir una posición ventajosa para que Merche tuviera que estarle agradecida. Algo que no podía consentir, así que me adelanté a su jugada y pedí permiso a Roberto para acercarme a la comisaría. El corazón se me encogió cuando la vi en la cárcel, abatida, en un rincón. Creo que ese momento fue clave para darme cuenta de cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia ella. La amaba sobre todas las cosas y no podía verla en esa situación.*

*Después de comer algo juntos, y recoger su coche, fuimos a la redacción para sacar adelante todo el trabajo que teníamos acumulado. Cada uno el suyo, cada uno en su mesa; aunque mis pensamientos estuvieron en todo momento con ella. De vez en cuando apartaba la vista del ordenador para buscar sus ojos. En alguna ocasión la sorprendí mirándome; otras veces fue Merche la que me pilló a mí. Parecíamos niños que jugaban al amor por primera vez.*

*Esa noche cenamos juntos. La velada no pudo ser más deliciosa. Reímos, hablamos por los codos, nos contamos confidencias. Recuerdo perfectamente como el brillo de sus ojos hacía juego con sus hoyuelos al sonreír. Embriagados por el alcohol, y por el amor, no nos dimos cuenta de la hora que era hasta que el camarero nos dijo amablemente que la cocina estaba cerrando. Fui a llevarla a su apartamento, en Bueno Monreal, curiosamente muy cerca de donde yo vivía; y allí, en el portal del edificio, nos despedimos hasta el día siguiente. En cualquier otra situación le habría propuesto tomar una copa en su casa o en la mía, pero la vi cansada. Debía estar hecha trizas después de la jornada agotadora que había pasado. El cariño que sentía por ella era mayor que el deseo. Para mí aquello era una novedad. Aunque nos besamos en las mejillas, en el segundo beso nuestros labios se rozaron levemente. Lo suficiente para retomar la despedida y volver a besarnos, pero esta vez en la boca. Finalmente, nos dimos las buenas noches; y mi coche me llevó a casa. Yo no era el que conducía, al menos no conscientemente: mi cuerpo estaba al volante, pero mi mente aún seguía besándola.*

**L**as fotografías de la escena del crimen se solapaban unas con otras en la desordenada mesa de la sala de *briefing*. Sam estaba de pie y tenía en la mano una instantánea que mostraba el cuello de la víctima.

—¿Te dicen algo estas marcas? —preguntó Sam dando a entender que ella ya tenía una teoría.

—Pueden ser de una cuerda, no sé... —Hidalgo se encogió de hombros.

—Una cuerda demasiado ancha ¿no? Además, las heridas que deja una soga son como quemaduras y estas parecen más bien cortes.

—Vale, venga dímelo, que lo estás deseando...

Sam arqueó las cejas todo lo que pudo y esperó unos segundos para mantener el suspense.

—Un cinturón, casi seguro —dijo Sam por fin acompañando la información con una sonrisa.

Hidalgo se lo pensó un momento antes de coger otra fotografía.

—¿Y la herida de la nuca? —la desafió Hidalgo mientras le enseñaba el detalle.

—La hebilla —respondió Sam con la rapidez del que espera que le hagan una pregunta específica y tiene la contestación preparada—. Verás... —La subinspectora se quitó una correa de cuero que llevaba en los vaqueros.

—Así lo veo yo: el asesino la coge bruscamente por detrás con el cinturón. Lo pasa por la hebilla y tira con fuerza hasta estrangularla. —Sam explicaba el crimen pasando la correa por el brazo.

—Tiene sentido — admitió Hidalgo—, pero primero habrá que ver lo que dice el forense...

Sam se volvió a colocar el cinto en los pantalones descoloridos; unos Lee con dos rotos en sendas rodillas que, dado el aspecto de la detective, podían deberse a un uso excesivo más que a la moda. Con una pose nada femenina, tiró de ellos hacia arriba para ajustárselos a las caderas. Después de acomodarse el jersey negro de lana por encima de los vaqueros, se acercó a una pequeña pizarra situada en un extremo de la mesa. El tablero se sostenía por un caballete como si fuera un lienzo y en el soporte inferior descansaban dos rotuladores Velleda. Sam se hizo con el de color rojo para anotar: “estrangulada con un cinturón”. El gesto no muy conforme de su jefe hizo que Sam se diera la vuelta para terminar la frase con un signo de interrogación más conservador.

—Vamos a repasar lo poco que tenemos —sugirió Hidalgo.

Sam le dio una vuelta más a su pañuelo *hippie* alrededor del cuello y extendió el brazo para señalar lo que habían escrito en la última hora

—Ana Mateos, de treinta y dos años, asesinada a unos cuatrocientos metros del puente de la Barqueta. —Sam subrayaba cada anotación mientras la iba comentando—. Posiblemente un robo frustrado: parece que el asesino no se llevó nada de valor.

—O la asesina —interrumpió Hidalgo que parecía que copiaba el gesto anterior de Sam cuando alzó exageradamente las cejas—: no hay que descartar que fuera una mujer.

—Mucha fuerza debía tener para atacarla de esa forma y arrastrarla hacia el río... —le rebatió Sam.

—A menos que fueran dos.

—¿Dos mujeres asesinas? —El tono de Sam era ya burlón.

—Bueno, vale, sigue —se rindió Hidalgo.

—Decía que el móvil no está nada claro: puede haber sido un ladrón, pero también un psicópata...

—Tampoco sería una cosa tan extraña que alguien próximo a ella, que conociera bien sus movimientos, hubiera simulado un robo para matarla. —Hidalgo no le daba tregua a Sam y volvía a la carga. Sabía que podía sacar lo mejor de su compañera si forzaba su razonamiento.

—Hablas de su marido... —exclamó Sam.

—Ocurre con demasiada frecuencia, por desgracia.

—La impresión que me dio fue la de una persona muy abatida. O es un actor formidable o lo está pasando realmente mal. —Sam volvía a hacer de abogada.

—A mí también me dio esa sensación. Pero tiene una coartada horrible.

—Si hacemos caso a su declaración, cuando el pequeño volvió él ya estaba en casa. ¿Le dio tiempo a matarla, dar la vuelta para no cruzarse con el niño, digamos por la pasarela de La Cartuja, volver al piso y estar allí para recibir a su hijo?

—Parece demasiado complicado. De todas formas, tenemos que oír la versión del chaval. ¿Te encargarás de eso?

—Sí, otro marrón, pero hay que hablar con él.

A Sam se le hacía muy cuesta arriba pensar que tenía que ganarse la confianza de un niño que acababa de perder a su madre. Al menos tenía una ventaja: sabía perfectamente como debía sentirse. Tendría que recordar su propia experiencia para que le sirviera de ayuda. Pero eso podría ser muy

doloroso.

—También habrá que interrogar a la gente que habitualmente hace deporte o pasea por el Jardín Americano. A ver si hay suerte y alguien ha visto algo —dijo Hidalgo—. Y tenemos que tirar de archivo para ver los informes de los últimos atracos, de los ladrones que han salido de la cárcel... Me temo que voy a tener que pedir más personal al comisario. —El inspector se lamentó ante el negro panorama que se les presentaba.

Sam movió la cabeza con vehemencia para asentir y mostrar su conformidad ante aquella petición de ayuda, a sabiendas de lo que le molestaba a Hidalgo tener que solicitar auxilio a Ramírez.

—...Y encima tengo que aguantar a la prensa dentro de unas horas —siguió quejándose Hidalgo.

Sam se alegraba de librarse de aquella responsabilidad. Estaba encantada con su labor de auxiliar y una de las razones por las que no tenía mucho interés en ascender era la de mantenerse en la retaguardia, en segunda línea, detrás del jefe. Le gustaba su trabajo, pero siempre que no se saliera de su nivel de investigadora. Nada de relaciones públicas y menos si éstas incluían entrevistas con periodistas.

Sam volvió hacia la pizarra y trazó una línea con el rotulador debajo de la última frase que quedaba sin resaltar: “chabolas de Chapina”.

—Una coincidencia en tiempo y lugar. —Sam dio unos golpecitos en el tablero blanco—. Menos de un kilómetro entre ambos sucesos y veinticuatro horas escasas entre el desalojo y el crimen.

—Otra pista que habrá que seguir. Aunque comprobar los movimientos de toda esa gente me parece una tarea imposible —sentenció Hidalgo.

Sam se dejó caer en la silla después del comentario del inspector. Tardó un par de minutos antes de dar su opinión.

—Podemos empezar por los que tenemos fichados, Hidalgo. —Algo parecido a un destello salía de sus ojos azules. Ese día las gafas también eran del mismo color, aunque más oscuras, a juego con los tejanos—. No son pocos, pero centramos algo el tiro si damos prioridad a los que tienen antecedentes. Y no sólo hay exconvictos entre el clan gitano, también hay unos cuantos vagabundos y drogadictos que podrían haber estado deambulando por allí y, en un momento de desesperación, por unos pocos euros, habrían sido capaces de cometer un asesinato.

—De acuerdo, muy buena idea, tienes mi permiso para trabajar también con esa hipótesis.

**E**l lecho de emergencia no estaba preparado para la lluvia. *El Gabacho* se despertó cuando ya llevaba un rato cayendo el chirimiri. La humedad traspasó el cartón enseguida y comenzó a calar su ropa. Al incorporarse, las gotas impactaron en su rostro y terminaron por despejarle del todo. Encontró abrigo en la esquina del solar, justo debajo del alféizar de una ventana que pertenecía al edificio contiguo. Momentáneamente protegido de la lluvia pensó que tenía que buscar un lugar mejor, que no podía pasar otra noche más a la intemperie. Esos cartones para lo único que servían era para coger una neumonía. Miró a su alrededor. Nada podía hacer con la basura allí desperdigada. La herrumbre dominaba algunas piezas metálicas destinadas a la cimentación. Ese material, más los ladrillos rotos y los alambres oxidados, eran claramente insuficientes para construirse un refugio. Recordaba que el año pasado había sido tan lluvioso que le obligó a buscar en el vertedero algo con lo que cubrirse y fue cuando encontró su querida tienda. ¿Estaría todavía en el poblado de chabolas? Daba igual si estaba o no, ahora no podía acercarse por allí. Demasiado reciente el desalojo; debía estar todo infestado de policías. Además, su zona de actuación había cambiado. No podía estar todo el día caminando de un lado para otro. En las últimas cuarenta y ocho horas había recorrido la ciudad varias veces y ya estaba harto de tanto andar.

Se dijo que tenía que volver a adquirir los *buenos hábitos* de antes. ¿Qué iglesia tenía más cerca? ¿No era el barrio del Porvenir uno de los de mayor nivel? Buscaría un nuevo refugio para pasar la noche, pero sin salir de esa barriada privilegiada. Seguro que conseguía dinero mucho más fácil que en el centro. Sólo tenía que organizarse de nuevo: buscar un puesto para mendigar a la entrada del templo más próximo y encontrar una calle lo suficientemente transitada para que su trabajo de “gorrilla” le reportara la preciada calderilla. Necesitaba volver a ganar sus quince euros diarios. A lo mejor conseguía veinte, o más.

Realmente, ese barrio prometía. Animado con esas buenas perspectivas metió la mano en el bolsillo para volver a recrearse observando la papelina que aún le quedaba. Tenía caballo suficiente para pasar la jornada sin preocupaciones.

A pesar de ello, no estaba tranquilo del todo. No le gustaba nada el nuevo camello. Le había fiado la primera vez, pero le advirtió que no volviera sin dinero. Además, reconoció su voz con claridad. Oyó sus gritos en el piso de la

calle Trajano el día que *Charlie* murió, ¿o debía decir el día que lo mataron?

*El Gabacho* tenía miedo. Pero no conocía otro punto de venta cercano y las agujetas le recordaban su negativa a volver a recorrer las calles de la ciudad. Lo que debía hacer era comenzar ya a ordenar su vida. A ganar los euros que iba a necesitar dentro de veinticuatro horas. Con el dinero en el bolsillo no tenía por qué temer a *El Moro*.

Estuvo a punto de hacerlo, de arrancarle a ese vecindario sus primeras monedas. Pero el pequeño trozo de papel doblado que tenía en su mano lo empujó a su habitual forma de comportarse: ¿Para qué tanta prisa? Ya tendría tiempo de organizarse mañana. El vivía al día. Y el día de hoy ya estaba solucionado.

Sólo un minuto después de que Roberto pulsara *enter* en el teclado del Mac, apareció Merche por la puerta de su despacho. La reunión estaba acabando, pero necesitaban la opinión de la reportera. De ahí que el director del periódico le enviara un mensaje por la red local para que asistiera a la junta de redactores jefes.

—Siéntate, por favor —la invitó Roberto.

—Buenos días —saludó Merche que dudó un momento mientras decidía donde acomodarse.

Roberto estaba en la presidencia. A su derecha se habían colocado, primero Cecilia, y más lejos Enrique. Jaime se sentaba solo a la izquierda y reaccionó enseguida desplazando la silla que tenía a su lado. Mirando a Merche, se la ofreció dando unos golpes sonoros con su mano izquierda en el asiento, como si la joven fuera una mascota a la que estuviera domesticando. Merche accedió a la propuesta de Jaime por pura educación.

—Estábamos hablando de tu primer artículo. Como habrás podido ver, ayer decidimos poner en portada un extracto. Supongo que Cecilia te habrá transmitido mis felicitaciones... —Roberto miraba a la redactora jefe de Nacional que bajaba la cabeza en ese momento, dando a entender que no le había dicho nada.

—Cuando lo vi en primera página, me di cuenta de que no había salido tan mal —dijo Merche para salvar la situación.

—Es un trabajo muy bueno. Nos ha sorprendido a todos —Roberto seguía alabándola.

—Gracias.

Jaime rodeó a Merche con su brazo y le dio dos palmadas en el hombro.

—Bien hecho, guapita de cara.

La sonrisa forzada que se presentó en el rostro de Merche fue tan falsa como desagradable era el gesto del periodista. Roberto se dio cuenta de la mirada asesina que lanzaba Enrique a su oponente situado al otro lado de la mesa. Pensó que si los ojos de Enrique fueran portadores de un rayo láser, Jaime habría sido perforado sin piedad en aquel momento.

—El caso es que discutíamos de la conveniencia de mantener un seguimiento especial de la noticia. —Roberto se apresuró a continuar hablando antes de que pudieran romperse las hostilidades—. La crónica de ayer, con la inclusión de la historia de la familia gitana, podría tener hoy una continuación... ¿Crees que hay material suficiente para prolongar el tema unos días más?

—La verdad es que ayer me limité al espacio que tenía y dejé varias cosas en el tintero. Creo que podría estirar el asunto para dos artículos más de la misma duración que el primero —respondió Merche.

—Además, la historia puede alargarse: el alcalde ha accedido a reunirse con el líder del clan gitano —intervino Cecilia—. De ahí seguro que se puede sacar algo.

—Muy bien. Pues adelante. Entérate de la hora de esa reunión y que vaya Merche a cubrir la noticia. Quiero que le dediquéis una página entera, incluyendo fotografías. Vamos a ver cómo lo acepta el público. Si tiene éxito, me gustaría mantener el tema al menos una semana —exclamó Roberto, que se las prometía felices ante las perspectivas de un aumento de las ventas.

—Lo intentaremos, pero Merche primero tiene que atender la rueda de prensa de la policía en la comisaría del distrito Poniente. Es la única reportera de la que disponemos en la sección —le recordó Cecilia—. Yo no voy a poder ir, ahora te explico...

—De acuerdo, que vaya, pero quiero ese artículo sobre el tema de Chapina encima de mi mesa antes de la reunión de portada.

Cecilia asintió con la cabeza y Roberto dio por terminada la junta. Cuando Merche se iba a levantar, Jaime se excedió en la educación y le retiró la silla. El gesto estaba totalmente fuera de lugar, aunque Merche se lo agradeció con la misma sonrisa espuria de antes.

—No permitas que te explote esta gente. —La broma de Jaime no le hizo gracia nada más que a él—. Este mediodía haces un hueco y comes conmigo, tenemos que celebrar tu primer artículo. Y no admito negativas: es una orden.

Merche no sabía como salir de aquel atolladero. Además, tenía el hándicap de la presencia de todos sus superiores. Como ya era habitual acudió Enrique al rescate:

—Lo siento, pero ya tiene comprometida la comida de hoy —mintió Enrique.

—Oye, chaval, desaparece —exclamó Jaime con suficiencia.

Enrique armaba su brazo para responder a Jaime, no precisamente con palabras, cuando Merche se colocó entre los dos. A ella le había gustado el detalle de Enrique, pero quería defenderse por sí sola:

—Me temo que tengo mucho trabajo, no creo que me de tiempo a comer nada más que un sándwich entre la rueda de prensa de la comisaría y la reunión del ayuntamiento.

—De acuerdo, pero mañana no tienes excusa —dijo Jaime.

—Déjala en paz ¿no ves que pasa de ti? —Enrique se volvió a situar entre Jaime y Merche.

—Lo que veo es que estás haciendo el ridículo, Jarque —dijo Jaime mientras empujaba a Enrique.

A casi nadie le sorprendió el puñetazo que Enrique le atizó a Jaime. Era un golpe anunciado desde el día que se conocieron y agravado por las continuas afrentas que sufría Merche.

El trajeado del pelo engominado estuvo a punto de caer al suelo, sólo el hecho de tener la pared tan cerca evitó el derribo. Jaime se tocó instintivamente la boca para comprobar que un hilo de sangre comenzaba a salir del labio inferior. La situación era de lo más ridícula: Roberto sujetaba a Enrique, que quería seguir pegando a Jaime; y Cecilia, sin poder evitar una risa que amenazaba convertirse en carcajada, empujaba a Merche fuera del despacho.

—¡Suéltame! —protestó Enrique apartando los brazos de Roberto.

—¿Queréis tranquilizaros de una vez?! —Roberto intentaba poner calma en un asunto que se le había ido totalmente de las manos. Los dos contendientes le gritaban a la vez, compitiendo entre sí para ver quién alzaba más la voz:

—¡Esto no va a quedar así! Creo que ya es hora de que mi padre se entere de cómo manejas *su* periódico —amenazó Jaime apoyado en la pared, cubriéndose el rostro con un clínex poco útil.

—¡O echas a este gilipollas o me voy yo! —gritaba, a su vez, Enrique.

—¡Fuera todos de aquí! —Roberto estaba al límite de su paciencia.

Enrique salió primero. Jaime aguantó un poco más, mientras seguía amenazando con contarle a Don Juan la gentuza con la que tenía que compartir trabajo. Roberto estaba ya acostumbrado a sus bravatas y no le dio más importancia. En el fondo se alegraba de que Enrique le hubiera dado un escarmiento, se lo estaba mereciendo desde hacía mucho tiempo.

Cuando Cecilia se iba, todavía con la sonrisa en los labios, Roberto la agarró del brazo impidiendo que saliera. El director del periódico tenía un aspecto cómico con el pelo más alborotado que de costumbre y el rostro encendido.

—¿Tenías que decirme algo? —le preguntó con ansiedad a Cecilia, como esperando una mala noticia después del lamentable espectáculo que acababa de presenciar.

—Sólo quería pedirte permiso para ir al médico. Me dijo que me pasara hoy por la consulta.

—Por supuesto que tienes mi permiso, pero me gustaría que tuvieras tiempo de contarle a Enrique lo que hay pendiente antes de la baja.

—Tranquilo, he quedado con él para que hagamos un relevo como Dios manda. El ginecólogo me confirmará hoy lo de la operación del lunes, así que tengo sólo estos días para hablar con Enrique.

—Entonces es seguro que será cesárea...

—No hay más remedio; se complicó todo con la... caída.

Roberto sabía que Cecilia no había rodado por las escaleras de su chalé accidentalmente. Su pareja, Pedro, estuvo a punto de matarlos a los dos, a ella y al feto. Fue el final de una terrible discusión que terminó con Cecilia en el hospital y con él en la cárcel. A partir de ese día, lo único que los relacionaba, además del hijo que ella llevaba en el vientre, era la orden de alejamiento que había dictado el juez contra Pedro.

**E**l limpiaparabrisas no daba abasto. La lluvia golpeaba al Peugeot 207 con una violencia inusitada; como si alguien, a corta distancia, le estuviera arrojando el contenido de cientos de cubos llenos de agua. Merche no tuvo más remedio que disminuir la velocidad para poder ver por dónde circulaba. Estaba sólo a dos manzanas de la comisaría, pero quería aparcar lo más cerca posible para no llegar a la rueda de prensa hecha una sopa.

Merche se felicitó por su buena suerte cuando vio salir un coche del aparcamiento en batería situado justo enfrente de la policía. Después de parar

el motor, y antes de quitar la llave de contacto, se fijó en el reloj digital: aún faltaban tres cuartos de hora para la conferencia. Esta vez había hecho las cosas como eran debidas. Tenía preparadas las preguntas, llevaba su acreditación de prensa y había salido con tiempo para que no le cogiera el toro.

El caso de la mujer asesinada cerca del puente de la Barqueta lo llevaba Cecilia. De hecho, era ella quien se iba a encargar de la redacción cuando regresara del ginecólogo. Lo que Merche tenía que hacer era proporcionarle nuevos datos acerca del suceso. Su jefa le advirtió que no quería volver a escribir lo que ya había salido publicado por la mañana. Marear la perdiz, insistir en lo mismo con distintas palabras no era algo que la entusiasmara demasiado, así que necesitaba noticias frescas para hacer un buen seguimiento del caso. Merche debía estar lista, tener una buena batería de preguntas y no perder detalle de las que hicieran sus colegas. Desde luego, no podía contentarse con una escueta nota de prensa que, seguramente, no añadiría nada nuevo a lo que ya sabían.

Como todavía llovía a mares, Merche decidió quedarse dentro del automóvil hasta que escampara. El viento racheado hacía que las gotas de agua vinieran de todas partes menos de arriba. En esas condiciones, el paraguas miniatura que llevaba en el bolso no le serviría para nada, así que lo mejor era esperar. Esperar y aprovechar para poner en orden unas cuantas cosas que sacudían su mente, como por ejemplo la pelea que había presenciado esa mañana entre Enrique y Jaime. Aún estaba irritada por la escena. A Jaime no lo soportaba, se ganó a pulso que Enrique le sacudiera, pero lo que peor llevaba era ser considerada el centro de atención, la culpable del enfrentamiento. Ella sólo quería hacer su trabajo como los demás; y no destacar demasiado. Al menos, no por aspectos que nada tenían que ver con la profesión. El problema era que tenía que trabajar muy cerca del hombre que le gustaba.

Eso era lo que realmente le traía de cabeza: su relación con Enrique. Y no porque no estuviera cada vez más segura de sus sentimientos. Con Enrique se sentía protegida. La invadía una templada sensación muy agradable; como si la estuvieran arrojando. La periodista agresiva que aparentaba ser, o quería llegar a ser, se desvanecía por completo cuando estaba a su lado. En su lugar aparecía una joven indefensa que se dejaba llevar por la seguridad que emanaba de la fuerte personalidad de Enrique. No había ninguna duda: se estaba enamorando de él. La cuestión no era esa. La pega era que no tenía la

misma certeza acerca de lo que Enrique sentía por ella.

La noche anterior cenaron juntos. Para Merche fue la mejor velada de su vida. La que siempre soñó que pasaría con el hombre al que por fin amaría de verdad. Muy diferente a los clásicos troteos de verano. Las risas eran más sinceras, las miradas más profundas, los besos más cálidos. Supuso que terminarían acostándose cuando la acompañó a su casa. Ella lo estaba deseando y, por el brillo de sus ojos, estaba segura que él también. Sin embargo, cuando llegaron al portal él se despidió con un beso y la dejó allí plantada. Eso la desconcertó y provocó que llegaran las dudas. Casi no durmió a pesar del sueño atrasado de la intensa jornada anterior. Entre lo agotada que estaba, y que no podía quitarse de la cabeza la imagen de Enrique, no fue capaz de pegar ojo. Durante la cena, y en las horas previas, hubiera puesto la mano en el fuego por el amor de Enrique hacia ella, pero cuando se levantó por la mañana ya no lo tenía tan claro.

Con esa incertidumbre estaba cuando la tormenta dio un respiro entre chubasco y chubasco, cosa que aprovechó Merche para salir del coche, subir las escaleras y entrar en la comisaría. Antes de cruzar la pesada puerta enrejada, un agente la invitó a que se identificara. Después de ver con detenimiento la acreditación le indicó el camino a seguir para llegar a la sala de *briefing*. Allí era donde estaba previsto celebrar la rueda de prensa.

Merche accedió a la segunda planta acompañada de otro policía. Una vez arriba, el funcionario le señaló la puerta que estaba situada al fondo.

—No tiene pérdida, todo recto.

Merche le agradeció la información y avanzó sola hasta llegar al final del corredor. La puerta de la sala de *briefing* estaba entreabierta y, excepto la señora de la limpieza, no había nadie ni dentro de la habitación ni fuera, en el pasillo. Comprobó la hora en su Swatch naranja y vio que todavía era demasiado pronto. En la sala, una mesa estaba castigada, pegada a la pared del fondo, y varias filas de sillas miraban a un atril de madera. Decidió entrar y esperar allí sentada, pero la limpiadora le dijo que no se podía pasar todavía. Antes de girarse para volver sobre sus pasos vio que la empleada estaba limpiando con un trapo húmedo una pizarra blanca situada al lado del atril. A medida que frotaba iba borrando unas notas escritas en azul. Merche no las llegó a leer, pero sí le dio tiempo a ver la última de las anotaciones, la que estaba en rojo y terminaba con un signo de interrogación. Decía claramente: “estrangulada con un cinturón”.

Merche estaba muy excitada y no se dio cuenta de que justo cuando abría

la puerta para salir alguien entraba en la sala. El tropiezo con la mujer del pelo corto y aspecto de hippy fue inevitable; y también que se cayera al suelo la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—¡Mierda! —soltó la mujer al ver todas las fotografías esparcidas por el suelo.

—Perdón —se disculpó Merche, mientras se agachaba para ayudarle a recoger.

Merche sólo llegó a alcanzar una instantánea porque cuando vio que mostraba el rostro lívido de un cadáver se quedó bloqueada. Reaccionó cuando la extraña mujer se la arrancó de las manos y la colocó en el portafolios con el resto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó molesta la de aspecto progre.

—Supongo que lo mismo que tú, esperar a que comience la rueda de prensa.

—Yo no espero nada; yo ahuyento a los curiosos.

—¿Cómo?

—¡Qué soy policía! ¿Y tú? —La mujer bajita le mostraba una placa que llevaba sujeta en el costado izquierdo, en el cinturón.

—Creía que se podía entrar... —Merche hubiera querido que se la tragara la tierra en ese momento.

—Pues ya ves que no. ¿Quién coño eres? —espetó, más que preguntó, la agente.

—Merche Emanuele, de “La Voz de Híspalis” —contestó la periodista con un hilo de voz.

La detective acogió la respuesta con un leve gesto de sorpresa y aguardó unos segundos para volver a tomar la palabra:

—Vale. Faltan veinte minutos todavía. Espera en el pasillo hasta que den el aviso.

A Merche le dio la impresión de que la mujer policía se había relajado desde el momento en el que la reportera nombró el periódico.

—Aunque yo de ti me iba a la cafetería y me tomaba un café —siguió diciendo la agente en un tono cada vez más cordial.

—Eso haré... y perdona... —masculló Merche.

—Bah, no te preocupes, de todas formas tenía que ordenarlas —dijo la detective mirando la carpeta beis. A Merche ya no le cabía ninguna duda: aquella especie de mujer alternativa con ademanes de marimacho se había vuelto amable de repente. Le pareció una actitud de lo más extraña, pero no le

hizo ascos e incluso sonrió para responder al comentario.

—Venga, di que me apunten el café a mí —exclamó la agente una vez pasada la frontera entre lo agradable y lo encantador.

—Pues muchas gracias. ¿Qué nombre digo?

—Sam.

**E**l parpadeo de la pantalla del ordenador hizo que Sam se quitara por un momento las gafas y golpeará con la palma de la mano el lateral del monitor. La “acción de mantenimiento” funcionó y la imagen del vetusto periférico dejó de oscilar. Sam se preguntaba cuándo les iban a cambiar los viejos HP de sobremesa por los portátiles que les prometieron a principios de año. Le parecía ridículo seguir con el anticuado sistema operativo y andar todavía trajinando información con los obsoletos disquetes. El atraso era evidente, pero el comisario Ramírez, un enemigo de las nuevas tecnologías, daba prioridad cero a actualizar los sistemas informáticos.

Después de limpiar las gafas con la lana de su jersey, lo que le supuso un par de bolas de pelo más a su deslucida ropa, Sam continuó repasando la lista que tenía en pantalla. Era una consulta de la base de datos de personas fichadas, donde había introducido los filtros “Chabolas” y “Chapina” en el campo *observaciones*. La tabla era de lo más heterogénea: allí se mezclaban carteristas, ladrones a mano armada, drogadictos con antecedentes y chorizos de toda clase. Sabía que la información no era completa, pero por algo tenía que empezar. La tarea iba a ser más difícil de lo que esperaba.

Menos mal que el comisario Ramírez había accedido a darles un par de agentes para los interrogatorios del Jardín Americano. Sam pensaba que era una ayuda más psicológica que práctica, pues no esperaba grandes resultados de esa investigación. Como tampoco esperaba ninguna sorpresa de la entrevista con el hijo de la víctima. Acababa de hacer dos llamadas, una al marido, a Vicente Portolés, para pedirle el número de su cuñada; y la otra, sin ningún resultado positivo, a la tía del pequeño. La mujer no le dio permiso para hablar con Nacho porque decía que era muy pronto, que todavía estaba muy afectado. Sam no insistió. En el fondo, se alegraba de haber retrasado el encuentro con el niño.

Sam seguía mirando nombres y tomando notas de aquellos a los que debían investigar. Lo hacía por rutina, sin mucha convicción. Notaba que el caso estaba estancado. Todos los comienzos eran difíciles, pero en esta

ocasión le parecía que no llegaba siquiera a arrancar. Se confirmaba que seguir el procedimiento al pie de la letra no garantizaba la resolución del problema. Sam sentía como si no hubiera prestado demasiada atención a los pocos hechos que el caso ofrecía. Estaba pasando por alto algo importante. Y eso la preocupaba.

Generalmente se mostraba más activa, con chispa, y con una intuición que resultaba fundamental para resolver casos enrevesados. Sin embargo, en esta ocasión, le faltaba esa leve descarga de ingenio que le era tan familiar. Sam lo achacaba a que su mente no estaba lo suficientemente abierta y despejada. Y no lo estaba por la interferencia causada por otras preocupaciones de carácter más personal. Intentó mantenerlas al margen. Ocuparse de ellas sólo en sus horas libres. Pero era evidente que no lo había conseguido. De hecho, cuando Solís pasó por su lado, se decidió a preguntarle algo que llevaba rumiando desde hacía unos días:

—Oye, Germán, tú has estado en Asuntos Internos ¿no?

Germán Solís dio un respingo. Al inspector le sorprendió la pregunta que Sam le lanzó escondida detrás del monitor. Lo cogió totalmente desprevenido y el pequeño susto hizo que, los cuatro pelos que nacían de la sien y que con tanto cuidado había emplazado en la calva, se le descolocaran.

—Sí, ¿pero por qué me lo preguntas? —dijo Solís una vez recompuerto y visiblemente extrañado.

—Es que estaba ojeando los nuevos destinos que han salido y hay una vacante en Asuntos Internos, en la Jefatura Provincial. —Sam miró de reojo a la pantalla del HP.

—¿Y te interesa ese trabajo?

—Pues lo estoy considerando. ¿Por qué no? Ando harta de tanto cadáver y no me vendría nada mal cambiar de aires...

—Yo no te lo aconsejo, pero allá tú... —manifestó Solís negando con un cabeceo.

—¿Tan mal estuviste allí? —preguntó Sam.

—Peor. —El policía expresó su repulsión con una mueca desagradable lo que provocó que se le bajaran aún más las gafas de su apoyo nasal. Lo que le faltaba al rechoncho detective, al que el uniforme le sentaba como un tiro.

—Tenía entendido que el edificio de Jefatura es amplio, con todas las comodidades, los mejores ordenadores, un comedor estupendo, gimnasio, sala de tiro... —alegó Sam.

—Sí, todo muy nuevo, pero yo entraba muy temprano, cuando todavía no

había amanecido, y salía por la tarde, otra vez de noche. Encima, trabajaba en el segundo sótano donde no hay ni una mísera ventana, sólo luz artificial. Terminé hasta el gorro. Eso sin contar que allí el resto de secciones te tratan como a un apestado.

—Vaya. Pues tendré que pensármelo detenidamente.

—Yo de ti lo tendría claro —opinó Solís sujetándose por fin las gafas con el dedo índice.

—Pues nada, gracias por la información.

Con la última frase Sam despachó a Solís. El policía la saludó al estilo militar y siguió su camino hacia el puesto de trabajo recolocándose el absurdo peinado. Sam ya tenía la confirmación que necesitaba. Y, desde luego, jamás se le había pasado por su imaginación pedir la vacante de Asuntos Internos; si es que ésta realmente existía.

**P**ara que la impresión fuera mínima al contacto con el agua, siempre se daba una ducha de agua ligeramente fría antes de introducirse en la piscina. Esa tarde también lo hizo, aunque después de bajar los escalones laterales para acceder al vaso, comprobó que podría haberse metido directamente, sin el remojo previo, ya que la temperatura del agua era más alta de lo normal, prácticamente la del cuerpo humano. Cecilia dedujo que el frío instalado en la ciudad después del paso de la borrasca tenía mucho que ver con la subida del termómetro en la piscina cubierta. De cualquier forma, al sumergirse completamente en el agua templada, notó una agradable sensación que la ayudó a relajarse enseguida.

Cecilia braceó ligeramente para recorrer la distancia entre la escalera lateral y lo que ella calculaba era la calle central. La ausencia de corcheras, por el partido de waterpolo de los jueves, la dejaba sin referencias y sin asidero si quería tomarse un respiro. De todas formas, una vez allí, comenzó a efectuar los ejercicios que le había indicado el ginecólogo y que llevaba haciendo desde hacía unos meses: avanzar con un estilo híbrido que consistía en utilizar la patada de braza, pero nadando de espaldas. Descansando cada cuatro largos, se propuso hacer un total de veinte. Eso sí a su ritmo: muy despacio.

La natación le gustaba desde que era pequeña. Era su deporte favorito. Realmente el único que practicaba con asiduidad, antes y después de quedarse embarazada. Cecilia se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera

volver a nadar, teniendo en cuenta la confirmación del médico sobre la cesárea del lunes. La semana y pico de postoperatorio no se la quitaba nadie. Y después vendrían los cuidados del bebé... Eso podría significar meses. Es decir, estaba dando sus últimas brazadas en mucho tiempo.

Hacer ejercicio no sólo la mantenía en forma, sino que le proporcionaba el descanso que necesitaba después de una dura jornada y le ayudaba a pensar en futuros proyectos o, mejor, a no pensar en nada. Esa tarde no pudo evitar rememorar la escena surrealista entre Jaime y Enrique. Los muy estúpidos se peleaban por Merche como si fueran un par de adolescentes en plena efervescencia hormonal. La verdad es que la chica era guapa. Y lista. Cecilia no tenía más remedio que reconocer su valía. Y eso que dudó de ella cuando regresó de la comisaría con una ridícula nota de prensa. Medio folio, una cuartilla que no decía nada del asesinato de aquella pobre mujer. Seguro que se la había cargado algún cabrón después de años y años de maltrato. La historia de siempre. Sin embargo, la policía no quería hacer declaraciones. Ninguna pista. No hay móvil. Nada nuevo. ¿Es que pensaban que la gente era tonta? Seguro que tenían ya un sospechoso. Para ella estaba claro: el marido era el responsable sí o sí. El típico caso de violencia de género. Ella sabía de lo que hablaba, lo confirmaba la primicia que, finalmente, traía Merche. “Estrangulada con el cinturón”, un evidente símbolo machista que demostraba quién llevaba los pantalones en esa casa. Si la policía no se mojaba era su problema; Cecilia sí lo había hecho. Ya se enterarían los lectores al día siguiente.

Al nadar en posición dorsal el punto de vista de Cecilia se centraba completamente en el techo acristalado de la piscina cubierta. Entre brazada y brazada comprobó como afuera oscurecía a marchas forzadas. Cuando llegó al bordillo para descansar ya pudo mirar a su alrededor. Entonces se dio cuenta de que estaba sola. No era tan extraño, la gente que se había apuntado en septiembre, al comienzo del año lectivo, a estas alturas de la temporada, primeros de noviembre, ya estaban cansados. Respiró hondo, se agarró al bordillo, flexionó las piernas y las estiró para lanzarse hacia atrás y comenzar un nuevo largo. Después del impulso sintió un ligero dolor en el abdomen. Lo tomó como un aviso para que las salidas fueran menos bruscas. No debía doblar tanto las piernas, sólo lo que la barriga le permitiera; sin forzar. El niño ocupaba mucha parte de su cuerpo y eso le obligaba a suavizar todos sus movimientos. En el mismo sentido, decidió disminuir la cadencia de la brazada y la fuerza de las patadas. Tardaría más en recorrer la distancia, pero

había que tener en cuenta que eran dos los que estaban cruzando la piscina.

Le gustaba la idea de estar nadando con su hijo. ¿Y si se le ocurría romper aguas en ese instante y provocar que su hijo naciera buceando? La idea de tener un bebé a lo Jacques Cousteau le hizo tanta gracia que tragó un buche de agua provocado por la risa espontánea y el consecuente desajuste en el ritmo de respiración.

Con un regusto a cloro, Cecilia reanudó el recorrido mientras seguía pensando en el futuro que le aguardaba. Por fin iba a conseguir lo que tanto ansiaba: tener un hijo suyo. Para ella *sola*. Le costó decidirse porque no quería saber nada de los hombres después de aquella amarga experiencia de su juventud. A partir de entonces, siempre tuvo claro que sólo buscaban sexo. Cuando Cecilia se propuso tener un niño aprovechó esa circunstancia para volverla a su favor: se quedaría preñada del primero que conociera. Fue Pedro Sastre el elegido después de que se le insinuara en aquel *pub* de la calle Salmedina. Era un contratista del negocio del ladrillo y no estaba mal del todo, pero eso a Cecilia le daba igual, ella iba a lo que iba. Lo tenía todo planeado: en cuanto se quedara embarazada le daría puerta. Sin embargo, las cosas no salieron como esperaba. Pedro se resistió a separarse. Fue entonces cuando Cecilia le dijo, con su frialdad característica, que nunca lo había querido, que lo había usado como una herramienta para tener un hijo y que ahora ya no le servía para nada. Era la consumación de su venganza hacia el género masculino. Pero Cecilia cometió dos errores de bulto: el primero, que la reacción de Pedro fue más violenta de lo previsto; y el segundo, que la confesión la hizo al borde de la escalera.

Cecilia seguía estirando los brazos alternativamente, a un ritmo bastante lento mientras se fijaba en los destellos ondulantes que formaba el agua al reflejarse en la bóveda de cristal. Era un efecto casi hipnotizador que consiguió desvanecer los recuerdos desagradables por completo. También observaba como pasaban las vigas de acero del techo, una tras otra, a la misma velocidad con la que ella se trasladaba. Una monótona visión que sólo se veía interrumpida con la llegada de la línea de banderitas azules, el indicador de que el final de la calle estaba próximo, de que le quedaban un par de brazadas antes de dejarse llevar con los brazos en los costados para quedarse parada a pocos centímetros del bordillo. Era una maniobra espontánea, que su cuerpo ejecutaba con precisión, después de tantos años de natación en el mismo polideportivo.

Fue en el largo que hacía el número quince cuando, a medida que Cecilia

llegaba al extremo de la piscina, el rostro de una figura humana iba ocupando su campo de visión, sustituyendo a la bóveda del techo. Correspondía a un hombre que estaba de pie al borde de la piscina. Cecilia se dio la vuelta con violencia, muy asustada, porque le parecía haber visto una cara conocida. Enseguida sus temores se confirmaron e hicieron que se echara rápidamente hacia atrás, para quedarse entre dos aguas a una distancia prudente del bordillo.

—Ya veo que te alegras de verme —dijo Pedro con ironía.

Cecilia estaba aterrorizada.

—¡Estás loco! ¿Qué haces aquí? —gritó Cecilia.

—No te voy a hacer daño, sólo quiero hablar contigo —respondió Pedro que se mostraba muy tranquilo.

—¡Vete ahora mismo o comienzo a gritar!

—No te esfuerces no hay nadie, ya lo he comprobado.

Cecilia miró al habitáculo situado entre la piscina olímpica y la pequeña para los cursillos. No estaban ni el socorrista ni ninguno de los monitores. Se dio cuenta de que el reloj circular situado en el arco frontal de la sala marcaba las siete y media, la hora del cambio de turno para el personal del polideportivo. Los muy imbéciles se habían ido antes de que llegara el relevo.

—¿Es que quieres pasarte los próximos años en la cárcel? —Cecilia intentaba intimidarle recordándole la orden de alejamiento que pesaba sobre él. El problema era que al cansancio acumulado después de quince largos, se le estaba añadiendo el esfuerzo de mantenerse a flote en aquella zona de la piscina que tenía dos metros y medio de profundidad.

—De verdad, sólo quiero hablar contigo. No hemos tenido oportunidad de hacerlo después del... accidente —dijo Pedro.

—¡Del intento de asesinato, hijo de puta! —Cecilia movía las piernas tan rápido como podía para no hundirse, en realidad mucho más violentamente de lo necesario por culpa de la ansiedad. El sobreesfuerzo tuvo como consecuencia la aparición de un fuerte dolor en la pierna derecha. El calambre inutilizó todo ese lado y comenzó a hacer mella en el aguante de Cecilia que veía como le costaba un mundo mantenerse con la cabeza por encima del agua.

—No digas eso, yo te quiero, siempre te he querido... —Pedro parecía sincero en su discurso, pero Cecilia estaba presa del pánico y del dolor.

En ese momento apareció una socorrista que se acercó a Pedro con cara de sorpresa.

—Oiga, aquí no puede estar así vestido. ¡Salga, por favor! —le espetó la

joven.

Pedro la apartó de un manotazo. Era un hombre fornido, con una espalda que bien podría pertenecer a un nadador de mariposa, eso pensó la monitora que vio que no tenía nada que hacer con él. Lo que si hizo fue dirigirse al pequeño cuarto para llamar a seguridad. Luego volvió a acercarse, pero ya a una prudente distancia.

—¡Está loco, ten cuidado! —gritaba Cecilia, utilizando las pocas fuerzas que le quedaban.

—No se acerque. Esto no le incumbe. Estamos hablando simplemente. — Pedro mantenía extendido el brazo como para delimitar un espacio vital, que no podía traspasarse, entre él y la socorrista.

A Cecilia el dolor se le hacía tan insoportable que no tuvo más remedio que dejar de mover las piernas.

—Por favor, no aguanto más... —suplicó Cecilia a la monitora con un hilo de voz antes de hundirse.

Cecilia desapareció de la superficie en el momento en que entraron dos agentes de seguridad. Todo sucedió a la vez: la socorrista se lanzó al agua para salvar a Cecilia y los dos hombres uniformados agarraron a Pedro por los brazos para sacarle a la fuerza de la piscina.

—¡Volveremos a vernos y tendrás que escucharme! —gritó Pedro mientras veía como la joven sacaba a Cecilia a la superficie y la arrastraba a las escalerillas más cercanas.

Cuando Cecilia oyó esas palabras giró su cabeza en dirección a la salida, pero ya sólo pudo ver un espacio vacío y el batir de las hojas de la puerta.

## VIERNES

*Que Jaime y yo no nos aguantábamos no era ninguna novedad. Aunque nuestra posición en el periódico estaba desnivelada —Jaime era el hijo de “papá” y yo el más joven de los redactores jefes—, Roberto me tenía más en cuenta a mí que a él para cualquier decisión. Esto lo llevaba muy mal Jaime, que siempre estaba refunfuñando. El colmo de su enfado tuvo lugar en la reunión matinal del viernes. Roberto había aprovechado la junta para anunciar oficialmente que era el último día de trabajo de Cecilia en unos cuantos meses debido a la baja por maternidad. Cuando informó que yo sería su relevo y que, además, me haría cargo de la coordinación, Jaime montó en cólera. A las habituales amenazas, las de poner en conocimiento de su padre lo que estaba pasando a sus espaldas, unió la determinación de dimitir si no le adjudicaban el cargo. En cualquier otra situación, con Jaime como uno más del personal, Roberto habría aceptado con gusto su dimisión y todos hubiéramos sido más felices. Pero la sombra de Don Juan Morales planeaba siempre por el despacho de Roberto, que tenía que lidiar con el petimetre de Jaime como si esa fuera una de las funciones del director del diario —que lo era—. Así que optó por tomar una decisión salomónica que nos contentó a todos menos al propio Roberto: yo me quedaría con Nacional, Regional y Cultura, y Jaime sería el nuevo coordinador. Esto último, con el importante matiz de que todas las actuaciones de Jaime en materia de coordinación debían pasar antes por el visto bueno de Roberto. En realidad, Roberto se estaba autoasignando el cargo. Todos nos dimos cuenta excepto Jaime que creía haber obtenido un triunfo. Yo estaba encantado, libre de una responsabilidad que no quería. El que peor lo llevaba era Roberto, cuyo rostro al finalizar la reunión reflejaba el peso de la cruz que llevaba a sus espaldas. A partir de ese día no sólo tenía que supervisar las noticias internacionales que Jaime seleccionaba, sino que también debía vetar, y tomar el mismo, las decisiones de coordinación.*

*Yo, por mi parte, me propuse ignorar a Jaime y centrarme en mi trabajo; y en Merche. La pelea con Jaime parecía haber afectado a nuestra*

*incipiente relación. Noté a Merche más distante a partir de ese día, y comencé a preocuparme. Yo la quería, pero no encontraba tiempo para hablarle claramente de mis sentimientos. Quizás fuera una excusa, pero lo cierto es que me faltaban horas para dedicarle toda la atención que hubiera deseado. Además, ella también estaba muy ocupada cubriendo las noticias locales in situ y llevando el seguimiento del asunto del desalojo de Chapina.*

*No cabía ninguna duda de que el trabajo de Merche influyó en las conversaciones que tuvieron lugar entre el alcalde y el patriarca del clan de “Los Sanluqueños”. Y en la resolución final tomada por el ayuntamiento, muy favorable para los intereses de los gitanos: les prometieron, por escrito, una vivienda social para cada una de las familias del grupo. Aunque todas estaban situadas en el enorme barrio que se construía al nordeste de la ciudad, su adjudicación tenía una cláusula destinada a dispersar el clan. La medida estaba motivada por la necesidad de integrarlos en la comunidad y evitar los guetos que tan mal resultado estaban dando. Los gitanos acogieron el dictamen con alguna reticencia, pero, en general, con buena disposición. Mientras se construían las viviendas, estaba previsto alojar a “Los Sanluqueños” en los viejos apartamentos del Polígono Sur, y derogar la orden de derribo que pesaba sobre ellos, al menos provisionalmente. De esta forma, los mantendrían lejos de los Bermejales, y se cumpliría otra de las condiciones impuestas por el clan.*

*Merche también debería hacerse cargo enseguida de otro suceso candente: el de la mujer asesinada en la Barqueta. El caso era de Cecilia, pero al darse de baja pasaría automáticamente a Merche. El tema estaba envenenado. Hasta ese día, lo había manejado Cecilia con muy poca fortuna. Si no quería tener los mismos problemas que su jefa, Merche debía darle un enfoque más objetivo. Y es que el artículo que escribió Cecilia el jueves, para la edición del viernes, desencadenó una serie de reacciones por parte de policía e interesados muy desagradables para toda la redacción.*

**E**n cuanto Hidalgo vio la pose chulesca del comisario ya sabía que se avecinaba bronca. César Ramírez era todo un personaje. Le encantaban esas posturas a lo policía de serie norteamericana. Las solía utilizar cuando estaba un escalón por encima; es decir, casi siempre. Las acentuaba cuando era poseedor de alguna información que el resto todavía ignoraba. Ese era el caso, pensó Hidalgo al ver al comisario con los pies en la mesa y escondido detrás del periódico. Seguramente no lo estaba leyendo, pero lo tenía abierto para ocultar su rostro y dar el toque de suspense a una escena cuyo papel protagonista se lo había reservado él mismo.

Se trataba del diario local “La Voz de Híspalis”, e Hidalgo pudo leer algunas de las noticias de primera página. Entre los titulares, destacaba el de la concesión de viviendas sociales por parte del ayuntamiento a la familia gitana desalojada de Chapina.

—Dile a tu guardaespaldas que pase —exclamó Ramírez tras las hojas del periódico, en otro gesto estudiado para dar la impresión de que podía ver a través del papel; de que nada se le escapaba a su control. Con tanta tontería Hidalgo se estaba empezando a irritar. El inspector se dio media vuelta, sacó medio cuerpo por la puerta y le hizo un gesto a Sam con la mano para que entrara.

—Tú dirás, César. —La frase de Hidalgo resonó en el espacioso despacho como si la hubiera pronunciado un gladiador romano en el Coliseo antes de pelear por su vida. Sam no pudo reprimir una sonrisa al escucharla, aunque, rápidamente fue desechada al ver el rostro de Ramírez. El comisario dobló el periódico por la página que se suponía estaba leyendo y lo arrojó al otro lado de la mesa, ante las narices de la pareja de policías.

—¡Quiero que me expliques qué significa esto! —gritó Ramírez al que se le marcaban aún más las señales que le había dejado la viruela en el rostro.

Hidalgo recogió el diario y buscó en la página algo que tuviera que ver con él o con su trabajo. Lo halló enseguida: había un artículo a tres columnas que trataba sobre la mujer asesinada en el Jardín Americano. “Otro caso de violencia de género”, “Estrangulada con el cinturón”, eran algunas de las frases resaltadas en negrilla y con el texto ampliado. La crónica la firmaba una tal Cecilia Ramos. Contaba con todo lujo de detalles su versión amarillista de los hechos sin escatimar en el morbo y destacando los puntos más escabrosos del suceso.

Hidalgo le pasó el periódico a Sam, respiró hondo y se preparó para el

enfrentamiento con Ramírez. Antes de hablar sintió un ligero mareo. Su cuerpo le anunciaba que no las tenía todas consigo. No entendía de dónde coño pudo sacar la reportera aquella información y mucho se temía que, dijera lo que dijera, el “César” parecía tener ya una sentencia prefijada: la del pulgar hacia abajo.

—Esa tía está loca. Es lo único que puedo decirte. —Hidalgo señalaba el diario que en ese momento estaba leyendo Sam con ojos de incrédula.

—Venga, Rodrigo, sabes que la hija de puta no escribiría algo sin tener una fuente más o menos fiable —dijo Ramírez con un aire de superioridad que a Hidalgo se le hacía insoportable.

Hacía muchos años que lo conocía, pero, desde que ascendió a comisario, cada día lo aguantaba menos. Y no sólo porque fuera más joven que Hidalgo, sino porque lo veía incapaz de llevar una comisaría tan importante como esa. El distrito Poniente era el más extenso de los cinco en los que se dividía la ciudad. Generalmente, el policía que mandaba esa comisaría se situaba por encima del resto de colegas; a un nivel casi político y, desde luego, en primera línea a la hora del ascenso y de los reconocimientos. Eso lo sabía César Ramírez, y se lo restregaba a todo aquel que se cruzara en su camino con sus gestos y comentarios.

—¡Joder! ¿Cómo se ha enterado de lo del cinturón? —Sam pensaba en alto mientras leía. Enseguida se dio cuenta de que había metido la pata. La mirada de pocos amigos que le lanzó Hidalgo así lo confirmaba.

—Ósea que no está tan loca —observó el comisario con retintín.

—Te juro que me limité a darles la nota de prensa que te enseñé ayer —se justificó Hidalgo.

—Pues de algún lugar lo habrá sacado ¿no?

—Yo tampoco he dicho nada —intervino Sam—, y sólo lo sabíamos nosotros dos. Además, lo del cinturón era una conjetura, todavía no hemos demostrado nada. La tía se ha tirado sin paracaídas...

El sonido del móvil del comisario interrumpió la defensa de Sam. Hidalgo pensó que les había salvado la campana cuando comprobó cómo le cambiaba la expresión del rostro al comisario. La crispación había dado paso a una mueca de sumisión en cuanto Ramírez comprobó el número que aparecía en la pantalla de su Nokia. El comisario carraspeó y se levantó antes de contestar:

—Dime, cariño.

Hidalgo y Sam cruzaron una mirada cómplice que finalizó cuando la

sonrisa asomaba por los labios de la subinspectora.

—Ahora no puedo hablar, cielo...

Ramírez se dio medio vuelta y bajo el volumen de su voz.

—No te pongas así mi amor... claro que te quiero...

Sam disimulaba cabizbaja, mirándose los zapatos, aguantando de mala manera una risa que se abría camino inexorablemente. Hidalgo decidió no mirarla para no contagiarse y estallar en una carcajada. La situación era de lo más grotesca: el porte fornido de Ramírez, un hombre que podía medir 1,90, contrastaba con su pusilánime actitud ante el teléfono.

—Intentaré salir antes para hacer la compra... no te preocupes de nada “cari”...

Con un par de reverencias, como si estuviera hablando con el papa, y contándole lo mucho que la quería, el comisario se despidió de su interlocutora. Más que colgar, lo que hizo Ramírez fue desconectar el móvil para evitar ponerse de nuevo en evidencia.

—Ejem, bueno, a lo que íbamos... —dijo con voz ronca el comisario, mientras Hidalgo disimulaba muy mal su lucha interior por impedir la risa, y Sam seguía con el estudio de su calzado.

—¡Esto no puede volver a ocurrir! —Aunque Ramírez se refería al asunto del diario parecía que hablaba de la ridícula conversación telefónica—. ¡La investigación de un asesinato es confidencial! Háganselo saber a ese periódico.

Ramírez recuperó su posición de dominio, detrás de la mesa, y se volvió a asegurar de que el móvil estaba apagado antes de hundirlo en el bolsillo de su chaqueta.

—Otra cosa: tenéis que poneros en contacto con los de estupefacientes —informó el comisario ya con su tono habitual saltando aleatoriamente del “ustedes” al tuteo—. El fiambre de la calle Trajano ha resultado ser un asesinato. Así que les corresponde a ustedes llevar el caso.

El comisario soltó la “perla” como si tal cosa. Hidalgo reconoció la estrategia de Ramírez. No era la primera vez que le hacía esa jugada. La de echarle la bronca, con mayor o menor justificación, para después largarle un marrón. Su jefe sabía que el trabajo los superaba, pero se aprovechaba de que Hidalgo, en ese momento, no estaba en disposición de protestar.

—Le he ordenado a Alarcón que hoy, sin falta, os pase el expediente —seguía diciendo Ramírez, que parecía que estaba hablando con la bandeja de la correspondencia que tenía en un extremo de la mesa.

—Pero... —Sam iba a protestar cuando Hidalgo le paró los pies sujetándola por el brazo mientras negaba con la cabeza.

—¿Alguna putada más? —preguntó Hidalgo, finalmente, con todo el sarcasmo del que fue capaz.

—Podéis... Pueden salir. —Ramírez disfrutaba—. Y repito: la investigación es...

Hidalgo y Sam ya habían traspasado la puerta y no oyeron la palabra “confidencial” que cerraba la frase.

\* \* \*

El desbarre de Sam por los pasillos de la comisaría era tan natural como el sonido de los taladros neumáticos en una obra pública. Hidalgo ya estaba acostumbrado y dejaba que su compañera se desahogara como si fuera parte de una terapia antiestrés.

—¡Nos la ha metido doblada el muy cabronazo! —Era una de las “lindezas” favoritas de su repertorio—. ¡Joder! ¡Si no tenemos bastante con la mierda de la Barqueta nos mete el “embolao” del drogata que ni nos va ni nos viene!

—Ya no hay remedio, así que más vale que te hagas a la idea. —Hidalgo intentaba un trabajo imposible: tranquilizar a Sam.

—¡Pero es que hay que tener cara! No sé cómo aguantas que te trate así. ¿No erais compañeros?

—Hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo. La verdad es que llegamos a patrullar juntos las calles. Tiene gracia: él era el novato y yo el veterano. Entonces no tenía tantos humos.

—Con la parienta no parece que tenga muchos... —apuntó Sam con sorna.

Ambos rieron con ganas por la ocurrencia de la detective. La estridencia de la carcajada provocó que un par de funcionarios se asomaran por una de las puertas que daba al pasillo para ver que ocurría fuera.

—En fin, bueno... tenemos que organizarnos —dijo Hidalgo secándose las lágrimas con la mano.

—Sí, ante todo organización. Fíjate lo organizada que estoy que tengo todo a medias. La lista de sospechosos a medias, el interrogatorio del hijo aplazado...

Hidalgo reconocía que el caso se les escapaba de las manos. Y encima tenían que lidiar con el tema de las drogas.

—Mira te propongo una cosa: me encargo yo de hablar con el pequeño y tú vas a narcóticos, a ver que te dice Alarcón. Ah, y no te olvides de darle un toque al periódico.

—Me parece estupendo. —Sam sintió un verdadero alivio cuando Hidalgo le quitó ese peso de encima al decir que se encargaba del niño—. También puedo acercarme al laboratorio. Seguro que Santi tiene algo ya. — Sam se mostraba lo más solícita posible para intentar compensar el detalle que había tenido su jefe con ella.

—Pues venga, en marcha.

**M**erche no podía concentrarse en su trabajo. Y no era por el revuelo que reinaba en la redacción. Que fuera viernes y la gente estuviera alborotada no la afectaba. Tampoco le perturbaba la despedida de Javier, el becario de Deportes al que finalmente daban la patada. El pobre iba de mesa en mesa como alma en pena a pesar de recibir todo tipo de elogios, palmadas en la espalda y los mejores deseos para que pronto encontrase empleo.

Nada de eso le impedía a Merche seguir con la redacción del artículo. Ella siempre había podido estudiar con gente a su alrededor. Recordaba la envidia que le tenía Isabel cuando se reunían varias amigas para preparar los exámenes. Al final terminaban hablando de chicos, o llamándoles para celebrar una fiesta improvisada. La única que conseguía abstraerse de la situación, cuando le interesaba, era Merche. Ella seguía a lo suyo. Atendiendo a los libros como si fuera la última estudiante que quedaba en el mundo después de un holocausto nuclear.

Lo que verdaderamente la traía de cabeza esa mañana era la indiferencia que mostraba Enrique hacia ella. Apenas la saludó al llegar. Y eso que él llevaba una hora en la mesa de al lado, con Cecilia, ocupándose del relevo. De todas formas, ¿de qué se quejaba? ¿No quería centrarse en el trabajo y evitar cuestiones de tipo personal que le podían perjudicar? Y, por otro lado, ¿de qué relación estaba hablando? ¿De una que ni siquiera había comenzado?

Así de abatida se encontraba Merche, con las dos manos como soporte de la mandíbula y mirando fijamente a ningún sitio, cuando se dio cuenta que se acercaba Dani hacia su puesto de trabajo. Merche pensó que su compañero habitual venía a recogerla para salir a la calle a cubrir algún suceso. Sin embargo, las noticias que portaba Dani eran diferentes: un hombre la buscaba en la entrada. Merche se quedó sorprendida porque no esperaba a nadie; y

menos a alguien que, según Dani, portaba un enorme ramo de flores.

—¿**D**iga? —contestó por fin Roberto después de comprobar que la pantalla de su móvil marcaba “número desconocido”.

—Soy yo —respondió la voz que le era tan familiar al director del periódico.

—¿Qué sorpresa! Espera un momento... —dijo Roberto mientras se levantaba de la silla giratoria para cerrar el pestillo de la puerta de su despacho—. Ya puedes hablar; qué alegría oír tu voz.

—A mí también me gusta hablar contigo, aunque esta vez...

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—No es ninguna primicia, tranquilo.

—Ya me extrañaba. Sería demasiado en tan poco tiempo. —Roberto se acomodó de nuevo en su asiento—. Tú dirás...

—Me temo que se trata de una queja —anunció la voz.

—¿Una queja? —repitió Roberto sorprendido.

—Sí, referente al artículo de esta mañana, en la sección de sucesos. Os habéis pasado de rosca.

—¿Cómo? ¿Qué artículo?

—El del asesinato de la Barqueta.

—Pues la verdad es que me coges fuera de juego. Como comprenderás no me lo leo todo... —reconoció Roberto que se lamentaba en ese momento de tener delegada esa función en Cecilia, la coordinadora. Generalmente, él sólo supervisaba las columnas de opinión, los temas de portada y los asuntos políticos.

—Pues deberías leerlo, no tiene desperdicio. Esa... —La voz parecía consultar algo y se tomó unos segundos en hacerlo—. Esa Cecilia Ramos se ha columpiado totalmente. Se ha sacado de la manga que el asesino es el marido, y ha publicado aspectos confidenciales del caso que no deberían ver la luz sin nuestro permiso. No sé con quién habrá hablado, pero, desde luego, no se ha limitado a la rueda de prensa que dimos ayer.

—Bueno, ya sabes que existe el periodismo de investigación... —Roberto intentaba ponerse del lado de su reportera, pero tampoco quería perder el contacto y, sobre todo, la amistad que tenía con la persona que estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Déjate de investigación, Roberto. Os adelanto la noticia, para que

seáis los primeros, y así me lo pagáis.

—Está bien, leeré el artículo y si veo algo censurable le daré un toque de atención a la responsable y hoy mismo haremos una rectificación sin falta.

—Eso espero, porque si no me tendría que replantear el volver a llamarte.

—No lo dirás en serio.

—No, no lo digo en serio —repitió la voz—, sabes que no perderemos el contacto nunca, pero de verdad que la cosa está que arde.

—Vale, no te preocupes. Es la primera vez que ocurre; y la última, te lo prometo. A partir de ahora tendré todo más controlado. —Roberto pensaba en la literalidad de sus palabras teniendo en cuenta lo que se le venía encima: la supervisión de Jaime como nuevo coordinador, en ausencia de Cecilia. Lo quisiera o no, ahora no tendría más remedio que tener todo más atado.

—OK, estoy segura de que así será. —La voz parecía conformarse con la promesa de Roberto, pero aunque se despidió con cordialidad, lo hizo de una manera un tanto seca—: Un abrazo.

—Un abrazo, Sam, hasta luego —dijo Roberto antes de colgar, algo más cálido que su interlocutora.

**M**erche reconoció enseguida a aquel hombre menudo, pero fibroso, con la piel tan morena como la de ella, y el rostro marcado por dos cicatrices que se cruzaban en la mejilla derecha. Cisco llevaba un esplendoroso ramo de flores. Un manojo heterogéneo, frondoso y de una viveza que daba alegría verlo al predominar el blanco de los claveles por encima del resto de colores.

—¡Qué sorpresa! ¡Cómo tú por aquí? —preguntó Merche con una amplia y sincera sonrisa.

—Buenos días, señorita —dijo Cisco sonriendo también y enseñando una dentadura amarillenta entre la que destacaba una solitaria pieza de oro, que a Merche se le antojaba como de otro tiempo—. Le traemos este presente para agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros.

—Muchas gracias, Cisco, pero no hacía falta. —Merche recogió el ramo subida en una nube—. Como se suele decir, sólo hacía mi trabajo.

—Ha hecho algo más que eso. De verdad. Si no fuera por *usté* no nos habrían hecho caso.

—No estoy tan segura de eso. Era difícil no hacerlos caso el otro día en San Telmo...

Ambos rieron recordando la manifestación y las horas que pasaron juntos en la cárcel. Merche ya empezaba a incluir aquel día fatídico entre sus anécdotas; tal como había pronosticado Enrique. ¿Podría sacarse a Enrique de la cabeza, aunque fuera sólo un minuto?

—De verdad que le debemos mucho. No sabe lo que significa para nosotros tener una vivienda digna —manifestó Cisco.

—Me lo imagino... Pero como sigas en ese plan me vas a hacer llorar.

—No llore señorita. Siga riendo que se pone muy guapa. Hasta las flores le tienen envidia —exclamó Cisco exagerando el acento andaluz para subrayar aún más el piropo.

Merche llegó a ponerse colorada por el amable comentario de Cisco. La escena también pertenecía a una época pretérita, pero a Merche no le importaba en absoluto porque el gitano se comportaba como si creyera de verdad que la joven competía con el ramo de flores.

—Eres un encanto —respondió Merche escondiendo su rubor detrás de las plantas—. Quiero que le des las gracias a toda tu familia. Y les digas que aún no hemos terminado. El periódico seguirá con la denuncia a favor de las personas que no tienen un techo donde cobijarse. —A Merche le pareció un poco panfleto lo que acababa de decir, pero realmente lo sentía así. Muchas cosas le habían pasado en los últimos días: se había enamorado, había dado con sus huesos en la cárcel, y se había comprometido con una causa a la que debía, como poco, su inesperado éxito profesional.

—Se las daré de su parte. *Usté* ha conseguido alegrarnos estos días que son tan tristes para nuestra *rai*.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa? —preguntó Merche.

—El domingo se cumplirán dos años del fallecimiento de Chus.

Merche pensó que esa muerte anónima ya no lo era tanto después de que ella publicase la historia de Jesús. Ahora la ciudad sabía que el menor de los hermanos de Cisco fue asesinado el día que celebraban una boda. Y que eso los forzó a un éxodo tan injusto como la persecución implacable que sufrieron a partir de entonces.

—Como el año pasado, nos acercaremos algunos de nosotros al puente del Quinto Centenario a cambiar la corona de flores. Ese es el lugar donde Chus subió al cielo. Donde su alma dejó este mundo.

Cisco bajó la cabeza y Merche sintió muy cerca su dolor. De repente, como por instinto, le salió una pregunta que luego le pareció en exceso directa:

—¿Y su asesino? ¿Lo detuvo la policía?

—¡Qué va! La pasma pasa de nosotros —respondió también muy rápido Cisco con un gesto que simulaba desprecio—. Para ellos que muera un gitano es un problema menos.

—Pero habrán abierto una investigación...

—No lo sé. No creo. Si lo han hecho no nos han dicho nada. No esperamos que lo hagan. —Cisco movía la cabeza negando—. Pero el crimen no quedará impune. Nosotros tenemos nuestras leyes. Es verdad que nos hemos trasladado para evitar nuevos enfrentamientos, pero eso no quiere decir que hayamos perdido la memoria.

—¿Y tenéis alguna idea de quién ha sido? —Merche preguntaba como si el caso fuera de su propia familia.

—Por supuesto. Es alguien del clan de *Los Romanos*, como le dije. Después de dos años de indagaciones, y de preguntar aquí y allá, todo termina sabiéndose entre los gitanos. Se llama *Curro*, Francisco Salas Heredia, cuando me enteré de su nombre quería cambiarme el mío. Debe tener más o menos mi edad. Por lo visto, nada más cometer el crimen, salió de la ciudad. Sabemos que ha cambiado de identidad; y de *apariensia* física. Antes tenía el pelo largo y barba. Ignoramos cuál es su aspecto ahora, pero se dice por los Bermejales que ha vuelto. Que lleva aquí cerca de un año. Hasta ahora ha conseguido pasar desapercibido, pero pronto daré con él, es cuestión de tiempo. Él no lo sabe, pero tiene los días *contaos*.

—Deberías ir a la policía —opinó Merche con vehemencia.

—Ir a la policía es una pérdida de tiempo. ¿Cree de verdad que me harían caso? ¿A un gitano? Además, no tenemos pruebas de que haya sido él. Me refiero a las pruebas que se necesitan para que la *justisia* de los payos se ponga en marcha. Tenemos las nuestras; y para nosotros son suficientes.

—Pues si no vas tú a denunciarle, iré yo —amenazó Merche sin pensar en las consecuencias de lo que estaba diciendo.

—¿*Usté*, señorita? Puede *haser* lo que quiera, yo no se lo voy a impedir, pero por favor no lo publique, sólo conseguiría ponerle sobre aviso...

—Tranquilo, no pienso escribir nada sobre él. No se debe acusar a alguien sin pruebas. —Al pronunciar esas palabras, Merche no pudo evitar pensar en el artículo que había leído mientras desayunaba: la acusación de Cecilia, sin ningún pudor, contra el marido de la mujer asesinada el martes. Una clara falta a esa ética periodística que ella estaba nombrando.

—Lo que de verdad me preocupa es que te tomes la justicia por tu mano

—siguió diciendo Merche en un vano intento de convencer a Cisco.

—No soy yo solo, es toda la familia la que clama venganza. Se trata de la ley de nuestro pueblo. Una norma que se encuentra por encima de la valoración personal que cada uno pueda tener. Así funciona la *justisia* de los payos ¿no?

—No exactamente Cisco, no exactamente —repitió Merche.

Los dos percibieron, a la vez, que la conversación había derivado hacia un tema demasiado serio. Fue Merche la que cambió bruscamente de asunto opinando lo bien que olían las flores y la envidia que iban a tener en la redacción cuando las vieran. Cisco volvió a sonreír y se despidió de ella dándole de nuevo las gracias. Merche se quedó un instante sola, acompañada del ramo de flores, meditando acerca de lo que habían hablado. Ella admiraba la forma en la que se expresaba Cisco; más culta de lo que se suponía debería ser por pertenecer a esa etnia. Enseguida se reprochó el pensamiento cuando lo consideró uno más de los tópicos racistas, los que sólo conseguían un mayor distanciamiento entre payos y gitanos.

Estaba decidida a hacer algo para que el asesino de Jesús pagase por lo que había hecho. Se acordó de alguien que podía ayudarla, alguien a quien había conocido hacía muy poco, pero que resultó extrañamente amable con ella. Sí, tenía que hacer esa llamada. Y debía hacerlo antes de que Cisco se metiera en problemas. Fue al recordar lo de la ley del ojo por ojo cuando sintió un escalofrío. ¿Cómo se podía pensar así en pleno siglo XXI? Se dio cuenta de que el punto de vista de Cisco se situaba en las antípodas del suyo. Y, lo que era peor, él no iba a cambiar de idea. Ella sabía que era inútil razonar con él, porque, en realidad, era como razonar con toda la comunidad gitana.

**L**a autovía de circunvalación se estaba quedando pequeña. O faltaban carriles o sobraban coches. Eso pensaba Hidalgo mientras luchaba para no dejarse llevar por la intensa circulación en sentido Mairena y Coria. Tenía la sensación de estar a la deriva, a merced de la corriente de un río de automóviles que le conducían por donde él no quería. Sus vanos intentos de cambiar de vía, desde la izquierda hasta la derecha, para coger la salida al centro comercial, le hacían echar de menos a Sam. Su compañera, en estas circunstancias, seguro que lo habría conseguido ya; eso sí con un par de conatos de accidente en su haber. Por fin, Hidalgo aprovechó el hueco que le

hubiera correspondido al camión que tenía a su lado si éste no se hubiera quedado sin arrancada por culpa de la empinada cuesta. Aceleró y cambió de carril justo a tiempo para volver a pegar un volantazo e incorporarse a la salida.

Una vez pasado Carrefour, el tráfico se hizo más llevadero. A medida que Hidalgo se adentraba en Tomares, por la avenida del Aljarafe, iba observando las distintas urbanizaciones que habían nacido a la sombra de la capital. Tomares era uno de los municipios que la rodeaba, y su crecimiento era directamente proporcional al desarrollo de la urbe. Como San Juan, Castilleja o Camas, su principal misión era la de servir de dormitorio de las familias que trabajaban en la gran ciudad. De aquellos que no se podían permitir el lujo de pagar un piso en el centro o que, simplemente, querían vivir alejados del bullicio y de una metrópolis que les ofrecía colmenas verticales donde malvivir por culpa de la escasez de suelo urbanizable. Sin embargo, muchos de los vecinos que huyeron de esas torres ahora se tenían que conformar con otras colmenas, esta vez horizontales, formadas por interminables hileras paralelas de viviendas adosadas. Aun así, Hidalgo envidiaba a unos y a otros.

El inspector llevaba casi cinco años viviendo en la residencia de la policía y no veía el momento de comprarse o arrendar un apartamento. El poco sueldo que le quedaba, después de pagar la asignación de Reyes, su exmujer, apenas le daba para sobrevivir. Pensar en una hipoteca o en destinar parte de aquella miseria a un alquiler era cuanto menos imposible. Realmente, el piso no era una necesidad imperiosa. No lo quería para él. Era para los pocos momentos que pasaba con Cristina. Y eso que los fines de semana que le tocaba su hija los planteaba como unas minivacaciones. Solían coger el coche para irse de excursión a la sierra o a la playa. Siempre que el tiempo lo permitía hacían camping; a Cristina le entusiasmaba. Pero necesitaba un lugar donde pasar las horas en las que no estaban fuera. No podía soportar verla en el salón de la televisión de la residencia: en aquel espacio lúgubre, de luz mortecina. No, no debía dejar que Cristina pasase allí mucho tiempo. Ni la compañía era la más adecuada, ni los programas de televisión que sintonizaban eran los preferidos para una niña de nueve años. Tampoco la cafetería era el lugar ideal; por las mismas razones: solteros maniáticos y jubilados jugando al dominó estaban muy alejados del ambiente en el que se suponía debía estar su hija. Así que o la subía a la minúscula habitación, en la que apenas cabían los dos, o se volvían a la calle.

Sí, necesitaba ese apartamento. Quizás, si hablaba con Reyes podía

hacerla entrar en razón y deducir parte del dinero de la asignación para destinarlo a un alquiler. Pero era tan difícil conversar con su ex. Desde que se habían divorciado, sólo cruzaban las cuatro palabras de rigor cuando Hidalgo iba a recoger a Cristina. Eran las destinadas a las normas para el cuidado de la pequeña y las correspondientes al seco y escueto saludo. Un comportamiento consecuente con sus últimos meses de convivencia, donde sólo se dirigían la palabra para discutir. Las disputas siempre tenían el mismo origen: ella quería más dinero y él no podía dárselo sin ver comprometida la ya de por sí desastrosa economía familiar. La diferencia de edad —casi tres lustros— que existía entre ellos, aunque no fue ningún obstáculo para la boda, sí contribuyó con el tiempo a la ruptura matrimonial. A medida que pasaban los años parecía aumentar más y más hasta convertirse en una barrera insalvable. Fue Reyes la que lo convenció de una separación que él nunca quiso. Puso a Cristina como excusa cuando le dijo que era una niña muy pequeña, casi una nieta para Hidalgo, y que en nada la beneficiaba ese clima de pelea continua.

Absorto en sus problemas personales Hidalgo abandonó la avenida del Aljarafe, pero se saltó la salida de la glorieta del Agua y tuvo que dar otros 270 grados más en la rotonda para volver a la ruta correcta. Finalmente, se adentró en la urbanización Aljamar y aparcó en el primer hueco que vio.

Al inspector no le costó mucho encontrar el unifamiliar de Rocío Mateos, la hermana mayor de la mujer asesinada. Se acercó a la puerta y llamó al timbre. Esperó un rato. Sólo después de insistir en su llamada obtuvo respuesta; aunque fue del adosado contiguo. La imagen de la vecina que se acercó era el paradigma de la chismosa: una señora de unos cincuenta años, con rulos y zapatillas. Sólo le faltaba la bata de guatín para dar el cien por cien del estereotipo.

—No se moleste, no hay nadie en casa —informó la maruja con suficiencia.

—Buenos días. —El saludo de Hidalgo sonaba a reproche por la forma tan poco adecuada de presentarse que tuvo la vecina—. ¿Vive aquí Rocío Mateos?

—Sí, agente. —La señora miraba la placa de Hidalgo que asomaba por el bolsillo superior de su cazadora marrón—. Pero ya le digo que no está. Hará una hora y media que la vi salir.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? —A Hidalgo no le cabía ninguna duda de que se lo iba a decir con exactitud.

—Estará en el instituto. Es profesora.  
—¿Se fijó si la acompañaba un niño?  
—¿Su sobrino? No, no iba con ella, se lo llevó su padre. Menudo escándalo armaron. Esto es un vecindario respetable ¿sabe usted?  
—¿Y dice que se fue con su padre? —le cortó Hidalgo.  
—Hace un rato. El pobre chiquillo no quería irse. Rocío intentaba retenerlo con ella. Es su tía ¿sabe?  
—Sí, ya sé... Entonces se lo llevó a la fuerza.  
—Como le digo. Y a gritos. ¡Qué vergüenza! —La mujer ejercía de cotilla como nadie. Hidalgo pensó lo necesarias que a veces eran ese tipo de personas para los policías. Aunque, en la mayoría de las ocasiones, su afán de notoriedad las hacía caer en la exageración.  
—Entonces puedo encontrar a la señorita Mateos en el Instituto de Tomares... —Hidalgo quería confirmar la localización de Rocío.  
—Sí señor. Seguro que está allí —asintió con vehemencia la maruja para seguir con lo que le interesaba: el morbo—. Ese hombre es muy violento. El padre me refiero. Si viera como agarraba al niño del brazo... No me extrañaría que fuera el asesino —se lanzó la mujer como una cotorra.  
—Gracias por la información —volvió a interrumpir Hidalgo, esta vez con la mayor sequedad posible—. Tenga usted un buen día. —La despedida del policía sonaba más a un “váyase usted a paseo” que a otra cosa. Y es que el inspector estaba seguro de que la correveidile se estaba apoyando en el nefasto artículo del periódico.  
Con la mujer de los rulos rabiando por no poder seguir con sus chismes, Hidalgo se dio media vuelta para dirigirse al aparcamiento. Ya no le hacía caso a la fisgona, ahora pensaba en su siguiente movimiento: debía tener unas palabras con Rocío Mateos.

**L**a respiración entrecortada y la fatiga eran claros indicios de la baja forma en la que se encontraba. La subida hacia el laboratorio la había dejado casi sin aliento. Sam evitaba el ascensor cada vez que tenía que acceder a los pisos superiores, pero eso no era suficiente para recuperar la forma física. Tenía que volver a visitar el gimnasio y reconciliarse con las pesas. No se podía conformar con subir y bajar corriendo las escaleras de la comisaría.

Al llegar a la cuarta planta alzó los brazos para ayudar al oxígeno a entrar en los pulmones. Un funcionario sonriente la interrumpió en sus

ejercicios respiratorios para indicarle que tenía una llamada del exterior. Sam bajó unos peldaños hasta el descansillo y levantó el auricular del teléfono fijo que colgaba de la pared. Se identificó y pidió a la centralita que le pasaran la comunicación.

—Subinspectora Torres, dígame

—Buenos días, soy Merche Emanuele de “La Voz de Híspalis”. ¿Se acuerda de mí?

—Claro, la periodista despistada. —Sam recordaba la cara exótica de la reportera, y su encontronazo con ella que hizo saltar por los aires la carpeta con las fotografías.

—Eso es —confirmó Merche riendo—. La misma.

—Dime. ¿Qué puedo hacer por ti?

Al otro lado del teléfono siguió un silencio un poco más largo de lo normal que provocó que Sam volviera a hablar:

—Si quieres saber algo más acerca del caso de ayer me temo que...

—No, no es eso. Es otra cosa.

—A ver...

—Es un favor que quiero hacerle a un amigo y me preguntaba si usted...

—De tú, por favor —le interrumpió Sam dejando claro que Merche le había caído en gracia.

—Me preguntaba si podrías investigar a una persona. Más bien localizarlo. Ya sé que es algo irregular, pero se trata de un asesinato no resuelto.

—No es irregular, siempre que pongas una denuncia.

—Ese es el tema, que mi amigo no quiere denunciarlo por no tener pruebas. —La voz titubeante de Merche revelaba sus dudas acerca de la petición que estaba haciendo.

—Entonces la cosa cambia. ¿De qué crimen me hablas? —preguntó Sam.

—Del asesinato de un adolescente hace dos años, en los Bermejales —manifestó Merche ya con soltura.

—Uf, en un principio eso corresponde al distrito Sur. ¿Y quién es el sospechoso?

—Un tal Francisco Salas Heredia, alias *Curro*.

—Que tu amigo sostiene que es el asesino de...

—De un joven del clan de *Los Sanluqueños*, Jesús...

—Ya sé, ya sé. Ya caigo. Te refieres a la historia que habéis publicado. ¿Eres tú la que la has escrito?

—Sí.

—Leo vuestro periódico todos los días. Por cierto, enhorabuena por el artículo.

—Gracias.

Sam pensó que esa joven reportera, de apariencia frágil y de aspecto pijo era hábil con la pluma, y también decidida con los temas que le interesaban. Desde luego, nadie llamaba a la comisaría para pedir un favor como ese.

—Entonces lo que quieres es que abramos una investigación, digamos informal —resumió Sam.

—Si puede ser...

—Como dices, primero habrá que localizarle ¿Tienes una fotografía de él?

—No.

—¿Y su dirección? ¿O la de algún amigo o familiar?

—No.

—Pero sabrás el aspecto que tiene...

—Lo único que sé es que tenía barba y pelo largo en el momento del asesinato y que debe tener unos treinta y cinco años. Lamento saber tan poco...

Sam se tomó unos segundos de reflexión antes de hablar:

—Mira, no puedo prometerte nada, pero intentaré ver si por aquí tenemos algo. Como comprenderás, esta petición, y lo que yo pueda decirte, nunca ha existido.

—Entiendo...

—Sólo puedo recomendarte que lo denunciéis, aunque no haya demasiadas pruebas. Sería suficiente para iniciar una investigación legal, y no esto que es más bien una chapuza.

—Comprendo, intentaré que mi amigo entre en razón.

—Hazlo.

La orden tajante de Sam cortó algo la conversación, que prácticamente ya había acabado.

—¿Alguna cosa más? —preguntó finalmente Sam.

—Nada más, muchas gracias por todo.

Sam se despidió de Merche con la sensación de que estaba llevando más cosas de las que podía atender. A pesar de todo, la deuda que tenía con el periódico era un incentivo más que suficiente para ayudar a la reportera.

**H**idalgo comprobó que el número del aula era el mismo que le acababa de dar el bedel. Entreabrió la puerta y se asomó. La clase estaba repleta de alumnos que miraban atentos como la profesora explicaba en la pizarra. La docente debería tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años, y estaba de muy buen ver a juicio de Hidalgo. Era casi tan alta como él, lo cual era mucho en una mujer; con el pelo rubio, casi seguro teñido, en una media melena muy graciosa que le hacía caer un mechón sistemáticamente en el ojo derecho. Esa circunstancia provocaba un simpático movimiento de cabeza, con una cadencia de cinco minutos, minuto arriba minuto abajo, con el objetivo de apartarse el pelo de la cara. Sin embargo, lo que a Hidalgo le parecía más destacable eran sus interminables piernas. Los leotardos negros, que las protegían del frío, salían de un vestido corto de pana verde. Un conjunto que al inspector se le antojaba en exceso juvenil para una cuarentona; pero que, tenía que reconocer, le sentaba muy bien.

La profesora se dio cuenta de la presencia de Hidalgo porque la totalidad de sus pupilos se habían girado hacia la puerta del aula.

—Un momento, ahora vuelvo. No arméis jaleo —advirtió la mujer antes de salir al pasillo para atender a la visita.

—Perdone la interrupción, soy el inspector Hidalgo de la policía judicial —se excusó el detective una vez que la profesora cerró la puerta y se quedaron solos en el pasillo.

—No se preocupe; estaba terminando —dijo la mujer antes de estrecharle la mano y presentarse:

—Rocío Mateos, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quisiera hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente...

El sonido estridente del timbre que anunciaba el alto de clase cortó la respuesta de Rocío que ya había asentido con la cabeza. Una marea humana adolescente salió del aula como si se hubiera declarado un incendio. Por un momento, Hidalgo y Rocío se vieron envueltos en la riada y no tuvieron más remedio que esperar a que las aguas regresaran a su cauce para volver a la entrevista.

—Es el recreo. Si quiere podemos seguir hablando dentro del aula —le ofreció Rocío señalando la puerta.

A Hidalgo le pareció estupendo. De hecho, estaba encantado con la idea de conversar con aquella mujer a solas. Y no sólo por lo atractiva que era, sino por su voz cálida y sosegada. Entonces comprendió por qué los alumnos

parecían como hipnotizados cuando él llegó.

Rocío le ofreció una de las sillas de los pupitres y lo invitó a que la colocara enfrente de su escritorio.

—Usted dirá. —La profesora rompió el silencio desde detrás de su mesa para retomar la conversación.

—Ante todo quería darle el pésame por la muerte de su hermana.

—Gracias, es muy amable —intentó sonreír Rocío.

—En realidad venía a hablar con Nacho, pero tengo entendido que se lo ha llevado el padre ¿no es así? —Hidalgo procuró no mencionar a la chismosa de los rulos.

—Sí, en contra de mi voluntad. El chiquillo todavía está muy afectado. Y Vicente no creo que tenga el tacto que se requiere en una situación como esta.

—¿Quiere decir que no le trata bien?

—No es eso, estoy segura de que Vicente lo quiere mucho, pero es demasiado, digamos, rígido con él. Y, además, esta mañana estaba especialmente enfadado por el asunto del periódico. Decía que iba a denunciar al diario, que su abogado ya estaba haciendo las gestiones pertinentes. No sé, lo vi muy nervioso y por eso no me pareció buena idea que se llevara al niño.

—Entiendo. Pero claro es su padre...

—Exacto. No puedo hacer nada. Pero me da pena lo mal que lo está pasando Nacho. Bueno, todos lo estamos pasando mal, y eso que Ana pensaba que este año iba a ser bueno... —El gesto de dolor que apareció en el rostro de Rocío afectó a Hidalgo tanto que tuvo tentaciones de abrazarla para consolarla.

—¿Iba a ser bueno? —repitió Hidalgo para animarla a que se desahogara.

—Sí, porque el pasado fue terrible para nosotras. Nuestros padres fallecieron casi a la vez. En pocos meses. Eran ya mayores, y mi madre no pudo soportar vivir sola cuando le faltó su marido. Simplemente se murió de pena...

—Lo siento. —Hidalgo lo sentía de verdad, no había sido más sincero en su vida. Debía cambiar de tema porque parecía que Rocío estaba a punto de derrumbarse.

—Perdone que le haga esta pregunta, pero ¿usted piensa que Ana se llevaba bien con su marido? —preguntó el inspector por fin.

Rocío se acomodó en la silla como si hubiera dado por terminado el mal trago anterior y se dispuso a contestar a Hidalgo.

—Creo que pasaban por un buen momento después de estar casi a punto de separarse —declaró Rocío.

—¿Estuvieron a punto de divorciarse? —Las cejas de Hidalgo invadieron la frente y casi se juntaron con el cabello.

—Sí, hace unos años. Antes de que naciera Nacho. Estaban tan mal que Ana prácticamente vivía conmigo. Llegaba a casa llorando y se quedaba una semana o dos hasta que Vicente venía y se la llevaba. Lo que ha pasado esta mañana me ha recordado esos días en los que Vicente aparecía de mal humor diciendo que su mujer debía estar en su casa, atendiendo a su marido.

—¿Celos?

—Supongo que sí. Pero infundados, mi hermana jamás lo engañó, si lo hubiera hecho seguro que me lo habría dicho.

El inspector sentía que su opinión acerca de Vicente iba cambiando a pasos agigantados. Desde luego, tenía claro que les ocultó información el día que estuvieron hablando con él.

—Y usted cree que es capaz de...

—¿De matarla? Me parece demasiado. Ya le digo que estaban pasando por una buena época—insistió Rocío.

—Entonces, ¿se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño a su hermana?

—No. Que yo sepa no tenía enemigos. Y le aseguro que estábamos muy unidas. Ana me contaba todo acerca de su vida. Me hacía sentir como una madre para ella desde que murieron nuestros padres. Y eso me agradaba... — La voz de Rocío volvió a quebrarse de nuevo.

Hidalgo no quería forzar la situación. Decidió que no la molestaría más. Intentó cambiar de tema antes de irse para que a Rocío no le quedase un recuerdo tan malo de la entrevista. Le comentó lo moderno que era el edificio y lo educados que parecían los alumnos. Ella le contestó que no se fiara de las apariencias. Que el centro estaba pasando por un momento delicado, económicamente hablando, y que a los niños los tenía casi “amaestrados”, pero que con el resto de profesores se portaban bastante peor. Hidalgo se felicitó por su habilidad al conseguir que Rocío cambiara su semblante. Antes de despedirse de ella, le agradeció su colaboración y se ofreció para cualquier cosa en la que pudiera ayudarla. Le dio su número de teléfono por si recordaba algo que fuera útil en la investigación; o por si, únicamente, le apetecía hablar con alguien. Eso último le hizo sentirse más cerca de la persona con la que acababa de conversar.

—Lo que me sorprende es la fuerza de la agresión, más que la violencia — exclamó Santi.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sam.

El técnico del laboratorio criminalista, con sus gafas tipo John Lennon y su inseparable bata blanca, se acercó más a la subinspectora como si quisiera decirle un secreto.

—Porque todo parece indicar que la muerte de la mujer fue casi instantánea. El asesino no dejó huellas simplemente porque no la tocó. Quiero decir, que el ataque fue brutal. Que la arrastró hacia el río sin ponerle la mano encima, sólo asiendo la correa que, prácticamente, ya la había estrangulado. La rotura del hioides y la fractura de la columna cervical superior, son las pruebas contundentes que nos ha proporcionado el forense.

—Entonces, opinas que le rompió el cuello con el cinturón. —Sam quería confirmar por fin sus sospechas.

—Exacto. Los cortes en la garganta más la marca de la hebilla en la nuca así lo indican. Son heridas muy diferentes a las abrasiones que, por ejemplo, dejaría una cuerda —razonó Santi.

—¡Muy bien! —Sam aprobaba la conclusión de Santi y, de paso, se felicitaba ella misma—. ¿Y qué me dices de una posible agresión sexual?

—Nada. El forense nos ha asegurado que no hubo violación. Y que la víctima tampoco se defendió. Nada en las uñas, ni tampoco heridas defensivas. Lo que te he dicho: el asalto fue bestial. Sin huellas.

—¿Ni siquiera en los objetos que sacó de la riñonera? —Sam pensaba en el kit de maquillaje y demás utensilios esparcidos en la escena del crimen.

—Ni siquiera ahí. Debió utilizar un guante o un pañuelo para no dejar ni rastro.

—¿Y la hora de la muerte?

—Coincide con lo que estimábamos. Alrededor de las siete y media de la tarde del martes.

Sam asintió con un movimiento de cabeza y se quedó pensativa. Santi la miraba expectante tratando de averiguar cuál sería la próxima pregunta. Pero no hubo ninguna más.

—Creo que eso es todo. —Al final fue Santi quien dio por terminado el informe ya que Sam no se decidía a hablar.

—¿Me lo darás por escrito? —dijo Sam.

—Por supuesto. ¿Alguna vez no lo he hecho? —Santi le guiñó el ojo a su compañera y ella le correspondió el gesto con una sonrisa.

—Ah, se me olvidaba... —Sam pensó que tenía que hacerse con una agenda para anotar todas las cosas que tenía pendientes—. No sé si os habrá comentado algo el comisario, pero tenéis que ir a la calle Trajano. ¿Recuerdas que el martes nos notificaron la muerte por sobredosis de un camello? —Sam no esperó la contestación de Santi—: Pues se ha convertido en un homicidio.

—¿Asesinado?

—Eso dice el forense. Sólo espero que los de narcóticos no hayan contaminado mucho el escenario.

—¡Joder! ¡Pero si mañana es sábado! —protestó el técnico que se acababa de dar cuenta de que sus horas de descanso peligraban.

—Sí, lo es —confirmó Sam mientras se encogía de hombros.

—Y yo pensaba ir a esquiar este fin de semana... —Santi parecía resignado a trabajar horas extras.

—Lo siento Santi, pero todos estamos igual. —Sam ya se había hecho a la idea de que tendría que pasarse por la comisaría al día siguiente. En eso le llevaba un par de horas de ventaja al policía científico.

**R**oberto no sabía por donde empezar. Llevaba un buen rato repitiendo una y otra vez la misma rutina: leer el jodido artículo de Cecilia, mirar la página en blanco del bloc de notas que tenía delante, y pasarse violentamente las manos por el revoltijo que era su pelo, para ver si le salían las ideas. Nada. Ni el negro sobre blanco del periódico, ni el papel vacío del bloc le inspiraban lo más mínimo. Y, encima, su cabello enmarañado no le daba tregua: el hijo de puta no dejaba de crecer. Como envidiaba en aquellos momentos a los calvos. Que delicia no tener que preocuparse de unas matas de pelo blanco cada vez más abundantes y más difíciles de domesticar. Y es que el cuarto de hora que tardaba en peinarse era tiempo perdido. Cuando salía del ascensor su melena a lo afro ya estaba otra vez despendolada. La verdad es que la culpa no era suya; el pelo sólo esperaba un corte que nunca llegaba. Y no porque Roberto se identificase con alguna tribu urbana de moda, sino por falta de tiempo.

Vuelta a leer la noticia, y vuelta al papel vacío. No conseguía que le salieran las palabras adecuadas que contentasen a unos y otros. A lo mejor no existían. Estuvo a punto de abandonar y apechugar con lo que estaba publicado. Era el director del periódico y no debía admitir injerencias de

nadie. Eso era verdad, pero no era menos cierto que Cecilia se había pasado tres pueblos. Así que decidió ponerse un café en vez de tirar “el maldito periódico de los cojones” a la papelera. Una jarra de medio litro de café americano seguro que le daba fuerzas para sacar aquello adelante. Se había aficionado a ese aguachirri que no sabía a nada, pero desde que dejó de fumar era lo único que le ayudaba a calmar los nervios cuando venían mal dadas. Y ese viernes le caían palos por todos los lados.

A la llamada de Sam le siguió una mucho peor: el mismísimo Don Juan Morales del Prado estuvo media hora hablando con él. Y esta vez no tenía nada que ver con Jaime. Don Juan le anunció que Vicente Portolés, el marido de la víctima de la Barqueta, había interpuesto una querrela nada menos que contra el grupo Sincera. Por injurias, difamación, falsas acusaciones y algunos cargos más que apabullaron al director del periódico mientras los enumeraba su jefe. Don Juan estaba realmente enfadado y le hizo prometer a Roberto que rectificaría enseguida el artículo de Cecilia, y que a ella la apartaría de la redacción. Nada más colgar, Roberto llamó a Cecilia. Se armó de valor para echarle una bronca de las que hacen época, pero fue Cecilia la que inició la conversación antes de que él pudiera decir nada. Le contó el encuentro que tuvo el día anterior con su expareja. Por lo visto, el sujeto, ese tal Pedro, estuvo a punto de ahogarla en la piscina. Cecilia estaba tan afectada que Roberto no se atrevió a llamarle la atención; no como él hubiera querido. Prácticamente le suplicó que hiciera una rectificación de su artículo. Es decir, se lo puso en bandeja para que Cecilia se negara a corregir las tres columnas del día anterior. Decía que todo o “casi todo” lo que había escrito provenían de una fuente contrastada. Roberto le contó los problemas con la policía —sin desvelar quién era su confidente— y los deseos de Don Juan acerca de su porvenir en el diario. A pesar de todo, Cecilia seguía en sus trece. Ella no iba a rectificar nada.

Cuando Cecilia se ponía así lo mejor era puentearla. Eso fue lo que decidió hacer Roberto aprovechando que era el último día de trabajo de la periodista antes de la baja por maternidad. Roberto nunca pensó que la baja de Cecilia le reportaría tantas ventajas. Por un lado, cumpliría las exigencias de Don Juan al “apartarla” del periódico —para cuando Cecilia estuviera de vuelta todo se habría olvidado y se podría reincorporar al trabajo—. Por otro, ella no estaría presente cuando el propio Roberto hiciera la rectificación pertinente. Eso le evitaría un nuevo enfrentamiento con ella. Bronca segura que sólo Dios sabe si hubiera terminado con el despido de la periodista. Cecilia

era una cabezota, no tenía mano izquierda con los subordinados y odiaba al género masculino; pero era una trabajadora nata y a Roberto le hacía falta una persona como ella para sacar adelante “el maldito periódico de los cojones”.

Sam recogió con poco interés los documentos que Mikel le entregaba. Ambos sabían que traspasar el caso de la calle Trajano de narcóticos a homicidios era una especie de venganza de Ramírez. Menos mal que Sam congeniaba con aquel policía vasco: Mikel Alarcón, el flamante inspector jefe de narcóticos. No llevaba ni un mes al frente del servicio, pero ya se había ganado las simpatías de sus subordinados. Claro que tampoco lo tenía muy difícil. Su antecesor en el cargo, Jorge García, era un tipo duro, desagradable y sin ninguna mano izquierda. García tenía enemigos en todas partes, pero, al parecer, debía gozar de cierta influencia en las alturas. De entrada, era el ojo derecho de Ramírez. El ascenso a comisario de García y su nuevo destino como jefe del distrito Sur, confirmaban que no le faltaban padrinos. Ramírez y García, «tal para cual», pensó Sam que no tenía mucha fe en el proceso de selección para el ascenso de la Policía Nacional. Estaba claro: había que ser un hijo de puta si uno quería llegar a la cima.

Aunque fuera nuevo en la sección, Alarcón llevaba en la comisaría tantos años que competía en antigüedad con las columnas maestras del edificio. Había pasado por todas las áreas demostrando siempre que era un tipo serio y trabajador; y que no se andaba por las ramas. Con su eficiencia característica le hizo a Sam un perfecto resumen de todo lo que habían descubierto. Después, le largó tres carpetas: una con las fotografías de la escena del crimen, otra con el informe del forense, y una tercera con fotocopias, con duplicados del resultado del análisis del laboratorio de estupefacientes relativo a la droga encontrada en el piso franco. Sam se iba con los tres portafolios debajo del brazo como si fuera un preso encadenado de otra época, con su pesada bola de hierro entre las manos. Cuando ya cerraba la puerta del despacho del inspector, éste la llamó para que volviera a entrar:

—Se me olvidaba —dijo Alarcón—. De aquello que me encargaste no hay nada de nada. Y es bastante raro.

Sam despertó de su desgana y se acercó a la mesa de Mikel.

—¿Quieres decir que no aparece en los archivos? —preguntó frunciendo el ceño.

—Desde luego no hay nada en la base de datos, lo cual es normal porque

el caso de que me hablas es muy anterior a que se informatizara el registro. Pero lo que más me sorprende es que no quede constancia en el archivo manual. Yo mismo he revisado varias veces la caja donde deberían estar los documentos y te puedo asegurar que brillan por su ausencia. Es posible que se hayan traspapelado, pero si ha sido así es como si estuvieran perdidos. Nadie los encontrará a menos que surjan de casualidad cuando alguien esté buscando otra información.

—De todas formas, si no te importa, me gustaría mirar a mí. Cuatro ojos ven más que dos —dijo Sam colocándose las gafas, esta vez con la montura bermellón, como si estuviera ya ante los informes que buscaban.

—Como quieras. —Mikel abrió el cajón derecho de su escritorio y saco de él un papel doblado que entregó a Sam—. Aquí tienes el número de la caja y su localización. Que tengas más suerte que yo.

—Muchas gracias, te debo un favor. —Sam le regaló una sonrisa a Mikel que le respondió con un “no tiene importancia” y un “siento no haberte sido de mucha ayuda”.

Cuando Sam iba a salir por segunda vez del despacho se dio de bruces con Hidalgo. Su jefe estaba parado en el vano de la puerta. Sam se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. La respuesta se la dio el propio Hidalgo con la pregunta que le lanzó mientras caminaban hacia homicidios:

—¿De qué documentos hablabais?

Sam improvisó una contestación. Se inventó sobre la marcha un caso antiguo que un compañero suyo de otro distrito le había encargado comprobar. Algo que sonó tan vago que no pareció contentar a Hidalgo. Sam, que se esperaba más preguntas del inspector acerca de su misteriosa investigación de narcóticos, optó por una táctica de saturación: cambió bruscamente de tema para apabullarle con los datos del asunto de la calle Trajano. Pareció dar resultado porque Hidalgo no volvió a referirse a la extraña conversación entre Mikel y Sam. El interés que despertó en su jefe el caso del asesinato del drogadicto se debió a los importantes datos que Mikel le había resumido a Sam: el camello se llamaba Carlos Casas, alias *Charlie*, un viejo conocido de la brigada de narcóticos, con un largo recorrido por las cárceles de la región, generalmente por posesión de drogas y pequeños hurtos. *Charlie* no murió de sobredosis como en un principio todo parecía indicar. Aunque lo descubrieron con la jeringuilla todavía clavada en el brazo, el infeliz había muerto por asfixia, violentamente, tal como lo demostraba el informe del forense. El doctor decía en el dossier que, en efecto, la dosis de heroína era enorme, como

para matar un caballo, pero que se la habían inyectado después de haber fallecido. Al no circular la sangre, la droga se había acumulado en la zona del pinchazo. *Charlie*, además, tenía restos de piel entre las uñas que indicaban que llegó a luchar por su vida. Por otro lado, los médicos extrajeron de entre los dientes un trozo minúsculo de algún material plástico. Ambas pruebas, las halladas en las manos y en la dentadura, ya estaban de camino al laboratorio de la comisaría para ser examinadas por el equipo de Santi. El mismo grupo que, con su jefe a la cabeza, estaba previsto que fueran al día siguiente a la calle Trajano para procesar la escena del crimen; si aún era posible hacerlo.

Sam siguió con el resumen, esta vez con las investigaciones aportadas por Mikel y su gente. Se centraban sobre todo en la droga encontrada en el apartamento de *Charlie*. Se trataba de heroína de una calidad excelente. La misma que se llevaba suministrando en la ciudad desde hacía un año y cuyo rastro habían seguido los agentes hasta su origen. Estaban prácticamente seguros que correspondía a un alijo incautado en Algeciras —por lo que se veía no en su totalidad—, cuando trataba de ser desembarcado en la costa. Procedente del Norte de África, la droga era potencialmente peligrosa por estar adulterada con otras sustancias que le conferían un alto poder de adicción. Y todo parecía indicar que una gran parte de la heroína todavía se estaba distribuyendo.

Sam terminó su informe, pero siguió tomando la iniciativa en la conversación, esta vez preguntando a su jefe como le había ido con Nacho, el hijo de la otra víctima.

—Es más escurridizo que una anguila. Se lo llevó su padre antes de que llegara a casa de la tía. Por cierto, un encanto de mujer. —A Hidalgo le brillaron los ojos cuando recordó a Rocío, y no pudo reprimir una sonrisa delatora.

—Vaya, Hidalgo, veo que te ha impresionado la “cuñadita”. —Sam disfrutaba metiéndose con su jefe.

—Calla, cotilla, te pareces a una tía que me salió al paso en Tomares. —Hidalgo se llegó a poner colorado al recordar a Rocío; y Sam se dio cuenta que le gustaba. Los dos rieron con ganas—. Por cierto, mañana mismo pienso hablar con el marido. Ese Vicente Portolés se ha guardado alguna cosa interesante. ¡A ver si por fin consigo interrogar al niño!

—Otro que piensa trabajar en sábado. Menudo ambientazo va a haber aquí mañana. —Sam mezcló la sonrisa con una mueca amarga, pero enseguida cambió el semblante cuando recordó algo—: ¿No te tocaba este fin de semana

salir con tu hija?

—Sí, pero Reyes le había prometido a Cristina que la llevaría hoy por la tarde a la sierra. Con las primeras nieves han adelantado la inauguración de la temporada de esquí —respondió Hidalgo justificando la acción de su ex con muy poco convencimiento.

—Perdona que te lo diga, pero no deberías haberle dejado que se llevara a Cristina. Te ha arruinado la vida, en todos los sentidos, y ahora te quiere quitar a la niña poco a poco. ¿Es que no te das cuenta cómo te mangonea? — Sam se subía por las paredes cada vez que trataban el tema. Estaba deseando hacerle una “visita” a Reyes, pero sabía que Hidalgo no se lo permitiría nunca.

—¿Me meto yo en tu vida? —le espetó Hidalgo—. También podría decirte yo que a ver cuando te echas novio, que te vas a quedar para vestir santos o se te va a pasar el arroz, y cosas por el estilo, pero no lo hago.

—Lo acabas de hacer... —le reprochó Sam a Hidalgo, que supo enseguida que se había pasado con el comentario acerca de la vida amorosa de su compañera.

La discusión fue corta, pero sangrante. Y dio paso a un silencio sepulcral. Los dos policías no volvieron a abrir la boca hasta llegar al despacho de Hidalgo. Una vez dentro, como si les hubieran aplicado un tratamiento de vaciado de memoria, los dos compañeros se olvidaron de su disputa personal y se dedicaron al caso que les ocupaba. Ambos leyeron por turnos las carpetas que Mikel les había entregado. Con todos los datos desparramados sobre la mesa volvieron a repasar los informes por si se les había pasado algo por alto.

—¿Un ajuste de cuentas? —Hidalgo se centraba en el motivo por el que le habían endosado el caso.

Sam pensaba lo mismo que Hidalgo. Lo más seguro es que a *Charlie* se lo hubiera cargado una banda rival, o incluso su mismo proveedor, por “algún desajuste en el contrato de distribución” —dijo irónicamente la subinspectora.

Sam le explicó a su jefe cuáles eran los siguientes movimientos que tenía previsto tomar. Hidalgo, como de costumbre, se mostró conforme con la propuesta de su compañera y le dio permiso para actuar.

***E***l *Gabacho* no conseguía adaptarse al nuevo barrio. Realmente, no conseguía adaptarse a la vida desde el día en que nació. “El Porvenir”, “Valparaíso”, “Progreso” eran los nombres del vecindario, y de sus calles;

ninguno de ellos encajaba con su situación. Una existencia a ras de suelo que le volvía a llevar a la ansiedad del mono. Una vez apuradas por su débil cuerpo, consumidas y absorbidas las dosis que le regaló *El Moro*, el yonqui se arrepintió de no haber sido más previsor. De no haber *normalizado* su podrida vida. No tenía ni droga ni dinero. Y lo peor es que las taquicardias y los dolores volvían a no dejarle pensar con claridad. Su mente estaba anulada. El cerebro funcionaba al revés. No era el que mandaba sino el que obedecía: estaba subordinado al cuerpo y dependía de él como un ciego depende de su perro lazarillo. La orden que recibió fue tajante y no admitió discusión: debía dirigirse al lugar donde consiguió el caballo por última vez. Y allí fue.

El mercado negro de la droga seguía en el mismo sitio. En la esquina de Manuel Siurot, un vigilante apostado; en la plaza de Los del Río, un gancho consumiendo; en la entrada del *Tony's Club*, otro de la banda de “chupasangres”. Vampiros modernos que vivían de las miserias de fracasados como *El Gabacho*.

Fue entonces cuando el drogadicto pensó en la posibilidad de pasarse al otro lado del mostrador. Él podía ser tan buen vigilante como el que más. Y, desde luego, el mejor de los ganchos para atraer la clientela. No veía impedimento alguno para formar parte de aquella banda a sueldo de heroína. La decisión, de nuevo, la había tomado el cuerpo sediento de droga. No se dio cuenta de su inviabilidad hasta que estuvo enfrente de *El Moro*.

—No necesito a nadie, y menos a un gilipollas colgado como tú —le espetó el camello que tenía claro que un yonqui como aquel sólo le traería problemas.

Su gran idea se derrumbó como un castillo de naipes. Ni como gancho lo querían. *El Moro* ya tenía asegurada la clientela —pensó *El Gabacho*—. Lo demostraba el número creciente de personas tan desesperadas como él que ya deambulaban por la plaza; que iban a la deriva en un océano de angustia, a punto de zozobrar con el menor soplo de aire.

—Te dije que la próxima vez te quería ver con pasta —le recordó *El Moro*.

*El Gabacho* no acertaba con la excusa de su no disponibilidad económica, sólo quería el preciado tesoro y su cuerpo ordenaba a la mente que suplicara, que de ello dependía su vida. Lo hizo varias veces. A la tercera, una de las arterias carótidas del mafioso se le marcó tanto que parecía querer salir a dar una vuelta.

—Toma, esto es lo último que te doy —exclamó *El Moro* con una mueca

de desagrado, mientras su mano escupía una papelina de caballo al suelo. Su gesto de desprecio comenzó a mezclarse con una sonrisa cuando vio como *El Gabacho* se lanzaba al terrazo. *El Moro* disfrutaba viendo al pobre desgraciado comportarse como lo haría un perro al que el amo le acaba de arrojar los huesos de la comida.

—Pero no creas que te lo regalo. Te doy hasta mañana para que me pagues. Y para ti, carroña, esto vale el doble. Son los intereses que cobro por retraso en el pago —dijo *El Moro* amenazando con la mirada mientras *El Gabacho* permanecía arrodillado.

—Te lo prometo, mañana te pago. —*El Gabacho* no podía controlar el temblor de sus labios.

—Más te vale, a menos que quieras acabar por fin con tu miserable vida de *pringao*, ¡y ahora esfúmate! —El grito del traficante activó un resorte que hizo que *El Gabacho* se levantara como un rayo.

El yonqui salió del tugurio sin dar la espalda a *El Moro* como si fuera el vasallo de un rey absolutista. Eso le permitió ver, cuando el camello se dio la vuelta para seguir contando un fajo de billetes, las alas del pájaro negro que *El Moro* tenía tatuado en la nuca.

**E**l camarero sirvió la tercera copa. Eligió un vaso ancho de una repisa situada bajo el espejo rectangular. Lo llenó de hielo hasta arriba y lo regó con Ballantines de doce años. Sam solía esperar a que se empañara la copa para dar el primer sorbo. Con parte del hielo derretido, la bebida era más refrescante y entraba mejor. Pero esa noche quería que el alcohol le hiciera efecto lo antes posible así que se saltó su protocolo y se bebió la copa en dos largos tragos. Carmelo, pon otra más. Sam, creo que has bebido demasiado. Ponla y no seas tan rácano con el whisky. Sam repitió la misma rutina con la que hacía la número cuatro: en dos lingotazos estaba lista. Sin embargo, no conseguía que desaparecieran las palabras que resonaban en su cerebro. Parecía que el alcohol amplificaba, más que amortiguaba, el eco de la frase que le había soltado Hidalgo esa tarde. Su jefe tenía razón: su vida amorosa era un desastre. Bueno, toda su vida lo era. Estaba estancada en lo profesional, en su empleo de subinspectora. No conseguía sacar adelante los casos que tenía sobre la mesa y, cuando le tocaba descansar, se dedicaba a investigar el pasado; lo que no sólo le impedía relajarse, sino que entorpecía su labor profesional. Carmelo, otra.

Lo de las relaciones con los hombres era un tema que solía evitar. Siempre salía a relucir el primer novio que tuvo (¿el único?). Fue en la Academia de Policía. Aquello pintaba muy bien, incluso llegaron a hacer proyectos de futuro ¡con lo jóvenes que eran! Pero se interpuso otra mujer, y lo malo es que fue Sam quien facilitó la unión entre los dos. Lo hizo cuando decidió ayudar a su compañera: a la otra fémica de la promoción. Si no lo hubiera hecho, a la pobre chica la habrían largado en el primer curso. Pero no, tuvo que echarle una mano en las pruebas físicas y con los exámenes. Sam era más bajita y redonda que su amiga, pero tenía una fortaleza y resistencia fuera de lo normal. Nadie sabía de dónde sacaba esa energía. Decían que el nervio que Sam le ponía a todo era herencia de su padre. El caso es que le sobraban fuerzas para levantar a su colega del suelo cuando se caía en los ejercicios físicos, o para pasarse las noches en vela preparando los controles escritos con ella. Su compañera salió adelante. Lo hizo tan bien que sacó el número uno y se ganó la admiración de todos; entre ellos la del novio de Sam. Desde entonces, sólo esporádicas aventuras de una sola noche salpicaban la vida sexual de Sam. De amor, nada.

Su amigo Ballantines no le estaba solucionando la noche. Ni él ni el tipo que tenía al lado. Un baboso que olía a ausencia continuada de ducha y que se le estaba echando encima literalmente. ¿Quieres una copa, guapa? No, déjame en paz. El tío, además de imbécil, era sordo. Sam había dejado las cosas claras desde el principio: no tenía ganas de ligar esa noche. Pero aquel tiparraco, de anchas espaldas y poco cerebro, seguía insistiendo. Y Sam le dio un ultimátum: o me dejas tranquila o lo vas a lamentar. ¡Mira la bollera de mierda! ¿Pero quién se creerá que es? Soy la que no va a compartir la cama con un gilipollas como tú. El tipejo cometió el error de levantar el brazo para ponerle la mano encima. Sam actuó con la velocidad del rayo. Se giró para ofrecerle el perfil mientras le agarraba el antebrazo con fuerza y jalaba de él. Estaba aprovechando el empuje del sujeto en su beneficio para tirarle al suelo con violencia. El tipo se dio cuenta de lo que sucedía cuando ya se encontraba boca abajo. Tenía a Sam clavándole la rodilla en la espalda mientras le doblaba el brazo derecho. Intentó moverse, pero lo único que consiguió fue más dolor y una amenaza seria de fractura de húmero. Encima, a Sam le sobraba una mano; la utilizó para sacar las esposas que siempre llevaba en el bolsillo de atrás de sus vaqueros y ponérselas al grandullón en las muñecas. Así, con las manos atadas a la espalda, se quedó el personaje como si fuera un ternero a la espera de ser marcado. Sam apuró la copa mientras el resto de

parroquianos la miraba en silencio. La detective sacó del bolsillo la llave pequeña de las esposas y la puso encima del mostrador junto con el dinero de la consumición. Carmelo, deberías barrer el bar: se te ha colado una cucaracha.

# SÁBADO

*Los tres días que estuve sin apenas hablar con Merche me parecieron una eternidad. Recuerdo que reflexioné acerca de las razones por las que nuestra relación no había tenido la continuidad que yo esperaba. Llevarla a cenar al segundo día de conocerla podría estar entre ellas. Quizás la asusté por la premura de la invitación. Quizás aceptó presionada por la circunstancia de que yo iba a ser su futuro jefe. Quizás los besos de despedida fueron una ilusión donde cabía la esperanza de una relación más profunda. El caso es que aquello se cortó de raíz, como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros. Y llegaba el fin de semana. Y yo me veía incapaz de sugerirle a Merche que continuáramos con lo que habíamos dejado insinuado el miércoles. No me atrevía a dar ese paso porque el poco interés que mostraba Merche hacia mí ejercía de barrera infranqueable. Y eso que el viernes prácticamente trabajamos a dos metros de distancia el uno del otro: ella en su habitáculo, yo en el de Cecilia haciendo el relevo. Nos saludamos, sí, pero de una manera fría, distante. Sus ojos ya no me buscaban como en otras ocasiones. Además, esa mañana, algún admirador secreto le regaló un aparatoso ramo de flores que no dudó en pasear por todo el periódico y en colocar en su escritorio a la vista de todo el mundo. Situadas allí, las flores destacaban por encima del resto de mesas de la abarrotada sala. El ramo era lo primero que uno divisaba cuando accedía a la redacción. Como si fuera un faro, un aviso a los navegantes que me recordaba que Merche tenía su vida privada y en ella no cabía yo.*

*En esa fase de resignación me hallaba, dentro de mi supuesta relación con Merche, cuando inicié el relevo con Cecilia. Nunca pensé que Cecilia tuviera tanta carga de trabajo: prácticamente llevaba el ochenta por cien del periódico. En un diario local como éste los asuntos internacionales e, incluso, los nacionales apenas cubrían cuatro páginas; entre los dos. Si descontábamos las hojas de cultura y sociedad y las de opinión —que tampoco abultaban mucho— todo lo que quedaba era de Cecilia; es decir mío a partir del lunes. Cecilia me puso al día de los temas pendientes, de los*

*que requerían un mayor seguimiento. Así, la corrupción política, a nivel municipal o autonómico; la situación económica, de especial relevancia por culpa de la crisis que atravesaba el país; los candidatos a las elecciones municipales, que ya estaban a la vuelta de la esquina; o los sucesos, entre los que se encontraba el del asesinato de la Barqueta. Este asunto me lo traspasaba con un alto nivel de polémica, aunque era Merche quien lo iba a sufrir directamente. Polémica que la propia Cecilia había causado con su poco afortunado artículo, pero que ya se había encargado de rectificar el propio Roberto.*

*Con el relevo casi finiquitado el viernes decidimos, Cecilia y yo, cogernos el sábado libre y quedar el domingo al mediodía en su chalé del Porvenir. En una hora tendríamos ultimados los detalles que nos quedaban: los relativos al personal y a otras cuestiones administrativas. Con eso podíamos dar por concluido el relevo y yo estaría en disposición de llevar casi todo el periódico cuando terminara el fin de semana. La responsabilidad era grande; y la ilusión también. El único pero en mi situación anímica tenía nombre y apellidos: Merche Emanuele.*

**L**a cabeza parecía que iba a estallarle de un momento a otro. Ya no sabía que tomarse para aliviar, aunque sólo fuera un poco, el dolor. Ni la ducha de agua fría nada más despertarse, ni el café con leche del rápido desayuno, ni el Nolotil de hacía un cuarto de hora le habían hecho efecto. La resaca era dura; y el whisky de garrafa. Sam pensó que debía hablar muy seriamente con Carmelo, pero ahora tenía que centrarse en alguno de los casos pendientes que estaban encima de su escritorio. Parapetada tras las dos mamparas de su puesto de trabajo, Sam encendió el ordenador y esperó a que arrancase el sistema operativo, mientras tanto, abrió la primera de las carpetas para volver a echar una ojeada al informe del laboratorio de estupefacientes. Allí encontró, en la primera página, el teléfono del contacto de Mikel en Algeciras. El inspector había anotado al lado del número del móvil un nombre: “Fernando Requeijo”. Sam levantó el auricular de su terminal de comunicaciones y marcó el prefijo correspondiente a las conferencias. Tras conseguir tono, pulsó los dígitos del número anotado en el folio.

—Dígame —contestó una voz nasal.

—Buenos días, quería hablar con el inspector Requeijo, soy la subinspectora Torres —se identificó Sam.

—Al aparato, ¿en qué puedo ayudarte? —El inspector se mostró demasiado solícito lo que sorprendió a Sam que había dudado en llamarlo teniendo en cuenta que era sábado.

—Perdone que lo moleste en su día libre, pero...

—No te preocupes estoy de jefe de turno, así que no es ninguna molestia. Si no estuviera de guardia probablemente no te habría contestado o, directamente, te habría mandado al carajo —dijo el inspector con ausencia de pelos en la lengua. Un comentario que a Sam no le intimidó demasiado, acostumbrada como estaba a esa clase de confianzas entre compañeros, aunque no se conocieran de nada.

—Le llamo de parte de Mikel Alarcón; me dijo que hace unos días tuvieron una charla acerca de un alijo de droga incautada en la costa. —Sam no se andaba por las ramas. Quería ahorrar palabras y no dar rodeos porque cada vez que salía una frase por su boca mandaba una señal a un enanito situado en su cerebro. El pequeño hijo de puta a veces respondía con un martillazo, otras con el entorchocar de unos plátanos, y las más, con un punzón que parecía que le iba a atravesar el cuero cabelludo para salir al exterior.

—Sí, anteaer creo —dudó Requeijo—. Mikel me explicó que habían encontrado parte de la heroína en un piso franco donde la palmó un camello por sobredosis.

—Exacto, pero el caso ha pasado a homicidios. Resulta que al camello lo asesinaron...

—Y te han largado el muerto, nunca mejor dicho. —Requeijo se permitió una broma que a Sam no le hizo mucha gracia. En cualquier otra situación le hubiera seguido el chiste, pero la jaqueca la estaba matando.

—Con respecto a la droga interceptada... —Sam iba al grano mientras el enanito le daba una vuelta de tuerca al punzón—, tengo entendido que llegasteis a enjaular a la banda.

—Sí, los encerramos y tiramos la llave, pero no a todos. Se nos escapó uno.

—¿Cómo sabéis que era uno solo?

—Sus colegas estaban bastante cabreados y cantaron. Aseguraban que les hizo una putada. Que sabía lo de la redada y escapó con parte de la droga para montarse el negocio el solo.

—¡Joder! ¿Y quién es ese tío tan “listo”? —preguntó Sam.

—Le llaman *El Moro*. Pero no sabemos nada más. ¿Increíble no? Pues es tan cierto como que hay guardias los fines de semana. Ni está fichado ni

tenemos sus huellas, ni nada de nada. Sólo la descripción que nos facilitaron amablemente sus colegas: un tipo alto y fuerte, no llega a los cuarenta, calvo como Mister Proper y con el cuerpo lleno de tatuajes. Vamos que está a la última moda macarra.

—¿Alguna idea de su paradero?

—Me imagino que no andará lejos de la droga que habéis descubierto, pero la verdad es que no tenemos ni puta idea de dónde puede estar. Lo que sí sabemos, por los interrogatorios, es que se trata de un cabronazo muy peligroso. Imaginamos que se ha establecido por su cuenta y que está cortando y distribuyendo la droga él mismo, o ayudado por una mínima organización. No creo que le haya dado tiempo a montar algo más grande. No todavía. Ten en cuenta que el desembarco de esa mierda fue hace escasamente un año.

—Ya. Bueno, ¿me podéis mandar una valija con todo lo que tenéis: los interrogatorios y demás informes? —inquirió Sam.

—Imposible. Ten en cuenta que fue la operación más importante del año pasado, una misión conjunta con la Guardia Civil, con intervención de la central y todo, así que imagínate lo que hay aquí: miles y miles de folios —exageró Requeijo—. Si quieres ver los informes tendrás que visitar Algeciras. Te advierto que el “pescaíto frito” no está nada mal.

A Sam lo que le apetecía era una cerveza para contraatacar al liliputiense que estaba machacando su cabeza. Como no se le ocurría nada más le dio las gracias al inspector y se despidió de él cordialmente. Después abrió un nuevo documento Word y anotó los datos que le había dado Requeijo a la espera de un viaje posterior a Algeciras. Imprimió el documento y lo repasó de nuevo. Antes de incorporarlo al dossier que tenía abierto, cogió un rotulador rojo, subrayó la descripción de *El Moro* y dibujó dos círculos concéntricos alrededor de su nombre.

**E**l Porvenir era ante todo un barrio residencial; y pacífico. Bien urbanizado, con manzanas cuadriculadas de esquinas en chaflán y árboles de hoja caduca en las aceras, plantados ex profeso para dar un respiro en verano y dejar pasar los rayos de sol en invierno. Diseñado para las familias acomodadas de la ciudad, no había edificios de más de tres plantas. De hecho, la mayoría eran unifamiliares. Nada de adosados. Algunos con una parcela respetable, todos con jardín alrededor de la vivienda. En los bajos de los escasos bloques crecían los mejores bares y restaurantes de la urbe; las tiendas más *chic* de la

metrópolis; y los principales bancos y cajas de ahorro. Estos últimos se concentraban en Felipe II. Una calle que estaba sufriendo una paulatina, pero imparable transformación: la vía tranquila que era hace unos años, acorde con el resto del barrio, se estaba convirtiendo en una bulliciosa arteria comercial donde las terrazas poblaban las aceras, los comercios duplicaban sus beneficios y los automóviles saturaban la calzada.

*El Gabacho*, alentado por la amenaza de *El Moro* y su efecto disuasorio, decidió no demorar más su incorporación al “trabajo”. Tenía que conseguir, y pronto, treinta euros para pagar la deuda y algunos más destinados a adquirir su dosis de droga diaria. Con determinación, se puso al acecho de los automóviles que transitaban por Felipe II buscando aparcamiento. Pronto divisó un hueco entre dos coches estacionados en batería. Allí se colocó para marcar el espacio vacío basculando su brazo con un gesto estudiado a modo de señal de ferrocarril. Mucho más rápido de lo que esperaba, el intermitente de un Ford Focus azul pavo le anunció su primera propina de la mañana. Cuando el turismo iniciaba la maniobra de aparcamiento, un fulano con gorra blanca y visera de rayas lo empujó con tanta violencia que *El Gabacho* tuvo que apoyarse en una Vespa. Gracias a eso pudo mantenerse en pie, pero no logró evitar que la moto aterrizara en la calzada.

—¡Fuera de aquí gilipollas! —le gritó el sujeto con cara de pocos amigos.

—¡Eh! Que yo estaba antes... —protestó *El Gabacho* con poco entusiasmo mientras levantaba la maltrecha motocicleta.

—¿Antes de qué? Llevo un año en este lugar y es la primera vez que te veo, así que ya te puedes ir pirando si no quieres que te rompa la cara —contestó el gorrilla, un personaje cuyo volumen ocupaba más del doble que el del yonqui.

Aquel sujeto malencarado no tuvo la necesidad de insistir: *El Gabacho*, resignado, se alejó de mala gana y elevó su punto de vista, más allá del nivel a ras de suelo acostumbrado, para comprobar la situación estratégica de cada “recaudador” de aparcamiento. Había uno por cada ciento cincuenta metros aproximadamente, es decir, no quedaba sitio para él. Allí no tenía nada que hacer.

Arrastrándose con apatía giró a la izquierda para abandonar la avenida. Su depresión lo condujo a la calle Progreso. Era una vía mucho más estrecha que Felipe II, de sentido único, y con coches aparcados a ambos lados a lo largo de toda la acera hasta la avenida del cardenal Bueno Monreal. Cuando

*El Gabacho* se dirigía cabizbajo a la confluencia con Juan Pablos y Valparaíso, al solar donde solía refugiarse, el molesto sonido de un claxon le hizo levantar la mirada. El ruido procedía de un automóvil aparcado en doble fila. Era un cuatro por cuatro color plata metalizado y parecía una feria: las luces de sus dos intermitentes centelleaban al mismo ritmo que el canto desagradable e insistente de la bocina. La causante de tal espectáculo, una mujer embarazada ya entrada en años, estaba apoyada en la puerta del piloto y accionaba el pito dando violentos golpes en el volante con la palma de la mano.

La ira de Cecilia le impedía decidirse por coger el móvil y llamar a la grúa, o emprenderla a patadas con el vehículo que invadía el vado de su chalé. Mientras se decantaba por una u otra opción seguía dando manotazos al claxon. El gilipollas —sólo podía ser un macho el que se comportaba así, dejando su coche donde le salía de los cojones, como si fuera el dueño y señor de la calle— fijo que se encontraba en el bar de enfrente con sus amigos y, encima, debía ser sordo.

El sujeto no aparecía y ella tenía que dejar el Toyota en algún lugar mientras llamaba a los municipales. Cecilia se montó en el *four wheel* y giró la llave para arrancar. Ocupando gran parte de la visión del parabrisas, un indigente le hacía señas para indicarle un aparcamiento unos metros más adelante. El aspecto del personaje era bastante desagradable. Cecilia odiaba a esos drogadictos desaliñados y malolientes. Su simple presencia ya la molestaba, pero lo que la sacaba de sus casillas —y ya estaba bastante fuera de ellas— era que la dirigieran a la hora de aparcar. Gire todo. Ahora marcha atrás. ¡Cuidado! Tuerza el volante. Pare. Cecilia no podía con eso. Con tal de no seguir las indicaciones, y hacer todo lo contrario a lo que le sugería el gorrilla, no le importaba tardar una eternidad en aparcar. Una vez en el sitio, se bajó del enorme automóvil e ignoró al yonqui que la esperaba con la mano abierta. Cecilia se comportaba como si perteneciera a la realeza y estuviera descendiendo por la pasarela de un yate, con la cabeza bien alta, mientras mostraba su desprecio al populacho que la observaba envidioso.

—Un euro, señorita, es para el bocadillo —suplicó y mintió el vagabundo a partes iguales.

—¡Aparta! —fue lo único que se dignó decir Cecilia.

Aquel infeliz tuvo la equivocación de protestar golpeando el capó del Toyota con el puño cerrado. El puñetazo sólo tuvo un efecto sonoro ya que ni

rayó la pintura, ni mucho menos abolló la reluciente chapa. Lo que si provocó fue el inmediato encendido de la dueña del vehículo: Cecilia, como una posesa, la emprendió a bolsazos con el indigente. El sin techo no pudo hacer otra cosa que cubrirse el rostro con las manos para evitar la avalancha de golpes que se le venía encima.

—¡Desgraciado hijo de puta! ¡Drogata de las narices! ¿Cómo te atreves a tocar mi coche? —fueron algunas de las lindezas que salieron por la boca enfurecida de Cecilia.

Mientras tanto, en la calle, ya se iba formando un corrillo de gente. Algunos pertenecían a la clientela y al personal del bar, otros eran transeúntes que pasaban por allí. Finalmente, fue un camarero quien puso orden al situarse con osadía entre la víctima y la verdugo. Llegó en el momento apropiado pues el yonqui estaba ya rendido, sin moverse, encogido y resuelto a aguantar los golpes hasta que aquella fiera se calmara.

—Señora, tranquilícese; en su estado no debería... —llegó a decir el camarero, mientras el gorrilla escapaba.

—¡Déjame en paz! —gritó Cecilia.

El barman levantó los brazos como si fuera un prisionero de guerra y dio dos pasos hacia atrás mientras Cecilia le recriminaba por su intervención en algo que no le incumbía.

Al finalizar la bronca, Cecilia dirigió una mirada al corrillo de gente que la observaba curiosa y con un “menuda gentuza hay que aguantar” se dio la vuelta para dirigirse hacia su chalé: sólo quería aislarse de la plebe en su preciosa vivienda del pacífico barrio del Porvenir.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara —preguntó Santi.

—La cara es el reflejo del cuerpo, y no del alma, al menos en este caso —bromeó Sam haciendo un esfuerzo por acompañar con media sonrisa el comentario.

La subinspectora acababa de llegar al cuchitril de la calle Trajano y estaba echando un primer vistazo. La habitación era un desastre. Todo el piso lo era. Y eso que Santi le había asegurado que antes de que los técnicos llegaran a hacer su trabajo el precinto todavía estaba intacto. En teoría, el escenario se había mantenido aislado desde que se cometiera el crimen. Sólo personal del juzgado y de la policía habían traspasado la puerta.

—Al edificio le quedan días —comentó Santi intentando adivinar los pensamientos de Sam que miraba el desconchón de la pared y el calendario

roto que colgaba de él.

—¿Sí? —inquirió Sam con la desgana propia de la resaca, tocándose la frente como si se estuviera comprobando la temperatura, aunque supiera que no tenía fiebre.

—Van a derribarlo. Cuando llegamos, un funcionario del ayuntamiento me preguntó si tenía idea de cuándo podían meterle mano. Por lo visto tienen la intención de dejar sólo la fachada y construir unos apartamentos de lujo.

—Seguro que costarán un huevo y la yema del otro —dijo Sam mientras descorría la manta que hacía de cortina. El brusco movimiento provocó el despertar de una densa nube de polvo que pronto inundó la sala. La neblina así formada se convirtió en una bendición para el insoportable dolor de cabeza de Sam: un efectivo filtro que protegió a la detective de la luz e impidió que los rayos de sol se le clavaran en los ojos como agujas.

—La verdad es que esta zona está quedando muy bien —opinó Sam asomada a la ventana, una vez que se había acostumbrado a la luz solar, después de disiparse su aliada capa en suspensión—. Debe ser el último edificio que queda por restaurar en la calle. No me importaría nada vivir aquí; si pudiera. —Sam se imaginaba una mudanza desde su estudio alquilado de la calle Cuna hasta ese lugar y pensó que casi se podría hacer andando: por lo cerca que estaban las dos viviendas y por los pocos enseres que habría que trasladar.

—¿Has conseguido sacar algo en claro de toda esta mierda? —preguntó Sam señalando el deplorable aspecto que ofrecía el habitáculo con un gesto que se parecía más a un pase de verónica que a uno natural.

—Estamos haciendo acopio de todas las huellas que hay. Sólo te puedo adelantar que son un montón. Parece que el tipo tenía mucha clientela —explicó el policía científico—. A ver si en los próximos días podemos hacer un listado de los que tenemos fichados. Del resto de pruebas, qué quieres que te diga, ya ves cómo está todo...

—¿Has hablado con los de narcóticos?

—Sí. Nos han entregado la jeringuilla que tenía clavada la víctima y ya la estamos procesando. Ayer nos dio tiempo a analizar una muestra que encontraron en el cadáver: es un trozo de plástico que tenía entre los dientes. Pertenece a una bolsa de esas normales, de las de los supermercados.

—Le asfixiaron con una bolsa de plástico —resolvió Sam cuyo rostro reflejaba el escalofrío que le estaba recorriendo el cuerpo—. Qué manera más horrible de dejar este mundo.

—Los restos de piel que tenía en las uñas los hemos mandado al laboratorio de jefatura para un análisis de ADN —siguió informando Santi—. El informe tardará...

—Ya sé: como poco una semana —le cortó Sam.

La detective seguía imaginándose el asesinato como si estuviera recordando una película de terror. Veía a la víctima intentando desesperadamente respirar y ahogándose más y más en cada inspiración. Dando manotazos, arañando, luchando por su vida en un vano intento de desembarazarse de su oponente.

A partir de aquel momento, Sam ya sentía como suyo un caso que les había llegado de rebote. Debían encontrar a alguien capaz de matar así. Aunque la víctima fuera un traficante como él, o un camello, y hubiera sido un ajuste de cuentas entre ellos, había poca gente capaz de asesinar a una persona con tanta frialdad. Sólo de pensarlo a Sam se le revolvían las tripas; y esta vez no era por culpa de la resaca.

**H**idalgo se sentó en el mismo sofá que le había ofrecido Vicente Portolés tan sólo unos días atrás. Sin embargo, la situación se le antojaba completamente distinta. No sólo porque la información que Rocío le había proporcionado le condicionaba de alguna forma su opinión sobre Portolés, sino por la actitud algo agresiva que mostraba el marido de la víctima, muy diferente a la pasiva y abatida que pudieron ver Hidalgo y Sam el primer día.

Después de los saludos de rigor, mucho más fríos que los del miércoles, y de algún comentario sin importancia para abrir la conversación, Hidalgo fue directo al grano:

—¿Por qué nos ocultó que estuvieron a punto del divorcio usted y su mujer?

—Ya veo que mi cuñada les ha puesto al día —contestó Vicente con acritud.

—El cómo lo hayamos sabido es lo de menos, me interesa lo que tenga que decir usted acerca de la relación que había entre los dos.

—Como le dije el otro día, Ana y yo nos llevábamos muy bien. Es cierto que pasamos por una época difícil, pero conseguimos superarlo. En cuanto nació Nacho todo volvió a ser normal. No digo que no tuviéramos alguna discusión, pero todo el mundo las tiene ¿no?

—Es posible, pero me interesan los motivos de las tuyas.

—Oiga, eso entra dentro de lo personal. Me parece que no tiene derecho...

—Tengo todo el derecho del mundo a investigar a un sospechoso.

—Así que es eso. Soy un sospechoso.

Portolés se retorció en el asiento. Su actitud defensiva provocó que Hidalgo perdiera la paciencia:

—Exacto. Y si prefiere podemos seguir la conversación en comisaría.

La amenaza de Hidalgo suscitó el efecto contrario en Vicente que, a partir de ese momento, se mostró más combativo:

—Pues sepa usted que yo también tengo muy claros cuáles son mis derechos: mi abogado me ha recomendado que no hable con nadie si él no está presente.

—No creo que haya motivo para que se ponga así. —Hidalgo quiso rectificar, pero ya era demasiado tarde—. Simplemente quiero que me conteste a una sencilla pregunta...

Vicente no atendía a razones y seguía su discurso atrincherado en el sillón orejero:

—No se puede andar por ahí acusando y difamando a la gente sin pruebas; como el periódico ese. Se van a arrepentir de lo que han publicado, y me da igual que hayan rectificado. El daño ya está hecho.

—Mire, nosotros no tenemos la culpa de lo que haya dicho el diario. Y yo no le he acusado de nada. Sólo quiero hacer mi trabajo y usted no me lo está poniendo muy fácil que digamos.

—Pues haga mejor su trabajo. Por ejemplo, le recomendaría que informara a la víctima, es decir, a mí, de cómo han matado a su mujer. Y no que me tenga que enterar por los periódicos de que la han estrangulado con un cinturón.

—No siempre se puede controlar lo que dicen los periodistas. —Hidalgo estaba perdiendo su posición dominante en el interrogatorio a pasos agigantados. Cosa que aprovechó Vicente para cerrarse en banda:

—Lo siento, pero no voy a decir ni una palabra más sin que esté mi abogado presente. Si quiere detenerme tendrá que enseñarme la orden judicial por escrito.

Vicente, sin saberlo, dio con la frase que más odiaba Hidalgo. El inspector tuvo que contenerse para no ponerle las esposas y llevárselo a comisaría. De sobra sabía que no podía hacerlo a pesar de las ganas que tenía de echarle el guante.

Portolés se levantó de su asiento y se dirigió a la salida en un intento de echar al policía. Pero Hidalgo no se dio por vencido e intentó sacar algo de provecho a la visita:

—Al menos déjeme hablar con su hijo. —Hidalgo cambió el tono de voz para hacerse de nuevo con la situación, pero le salió regular.

—Nacho está en su habitación y no quiere hablar con nadie, ni siquiera conmigo. Así que me temo que será una pérdida de tiempo. —Vicente abrió la puerta y le enseñó a Hidalgo el recibidor con toda la intención—. Si no le importa, tengo mucho trabajo atrasado...

—Me gustaría intentarlo. ¿Cuál es su cuarto? —Hidalgo forzó la situación y no soltaba la presa, como si fuera un vendedor experimentado al que un inocente cliente le hubiera dejado colarse en su casa: no había forma de echarlo.

Vicente, resignado, atravesó el salón en sentido contrario y abrió la puerta que daba acceso a los dormitorios y al cuarto de baño.

—Es la segunda puerta a la izquierda.

Hidalgo musitó un “gracias” y se dirigió a la habitación de Nacho.

\* \* \*

El cuarto era pequeño, pero estaba bien aprovechado: un mueble armario cubría una de las esquinas de la habitación y se extendía por cada una de las dos paredes con sendas alas de estanterías. A la derecha, se situaba una cama nido. Estaba sin hacer, con la mitad del edredón de vivos colores sobre el colchón y la otra mitad en el suelo. A la izquierda, debajo del estor que cubría la ventana, la mesa del escritorio enseñaba dos bandejas con comida aparentemente sin tocar: una con un filete muy pasado acompañado de ensalada y patatas fritas, y la otra con una taza de chocolate y dos tostadas con mantequilla. «La cena y el desayuno», pensó Hidalgo. En el centro de la habitación, sobre una alfombra, se levantaba una tienda india de juguete de color beis con el dibujo de un piel roja cazando un búfalo. Hidalgo supuso que el niño se encontraba dentro, así que intentó ganárselo hablando en alto para seguirle el juego:

—¡Un campamento apache! ¿O será sioux?

Dentro de la tienda Hidalgo apreció un movimiento.

—¡Si son navajos mi cabellera corre peligro!

Otro movimiento más una risita.

—¡Debo fumar la pipa de la paz con ellos antes de que me atraviesen con

sus flechas!

La curiosidad pudo al niño que sacó su cabeza por la abertura para ver a quién correspondía esa voz.

—¿Puedo entrar gran jefe? —preguntó Hidalgo.

El niño no contesto y se volvió a introducir en su refugio; el inspector hizo lo propio con una mueca de dolor al tener que doblar el espinazo. Hidalgo pronto se dio cuenta de que era demasiado alto para estar allí dentro. Su aspecto era de lo más cómico sentado al estilo indio, con los brazos cruzados y dándose con la cabeza en el techo. Nacho evitó mirarlo al principio, pero como el policía no decía nada, no tuvo más remedio que volver la cabeza para observar lo que hacía su extraño invitado. La postura ridícula de Hidalgo hizo su efecto enseguida: el niño comenzó a reírse con timidez, tapándose la boca con la mano en un intento de disimular la gracia que le estaba haciendo esa persona tan larguirucha allí metida.

—Este indio ser raro, *risa fácil* yo llamar —dijo Hidalgo con voz exageradamente grave.

Nacho tuvo que utilizar también la otra mano para ocultar su risa.

—¿*Risa fácil* no tener tienda más grande? —preguntó Hidalgo—. A rostro pálido dolerle el cuello.

Lo de Nacho ya era una carcajada.

El niño miraba abiertamente a Hidalgo y paró de reír cuando se fijó en la placa de policía.

—Si quieres te la presto —propuso Hidalgo con su voz habitual y cogiendo la brillante placa plateada para ofrecérsela a Nacho.

Los ojos del pequeño comenzaron a crecer. El detective se dio cuenta de cuál era la mejor estrategia para ganar su confianza cuando vio que entre los juguetes que Nacho tenía dentro de la tienda destacaba un coche patrulla. Nacho seguía sin decir palabra, pero extendió su bracito delgado para coger la placa. Al hacerlo, unos moratones que salpicaban su antebrazo quedaron al descubierto. Hidalgo contuvo el gesto de disgusto para no preocupar al pequeño y siguió jugando con él como si no pasara nada.

—Yo tengo un coche de policía como este —le dijo a Nacho cogiendo el juguete—. ¿Te apetece dar una vuelta?

Nacho asintió con la cabeza.

—Espera aquí un momento que le pido permiso a tu padre.

Hidalgo salió de la tienda con alguna dificultad y fue al salón con el rostro descompuesto de ira. Allí estaba Vicente, de pie, apoyado en una

cómoda que parecía tener como misión soportar al enorme espejo con marco dorado que descansaba encima. El policía se acercó hecho una furia. Sin mediar palabra lo agarró de las solapas.

—¡Hijo de puta! ¡A los niños se les abraza no se les pega! —Las sacudidas de Hidalgo hicieron mella en la prepotente actitud de Vicente que, además, sufrió los impactos de saliva que lanzó el inspector mientras gritaba.

—¿Qué hace? ¡Suélteme! —protestó Vicente con relativa poca convicción.

—Llame a su abogado si quiere, pero como en cinco minutos no tenga preparada una mochila con ropa de su hijo lo meto directamente en el calabozo.

—Pero...

—No se moleste con excusas he visto las marcas que tiene el niño en el brazo.

—Le juro que no le quise hacer daño. —Esta vez el derrotado era Vicente—. No me daba cuenta de que lo estaba agarrando tan fuerte. Rocío no me dejaba...

—¡Cállese y haga lo que le digo! Si no fuera porque su hijo está delante lo metía en chirona ahora mismo.

Vicente no tardó ni cinco minutos en tener listo el ligero equipaje. Hidalgo no parecía estar marcándose un farol. Y casi se podía dar con un canto en los dientes de salir tan bien parado. Hidalgo le dijo que iba a llevar al niño con Rocío y le advirtió que los dejara en paz, al niño y a su cuñada, que ni se le ocurriera dejarse ver por Tomares. Se tendría que esperar a que Rocío lo llamara para poder ver al niño o para ir a buscarlo. Le recordó que lo primero era la salud de su hijo, que parecía mentira que no se diera cuenta de que el pobre chaval estaba sumido en una depresión, sin comer y refugiado en su mundo infantil como rechazo al mundo real que lo maltrataba. Vicente se mostró sumiso y acató todas las órdenes del policía sin rechistar.

Después del espiche, Hidalgo volvió al cuarto del niño. Nacho parecía ajeno a la discusión que había tenido lugar en el salón y se puso muy contento cuando Hidalgo le anunció que irían a visitar a su tía. Ambos salieron de la mano. Nacho, con la placa sujeta a su jersey, miraba al inspector ilusionado. Llevaba la mochila a la espalda y sujetaba con fuerza el coche de juguete.

**L**e fastidiaba más tener que pensar lo que iba a comer, que preparar la

comida en sí. A Sam no le preocupaba mucho su figura, pero sabía que debía perder unos kilos; por su trabajo, más que nada. Así que decidió prepararse una ensalada con todo lo que encontrara en el frigorífico. Sam se agenció una lata abierta de atún, un bote de espárragos que estaba a la mitad, unas hojas de lechuga, un tomate, media cebolla y unas rodajas de pepino. Con eso bastaría. Si se quedaba con hambre, siempre podría acompañar el plato único con un poco de queso de *tetilla* que tenía envuelto en papel de aluminio. Incluso podría echar mano de ese chorizo ibérico que le había regalado Hidalgo, y que compró la última vez que estuvo de excursión en Aracena con su hija. Todo regado con el Cune crianza que acababa de comprar en el ultramarinos de abajo. Bueno, lo más difícil ya estaba. Ahora sólo tenía que prepararlo. Sam puso todos los ingredientes en el poyo de la cocina y se hizo con una tabla de madera para cortar la lechuga, el tomate, el pepino, la cebolla... el queso y el chorizo. No iba a esperar a tener hambre para añadir a la dieta esos dos últimos ingredientes. Habían pasado de ser una opción, a ser una realidad. Ya pensaría en los kilos de más otro día. Hoy era sábado, qué carajo.

Antes de comenzar a cortar los alimentos, Sam cogió el mando a distancia del equipo de música, apuntó a un cubo de color aluminio metalizado donde descansaba el *iPod*, y pulsó el botón rojo. Las primeras notas del *Wild Horses* de los Rolling Stones comenzaron a sonar. Keith Richards rasgaba la guitarra, Mick Jagger cantaba lastimosamente y Sam empuñaba el cuchillo para cortar al ritmo de la música. Le encantaba esa banda legendaria. Precisamente, un enorme póster con los vaqueros del *Sticky Fingers* adornaba el salón. O mejor dicho: el salón-comedor-dormitorio. El estudio no daba para más: tres habitaciones en menos de cincuenta metros cuadrados. Y eso suponiendo que la cocina contara como un lugar aparte cuando, en realidad, sólo estaba separada del resto por una pequeña barra de mampostería; único detalle de lujo del pisito gracias al lateral que daba al salón y su alicatado de azulejos de La Cartuja. Mientras el estribillo anunciaba el final del tema de sus *satánicas majestades*, Sam transformaba el queso gallego en pequeños cubitos e intentaba adivinar cuál sería la siguiente canción. La respuesta la dio el *iPod* cuando activó la secuencia aleatoria para dar paso a la voz de Van Morrison, otro de los artistas favoritos de Sam. El solista irlandés entonó *In the Garden*, una balada que a Sam siempre la retrotraía a su infancia. A la dura agente de policía le invadió la nostalgia cuando se puso a recordar los tiempos en los que vivía en la casa de campo de Umbrete. También se acordó del desasosiego sufrido el día en que tuvieron que venderla para hacer frente a

los gastos de enfermedad de su madre y a los negocios fallidos de su hermano. Fue en Umbrete donde pasó los mejores años de su vida; con la familia al completo, cuando ella era una mocosa y su hermano la chinchaba tirándole de las coletas. La vivienda, y la pequeña finca, pertenecía en origen a sus abuelos, pero su padre la adquirió como parte de la herencia cuando ellos faltaron, mucho antes de que naciera la pequeña Casandra. Diversas escenas de su infancia pasaron por su mente justo cuando estaba cortando la cebolla — lo que le permitió soltar todas las lágrimas que quiso sin preocuparse—: las pequeñas cacerías en compañía de su padre; los juegos con la pareja de dálmatas; las recogidas diarias de los huevos del pequeño gallinero; los baños en el agua verdosa de la alberca, recalentada por el abrasador sol del verano; las caídas del columpio, cuando éste se rompía; y lo entretenida que se quedaba viendo como su padre lo reparaba, como lo volvía a atar a una de las ramas de la tipuana que crecía a escasos metros del porche. A Sam todo eso le parecía tan lejano que había momentos en los que llegaba a dudar si esa vida no le perteneció a otra persona.

Una vida truncada por una calumnia. Por una acusación falsa que, hacía ya más de tres lustros, cayó como una losa sobre la familia y provocó la muerte de su padre. La muerte que Sam quería vengar. El dicho de que el tiempo lo cura todo no tenía cabida en la forma de pensar de Sam. La herida que se abrió en aquella niña de doce años cuando su padre, al que adoraba, murió en un atentado, estaba muy lejos de cicatrizar. Esa lesión, en vez de menguar, no hacía más que crecer y crecer hasta llegar a convertirse en una obsesión, en la razón de su existencia.

Por supuesto, ella odiaba a la banda terrorista. A esos perros salvajes que no merecían otra cosa que pagar con su vida las vidas de los que habían segado cobardemente. Pero su cruzada particular iba contra los de su propio bando. Contra los verdaderos responsables del destierro de su padre hacia tierras vascas.

Aún le faltaban en la mesa del comedor-salita-dormitorio las pruebas necesarias para rehabilitar el buen nombre de Eduardo Torres. Para Sam ya era una rutina apartar los papeles que allí se desparramaban. Antes de comer, hacía un hueco entre las carpetas y documentos para situar un mantel individual y sentarse enfrente de la televisión. Era después de recoger los platos cuando volvía a colocar las hojas en el desorden anterior y aprovechaba para repasarlas una vez más. El producto de la investigación que ocupaba la totalidad de su tiempo libre lo tenía en aquella mesa: fotocopias

del archivo central, hojas del registro, páginas de periódicos extraídas de la hemeroteca y unas cuantas fotografías. Documentos oficiales realmente había pocos: sólo los relativos a la acusación de su padre, a la citación para declarar en Asuntos Internos y al registro de la guardia firmado por el inspector Torres el día que estuvo de jefe de turno. Curiosamente, no había nada sobre el caso que provocó la incautación de la droga. Ni quiénes llevaban el asunto, ni los antecedentes. Ni en el archivo central, ni en estupefacientes. Justo esa misma mañana, antes de salir de la comisaría hacia la calle Trajano, Sam bajó al segundo sótano para comprobar que era cierto lo que decía Mikel Alarcón: la caja que debía contener las pruebas del caso estaba sospechosamente vacía.

El resto de papeles que cubrían la mesa era información de prensa. La mayoría calumnias. Sólo un periódico había sido justo con su padre. El único que se limitó a decir la verdad; lo cual no debería ser tan meritorio si no fuera por que el resto de medios de comunicación sólo buscaban el morbo por encima de cualquier otra circunstancia. Ese diario, además de darle el beneficio de la duda a su padre, informó de lo mucho que la comunidad le debía al recordar otros casos resueltos por él. Por eso, Sam pensaba que tenía una deuda contraída con “La Voz de Híspalis”. Ella estaba segura de que si todo el mundo se hubiera portado como aquella gente no habría pasado nada.

Sam leía y releía todo lo que había ido reuniendo en los últimos años, una y otra vez, día tras día, con un sólo objetivo: conseguir pruebas para restaurar la memoria de su padre y hacerle pagar al culpable, o culpables, el daño que le habían causado a su familia. Y no sólo por la muerte de su padre, sino también por la reclusión de su madre en un centro psiquiátrico.

Razones no le faltaban —se justificaba Sam— para proseguir con su investigación. Sin embargo, ésta no le estaba conduciendo a nada en concreto. Los documentos se amontonaban delante de sus ojos como testigos mudos que no tuvieran nada importante que decir; o no supieran decirlo. Quizás fuera ella la que no acertaba a interpretar la información que contenían. Por unas razones u otras, lo único que había conseguido hasta ese momento era enquistar el odio, acumularlo de tal forma que corría el peligro de convertirse en una enfermedad. No podía seguir así. Su fracaso en lo personal estaba afectando a lo profesional. Si no quería que aquella obsesión le arruinara la vida a ella también, debía hacer algo y pronto.

Una idea llevaba varios días rondándole por la cabeza; una idea que debía rechazar por insensata, pero que no terminaba de abandonar porque,

entre otras cosas, era la única que tenía. Era un plan que no dependía de ella sola, de ahí el riesgo que entrañaba. Las posibilidades de encontrar a los que robaron el alijo eran todavía remotas, pero si tenía éxito por fin podría hacerse la luz al final del túnel que la tenía atrapada: tendría algo concreto con lo que empezar a trabajar en serio. Animada por esa perspectiva decidió liarse la manta a la cabeza y llevar a cabo su plan. Tan ilusionada estaba que no tuvo en cuenta que si algo fallaba —y la probabilidad de que eso sucediera era bastante alta— podría perder su trabajo y todo aquello por lo que tan duramente había luchado.

**A**ntes de abrir la puerta del Picasso, Hidalgo vio su imagen reflejada en los cristales tintados de la ventanilla y se dio cuenta de que le faltaba algo. Su camisa amarilla, la corbata beis y la cazadora marrón estaban en su sitio, pero del bolsillo de siempre no colgaba la placa plateada. Instintivamente se palpó el lugar que debería ocupar su identificación y pulsó el mando a distancia del vehículo para volverlo a cerrar. Un doble pitido, más el destello de los intermitentes, le confirmaron que el coche había recibido y ejecutado la orden electrónica. Al girarse para volver a la vivienda se dio cuenta de que Rocío todavía estaba en la puerta. Mientras se acercaba sonriente pudo ver con el rabillo del ojo como la cotilla de la vecina se ocultaba rápidamente tras la cortina de una ventana.

—Así que lo has pensado mejor y te quedas a comer —dijo Rocío devolviéndole la sonrisa y tuteándolo por primera vez.

—La verdad es que se me había olvidado algo —contestó Hidalgo llevándose otra vez la mano al bolsillo de la cazadora—, pero si insistes me quedaré a probar esa carrillada que dices que te sale tan bien. —El inspector se sentía tan cómodo con el tuteo como Rocío—. Aunque debo poner mis condiciones...

—¿Sí?

—Sí. Me tendrás que dejar que yo prepare la guarnición. Mis patatas asadas son ya famosas al otro lado del río. Así que tendré que hacer algo para que a este lado también lo sean.

Rocío asintió y ambos entraron en el adosado riendo.

Hidalgo estaba disfrutando tanto del sábado como los días en los que podía compartirlo con su hija. La comida en casa de Rocío Mateos, con Nacho sentado a su lado, era lo más parecido a un almuerzo en familia que había

tenido desde su divorcio. El chaval todavía tenía la placa prendida del jersey, y no hacía más que mirarla entre bocado y bocado. El pobre comía con ansia después de haber estado casi veinticuatro horas sin llevarse nada al estómago.

Después de la copiosa comida, Hidalgo y Rocío recogieron los platos y se quedaron en la cocina a tomar café para no despertar a Nacho. El pequeño se había quedado dormido en la salita de estar justo al acabar el postre. Sentados en los taburetes que Rocío usaba para desayunar, la pareja estuvo hablando de Nacho principalmente. De la actitud irresponsable de Vicente para con el niño, y de lo entusiasmada que estaba Rocío con la idea de cuidarlo el tiempo que ella dispusiese. Hidalgo le relató a Rocío las aventuras de Nacho en el coche de policía. Le contó cómo Nacho se hizo con su placa, y cómo Hidalgo se jugó su prestigio cuando dejó que el niño accionara la sirena del automóvil y contactara con la central utilizando la radio de VHF. A Hidalgo se le iluminaba la cara hablando de Nacho cuando recordaba la frase que más repetía el chaval: “ya verás cuándo se enteren mis compañeros de clase”. Se veía que el inspector disfrutaba con la compañía de los niños. Era uno más de los atractivos que, sin duda, tenía el policía. Eso pensaba Rocío, que parecía encantada con su compañía por el modo en que se reía de las “aventuras” de Hidalgo y Nacho.

Lo único que el policía no le comentó a su guapa anfitriona fue la conversación que tuvo con el hijo de Portolés cuando, con bastante habilidad, le preguntó acerca de la noche del asesinato. Encontró la excusa ideal al adelantar a unos ciclistas. Primero quiso saber si Nacho tenía bici y si le dejaban montar solo. Cuando el pequeño le respondió sí a lo primero, y no a lo segundo, Hidalgo le preguntó si su padre solía ayudarle a cruzar la avenida. Nacho le contestó con un movimiento de cabeza afirmativo. Eso dio pie a que el inspector le hiciera la pregunta clave: si la noche del martes también lo ayudó su padre a cruzar Torneo para llegar a casa. Esta vez Nacho negó con vehemencia. Declaró que lo hizo el solo porque su mamá ya no estaba; el pequeño aseguraba con orgullo que ya era un hombre mayor, mientras enseñaba la placa de policía. Eso sí, su padre lo regañó cuando llegó a casa, pero enseguida se le olvidó el enfado porque “fue a buscar a mamá y me dejó con la vecina”.

Sólo un segundo le duró a Hidalgo la mueca de contrariedad. No la pudo reprimir al comprobar que la versión del niño coincidía con la de Vicente Portolés, pero rápidamente la cambió por una sonrisa para ofrecerle a Nacho la posibilidad de pulsar el botón de la sirena una vez más.

Cecilia observó satisfecha lo bien que le había quedado la habitación. Aún tenía que verla de día, con luz natural, cuando los rayos del sol atravesaran la ventana para inundar el espacio abuhardillado destinado a su hijo. Ahora, iluminado por la lámpara del techo, le pareció una maravilla cómo se proyectaban sobre las paredes estrellas, lunas y otras figuras geométricas, y cómo se movían por todo el cuarto a medida que Cecilia giraba la mampara. La última adquisición, el moisés, fue lo único que ella había comprado y montado; el resto, lo dejó en manos de El Corte Inglés, consciente de que la decoración nunca había sido su fuerte. Y menos mal que lo hizo porque montar la maldita cuna le llevó casi dos horas. Eso sin contar el tiempo que tardó en comprarla esa mañana. Le costó un mundo decidirse y el dependiente tampoco ayudaba mucho. Pero lo peor fue el jaleo que se organizó cuando, de vuelta a su casa, quiso estacionar el Toyota: primero el mamón que aparcó en el vado y después el drogata que quiso abollarle el coche. Menos mal que luego se resarcó cuando vino la grúa y se llevó aquel intruso que invadía su propiedad. Fue el único momento agradable de todo el día.

Una mañana que ya comenzó torcida cuando ojeó el periódico y vio la rectificación que Roberto había publicado, nada menos que en el editorial. Le dieron ganas de ir a la redacción y quemar el periódico. Desde luego, en su tiempo de convalecencia, iba a pensar seriamente en la dimisión, en dejar en la estacada a toda esa panda de gilipollas.

Cecilia apagó la luz, la volvió a encender y la volvió a apagar jugando ilusionada con el efecto de las luces de colores que salían de la lámpara cilíndrica. Pensó que antes de irse el lunes al hospital debía bajar el moisés a su cuarto para tenerlo allí cuando volviera con el niño. Por fin, cerró la habitación del bebé, *su bebé*, y bajó el tramo de escaleras hasta la primera planta donde estaba el dormitorio. Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de agua caliente de la bañera. Un baño le vendría estupendamente para relajarse y apartar de su mente todos los malos rollos que había tenido que soportar en la jornada.

Cuando se estaba comenzando a desvestir le pareció oír que alguien llamaba a la puerta. El ruido del agua al caer a borbotones le impedía escuchar con claridad. Cerró el grifo y se asomó a la barandilla para ver si volvía a sonar el timbre. El ding-dong sonó dos veces más. Cecilia no esperaba a nadie a esas horas así que bajó a abrir algo extrañada. Antes de

quitar el pestillo de la entrada echó un vistazo por la mirilla. A través de la abertura pudo ver la figura de un hombre distorsionada por el gran angular. Un hombre que le era familiar. Aunque dudó un instante en abrir, finalmente descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

—¿Qué quieres tú ahora? —dijo en su habitual tono desagradable.

Cecilia articuló aquellas cuatro palabras sin sospechar, en ese momento, que iban a ser las últimas que pronunciara en su vida.

# DOMINGO

*Soy consciente de lo importante que es para la investigación esta fase del relato y, aunque en su día ya declaré al respecto, intentaré ser más preciso todavía:*

*El domingo 7 de noviembre, salí de mi apartamento de la calle Tabladilla alrededor de las doce del mediodía. Crucé Bueno Monreal y me paré en el quiosco de prensa antes de bajar la avenida para entrar en Progreso. Compré “La Voz de Híspalis” y fui echándole un vistazo a la portada y al editorial mientras me acercaba a la vivienda de Cecilia. Como ya he manifestado, habíamos quedado en su casa para ultimar los detalles administrativos y dar por finalizado el relevo. Al llegar al chalé llamé al telefonillo varias veces, pero no recibí respuesta. Recuerdo que me extrañó que Cecilia no estuviera en casa, teniendo en cuenta que había sido ella la que insistió en que nos viéramos el domingo. Cuando ya me disponía a regresar a mi piso, me fijé en el charco de agua que se había formado en el lateral del jardín. En esa zona, el terreno se inclinaba a la izquierda, hacia el ancho pasillo de gravilla dispuesto para el aparcamiento del vehículo, por eso no era tan raro que el agua sobrante de riego se acumulara allí. Lo que no cuadraba era que siguiera llegando líquido en gran cantidad; tanta que estaba dejando sin flores al gran hibisco de hojas lánguidas que se divisaba desde la calle. Ese arbusto, y la mitad del aparcamiento, era lo único que se podía ver a través del seto de brezo que rodeaba la finca. Lo suficiente para imaginarme lo que estaba pasando: Cecilia se había dejado la manguera abierta o tenía alguna avería en el sistema automático de riego. Como la cancela estaba entornada, decidí abrirla del todo, entrar en la parcela y cerrar la válvula que estaba convirtiendo el jardín en un barrizal. Pronto descubrí al culpable de que la grama se estuviera encharcando: un reguero de agua salía por debajo de la puerta del unifamiliar. La casa se inundaba y nadie parecía haberse dado cuenta.*

*También la entrada al chalé estaba franca: en el porche me di cuenta de que la puerta se encontraba entreabierta. La empujé y grité el nombre de Cecilia poco convencido de que estuviera dentro. Lo que hice a continuación fue seguir el rastro del agua. El chorro procedía de la*

*escalera. El agua bajaba en cascada saltando por los peldaños desde los pisos de arriba. Pensé en una situación parecida que me ocurrió cuando vivía en Madrid, en el apartamento de Agustín de Foxá: unas obras cerca de la plaza de Castilla provocaron el cierre de la red de agua a todo el barrio, con tan mala fortuna que cuando se cortó el suministro yo tenía abierto el grifo de la cocina y no reparé en cerrarlo. Me fui al trabajo y, mientras estaba en el periódico, repararon la avería. Al volver a casa me encontré a los vecinos recogiendo el agua que bajaba de la escalera; enseguida me avisaron que procedía de mi piso. Menos mal que al correr el agua hacia abajo con gran velocidad por la fuerza de la gravedad, y salir por la puerta, la inundación no consiguió levantar más de un palmo. Lo mismo parecía estar ocurriendo en la vivienda de Cecilia.*

*Subí a la primera planta esquivando el reguero y llamando a mi compañera por si se había quedado dormida. Cecilia seguía sin contestar. Una vez arriba, observé como el río de agua salía del dormitorio, recorría toda la habitación y nacía en el cuarto de baño.*

*Entré en el aseo y lo que vi me dejó inmóvil, sin poder reaccionar. Cecilia flotaba bocabajo en la bañera. Estaba vestida y su cuerpo se movía ligeramente: el agua que desbordaba el mármol y salía a borbotones la mecía suavemente. De forma inútil y absurda volví a gritar su nombre, como si quisiera avisarla de lo que estaba pasando; como si se hubiera quedado dormida mientras se daba un imposible baño de agua sin antes haberse desnudado; como si no me hubiera dado cuenta de que en esa posición sólo podía estar muerta.*

**L**os colores cálidos del comedor contrastaban con los más asépticos de recepción y no tenían nada que ver con el aspecto exterior del edificio: un bloque sin personalidad, más propio de la arquitectura del Tercer Reich que de un hospital psiquiátrico.

Sam le dio las gracias a la enfermera después de que ésta le señalara el lugar que, habitualmente, escogía doña Casandra para ver la televisión. Antes de aproximarse, Sam se quedó observando el entorno donde su madre pasaba las horas muertas: una habitación suficientemente grande para albergar casi una docena de mesas con sus correspondientes sillas. Las paredes pintadas de beis y el suelo de parqué hacían juego con los muebles de color caoba que se distribuían por la sala de una forma más práctica que decorativa: aquí un aparador que debía contener manteles, servilletas, incluso cristalería; allá una sencilla consola que hacía de soporte para la televisión de plasma; acullá un escritorio de madera junto a un armario metálico tipo taquilla que desentonaba claramente del resto, pero que por la cercanía a la cocina podría utilizarse para guardar la vajilla, la cubertería y demás utensilios para servir la comida.

La estancia estaba muy animada. Algunos pacientes aún estaban degustando el postre de natillas, acabando un almuerzo con horario europeo más que español. Mientras, el personal recogía las mesas desocupadas y las dejaba listas para ser utilizadas en juegos, trabajos manuales, reuniones y terapias de grupo. Ajena al movimiento que se producía a su alrededor, doña Casandra se mantenía atenta a su mundo interior. Estaba sentada en una de las sillas correspondientes a la mesa más cercana a la pantalla. Su mirada fija, los ojos orientados al aparato de televisión, sin pestañear, ya no engañaban a Sam. Ella sabía que su madre miraba las noticias, pero no las veía.

Sam se agenció una silla. La colocó muy cerca de ella, justo enfrente, y se sentó.

—Hola mamá ¿cómo estás? —le dijo Sam cogiéndole las manos y sujetándolas entre las suyas.

La anciana ni se inmutó. Seguía con la mirada perdida, como si estuviera observando el horizonte; incluso más allá. Como si su propia hija, la televisión, la pared y el resto de edificios fueran transparentes. Sam ya estaba acostumbrada a la ausencia de reacción por parte de su madre. Le había costado mucha desesperación, y más llanto, sobreponerse a la angustia de sentirse ignorada. Al final, consiguió superar la desazón haciéndose a la idea de que su madre realmente la escuchaba; que podía sentir las caricias que Sam

le hacía cuando tocaba su pelo sedoso y blanco como la nieve, o cuando le calentaba las manos, siempre frías, incluso en los meses más duros de verano.

Desde que la viuda de Torres ingresara en aquel centro sanitario, Sam no había dejado de visitarla ni una semana. Sólo faltó las obligadas por motivos del servicio, guardias o viajes relativos a su trabajo. Al principio la acompañaba su hermano Tomás. Juntos acudían todos los domingos para comprobar si su madre estaba atendida, si hacía progresos en su enfermedad y, en definitiva, si volvía poco a poco a la vida. Pero las semanas, los meses, los años, transcurrieron sin el menor cambio: doña Casandra seguía refugiada en un interior inaccesible, sumergida en un estado catatónico con algunos — escasos— episodios de gran excitación. La ausencia de mejoría pronto desanimó a Tomás que comenzó a faltar un domingo sí y otro también. Sam lo avisaba todos los fines de semana, pero Tomás siempre encontraba alguna excusa para no ir. Hasta que un día se marchó al extranjero para no volver.

Tomás comenzó la carrera de empresariales gracias a los consejos y a los esfuerzos de Hidalgo. Pero no sólo no la terminó, sino que apenas le tembló el pulso cuando dejó plantado a Hidalgo. El inspector había empeñado sus ahorros para que el joven Torres fuera alguien en la vida y él se lo pagó con un desagradecido “olvidame”. Con veinte años, Tomás se creía capaz de comerse el mundo, de mantenerse por sí solo sin necesidad de la caridad de alguien que no era de la familia. Tomás e Hidalgo nunca llegaron a congraciarse. Uno más de los motivos que propiciaron el alejamiento entre Sam y su hermano mayor.

Mientras ella terminaba el bachiller e ingresaba en la Academia de Policía, Tomás iniciaba negocios e inversiones que nunca llegaron a buen término. Lo único que consiguió fue dilapidar en poco tiempo el dinero de la familia. Holanda, Francia, Alemania e Irlanda, fueron algunos de los países en los que intentó instalarse sin éxito. Finalmente, tras varios años trabajando en Belfast de camarero en un *pub*, consiguió hacerse con la pequeña empresa cuando el dueño inglés murió repentinamente. Las peleas de la familia por la herencia terminaron en un traspaso muy ventajoso para el personal que trabajaba en el local. De esta forma, Tomás y el barman, un irlandés al que el hermano de Sam consideraba amigo íntimo, se hicieron socios y propietarios.

Hasta ahí sabía Sam de la vida de Tomás. Las últimas noticias que tenía de él eran de las navidades pasadas y se limitaban a un mensaje de texto despersonalizado con la típica felicitación navideña, la que se manda a todos los contactos que uno tiene en la agenda del móvil. Para su madre no había ni un recuerdo, ni un beso; nada. Eso era lo que más le desagradaba a Sam de su

relación con Tomás: la indiferencia con la que trataba a su madre.

Sam decidió frotar con más energía las manos de doña Casandra, como si dicha acción le permitiera borrar de su mente los pensamientos que tanto le desagradaban y aliviar el mal cuerpo que siempre le quedaba después de pensar en su hermano. El caso es que dio resultado: la imagen de Tomás, la última que tenía de él despidiéndose en la estación, había desaparecido. Entretanto, las manos de su madre ya habían ahuyentado el frío y, a pesar de que ella seguía con la mirada perdida, Sam creyó notar un brillo diferente en sus ojos azules.

Sam sonrió: estaba segura de que su madre le agradecía el calor. Segura y orgullosa de haber heredado no sólo su nombre sino también el color del mar en su mirada.

Así estuvieron madre e hija, hasta que el sonido de la PDA de Sam interrumpió ese mágico momento. Era el tono correspondiente a los SMS. Sam comprobó que Hidalgo aparecía como remitente antes de seleccionar en el menú la opción “ver mensaje”. Su jefe le ordenaba que fuera inmediatamente a una dirección de la calle Progreso. No explicaba mucho más, pero estaba clara la urgencia del mensaje cuando al final del texto Hidalgo incluyó la palabra “asesinato”.

**E**l puente del Quinto Centenario se alzaba majestuoso sobre uno de sus enormes pilares, mientras, el sol del mediodía no dejaba más sombras que la recogida debajo del puente colgante y la móvil de un cúmulo solitario. La nube se aproximó al lugar donde Cisco y su familia rezaban, como si formara parte de la comitiva, justo en el momento en que Cisco cambiaba las flores ya marchitas por una corona de claveles y rosas. El cúmulo ensombreció la escena; y la llenó de luto. A una distancia prudente, una mujer sin acompañante asistía al duelo.

Al volver a su puesto, al lado de sus hermanos y padres, Cisco reconoció a la persona que los acompañaba. La saludó con un intento de sonrisa y un ligero movimiento de cabeza. Merche le correspondió con un gesto similar a modo de pésame: otra media sonrisa que contrastaba con su rostro compungido. Después, la periodista no tuvo más remedio que secarse una lágrima espontánea, una gota salada que acababa de dejar el párpado inferior tras haberse desprendido de las pestañas. Tal era la emoción y su lucha por contenerla.

La familia aguantó algunos minutos más en un pequeño semicírculo alrededor del pilar. Detrás, Merche observaba el dolor de una madre llorando sobre el hombro de su marido, y la pena de sus hijos: Cisco le daba la mano a la que debía ser la hermana menor, mientras que el resto de hermanos, hasta cuatro, se consolaban dos a dos. Merche pensó que el llanto, el pesar y la rabia se soportaban mejor si uno se fundía en un fuerte abrazo con el otro. Así, unidos, eran más fuertes y podían aguantar la mirada de frente a una corona de flores que les recordaba lo sucedido hacía ya dos años. Aunque Merche seguía distanciada unos metros, cada vez se sentía más unida a una familia que apenas conocía.

Aprovechando el recogimiento, Merche hizo un repaso mental de lo que le había sucedido en tan sólo una semana. Siete días como siete meses. En ellos había encontrado un trabajo, había dado con sus huesos en la cárcel, había escrito una historia y conocido a una familia; y se había implicado en la resolución de un crimen para evitar otro. Y lo más importante: se había enamorado, aunque no estuviera segura de ser correspondida.

Merche esperó a que Cisco y la familia gitana se marcharan de aquel espacio destinado al recuerdo para dirigirse hacia la avenida de Francia donde tenía su coche aparcado. Antes de abrir la puerta del Peugeot 207 notó cómo su móvil vibraba. Entonces recordó que, por respeto, había desconectado el sonido antes de llegar al puente. Pulsó el botón verde para atender la llamada, pero ya era demasiado tarde: habían colgado. Seguramente, el móvil llevaba sonando bastante tiempo y sólo al coger las llaves del bolso pudo notar la llamada. Al menos logró ver de donde procedía: era Enrique el que intentaba comunicarse con ella. Eso la animó bastante; aunque la alegría le duró poco, apenas unos segundos, los que tardó en comprobar que tenía cinco llamadas perdidas: dos de Roberto y el resto de Enrique. Algo estaba pasando y no tenía nada que ver con la relación entre Enrique y ella. Era algo ligado al trabajo, lo suficientemente importante como para que la llamaran en domingo. Merche decidió dar prioridad al aviso del director del periódico, seleccionó la llamada perdida y pulsó la opción que le permitía devolver la comunicación. El resultado de la conversación que a continuación tuvo lugar estaba muy lejos de lo que ella jamás podría haber sospechado: Cecilia había muerto, y todo parecía indicar que no se trataba de un accidente. Para más inri, Merche debía cubrir la noticia. Roberto intentó tranquilizarla, pero él mismo estaba demasiado nervioso como para conseguirlo. Sólo logró decirle que lo primero que tenía que hacer era

reunirse con Enrique. Que el periodista ya se encontraba en el chalé de Cecilia hablando con la policía.

Con el alma encogida, intentando organizar sus ideas, Merche se alejó rápidamente de los Bermejales y puso rumbo al Porvenir.

El solar donde unos minutos antes se había celebrado una íntima ceremonia quedó vacío. La nube había desaparecido y el sol ya no tenía ningún impedimento para seguir brillando con fuerza sobre el puente del Quinto Centenario. El solemne guardián de acero y hormigón ahora tenía una nueva misión: la custodia de una pequeña y solitaria corona de flores.

—¿Qué coño hacemos aquí, Hidalgo? —preguntó Sam chapoteando en el agua, con el enfado propio de alguien a quien le acaban de fastidiar el único día de descanso—. Hay más gente que en la guerra.

Sam tenía razón: el chalé estaba acordonado, y la puerta protegida con dos agentes de policía. La misión de los guardias daba la impresión de que fuera la de tratar de impedir que saliera la gente de allí, más que la de bloquear la entrada, dada la cantidad de personas que estaban dentro y los pocos periodistas o curiosos que permanecían fuera. En los escasos quince metros cuadrados de la planta baja que ya estaban secos, además de Sam e Hidalgo, se amontonaban un agente de paisano y otro de uniforme, ambos interrogando a un testigo; un par de bomberos, que manejaban un manguerote negro para aspirar el agua; y el comisario del distrito Sur, Jorge García, acompañado de un inspector jefe, estos últimos también de uniforme. El comisario llevaba sus gafas oscuras, negras, de siempre y atendía al móvil mientras su subordinado miraba expectante aguardando que cayera alguna orden de un momento a otro. «Un pez gordo» —pensó Sam, que veía expresiones serias, gravedad en los rostros y algún que otro ademán de reverencia en el comisario mientras hablaba—. Para saturar más el espacio, acababa de llegar un equipo de la policía científica vestidos como si estuvieran en pleno ejercicio de alerta nuclear, química o bacteriológica. Un atuendo mucho más formal que el del grupo de Santi, aunque —se dijo Sam— habría que ver si eran igual de efectivos.

—No sé por qué tenemos que meter las narices en un asunto que no pertenece a nuestro distrito —siguió protestando Sam.

—No seas quisquillosa y compórtate, que más de una vez hemos sido nosotros quienes hemos pedido ayuda a otros sectores —dijo Hidalgo

regañando cariñosamente a la detective.

—Pues que quieres que te diga, al que haya solicitado nuestra ayuda en domingo es para mandarle a tomar por culo —exclamó Sam alzando la voz con toda la intención.

—Shhh. Habla más bajo, ahora te explico...

Los dos compañeros se apartaron de la entrada y se refugiaron en la habitación contigua al recibidor que también estaba seca, aunque aún se percibía el olor a humedad. La estancia resultó ser una cocina de estuco naranja, con muebles que se disponían desigualmente siguiendo el contorno de los electrodomésticos: un enorme frigorífico con dos puertas, una torre con horno y microondas, una lavadora y un lavaplatos, todo alrededor de una cocina antigua, de las de butano, con cuatro fogones y una campana extractora de humos. Aquello remataba un lugar que parecía hecho a retazos, sin apenas sentido de la armonía.

—¿Te has fijado en la pareja que estaba interrogando a ese tipo? —inquirió Hidalgo una vez que ambos se acomodaron en torno a la mesita rinconera.

—Sí, el más joven me suena, creo que es de una promoción anterior a la mía, un tío bastante gilipollas —contestó Sam con desgana mientras arrancaba un trozo de papel de cocina de un rollo colgado de la pared.

—Bueno, pues el otro, el gordo, es Casares, alguna vez te he hablado de él, un tío legal, muy trabajador y al que le debo un favor.

Sam jugaba con el papel doblándolo en partes cada vez más pequeñas.

—Vale, y te cae tan bien que has dejado que te endiñe el homicidio. Como si no tuviéramos bastante...

—Calla y escucha: Joaquín Casares me ha llamado hará cosa de una hora. Por lo visto, en plena conversación con la persona que ha descubierto el cadáver, se ha enterado de que la víctima trabajaba en “La voz de Híspalis” y, agárrate, es la misma que levantó toda esa polémica con el asesinato de la Barqueta.

—¡Joder! ¡Qué me dices! —La subinspectora abandonó el papel que estaba a punto de convertirse en una pajarita. Ahora estaba mucho más interesada en lo que decía Hidalgo.

—Como lo oyes. Es la que ha aparecido muerta en la bañera.

—¿Cómo se llamaba? Cecilia...

—Cecilia Ramos —le ayudó Hidalgo—. Cuando se despeje esta casa de locos subimos para echarle un vistazo. ¿No te acuerdas de ella?

—Yo no la he visto en mi vida. —Sam hizo un gesto de ignorancia.

—Sí, hombre, la que llegó primero a la Barqueta y se puso un poco impertinente.

—Ni puta idea, pero sigue.

—Bueno, cuando la veas te acordarás. Casares me ha preguntado, lógicamente, si hemos averiguado algo. Si teníamos constancia de amenazas contra Cecilia Ramos o si habíamos intercambiado información con ella acerca del caso que estábamos investigando. Aún no le he confirmado nada, ni siquiera le he hablado de la querrela de Portolés...

—Claro, ese tipejo estaba muy cabreado con ella. ¿Pero tanto como para querer matarla?

—Depende. Si se cargó a su mujer no te extrañe que sea capaz de todo. Desde luego hay que apretarle más las tuercas.

Sam se quedó pensativa y la imagen de Vicente Portolés acudió a su mente: el marido compungido, desesperado por la muerte de su pareja, podría ser el asesino de dos mujeres.

—Así que has preferido no decirle nada a tu amigo el gordito para no condicionarle: “Hay que ser lo más objetivo posible en la fase inicial de búsqueda de pruebas” —recitó Sam como si su jefe le estuviera tomando la lección—. ¡Eres grande Hidalgo!

—Esa es la idea. Veo que vas aprendiendo —dijo Hidalgo con una sonrisa abierta—. Ya le iremos contando el resto cuando veamos que se puede sacar de la escena del crimen. Lo que está claro es que vamos a tener que trabajar con Casares y su gente.

**O**tra noche a la intemperie. Más de lo mismo: un par de horas en un portal, hasta que una pandilla de fachas le quiso reventar las costillas a patadas; y tres horas más dentro de un cajero del Banco Popular, doliéndose de sus heridas. Así pasó la noche *El Gabacho*, a ras de suelo. Sin poder conciliar el sueño entre el frío, el mono y los dolores de un cuerpo hartado de vivir. Sin poder acudir a su solar de la calle Valparaíso. Allí fue a refugiarse después del enfrentamiento con el gorrilla en Felipe II y de la pelea con la loca esa del Toyota. No llegó a acomodarse entre los cartones. No le dejaron. Un par de empleados de una constructora lo echaron sin contemplaciones. Por lo visto se reanudaba la construcción el lunes, y tenían dos días para limpiar toda aquella basura del solar; y eso le incluía a él.

Lo malo es que el día no se presentaba mejor que la noche: sin dinero, sin

nada que picarse en las venas y sin poder presentarse ante *El Moro*. *El Gabacho* deambulaba por el barrio temblando de los pies a la cabeza. Aún le quedaba una esperanza, algo que todavía no había intentado: acudir a la iglesia del barrio a conseguir algunos euros con los que reconducir su triste existencia.

Al llegar a la calle San Salvador divisó la parroquia de La Paz y aceleró el paso al ver que la gente salía de misa. Cuando *El Gabacho* atravesó la verja que rodeaba el recinto del templo, vio que alguien se le había adelantado: era un indigente como él, pero más alto, o al menos no tan encorvado; lo que sí tenía hundido era el rostro. Aquel sujeto estaba pidiendo limosna a los últimos que salían de la iglesia. A *El Gabacho* le entró el pánico cuando lo reconoció. Era uno de los vigilantes de *El Moro*, el colgado que solía apostarse en la entrada del *Tony's*. Seguramente pasaba por el barrio y no renunció al pellizco de pasta que se suele sacar a la salida del culto dominical. Lo malo es que por su mirada sabía que él también lo había reconocido. Estaba perdido. Era sólo cuestión de tiempo —de muy poco— que *El Moro* diera con él. De hecho, el fulano abandonó su papel de mendigo, al no quedar más gente a la que exprimir, y se dirigió hacia *El Gabacho* con cara de pocos amigos.

*El Gabacho* aún no estaba vencido. Calculó que tenía al menos cien metros de ventaja sobre el sicario así que giró noventa grados y echó a correr hacia abajo, por la calle Río de la Plata. El problema es que no tuvo en cuenta la disociación que en ese momento existía entre su cerebro y sus extremidades, sobre todo las inferiores. Su mente había reaccionado ante la posibilidad de perder lo único que le quedaba: su vida, pero sus piernas se negaron a cumplir la orden de ponerse en marcha con la velocidad que la situación requería. Es decir, se cayó de bruces.

El dolor y la sangre que manaba de su nariz eran lo de menos, lo importante era que el vigilante de *El Moro* estaba recuperando el espacio que llevaba perdido y encima sin esforzarse demasiado, andaba con una tranquilidad pasmosa; el muy hijo de puta encima se estaba riendo.

—Serás gilipollas... —le dijo el chato todavía con la sonrisa en la boca.

—Dile al *Moro* que le pago hoy mismo. ¡Te lo juro por mis muertos que le pago! —suplicó *El Gabacho* apoyado contra la pared, con la mano derecha aún en el suelo y la izquierda intentando parar la hemorragia.

—Vaya, vaya, donde menos se espera salta el conejo, o como se diga. Ahora entiendo por qué huías de mí. Que sepas, payaso, que no tenía ni idea

de que le debieras nada al jefe.

—¡No le digas que me has visto! De verdad que esta noche le pago lo que le debo.

—De eso nada tío. Ahora te vienes conmigo; seguro que *El Moro* sabrá agradecermelo. Venga, ¡levanta!

*El Gabacho* no se movía de su posición, medio tumbado, medio apoyado. Y no era por una cuestión de valentía o rebeldía sino simplemente porque su cuerpo seguía sin obedecer: entre el malestar general provocado por el síndrome de abstinencia, las heridas nocturnas y la aparatosa caída estaba más cerca de desmayarse que de levantarse.

—Te he dicho que te levantes ¡joder! —El tipejo hizo un ademán para agacharse y levantar al yonqui a la fuerza cuando alguien lo sujetó del hombro con tal fuerza que se quedó clavado a medio camino.

—Déjale en paz si no quieres que te rompa la cara —le amenazó el portador de aquella zarpa de hierro: un hombre aún más alto que el sicario, con cazadora negra y pelo largo, con las patillas a lo Curro Jiménez. El oportuno salvador iba acompañado de un joven barbilampiño y de una mujer que vestía con tela vaquera, desde la chaquetilla hasta los pantalones.

—Tranquilo colega —acertó a responder el secuaz de *El Moro* que ya no las tenía todas consigo—. No nos pongamos nerviosos. Sólo le estaba ayudando a levantarse.

—No necesita tu ayuda. Ya te estás marchando.

—Ya me voy, ya me voy —dijo el mafioso desplazándose del lugar andando de espaldas, como para asegurarse de que no le iban a atacar a traición. Cuando creyó que estaba ya a una distancia segura dirigió su mirada hacia *El Gabacho* para amenazarlo directamente.

—¡Tú! —exclamó mientras hacía un gesto significativo con su mano derecha pasándola por la garganta—: eres hombre muerto.

Acto seguido, se dio media vuelta y dobló la esquina para alejarse a paso ligero.

*El Gabacho* consiguió levantarse con la ayuda de su salvador anónimo y del adolescente. Una vez de pie reconoció a la mujer que los acompañaba. Había mejorado sensiblemente en su manera de vestir desde la última vez que la vio. Además de bien vestida, su pelo color ceniza estaba limpio, e incluso peinado con cierto gusto. Sólo las ojeras seguían en el mismo sitio que cuando *El Gabacho* la dejó tumbada en el solar de la calle Valparaíso.

*El Gabacho* iba a saludarla, aunque no sabía su nombre; iba a darle las

gracias, aunque no le salieron las palabras. Otra vez más su cuerpo lo traicionaba. Sólo tuvo tiempo de observar como ella le sonreía; fue lo último que vio *El Gabacho* antes de desmayarse.

**L**as náuseas iban y venían por oleadas. Como mecidas por un viento fétido que olía a muerte, amargura y desazón. Merche se preguntaba qué estaba haciendo allí, esperando entre curiosos y periodistas a que saliera el comisario para hacer alguna declaración. Se sintió como una más de los carroñeros que buscaban información para conseguir vender más y saciar la sed de morbo del público. Ahora se veía de otra forma; ahora que el suceso le daba de lleno. Su jefa acababa de morir y ella se sentía mal por hacer ese trabajo. No sólo por el hecho de ser su compañera, sino porque había llegado a cogerle aprecio a pesar de su carácter agrio; además estaba el agradecimiento por haberle conseguido el puesto de trabajo con el que siempre había soñado.

De repente, el gentío que aumentaba por minutos y se agolpaba a la entrada comenzó a moverse. Alguien salía del chalé, pero no era el comisario: Enrique abría la verja seguido de un hombre grueso, enchaquetado, que llevaba una placa en el cinturón. Merche intentó acercarse a Enrique, pero se lo impidieron un par de bomberos que también abandonaban la vivienda. Aun así, consiguió oír lo que le decía el detective:

—Entonces, le espero mañana en la comisaría del distrito.

—Allí estaré —contestó Enrique como despedida.

Fue al darle la espalda al inspector cuando Enrique vio a Merche. Ninguno de los dos abrió la boca. Merche estuvo a punto de hacerlo, pero no le salieron las palabras, sólo una lágrima tomó la iniciativa para volver a traicionarla. Enrique se acercó a ella y se paró a menos de un metro de distancia. Su rostro lo decía todo: allí se mezclaba el cansancio de una jornada para olvidar con la alegría de ver a Merche. También el de Merche reflejaba lo mismo. Ninguno se adelantó unilateralmente; fueron los dos los que, repentinamente, como si estuvieran esperando a que sonara un gong, al unísono, se abalanzaron uno contra otro para fundirse en un abrazo. Merche ya no pudo reprimir el llanto y dejó que éste saliera libremente. Enrique la besó en las mejillas y notó el sabor salado de las lágrimas.

—Tranquila cariño —le susurró Enrique al oído cogiéndola por la cintura para apartarla del lugar y alejarse de los curiosos.

No consiguieron llegar a la acera contraria. En medio de la calzada, con riesgo de ser atropellados, se besaron apasionadamente. Era un beso desesperado: por un lado, servía de consuelo después de soportar horas tan aciagas; por otro, descargaba la tensión que había entre ellos, y era una especie de desahogo tras varios días de evitarse uno al otro.

—Enrique, yo creía que tú...

—Yo también, Merche...

No necesitaron explicar nada más, otro beso en los labios, tan tierno como duradero, fue suficiente para poner en orden sus sentimientos y expulsar todo tipo de dudas. Así estuvieron hasta que el claxon del coche de bomberos, que ya había terminado su trabajo y emprendía la marcha, los empujó hacia la acera y los devolvió a la cruda realidad.

—He pasado una mañana horrible... —dijo Merche otra vez al borde del llanto.

—La mía tampoco ha sido muy buena que digamos. Lo que importa es que ahora estamos juntos. —Enrique le secaba las lágrimas con la mano y después las sustituía por cálidos besos en unas mejillas que ya tomaban color—. Te he llamado varias veces, pero no contestabas.

—Estaba en un... en un funeral.

—Vaya lo siento. Y ahora esto. Pobrecilla.

—Estoy fatal, y encima Roberto quiere que cubra la noticia. Me ha dicho que la redacte como si fuera un suceso normal, que luego él le daría la forma. —El balbuceo de Merche expresaba su angustia y su incapacidad para hacer ese trabajo—. Lo intento, Enrique, pero no puedo...

—Me encargo yo. No te preocupes. Vamos al periódico; hablaré con Roberto.

—Gracias... Me ha dicho Roberto que tu descubriste el... —Merche se tomó unos segundos, pero no se atrevió a pronunciar “cuerpo” o “cadáver”—. Qué horror Dios mío. ¡Qué horror!

—Ya está. Tranquila, cariño.

Ambos caminaron muy juntos, el brazo de él por el hombro de ella, hasta la calle Colombia donde se encontraba aparcado el Peugeot 207. Al llegar al vehículo, Enrique se ofreció para conducir hasta la Cartuja. Ella accedió aliviada. A pesar de que el desasosiego por el fallecimiento de Cecilia permanecía allí, y tardaría mucho tiempo en desaparecer, de nuevo volvió la sensación de seguridad y protección que Enrique ejercía sobre ella.

Fue al atravesar el puente de las Delicias cuando Merche se dio cuenta

de que las náuseas por fin habían dejado de molestarla.

**L**o que ella pensaba: muy bien uniformados, a la última en protección para recogida de pruebas, pero escasamente eficientes. De entrada, habían permitido que se paseara todo el mundo por la escena del crimen sin ninguna restricción; y eso, unido al pavimento todavía húmedo, estaba ocasionando un barrizal que se cargaba las pocas huellas que quedaban en el suelo; suponiendo que la inundación hubiera dejado alguna.

A pesar de que Sam estaba a punto de estallar y ponerse al mando de ese caos, decidió ser prudente y no interferir en la labor de los técnicos. Aun así, no pudo evitar el comentario al inspector que parecía al cargo:

—La ventaja de este “patatal” es que te ahorras el tiempo de analizar el suelo —dijo Sam con un porcentaje elevado de ironía. Una opinión que pareció no llegar a su destinatario: Joaquín Casares. El inspector estaba de espaldas y ni se inmutó. Parecía muy concentrado en su trabajo, observando los detalles de la habitación y la labor de la policía científica.

Hidalgo sí oyó el sarcasmo de su compañera. Después de regañar a Sam con un gesto al que solía recurrir con demasiada frecuencia desde que trabajaba con ella, se dirigió a Casares tocándole en el hombro:

—Joaquín te presento a la subinspectora Torres, también de homicidios. —Hidalgo intentaba limar unas asperezas que a la postre resultaron inexistentes.

—Encantado. —En efecto, el inspector del distrito Sur parecía no haber oído el comentario de Sam porque ni en el habla ni en su rostro existía el menor rastro de acritud. Y, además, la mano efusiva que le estrechó a Sam demostraba que su saludo era cordial y sincero.

—Igualmente —acertó a decir Sam algo aturdida por la respuesta de Casares. A Sam, la figura de Casares se le antojaba como el objetivo perfecto para un caricaturista. Casi se podría dibujar con dos trazos. Con un par de círculos. Uno debajo del otro: el superior, más pequeño, para la cabeza; el inferior, de tamaño generoso, para el cuerpo. Allí, la corbata se encogía mientras la camisa color crema parecía luchar por su libertad; en el último momento, cuando estaba a punto de conseguir salir del pantalón, un gesto mecánico de Casares, ejecutado con habilidad por sus gruesas manos, volvía a internarla en su encierro.

—Ya que estamos con las presentaciones, este es mi compañero —

Casares señaló al joven policía de uniforme que se les acercaba desde el dormitorio de la víctima—: el inspector Pascual Ivárs.

—Nos conocemos, ¿verdad? —dijo Sam saludando al estilo militar al recién llegado.

—Sí, de la Academia, ¿no? ¿Cómo estás? —Ivárs miraba a Sam por encima del hombro, aunque el motivo no era la diferencia de altura que había entre los dos.

—Muy bien. Pero no tanto como tú; veo que has progresado —exclamó Sam señalando los galones del inspector.

—Tú no lo has hecho porque no has querido —intervino Hidalgo.

—Hidalgo... —El movimiento de cabeza y el gesto de resignación de Sam lo decían todo acerca de la cantidad de veces que habían tenido esa discusión.

Ajenos a la conversación de los cuatro detectives, los técnicos colocaban el cuerpo de Cecilia en una camilla. Lo hacían después de haber tomado fotos, recogido huellas y vaciado la bañera. Un forense que esperaba su turno se dispuso a examinar de forma preliminar el cadáver.

—Tienes razón, es aquella periodista que llegó primero a la Barqueta —reconoció Sam.

—Sí, la pobre estaba embarazada —dijo Hidalgo.

—Y, por supuesto, no se ha podido hacer nada por el niño —continuó Casares.

—Demasiadas horas muerta. Estiman que al menos doce, aunque es difícil de saber al haber estado el cuerpo tanto tiempo sumergido en agua —añadió Ivárs.

Sam observaba el cuarto de baño. Había evidentes signos de lucha: el espejo estaba roto y la cortina de baño arrancada. Desde luego, el accidente estaba descartado. Asesinato en toda regla.

—¿Sabéis si tenía familia? —preguntó la subinspectora advirtiendo que en ese momento todos estaban mirando a la víctima.

—El tipo que descubrió el cadáver dice que no, que estaba separada del padre de su futuro hijo —informó Casares.

—Entonces, alguien tendría que informar a su ex —recomendó Hidalgo absteniéndose de dar ninguna orden.

—Yo me encargo —dijo Ivárs recogiendo la indirecta.

—¿Qué opináis? ¿Un robo? —Sam lanzó la pregunta al aire. De nuevo Ivárs fue el primero en reaccionar:

—Tiene toda la pinta. La mesilla de noche estaba abierta y revuelta. Pero la cómoda está intacta; y allí hay unas cuantas joyas, e incluso dinero. Un ladrón algo torpe, o con prisas.

—O alguien que se ha molestado en preparar la escena para que parezca un robo —apuntó Sam algo cortante con su excompañero de academia.

En ese preciso momento, de forma fugaz, una idea pasó por su mente. Fue tan rápida, tan sutil que no supo descifrar que era. Sólo tuvo el presentimiento de que tenía que ver con lo que estaba viendo u oyendo. Y que, además, era importante.

—¿Cómo pudo entrar el asesino? —Sam tiraba del resto con sus preguntas. Lo hacía para provocar el razonamiento conjunto, pero también con la esperanza de que sus neuronas volvieran a reproducir aquella intuición, corazonada o lo que coño fuera.

—Por la puerta. Ese... Jarque, que así se llama, nos ha dicho que estaba abierta. De todas formas, hemos comprobado la cerradura y no tenía signos de haber sido forzada. Así que lo más seguro es que la víctima conociera a su verdugo. O que éste la convenciera para que le abriese la puerta; aunque, si tenemos en cuenta que el crimen se cometió alrededor de la medianoche, lo segundo suena un poco raro, ¿no? —razonó Casares.

—¿Quién es Jarque? —inquirió Hidalgo sin responder a la pregunta de Casares.

—El que descubrió el cuerpo: Enrique Jarque. Un periodista compañero de la víctima. Al parecer habían quedado hoy para trabajar.

Hidalgo separó los labios con la intención de decir algo, pero las notas del último movimiento de la novena sinfonía de Beethoven le dejaron con la palabra en la boca. Con una mueca de contrariedad extrajo el móvil del bolsillo de la cazadora y apretó el botón verde para descolgar.

—¿Diga?

Fue lo único que el otro interlocutor le dejó pronunciar en toda la conversación; tal era el monólogo al que Hidalgo fue sometido sin compasión. Aunque ya se lo imaginaba, Sam alzó las dos cejas a modo de pregunta para interesarse por el origen de la llamada. Hidalgo le contestó vocalizando cada una de las sílabas de la palabra “Ramírez”, sin pronunciarlas, muy despacio y de forma exagerada. A los diez minutos de iniciarse la comunicación, Hidalgo se separó el aparato del oído y lo volvió hacia la pared en señal de hartazgo. Al poco rato colgó.

—Lo siento señores, pero tengo que irme a la comisaría. Un asunto

urgente requiere mi presencia —dijo en tono solemne, pero con todo el retintín del mundo.

—¿Qué quiere ahora ese pesado? —protestó, más que preguntó, Sam.

—Por lo visto, se acaba de enterar por un conducto poco apropiado —le ha llamado el Jefe Superior de Policía de Andalucía Occidental— de lo que está sucediendo, y de que estamos aquí Sam y yo sin su permiso. Ha debido ser vuestro comisario —Hidalgo ahora miraba a Casares— el que ha incluido nuestra presencia en la escena al dar la novedad al jefe “máximo”.

—Lo siento, tío —dijo Casares.

—Bah, no te preocupes, estoy más que acostumbrado a lidiar con él. Aguantaré la bronca y me iré a casa tranquilamente.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Sam con la boca pequeña.

—No. Quédate aquí el tiempo que quieras y mañana me cuentas si habéis averiguado algo.

Sam volvió a alegrarse de ser la simple ayudante y de no tener que dar la cara ante Ramírez. Sabía que si alguna vez tenía que ponerse en el lugar de Hidalgo tenía todas las papeletas para ganarse la apertura de un expediente disciplinario por cualquiera de los supuestos de falta grave por insubordinación.

—Aunque, pensándolo mejor —siguió diciendo Hidalgo—, deberíamos reunirnos los cuatro para repasar todo lo que tengamos y establecer líneas de actuación conjuntas. ¿Qué os parece?

—Por mí, de acuerdo —exclamó Casares. Ivárs respondió con un movimiento afirmativo de cabeza; Sam hizo lo mismo.

—Pues nos vemos mañana —se despidió Hidalgo.

Tras establecer la hora de la reunión, Hidalgo salió de la habitación. Sólo unos minutos después hizo lo propio Ivárs para continuar con la inspección del resto de la vivienda. Sam aprovechó que se quedaron solos Casares y ella para averiguar algo sobre el asunto de los Bermejales, un caso que correspondía al distrito Sur. Joaquín Casares resultó ser un tipo prudente y no abundó en los motivos por los que Sam se interesaba por ese caso tan antiguo. No dudó en proporcionarle toda la información que, por desgracia para ella, era bastante desigual: si bien su colega con problemas de sobrepeso se acordaba del asesinato del pequeño de *Los Sanluqueños*, también recordaba que no tenían ningún sospechoso, tan sólo el arma del crimen encontrada en un cubo de basura del barrio. Era una navaja automática de grandes dimensiones, con la sangre del chaval y unas huellas que no aportaron

nada después de haber examinado la base de datos.

Sam también le preguntó acerca de Francisco Salas Heredia, alias *Curro*, como posible implicado en el crimen. Le dijo que ella había intentado seguirle la pista, pero no figuraba en los archivos de fichados, ni estaba empadronado, ni siquiera tenía D.N.I. El inspector tomó nota del nombre y le prometió hacer también sus indagaciones, pero le avisó que era relativamente normal en el Polígono Sur, en la comunidad gitana de las Tres Mil Viviendas y en los Bermejales la ausencia de documentación legal en familias que se dedicaban al tráfico de drogas, al contrabando o a cualquier tipo de actividad delictiva. Todo con tal de permanecer invisibles a la justicia y evitar el seguimiento de la policía. A Sam le pareció razonable esa explicación y vio como el caso por el que se interesaba Merche Emanuele se iba oscureciendo aún más.

El recuerdo de la reportera despistada, pero agradable, la trajo de vuelta al asesinato de esta otra periodista: la que acababa de perder la vida. La víctima yacía inmóvil, rígida, fría, ausente, tranquila. Estaba vestida, pero con los pies descalzos; el rostro serio, con los ojos muy abiertos, y la tez de un color indeterminado, entre azul y malva. De toda ella destacaba la prominente barriga de muchos meses. Sam se estremeció: de allí ya no saldría nunca nada vivo. El forense estaba explorando el cuerpo y la detective se acercó para preguntar si habían hallado algo importante. Sin embargo, al ver tan de cerca el cadáver, de su boca sólo llegó a salir un “¡joder!”; acto seguido se quedó sin respiración. La espontánea empatía con el cadáver volvió a repetirse cuando el forense le dio la vuelta al cuerpo y Sam se acercó aún más para comprobar que era cierto lo que se temía.

—¿Qué te pasa?, ¿qué has visto? —preguntó Casares.

Sam prefirió cambiar la respuesta por un desafío:

—Te apuesto la paga de un mes a que esta pobre mujer no ha muerto ahogada en la bañera.

**M**erche descorrió las cortinas del salón para que la impresionante vista nocturna pudiera verse en todo su esplendor. De entre el conjunto de luces destacaban las del puente del Quinto Centenario. Por estar situadas en un lugar destacado, en el ventanal del centro; pero también por mostrar el perfil de la construcción y el reguero serpenteante de luces rojas, en una banda, y blancas, en la contraria, que lo recorrían de un extremo a otro. Sin embargo, Merche no llegó a disfrutar de la vista como lo había hecho en otras ocasiones. La visión

del que fuera el puente colgante más largo de España (dos kilómetros de longitud), muy similar al famoso Golden Gate de San Francisco, le produjo tristeza al recordar la discreta ceremonia que tuvo lugar bajo su protección aquella mañana.

Merche intentó concentrarse en lo que estaba haciendo para abandonar su aflicción. Estaba preparando un *gin-tonic* como mandaban los cánones. Lo bueno de esa noche era que tenía que preparar otro más. Se dio media vuelta para comprobar que no estaba soñando, que tenía la mejor compañía posible: vio la cabeza de Enrique que sobresalía por encima del sofá y de golpe se le quitaron todas las penas. El periodista del que estaba enamorada había encendido la televisión de plasma y estaba viendo como empezaba *cine club*, un programa en el canal 2. El presentador anunciaba una película en versión original y subtitulada: se trataba de *Tener y no tener* de Howard Hawks, con Humphrey Bogart y Lauren Bacall.

Desde que Merche vio a Enrique por la mañana, cuando salía del chalé de Cecilia, no se habían separado ni un minuto. Estuvieron en el periódico juntos, primero hablando con Roberto, después en el puesto de trabajo de Enrique sacando adelante todo lo que había pendiente. Casi no comieron, pero en la cena se desquitaron de uno de los peores días de su vida; y ahora estaban empeñados en que esa noche fuera, a pesar de todo, una de las mejores. Esta vez no hizo falta preguntar a Enrique si quería subir a tomar una copa o un café. Tampoco hubo besos en las mejillas de despedida. Sobraron besos y palabras. Ambos entraron abrazados por el portal del bloque de lujo y subieron al ático besándose en el ascensor.

Merche se obligó a recordar sólo los buenos momentos mientras agitaba con insistencia la copa de balón. La cuestión era muy importante: los cinco cubitos de hielo se tenían que pasear por todo el interior para enfriar bien la copa. Después, cortó una lámina de cáscara de limón y la colocó encima del hielo, con la parte de la piel del limón hacia abajo y la blanca hacia arriba, lista para recibir cinco centilitros de ginebra Citadelle helada. Antes de añadir el contenido de un botellín de tónica Fever Tree, desechó la rodaja de limón y cortó otra, pero en esta ocasión con la punta del cuchillo para evitar la parte blanca. Lo mezcló todo. La bebida estaba lista. Puso la copa en una bandeja y se dispuso a preparar la siguiente. Cuando terminó, se acercó a Enrique por detrás. El tintineo de los cubitos de hielo hizo que el periodista volviera la cabeza. Merche aprovechó la situación y se agachó para volver a besarle en los labios en una postura en la que peligraban los combinados. Enrique,

sorprendido, se dejó hacer hasta que vio la situación inestable de Merche. Enseguida se levantó del sofá, cogió su copa con una mano y con la otra rodeó la cintura de quien se le antojaba la mejor anfitriona del mundo. Así, muy juntos, abandonaron el salón en dirección al dormitorio. En ese momento, en la televisión, una mujer alta y delgada con un vestido a cuadros, con hombreras, se apoyaba en el quicio de una puerta. Antes de cerrar la puerta, Merche pudo oír como Lauren Bacall pronunciaba la primera frase de su carrera:

—Anybody got a match?

## LUNES

*Aún no me explico cómo llegó a salir la edición del lunes, la del martes y la de toda esa semana. Estábamos conmocionados. Toda la redacción. La muerte violenta de Cecilia nos impedía centrarnos. Recuerdo que fue la primera —y única— vez que Don Juan visitó la redacción en todo el tiempo que estuve trabajando para “La Voz de Hispalis”. El domingo por la tarde sacamos una edición especial y dimos la noticia en primera página. Roberto escribió un obituario para la columna editorial del lunes, día en el que no se hizo gran cosa: aprovechamos noticias de la agencia para cubrir páginas; lo importante era llenar de negro sobre blanco el suficiente número de hojas. La apatía y la depresión completaban espacios destinados a la información. Por otro lado, los interrogatorios de la policía tampoco nos dejaron mucho tiempo libre.*

*Roberto fue el único que reaccionó. Consiguió levantarse, tirar del carro y arrastrarnos a los jefes de redacción para que nosotros hiciéramos lo mismo. El efecto dominó, pero en sentido contrario. Así, el martes, el periódico comenzó a funcionar. A marchas forzadas, conseguimos salir del pozo en el que nos había metido el asesino de nuestra compañera. Era cierto que Cecilia no se había ganado nuestras simpatías entre la redacción a lo largo de estos años, pero nadie en el diario dudaba de su profesionalidad y su compromiso con el trabajo. Cuando ella faltó nos dimos cuenta del enorme vacío que dejaba. Y lo malo era que en mis manos caía la responsabilidad de llenarlo.*

*Hice acopio de toda mi energía para intentar aproximarme a lo que*

*Cecilia hacía día tras día. Al principio sudaba tinta, todo era tan diferente a lo que yo estaba acostumbrado a hacer que no sabía ni por donde empezar. Como siempre, tuve un buen aliado en Roberto. Sus consejos y ánimos fueron determinantes: lo primero era organizarse, lo segundo priorizar las tareas y lo tercero delegar. Lo seguí al pie de la letra. Me llevó casi un mes, pero al final conseguí estar a la altura.*

*Después, vino un período más relajado: Roberto nombró a otro redactor jefe para el área de Cultura y Deportes, y añadió Nacional a Internacional. Lo último no tenía mucha repercusión: el “copia y pega” de Jaime cambiaba ligeramente, ahora tenía que seleccionar de la agencia no sólo las noticias del extranjero sino también las españolas que no fueran regionales. Es decir, aumentaba sus hojas a un máximo de seis y disminuía sus cuatro horas de bar a tan “sólo” tres y media. Todo aquello, como siempre, se tradujo en más trabajo para Roberto al tener que incrementar la supervisión sobre Jaime, y en una descarga importante para mí que pude centrarme mucho más en Local y Regional.*

*Claro que nada de esto lo hubiera logrado sin el apoyo sentimental de Merche. Ahora estoy seguro de que sin su presencia no habría levantando cabeza. Lo sé porque los días en los que nos distanciamos no fui capaz de pensar en nada que no tuviera que ver con ella. Sin embargo, a partir de aquel fatídico domingo las cosas entre nosotros no pudieron ir mejor. Pasábamos la mayor parte del tiempo juntos. Incluso en el trabajo. Con el objetivo de tener a Merche a mi lado, puse patas arriba la sala de redacción. La excusa de organizar mejor las secciones creo que no coló, pero la verdad es que me importaba poco lo que la gente pensara. Sé que también hubo quejas por la mejora sustancial de su situación profesional cuando delegué en ella todo lo que tenía que ver con las noticias locales. Tampoco me quitaba el sueño. Ella se lo había ganado y, por encima de todo, yo quería que trabajáramos juntos. Merche ya no era sólo la reportera de sucesos, era mi mano derecha. Me liberaba para que pudiera dedicarme a los asuntos políticos que, a partir de entonces, reclamaron toda mi atención. Le dejé libertad para trabajar y gracias a eso pudo desarrollar esa especial sensibilidad que tenía sobre los temas sociales. La verdad es que conseguimos compaginar perfectamente la relación laboral con la personal. Y las dos nos iban igual de bien.*

**L**a elección de la sala de juntas como lugar de reunión fue impuesta por Hidalgo. No sólo por el hecho de que era el más antiguo de los cuatro sino porque estaba de jefe de turno y no podía abandonar su puesto en la comisaría del distrito Poniente. Casares, Ivárs y Sam se sentaron alrededor de la mesa que había dispuesto Hidalgo en el centro de la sala. Los cuatro parecían que estuvieran en un seminario de lectura, o en una clase práctica de idiomas. El papel de profesor se lo reservaba Hidalgo que fue quien tomó la palabra:

—Antes de nada, os quería comentar que nuestra iniciativa de ayer de colaborar juntos ya tiene soporte legal. El comisario Ramírez me ha notificado esta mañana que tenemos autorización desde la jefatura para coordinar.

—Los jefes siempre un paso por detrás —observó Sam con su sarcasmo habitual.

—Eso sí, me ha recalcado que no perdamos de vista que el asesinato de la periodista corresponde al distrito Sur, y el de la Barqueta al distrito Poniente. Como sabéis, el hecho de que ambos casos presenten más de un punto en común hace que estemos aquí y que nuestros mandos hayan accedido a nuestra petición de trabajar en equipo. Sin embargo, lo más importante para nuestros jefes no son las posibles conexiones sino los resultados. El interés que ha despertado el asunto es tan alto que sólo quieren que se resuelva lo antes posible. Tanto Ramírez como vuestro comisario están de los nervios por la presión que les llega desde arriba. El propio alcalde se ha interesado por el crimen y dicen que hasta el ministro del Interior anda pinchando al jefe de policía de nuestra región. Y es que la cosa se ha desmadrado por el temor a que la prensa comience a sacar estadísticas de homicidios, casos sin resolver, etc., etc. El tema es así de injusto: basta con que la víctima sea de su gremio para que se desaten todas las alarmas.

—Es decir, que quieren que nos demos prisa en detener a alguien para calmar a los periódicos —resumió Sam.

—Exacto.

—Lo que es un poco absurdo es lo de: “este caso es tuyo, este mío”. ¿No está ya el fiscal detrás de los dos? —preguntó Casares.

—Cierto, pero ya sabes como son nuestros superiores. Desde luego el caso de la Barqueta está en manos del fiscal; y con prioridad uno. Ayer por la noche nos mandaron finiquitar las diligencias previas saltándose el plazo previsto de una semana que nos había dado el juez; cosa que hice con todo el placer del mundo. Eso me ha servido esta mañana para conseguir que el juez

estampara su firma en una orden de registro del domicilio de Portolés, y en una citación para que declare esta tarde en comisaría.

—Me gusta. Nuestra faceta de policía judicial es mucho más cómoda cuando el juez no tiene pegas en firmar lo que sea con tal de acabar con el espinoso asunto que le está dando por culo —dijo Sam sonriendo con cara de pilla.

—¿Y qué piensas hallar en casa de Portolés? —preguntó Casares.

—Vayamos por partes. —Hidalgo quería ordenar un poco la reunión antes de que se desmadrara—. Si no os importa, primero vamos a hacer una recapitulación con todo lo que tenemos. Para ello propongo establecer un orden para ver lo que cada uno ha averiguado, lo que tiene que aportar o lo que cree que se debe hacer. Después, nos ponemos de acuerdo en señalar las líneas de actuación y, por último, repartimos el trabajo. ¿Os parece?

—Tú mandas, jefe —exclamó Sam con una reverencia un tanto burlona.

Casares asintió e Ivárs hizo lo propio.

—Si queréis, comienzo yo —propuso Hidalgo. Al ver la expectación con la que lo miraban todos entendió que podía arrancar con su informe. Abrió una libreta para consultar algunos datos y tomó la palabra—: El martes pasado, sobre las siete de la tarde, según informe del forense, Ana Mateos, de treinta y dos años, casada con Vicente Portolés y madre de un niño de diez años, fue asesinada a unos cuatrocientos metros del puente de la Barqueta. Ella y su hijo estaban volviendo a casa después de su paseo diario por los parques del Guadalquivir. El asesino la atacó en el sendero que une el jardín Americano con el puente. La estranguló y la arrastró hasta la orilla del río, bajando a través del cañaveral. Las fotos de la escena del crimen las tenéis en esta carpeta. —Hidalgo le entregó a Casares un portafolio beis con los documentos relativos al caso. La carpeta fue pasando de mano en mano mientras Hidalgo seguía con su exposición—. No parece haber testigos, o por lo menos no los hemos encontrado. El hijo de la víctima nos ha confirmado que se adelantó con la bicicleta para esperar a su madre a la entrada del puente, pero al ver que no aparecía, atravesó el solo la avenida de Torneo hasta llegar a su domicilio, en la calle José Díaz. Por otro lado, el marido ha declarado que estaba en su vivienda trabajando mientras ocurrieron los hechos. Una coartada que coincide con la versión de Nacho (así se llama el niño), que afirma que su padre estaba en casa cuando él llegó. A pesar de esto, el sospechoso número uno sigue siendo Vicente Portolés. Un tipo desagradable y violento, que nos ocultó que estuvo a punto de separarse de su mujer y que no atiende demasiado

bien a su hijo. No quiero decir que lo maltrate, pero, desde luego, no cuida de él como es debido.

Hidalgo interrumpió unos segundos su discurso con la intención de dar más fuerza a sus últimas palabras y llevar a la reflexión a sus colegas.

—Según una vecina —continuó Hidalgo—, a eso de las ocho de la tarde, y coincidiendo con las versiones de padre e hijo, Portolés llamó a su piso, dejó allí a Nacho y salió para buscar a su mujer. Con la ayuda de la policía municipal, halló el cadáver alrededor de las seis de la madrugada. Unos minutos después, Sam recibía la llamada de los locales.

Con el último comentario, Hidalgo parecía cederle la palabra a Sam. Ella también lo entendió así y recogió el testigo para hacer algunos apuntes:

—El informe de la policía científica, unido al del forense, nos dicen que el asesino utilizó una correa, o un cinturón, para cometer el crimen. Creemos que es una persona con gran fortaleza física. No dejó huellas de ningún tipo y tampoco abusó sexualmente de la mujer. El móvil no está claro. Podría tratarse de un robo. Como veis en las fotos, la riñonera que llevaba la víctima está vacía y lo que contenía en su interior esparcido muy cerca del cuerpo.

—Y ahora, si quieres, te respondo a lo que quiero hallar en casa de Portolés —intervino Hidalgo, de nuevo mirando a Casares—: quiero que los técnicos, además de tomarle muestras de huellas y ADN, se lleven todos sus cinturones para examinarlos en busca de concordancias con las marcas halladas en el cuerpo, sobre todo las de la hebilla, y restos de piel o de sangre de la víctima.

Casares movió la cabeza dando a entender que se daba por satisfecho.

—Sigue, Sam.

—Gracias, jefe. Pues eso: los sospechosos. Como dice Hidalgo, Portolés es nuestro mejor candidato, pero seguimos otras pistas. Resulta que veinticuatro horas antes, muy cerca de la escena del crimen, los municipales habían desalojado un asentamiento de chabolas. La coincidencia nos ha hecho fijarnos en los que tenemos fichados y pertenecen a ese poblado. Por fin he conseguido terminar la lista, aunque seguro que está incompleta debido a que el “censo” de los chabolistas es algo muy difícil de determinar —Sam entrecomilló con las dos manos el eufemismo mientras lo pronunciaba. Después, extrajo de la carpeta un par de folios grapados que contenían una tabla Excel rellena de forma desigual, pero con muchas anotaciones al margen—. Estamos en plena tarea de localizarlos y verificar las coartadas de todos y cada uno de los nombres de esta lista. Veréis que he puesto en ella sus

antecedentes. Hay para todos los gustos: desde ladrones, hasta traficantes, pasando por proxenetas, drogadictos y chusma en general.

Sam se tomó un respiro y miró a su jefe:

—Con respecto al crimen del sábado... ¿Puedo, jefe?

—Espera que nos cuenten ellos lo que tienen y luego añades lo que quieras.

—OK.

Casares se quedó algo intrigado por el comentario de Sam y perdió lo que parecía era su turno en beneficio del inspector Ivárs.

—¿Me toca? Bueno, el nombre de la víctima es Cecilia Ramos, de 42 años. Periodista de “La Voz de Híspalis”, y embarazada. Se encontraba de baja para dar a luz en los próximos días. —Ivárs hablaba como si fuera un autómatas al que acababan de dar cuerda—. No tiene familia y está separada. Todos estos datos nos los ha proporcionado Enrique Jarque, la persona que descubrió el cadáver. Es un compañero del periódico que había quedado el domingo en el domicilio de la víctima para trabajar con ella.

—¿Y el marido? —interrumpió Sam.

—El *ex*; no estaban casados —corrigió Ivárs más cerca de la prepotencia que de otra cosa

—Vale, su pareja. ¿Qué te ha dicho?

—He intentado hablar con él, pero no he podido localizarlo.

—¿No estaba en su domicilio? —preguntó Sam extrañada.

—Es que no sé dónde vive.

—Al menos sabrás cómo se llama...

—Ni idea.

—Muy bueno, tío

La ironía de Sam dejaba la suficiencia inicial de Ivárs por los suelos.

—¿Qué quieres que haga? —Ivárs intentaba justificarse—. He registrado toda la casa y no hay nada sobre él. Parece que la víctima se deshizo de todo lo que la relacionaba con su pareja.

—¿Has comprobado los contactos del ordenador?

—No tiene ordenador, al menos en su domicilio.

—¿No has preguntado en el periódico?

—No, pensaba que pasaríamos hoy por allí. —Ivárs ya se estaba empezando a hartar del interrogatorio de Sam, algo que parecían haber notado todos menos la propia subinspectora.

—¿Y el móvil?

—Lo tenía desconectado y sin batería. Si sabes cómo encender el aparato sin conocer el PIN... —la desafió Ivárs.

—Yo no sé cómo se hace, pero te aseguro que nuestros técnicos no necesitan ni PIN ni PUM para sacar toda la información del teléfono. Lo que sí sé es una cosa: que ahora ascienden a inspector a cualquiera.

Sam dejó caer la frase como si fuera la responsable de la artillería de un bombardero justo en el momento de sobrevolar el objetivo. Hidalgo reaccionó rápido antes de que su compañera destrozara la reunión: se volvió hacia Casares, como si no hubiera ocurrido nada, y le transfirió el turno.

—Bueno, ¿y tú qué nos cuentas del caso?

—Poco hay que contar, la verdad —dijo Casares después de un carraspeo ocasionado más por la tensión del ambiente que por la sequedad de la garganta—. Casi todo lo sabéis: la hora de la muerte es imprecisa debido al tiempo que estuvo la víctima sumergida en el agua, pero se estima entre las once de la noche y las dos de la madrugada. De sus últimos movimientos sabemos que el sábado por la mañana estuvo fuera de su casa hasta las 13:30. La precisión se debe a los interrogatorios efectuados en el barrio. Concretamente, a la declaración del dueño del Bertín Márquez, un bar de tapas que hay al lado de la vivienda de Cecilia. El empresario nos informó de un altercado en el que se vio envuelta la víctima a esa hora. Al parecer, Cecilia Ramos atizó repetidamente con el bolso a un gorrilla porque éste había golpeado su coche después de que ella le negara la propina. Tenemos la descripción del indigente y lo estamos buscando por la zona. Después de la pelea, Cecilia entró en su chalé y creemos que ya no volvió a salir. Y si lo hizo, ninguna de las personas a las que hemos interrogado la vio salir.

Mientras Casares hablaba, Sam efectuaba una serie de anotaciones en su bloc; Hidalgo movía la cabeza en sentido afirmativo demostrando cuánto interés le despertaba el relato de su orondo amigo; y el único que parecía ajeno era Ivárs, que seguía con el ceño fruncido como si fuera un niño al que acababan de dejar sin postre.

—La puerta no fue forzada —siguió informando Casares—, por lo tanto, creemos que tuvo que ser alguien de su entorno. Tampoco hay huellas claras, aunque es pronto para decirlo. Lo que sí tenemos es el informe de la autopsia.

—¿Tan rápido? —exclamó Hidalgo.

—Las ventajas de un caso mediático. La autopsia la hicieron ayer por la tarde en cuanto llevaron el cuerpo al Instituto de Medicina Legal. Se saltaron todo lo saltable. Orden directa de jefatura.

—¿Y qué? ¿Tenía yo razón?

La repentina pregunta de Sam sorprendió a todos, en especial a Ivárs e Hidalgo que se sentían excluidos de algún secreto entre Sam y Casares.

—Menos mal que no me aposté nada —respondió Casares—. Estabas en lo cierto: no murió ahogada.

—¿Qué dices? —Hidalgo preguntaba a Casares, pero miraba a Sam que sonreía ligeramente.

—Lo que oyes: no tenía ni una gota de agua en los pulmones. Murió antes de que la metieran en la bañera. El informe dice que la causa de la muerte fue estrangulamiento. Las marcas que tenía en el cuello, las que reconoció Sam, habían sido producidas...

—Por un cinturón, no me digas más —continuó Hidalgo.

—Por un cinturón —repitió Casares.

—¡Joder! —exclamó Ivárs que abandonó definitivamente su letargo y se unió al resto.

—Son las mismas marcas que las otras —subrayó Sam—. Mirar las fotografías: las abrasiones y la herida de la hebilla. Claro que hay muchas correas que pueden encajar con ellas, pero no cabe duda de que se trata del mismo *modus operandi*.

Las fotografías volvieron a circular por todos los policías. Aunque esta vez los agentes se detuvieron mucho más tiempo en ellas.

Pasada la sorpresa inicial, pero todavía con la tensión en sus rostros, Hidalgo volvió a tomar la palabra.

—No nos pongamos nerviosos. Ya sé lo que estáis pensando: que nos enfrentamos a un asesino en serie. Sin embargo, la cosa no está tan clara.

—¿A qué te refieres? —inquirió Casares.

—A que aún nos falta informaros de algo. Sam haz los honores.

—OK, jefe. —Sam se incorporó desde su posición recostada; era claramente la única que parecía relajada—: La víctima, como sabéis, unos días antes de morir publicó un artículo en su periódico acusando a Vicente Portolés de la muerte de su mujer. Incluyó en la noticia que el asesino había empleado un cinturón para estrangularla. Aún no sabemos de donde cojones sacó la información, pero lo cierto es que acertó. Lo que no sabéis es que el amigo Portolés, muy cabreado, ha iniciado una querrela contra el diario y contra Cecilia Ramos.

—Otro punto más a favor del tal Portolés; como asesino quiero decir —aclaró Casares.

—Sí, pero no olvidemos que cualquiera que quisiera hacer daño a Cecilia Ramos ha tenido la oportunidad de imitar al asesino de Ana Mateos para confundirnos. Todo gracias a la inconsciente e imprudente ayuda de la propia Cecilia al publicar lo del cinturón —manifestó Sam.

—Incluso un ladrón con la suficiente sangre fría —dijo Casares.

—Incluso Portolés —apuntó Ivárs.

—Incluso Portolés, sin necesidad de apuntarle el asesinato de su mujer —aclaró Casares.

—Eso es.

—Joder, en vez de concretar lo que estamos haciendo es divagar —protestó Hidalgo—. Debemos aferrarnos a algo y yo opto por la hipótesis más probable de que Cecilia Ramos conociera a su verdugo. Así que debemos centrarnos en determinar qué personas de su entorno podrían desear su muerte. —Hidalgo volvía a centrar la reunión para evitar otro naufragio.

—Hidalgo: el problema es que sabemos muy poco de ella.

La indirecta de Sam hizo que Ivárs se retorciera en su silla, aunque, esta vez, no llegó a protestar.

—Cierto —reconoció Hidalgo—. Así que no vais a tener más remedio que ir al periódico a ver si conseguimos aclararnos. —Hidalgo respiró hondo antes de continuar—. Propongo lo siguiente: ahora mismo llamo al director de “La voz de Híspalis” y le digo que se prepare para un día de interrogatorios. Vosotros repartiros para hablar con toda la gente que pueda tener relación con Cecilia Ramos. Os ponéis de acuerdo como queráis, el caso es que no dejéis a nadie sin interrogar. Mientras tanto yo me encargo de Portolés. Como no puedo salir hoy de aquí mandaré a Santi y su equipo al domicilio para que lo pongan patas arriba. Después, cuando el fulano acuda a la citación, ya le apretaré yo las tuercas.

—A lo mejor tienes que volver a interrogar a su cuñada —dijo Sam guiñándole el ojo a su jefe.

—No te pases...

—¿Me he perdido algo? —preguntó Casares en fuera de juego.

La risa de Sam, al ver como su jefe se ruborizaba, hizo sospechar a los dos policías del distrito Sur que existía algún tipo de asunto personal entre Hidalgo y Sam así que optaron por no meterse donde no los llamaban y se dispusieron a recoger los documentos. La reunión había finalizado, pero el día tan sólo acababa de comenzar.

—¿**Y** bien?

La pregunta de Sam había quedado en el aire y Merche se estaba tomando su tiempo para responder, de ahí la insistencia de la detective. La periodista se fijó en la policía que la estaba interrogando y se dio cuenta de lo diferentes que eran una de otra: Sam estaba en las antípodas de Merche. La detective era mucho más ruda y curtida, a pesar de sólo ser un par de años mayor; bajita, digamos que menos estilizada que Merche; vestida de una forma que la palabra informal era tan exagerada para describir su atuendo como decir que la blusa y los vaqueros de la reportera formaban parte del elegante ropaje de una princesa en el día de su boda. Aspectos dispares, caracteres opuestos: más sensible Merche, más directa Sam; pero cada vez con más intereses en común. Aunque era la segunda vez que se veían y la tercera que hablaban, Merche pensó que entre ellas había una especie de vínculo que las llevaba inevitablemente hacía una amistad íntima y sincera.

—La verdad es que no se me ocurre nadie que quisiera hacerle daño —respondió al fin Merche—. Cecilia no tenía muchos amigos entre el personal. Tenía un carácter muy difícil. Pero, por otro lado, se había ganado un prestigio como periodista de primer nivel; quizás por eso se sentía con derecho de hacer juicios de valor cuando a lo mejor lo que correspondía era simplemente contar los hechos.

Merche se refería al polémico artículo del caso de la Barqueta; y Sam lo sabía, pero prefirió no ahondar en el tema y seguir con el guión previsto:

—¿Y su pareja? ¿Qué sabes de él?

—Nada. Era muy reservada a la hora de hablar de cuestiones personales. O quizás sea mejor decir que no daba pie a que las conversaciones discurrieran por esos derroteros. De todas formas, llevo sólo una semana trabajando aquí y, la verdad, no he tenido mucho tiempo para conocer a la gente. Ni siquiera a mi jefa...

—Sin embargo, veo que has hecho progresos con otras personas —dijo Sam estirando la comisura de los labios hasta formar una sonrisa maliciosa. Un gesto que Merche ya tenía catalogado como uno de los más característicos del rostro de la subinspectora.

—¿A quién te refieres? —Merche sabía perfectamente que se refería a Enrique, lo que no conseguía adivinar era cómo se había enterado.

—A ese guaperas. El que, mientras te besaba, impedía el paso del camión de bomberos.

—¡Ah! Estabas allí...

—Menudo escándalo montasteis. —Sam acompañó la sonrisa con el gesto de llevarse el índice de la mano derecha al ojo del mismo lado—. Os vi desde dentro, desde la ventana del dormitorio del chalé.

El ligero rubor de Merche confirmaba que era verdad lo que Sam estaba diciendo.

—No tienes mal gusto, no señora. Ya me gustaría montar a mí algún “escándalo” como ese —dijo Sam.

—La verdad es que Enrique es un encanto. No te lo voy a negar.

—Y se os ve muy enamorados.

—Nos llevamos muy bien y estamos muy ilusionados con nuestra relación. —En la cara de Merche alguien encendió un foco—. La vivimos al día, sin pensar en el futuro; nada de hacer planes...

—Seguro que tú sí los has hecho.

—Ja, ja, ja. Sí, tienes razón.

Merche se sorprendió de que aún pudiera reírse después de los trágicos sucesos a los que había asistido esa semana. La supuesta seriedad de un interrogatorio por asesinato estaba viéndose desplazada por alegres confidencias entre dos amigas. La reportera se dio cuenta de lo importante que era poder relajarse. Momentos como esos lograban que Merche pudiera resistir la tensión. En pocos días sólo dos personas habían conseguido que se sintiera así de distendida. Y una de ellas era una mujer policía.

—Bueno, sigamos, que en teoría tengo que interrogarte.

—Ya ves que no puedo ayudarte mucho: de Cecilia sólo sabía que estaba separada, pero ni idea de quién era su ex, ni a qué se dedicaba.

—Es una constante en todo el personal. Nadie sabe nada acerca de él. Muy curioso.

—Si te puede servir de ayuda: el que más hablaba con Cecilia era el director del periódico, Roberto Stefani. —Merche dirigió la mirada al despacho de Roberto, ahora convertido en sala de interrogatorios. Los policías estaban simultaneando las entrevistas en dos lugares: el despacho del director y el habitáculo donde estaban Merche y Sam, dispuesto para la ocasión con dos mamparas más para aislarlo del exterior.

—Tengo previsto hablar con él. Lo hemos dejado para el final.

—Seguro que te aclara algo más.

La entrevista estaba ya agonizando cuando Merche no pudo resistir la tentación de preguntar por el otro caso que las unía:

—¿Has conseguido averiguar algo sobre aquel asunto del que te hablé?

La contestación estándar de Sam tenía como objetivo ganar tiempo, ordenar sus ideas y extraer la información adecuada; tal era el berenjenal de casos que llevaba al mismo tiempo:

—¡Uf! La verdad, poca cosa. —Respiró hondo y continuó—: El tipo ese, el sospechoso, parece un fantasma. No está registrado en ningún sitio. Al menos no aparece como Francisco Salas Heredia. De todas formas, seguimos buscando. Digo seguimos, porque el caso corresponde a la gente del distrito Sur.

—Entonces, hay abierta una investigación. —Un brillo de esperanza surgió en los ojos de Merche.

—Claro que sí. ¿Qué creías? Lo que pasa es que la cosa está difícil.

—Vaya...

—Sólo tenemos un par de pistas: la navaja que usó el asesino y sus huellas impresas en ella, pero nos faltan las del posible sospechoso para cotejarlas. Hasta que no demos con él no sabremos con certeza si es el que empuñó el arma homicida.

—Dime si puedo ayudar en algo. En lo que sea.

—La mejor ayuda que puedes brindar es la de no publicar nada de esto. Los pormenores de una investigación en curso deben quedar en el más estricto secreto.

—No te preocupes. No pienso volver a cometer el mismo fallo.

Una alarma saltó en el cerebro de Sam.

—¿Qué fallo? ¿De qué hablas?

—El día que nos conocimos. Cuando nos tropezamos. Acababa de ver en vuestra pizarra lo que habíais anotado acerca del estrangulamiento con el cinturón.

—Así que fuiste tú. —El rostro de la detective reflejaba una mezcla entre sorpresa, decepción y enfado.

—Sí. La noticia era responsabilidad de Cecilia, pero yo le di la información. Nunca pensé que la iba a utilizar para acusar a nadie.

La aflicción volvió al rostro de Merche, y el enfado de Sam al descubrir cómo se había producido la filtración enseguida se tornó en comprensión.

—Tranquila mujer. La culpa no es tuya. Al fin y al cabo, tú sólo hacías tu trabajo. Si hay alguien a quien acusar es a mí por ser tan descuidada.

El comentario de Sam consiguió consolar parcialmente a la periodista.

—Al menos me ha servido para ver lo importante que es no divulgar

ciertas cosas —dijo Merche.

Sam asintió para darle la razón, mientras, en su cerebro, sonaba un “no lo sabes tú bien” al pensar que su amiga podría caer en una depresión si se enteraba de que el asesinato de Cecilia se había producido a imagen y semejanza del polémico artículo.

Aquello ya duraba demasiado. Le estaban fastidiando su tiempo de descanso. Pero Jaime no pensaba quedarse sin él. Después del interrogatorio se desquitaría con una visita más prolongada al bar de enfrente. Si las noticias no estaban listas para la reunión de las 13:00 no iba a ser por culpa suya.

—¿Nos puede decir dónde se encontraba el sábado pasado entre las once de la noche y las dos de la madrugada? —preguntó el más gordo de los dos detectives.

—¿Por qué quieren saberlo? No creerán que yo...

—Ni creemos ni dejamos de creer. Es una pregunta rutinaria que estamos haciendo a todo el personal. Puede contestarla con toda la tranquilidad del mundo que nadie le va a acusar de nada.

Jaime pareció tranquilizarse con la respuesta del policía, pero aún se le veía algo nervioso. Llevaba intranquilo desde que la pareja de inspectores lo llamaron para declarar al despacho de Roberto.

—A ver... déjeme que lo piense. —Jaime apoyó la barbilla en la mano izquierda mientras con la otra seguía moviendo la cucharilla para disolver un terrón de azúcar que ya debía ser historia.

—Tómese el tiempo que quiera —dijo el agente que estaba sentado a su lado, el que tenía problemas de sobrepeso.

—Aunque no tenemos todo el día —recalcó el más joven de los dos, el de aspecto chulesco, el que permanecía de pie apoyado en la mesa de reuniones.

—El sábado cené con una amiga y después tomamos unas copas —declaró finalmente Jaime.

—¿Podría concretar algo más? —inquirió el joven.

—¿Qué quiere saber, el lugar o la acompañante?

—Ambas cosas.

—La cena y... el resto fueron en mi casa. La acompañante prefiero dejarla en el anonimato.

—Me temo que va a tener que decirnos con quién estaba.

—Es que no quiero comprometerla.

—¿Casada?

—Bueno, no creo... —Una sonrisa apareció en el rostro de Jaime, pero se quedó a medias.

—Ya entiendo, digamos que era una profesional.

—Más o menos. Espero que esto no trascienda.

—No se preocupe seremos tan discretos como usted —ironizó el joven.

—Lo siento, pero necesitamos su nombre para verificar que lo que nos dice es verdad —intervino de nuevo el policía de más edad.

—Pues no se lo van a creer, pero ahora me doy cuenta de que no sé como se llamaba. Tiene gracia ¿eh?

—Ninguna —cortó el inspector con menos años.

—Ya saben cómo es eso... Yo llamé a un teléfono de los que se anuncian en las cadenas locales de televisión.

—¿A cuál?

—Pues a un ochocientos y algo, ¿cómo quiere que me acuerde? Lo encontré haciendo zapping.

—Nos quiere decir que no hay manera de comprobar su coartada.

—Les estoy diciendo la verdad. Y estoy arriesgando mi reputación por hacerlo.

—Ya —dijo el más joven con cara de circunstancias haciendo ver con claridad lo poco que le importaba la reputación de Jaime.

Ambos policías se miraron y entonces el más grueso dio por concluida esa parte del interrogatorio cuando le lanzó a Jaime una pregunta totalmente diferente:

—¿Se le ocurre alguna persona que quisiera hacer daño a Cecilia Ramos?

Esta vez Jaime no tardó ni un segundo en contestar.

—A nadie le caía bien Cecilia, pero hay un tío que sale ganando claramente con su muerte.

—Y podríamos saber quién es o tampoco recuerda su nombre. —El policía más inexperto parecía haberla tomado con Jaime.

—Claro que sí, se trata de Enrique Jarque.

—¿Cuáles son los motivos que tiene para sospechar de él? —preguntó el otro agente.

—En primer lugar, no es un tipo normal.

—¿A qué se refiere?

—Es extremadamente violento. Hace unos días me atacó sin motivo y casi me deja sin dentadura. Una reacción no muy normal, ¿no les parece? —El encogimiento de hombros del detective con pose de perdonavidas no le sirvió a Jaime como respuesta—. Pueden preguntarle al director del periódico si no me creen. También estaba presente la nueva: Merche Emanuele.

—Lo comprobaremos. Siga —ordenó el agente que dirigía el interrogatorio.

—Resulta que, además, Jarque es el que se ha hecho cargo del puesto de Cecilia. Prácticamente el segundo de a bordo.

—Y le ha saltado a usted: el hijo del dueño —aclaró el joven que estaba en todas y parecía haber tomado buena nota de los anteriores interrogatorios.

—Sí, es cierto, pero eso estaba previsto mucho antes del asesinato. A Enrique se le había nombrado sustituto de Cecilia provisionalmente, mientras durase la baja por maternidad. Ahora, con su muerte, ya tiene el puesto fijo.

El inspector de más edad propuso un suspiro y zanjó el asunto con un “Bueno, vale, lo tendremos en cuenta”. El último cruce de miradas entre ambos detectives dio por concluida la entrevista. Sólo quedaba una advertencia por parte del inspector de volumen generoso:

—Nos gustaría que no abandonara la ciudad sin avisarnos —dijo entregando a Jaime una tarjeta—. Quizás tengamos que volver a interrogarle. Puede que finalmente le pidamos que nos describa a la... a su acompañante. Así que no la olvide.

—Cómo para olvidarla —exclamo Jaime dibujando con ambas manos unas curvas en el aire.

El comentario del periodista no les hizo ni pizca de gracia a los dos policías. Ambos abandonaron la habitación dejando a Jaime con el gesto y la sonrisa igual de congelados.

—**E**ntonces, te quedas —dijo Casares.

—Sí —respondió Sam—. Esperaré por aquí tomándome un sándwich hasta que vuelva el director del periódico.

Los tres policías habían finalizado la jornada matutina de interrogatorios y se estaban despidiendo en el parking del edificio *Expo 2*, situado en el segundo sótano del complejo de oficinas.

—Ha ido al aeropuerto a acompañar al jefe del grupo Sincera —aclaró la detective—. El abuelo debe tener noventa años y todavía se mantiene al pie

del cañón.

Sam admiraba a las personas que con esa edad se mantenían activos y no podía evitar pensar en la situación contraria, en la que se encontraba su madre desde hacía tanto tiempo.

—¿Habéis sacado algo en claro de toda esta gente? —Sam preguntaba en plural, pero sólo miraba a Casares; a Ivárs prefería ignorarlo, cosa que parecía recíproca.

—Bueno hay muchas coartadas que comprobar. Por desgracia, en este caso, no faltan los sospechosos —contestó Casares más relajado. El inspector parecía haber firmado un armisticio sin condiciones con su camisa que se desbordaba completamente por encima de los pantalones.

—Sí, a casi todo el mundo le caía mal la víctima —opinó Sam.

—Vamos a ver si ponemos en claro todo lo que tenemos. Esta línea de investigación va a ser compleja.

—Y lo malo es que quizás no sea la correcta.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor no ha sido nadie del periódico, que es lo mismo que decir nadie del entorno de Cecilia. Puede que nos estemos enfrentando a otra cosa.

—¿A un asesino en serie?

—Es una palabra muy peligrosa para decirla aquí, en las proximidades de un periódico —Sam bajó instintivamente la voz, aunque estaban solos en el aparcamiento—, dada la alarma que se podría generar. Pero no debemos descartarlo.

—¿Y los elementos comunes? Ambas víctimas son mujeres, sí, pero poco más.

—Una ama de casa, la otra periodista; una rubia, la otra de pelo oscuro; una embarazada, la otra no; una bastante madura, la otra mucho más joven. No le veo la relación, la verdad —apuntó Ivárs rompiendo su silencio con tal de contradecir a Sam.

—Vale. Os doy la razón de que no parece haber muchas coincidencias, pero sólo digo que no deberíamos dejar ninguna línea de investigación cerrada.

—Y no lo haremos, pero por ahora centrémonos en esta gente, es lo que yo opino. Y creo que Hidalgo estaba en la misma sintonía —dijo Casares volviendo a su lucha particular, remetiéndose la camisa por dentro del pantalón, antes de introducirse en el coche patrulla—. En fin, te aconsejo que

no le des tantas vueltas o te vas a volver loca. Bueno, suerte con el director y nos vemos mañana con el resultado de todo esto. ¿A la misma hora que hoy?

—De acuerdo. Hasta mañana —exclamó Sam elevando la voz por encima del ruido del motor del automóvil y levantando la mano a modo de despedida.

Para los hombres del distrito Sur la jornada había terminado. A Sam aún le quedaba faena. Se quedó un rato pensativa mirando cómo el turismo se acercaba a la rampa que conducía a la salida; y, entonces, volvió a suceder. Ellos ya no pudieron ver cómo Sam le daba una patada de rabia a una de las columnas del parking. La misma sensación de haber rozado la clave para solucionar el caso volvió a pasar por su mente. Intento reproducir mentalmente toda la conversación que acaba de tener con sus compañeros, pero no pudo conseguir el mismo efecto, tan sólo obtuvo un desagradable presentimiento: si no cogían pronto al asesino algo le decía que volvería a matar.

Cuando Sam vio la expresión de asombro en el rostro de Roberto, se dio cuenta de que ella no había sido la única sorprendida. Ninguno de los dos pudo evitar la mezcla de sobresalto y emoción en el momento de producirse su primer encuentro cara a cara. Y eso que a Sam no le cogía desprevenida. Había aguantado todo ese tiempo, esperando la llegada del director de “La Voz de Híspalis”, alentada por la curiosidad y la inquietud de ver cómo era en realidad su interlocutor telefónico de todos estos años. Las expectativas tuvieron su recompensa porque la detective se sintió enseguida muy cercana con la única persona que había tratado con dignidad a su padre. Así, la obligación por demostrarle a Roberto su gratitud se había transformado en naturalidad, como si ambos formaran parte de la misma familia y la ayuda mutua fuera algo evidente. Lo que sentía por Roberto se podía comparar con el aprecio que experimentaba por Hidalgo, pero en distinto nivel afectivo. Quizás sólo fuera una sensación, pero le parecía más entrañable. Podía deberse a que Roberto tenía edad para ser el progenitor de la detective; y a que el salto brusco entre la relación telefónica y el contacto real había propiciado un acercamiento parecido al de un padre con su hija después de haber estado mucho tiempo separados. Incluso, su afinidad en el aspecto exterior podía estar influyendo en ese sentimiento hogareño, doméstico, familiar. Y es que a Sam le agradaba el porte de científico despistado que mostraba Roberto. Y él, a su vez, parecía encantado con la indumentaria hippy de su confidente.

—Así que tú eres Sam —dijo Roberto con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Deberíamos darnos dos besos? —propuso Sam.

No hizo falta responder, Roberto la agarró por los hombros y se los plantó en las sonrosadas mejillas de la subinspectora.

—¿No eres muy joven para andar con delincuentes, tiros y todo eso? — El instinto paternal de Roberto salió a relucir para darle la razón a la conciencia de Sam.

—No soy tan joven; y no hay tantos tiros. Eso sólo pasa en las películas. Pero me gusta que te preocupes por mí. De hecho, me gustas mucho, sobre todo ese pelo blanco tan desmadrado —dijo Sam entre risas.

—Tengo que cortármelo —prometió Roberto mientras se pasaba la mano por lo que ya era una melena—, pero no logro sacar un minuto para hacerlo.

Roberto se dio cuenta de que ambos estaban de pie. Le ofreció una silla a su amiga y después sacó la suya de detrás de la mesa para sentarse al lado de Sam. Tras ofrecerle un café, Roberto abordó el asunto que había motivado su encuentro.

—Qué horrible es todo esto. Nunca pensé que pudiera suceder algo así. Tú estarás acostumbrada, pero esto nos supera a todos.

—Nunca se acostumbra una a los asesinatos.

—Y dime: ¿qué habéis averiguado?

—Pues muy poca cosa. Esperaba que tú nos pudieras aclarar algo acerca de la víctima. Casi no sabemos nada acerca de ella.

—Claro, ¿qué quieres saber?

—Estaba separada, ¿no?

—Sí, hace unos cinco meses acordaron la separación; después del accidente.

—¿De qué accidente hablas? —Sam notó una señal con forma de aviso en su cerebro. Una alarma que hizo que se pusiera alerta; con los cinco sentidos puestos en las palabras que salían por la boca de Roberto.

—Aunque en el juicio se determinó que fue maltrato...

—¿Juicio? ¿Maltrato?

—Tranquila, ya veo que no estás enterada. Vamos a ver... Cecilia vivía con un fulano.

—¿Qué fulano? ¿Cómo se llama? —interrumpió Sam.

—Si me dejas continuar te lo digo.

—Perdona. Continúa por favor.

—Se llama Pedro Sastre. Por lo visto se dedica a la construcción.

Reparaciones, reformas y chapuzas de ese tipo, ya sabes. Cecilia me contó que se conocieron en un bar de copas. Desde ese mismo día se fueron a vivir juntos al chalé de ella. Recuerdo aquellos días porque todo parecía irle de maravilla. Incluso se mostraba simpática en el trabajo, cosa bastante rara en ella. Pero la aparente felicidad duró poco: justo después de quedarse embarazada.

—¿De él?

—De él, sí —confirmó Roberto—. Algo debió pasar entre los dos. Celos del niño, no sé. El caso es que un día se pelearon y la disputa terminó con ella rodando por las escaleras. No perdió el hijo de milagro, pero el embarazo se complicó de tal manera que decidieron operarla. Precisamente, creo que era hoy cuando estaba prevista la cesárea.

—Y dices que hubo un juicio.

—Cecilia lo demandó por malos tratos y consiguió que lo condenaran. Le cayeron un par de meses de cárcel y una orden de alejamiento.

—¿Y ahora está en libertad?

—Debe estarlo porque Cecilia me comentó que se vieron el jueves, mientras ella estaba nadando en el polideportivo. Según me contó, intentó agredirla de nuevo.

—¡Joder! ¿Y por qué no lo denunció?

—La verdad, no sé si lo hizo. ¿Tú crees qué...?

La detective ya no parecía atender a Roberto. Era como si un mecanismo se hubiera activado en su interior para priorizar sus sentidos y ordenar sus movimientos y acciones. Sam estaba en marcha y lo primero que hizo fue llamar a Hidalgo.

\* \* \*

Hidalgo apartó los papeles que tenía encima de la mesa para recuperar el móvil que estaba sonando con insistencia. Al final, el aparato apareció debajo del horario y la distribución de los turnos para la guardia nocturna. Descolgó enseguida al comprobar que era Sam quién llamaba.

—Dime —dijo Hidalgo.

—¿Tienes el ordenador a mano?

—Sí, ¿qué pasa?

—Ahora te cuento. Entra en la base de datos del personal fichado, por favor. Quiero que busques una dirección.

—Vale.

Al cabo de unos segundos, Hidalgo tenía en pantalla el cuadro de diálogo que le pedía el nombre y los apellidos o el alias de la persona a buscar.

—Ya está, dime el nombre.

—Pedro Sastre.

—¿Quién es?

—Busca su dirección por favor. Es urgente.

Más segundos de espera.

—Ya lo tengo. Fichado por malos tratos. —Hidalgo leyó el documento en forma telegráfica, saltando de un campo a otro—: Dos meses de cárcel. En libertad. Orden de alejamiento... ¡Joder! La víctima de los malos tratos es...

—Cecilia Ramos. Ya lo sé. Dime la dirección de Sastre.

Hidalgo siguió leyendo: Pedro Sastre vivía en una pensión del centro, en la avenida de la Constitución.

—Pero ¿cómo te has enterado?

—En el periódico.

—¿Quieres decirme quién es?

—Voy a detenerlo.

—¿Estás loca? ¿No sabes que necesitas una orden?

—No me hace falta, tengo un motivo para enchironarlo.

—¿Cuál?

—Se ha saltado la orden de alejamiento.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—Bueno, si es así... Entonces espera que...

—No espero nada, Hidalgo. Voy a por él.

—¿Sola? Ni de coña. Ahora mismo te mando refuerzos. Dime dónde estás.

La pregunta de Hidalgo se quedó sin respuesta: el inspector llevaba ya un par de segundos hablando solo.

**N**i te muevas. Que sigan llamando, ya se cansarán. Llevan así toda la semana; pero no van a conseguir nada de ti. Entre otras cosas porque ya no tienes nada. Y pensar que hace sólo dos años eras el dueño de una empresa que reportaba cuantiosos beneficios y que daba trabajo a más de veinte personas. ¿Recuerdas que podías encargarte de dos clientes a la vez sin ningún problema? En más de una ocasión estuviste al frente de la restauración de un

inmueble y, simultáneamente, de las reformas de otro. Aparte de los encargos privados, cada vez conseguías mejores contratos de la Junta de Andalucía o del Ayuntamiento. Eras el jefe de dos cuadrillas de personas que respondían muy bien con su trabajo gracias al salario que les ofrecías. Pero todo eso hace tiempo que acabó. Dicen que fue el estallido de la burbuja inmobiliaria. Pues a ti te debió dar de lleno. Primero empezaron a paralizarse las obras, después tuviste que ir despidiendo a tus empleados y pronto comenzaron los proveedores a exigir el pago de sus deudas. Eran facturas que se habían acumulado a la espera de que respondieran tus clientes. Pero ellos también estaban arruinados y lo único que podían adelantarte eran unos pagarés que no valían ni el precio del papel en el que estaban escritos. Ni siquiera la Administración hacía efectivas sus deudas. Sin embargo, los muy cabrones, si que te exigían el pago del IVA por facturas que aún no te habías embolsado. Se creen que te van a engañar con ese viejo truco de la policía. Sabes perfectamente que se trata de ellos: de los acreedores. No quieren tus pagarés, ni los de tus clientes. Sólo quieren ver como te hundes del todo. Pues no lo van a conseguir. No les vas a dejar que lo vean. Ya se enterarán por el periódico. Igual que ha ocurrido con Cecilia: en primera página. Sí, allí aparece la fotografía de la única persona a la que has querido. Y ahora está muerta. Que sigan llamando; tú no estás para nadie. Sólo quieres que te dejen en paz. Aislarte del mundo para poder llorar con tranquilidad la muerte de tu amada.

Insisten en que son de la policía. La verdad es que no pierdes nada por acercarte a la mirilla para ver de quién se trata. Desde luego no se parece a ninguno de los cobradores que te vienen acosando estos días. Es una mujer menuda con pinta de todo menos de policía, pero sí es cierto que enseña una placa. A su lado está el hijo de puta del casero. Como te gustaría hacerle pedazos: sabe que estás sin un euro y no hace más que darte la murga con el pago del alquiler de la habitación. Parece que van en serio, el casero tiene un manojo de llaves y va a abrir la puerta. Debes moverte con rapidez, lo que menos quieres en este momento es volver a la cárcel. Ahora lo ves claro: seguro que vienen a detenerte por la muerte de Cecilia. Ya lo hicieron una vez. Fue muy desagradable. Sobre todo, el juicio. Aún no te explicas cómo declaró Cecilia en tu contra cuando ella sabía perfectamente que fue un accidente. ¿Por qué se comportó de esa forma? A pesar de todo, tú la seguías queriendo. No te importó que te encerraran si con eso conseguías que entrara en razón y te perdonara. Pero ahora la situación es diferente: ya nunca más volverás a verla.

Escapa. Sal por la ventana. Tienes la suerte de vivir en el último piso. En

una habitación abuhardillada que da al tejado. Salta. ¿No oyes como ya han entrado en tu habitación? Corre. Ten cuidado con las tejas: están resbaladizas por el moho que crece en esta zona umbría. Agáchate. Deslízate hasta ponerte de pie en el pequeño muro y accede al solarium del bloque contiguo. Es la terraza de un hotel de esos con encanto. Menos mal que no hay nadie. Sorteas las hamacas vacías. Mira hacia atrás. ¿Ves a la pequeña hippy que te encañonaba con una pistola? Antes de abandonar el tejado te pareció verla. A lo mejor tienes suerte y ha renunciado a perseguirte. La verdad es que si ella no hubiera estado armada podías haberle hecho frente. Con tus manos desnudas seguro que la habrías destrozado.

Abre la puerta. Baja por las escaleras de servicio del hotel. Actúa como si fueras un cliente más de los que están allí alojados. Mantente alerta: alguien entra desde la planta al descansillo. No tengas miedo, detrás del carrito con toallas y sábanas aparece una camarera que te está dando las “buenas tardes”. Responde a su saludo con naturalidad. ¿Por qué se queda allí plantada mirando hacia arriba? Ahora se echa a un lado. Cuidado. Has reaccionado demasiado tarde: algo te ha caído encima. Te duele la cabeza. Te has golpeado con uno de los escalones al caer rodando. La camarera ha desaparecido chillando como una histérica. Ya sabes lo que ha ocurrido: tienes a la pequeña policía encima de ti. Cómo se mueve de rápida la condenada. Ahora lo que te duele es el brazo. Si sigue así te lo va a partir. No puedes moverte. Ese clic que oyes son las esposas. Es el fin.

**H**idalgo apuraba el café, mientras observaba a Sam a través del espejo situado al otro lado de la barra. La cafetería de la comisaría era pequeña en comparación con el resto del edificio, y claramente insuficiente para las personas que allí trabajaban: una barra de tres metros, cuatro mesas y un par de cuadros de paisajes manchegos como adornos en las paredes.

—No dejas de sorprenderme —dijo Hidalgo entre sorbo y sorbo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sam con una sonrisa: sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo su jefe

—Tú no te has visto cuando entrabas en la comisaría.

—No y no sé lo que tiene de particular.

—Pues que nos has dejado a todos con la boca abierta; aunque ya deberíamos estar acostumbrados.

Hidalgo recordaba lo sucedido media hora antes. La función comenzó

cuando Sam subía del garaje de la comisaría y accedía al primer sótano rumbo a los calabozos. Allí esperaban varios agentes alertados de la inminente llegada de la detective con un detenido. Cazadora y presa. Ella detrás, él delante. Ambos con el mismo paso como si estuvieran desfilando a cámara lenta. Representando una escena, entre cómica y surrealista, donde Sam aún parecía más menuda en comparación con la persona que traía detenida. Y es que Pedro Sastre ocupaba el doble; en todos los sentidos: a lo alto y a lo ancho. Un tipo enorme que se comportaba como un niño al que acaban de sorprender saltándose una clase. Así de resignado se le veía; caminando como un elefante domesticado al son que le marca su domador. Al llegar al calabozo, Sam le quitó las esposas y lo empujó ligeramente para que entrara en la celda. Sastre obedeció a su ama sin rechistar y accedió a la jaula mansamente. Los agentes que circulaban por allí se quedaron petrificados al ver el espectáculo. Al terminar la faena, cuando la subinspectora pasó altanera delante de ellos, le hicieron un pasillo y hasta se oyó alguna propuesta de sacarla a hombros y pasearla por todo el recinto.

—La verdad es que se ha comportado bien. Pero antes de que le echara el guante me hizo sudar lo suyo corriendo y saltando por los tejados —reconoció Sam abandonando la pose de la que es ajena al tema que se discute.

—Entonces, ¿crees que estará ya lo suficientemente calmado para que lo interroguemos? —inquirió Hidalgo.

—Y si no lo está, da igual.

—Pues vamos para allá.

—Vamos. ¿Esos folios son tuyos? —preguntó Sam señalando unos papeles que estaban al lado de Hidalgo.

—¡Joder! Llevo toda la tarde con ellos bajo el brazo esperando el momento para dártelos y casi se me olvidan.

—¿De qué se trata?

—Es un informe de Santi. Me lo ha entregado antes de irse al domicilio de Portolés. Me ha dicho que lo esperabas. Es relativo al caso que nos endosó Ramírez: el asunto de las drogas de la calle Trajano.

—¡Ah! Se ve que todo el mundo anda con prisas estos días. Pobre Santi, también ha debido trabajar el domingo —dedujo Sam levantándose del taburete y rodeando a Hidalgo para recoger el dossier.

Mientras Sam le echaba un vistazo a las dos páginas que contenían datos técnicos de la escena del crimen, Hidalgo llamaba al camarero y pagaba la cuenta. Cuando ya se disponía a abandonar la cafetería vio que Sam aún

permanecía en la barra. Estaba como hipnotizada leyendo el informe.

—¿Vienes? —apremió Hidalgo.

—Un momento. Hay una cosa que... —Sam dio la vuelta al documento para ver si había más información escrita por detrás. Como estaba en blanco volvió de nuevo a la segunda página. Algo le estaba llamando poderosamente la atención.

—¿Qué pasa? —preguntó Hidalgo.

—Todavía no lo sé.

—¿Qué has visto en el informe? —A Hidalgo le irritaba sobremanera la actitud misteriosa de su compañera.

—Tengo que comprobar algo en el ordenador.

—Pero ¿qué?

—Ven.

Hidalgo siguió a su pequeña compañera por toda la comisaría a paso ligero. Sam no abrió la boca. Siempre hacía lo mismo. No era la primera vez que Hidalgo le recriminaba su manía de ocultarle información. Iba a protestar de nuevo cuando recordó lo que ella solía responder: que hasta que no estuviera segura prefería no decir nada. Con la curiosidad a flor de piel la acompañó hasta su lugar de trabajo. Sam encendió el ordenador y accedió al explorador de archivos. Recorrió la pantalla con el ratón y abrió un directorio, después una carpeta y finalmente un archivo. Hidalgo seguía sin entender nada, pero el archivo le resultó familiar. Era una tabla Excel con una relación de nombres y sus antecedentes.

—¡Eso es! ¡Lo sabía! —exclamó Sam.

—¿El qué? ¡Por Dios! —Hidalgo estaba al borde de la histeria, pero Sam seguía sin explicarle nada. Estaba claro que había encontrado algo en la hoja de cálculo. Sam siguió tecleando en el ordenador y manejando el ratón hasta llegar al registro de personas fichadas. En la base de datos tecleó un nombre: Ramón Gamundi. Al cabo de unos segundos apareció la ficha del sujeto con su fotografía, su alias y sus antecedentes.

—Tiene que ser —masculló Sam—. Seguro que es.

—¿Quién es este tío? —insistió Hidalgo sin mucha convicción. El inspector sabía que hasta que Sam no dejara lo que estaba haciendo no le aclararía nada. Se cruzó de brazos y optó por observar cómo Sam hacía doble clic en la fotografía, accedía al cuadro de diálogo de la impresora y pulsaba la opción de imprimir el documento seleccionado. Cuando estuvo segura de que la máquina estaba cumpliendo su orden se alejó hasta la zona común donde

estaba situada la impresora. Hidalgo, mientras tanto, decidió esperar pacientemente su vuelta leyendo los datos del tal Gamundi.

Al inspector le defraudó la ficha del personaje: no resultó muy diferente a otras. De hecho, era la ficha estándar del delincuente común. Allí figuraba un historial de arrestos por posesión de drogas, pequeños hurtos y algún asalto con violencia. Había pasado varias veces por la cárcel y posiblemente volvería a hacerlo. Lo normal. Nada importante. Una vida malgastada. Treinta y ocho años desperdiciados. Como Sam tardaba, volvió a leerlo con más tranquilidad. La conclusión fue otra vez la misma: ¿Qué tenía de especial aquel tipo al que llamaban *El Gabacho*?

**A**brir completamente los ojos le llevó al menos tres intentonas. En la primera sólo consiguió pestañear. La segunda fue la más dolorosa al sentir como la luz blanca de la bombilla de bajo consumo atravesaba las pupilas y arañaba el cerebro. A la tercera consiguió ver; con dificultad. Al principio le costó determinar qué era lo que se desplegaba delante de él: una habitación con los contornos sin definir, unos muebles distorsionados sin ninguna precisión en las formas, y una figura humana totalmente desenfocada. Poco a poco, el semblante de la mujer se fue concretando hasta configurar una cara conocida. Era la tercera vez que la veía en una semana y cada vez tenía mejor aspecto. Sus facciones estaban abandonando los ángulos excesivos. Las mejillas eran quienes lideraban el cambio gracias a la progresiva transformación, desde el vacío acentuado por unos pómulos puntiagudos, hasta la forma redonda y sonrosada que aspiraban ser. *El Gabacho* reconoció perfectamente a su salvadora, y lo que estaba viendo —su rostro— le recordaba la última imagen que se posó en su mente antes de lo que él creía había sido su muerte.

—Buenas tardes, dormilón. —Su salvadora le dio la bienvenida al mundo de los vivos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Estás entre amigos, tranquilo.

La imagen de la mujer ayudó a que *El Gabacho* recobrarla la memoria y, lejos de tranquilizarlo, le excitó al recordar todo lo sucedido.

—¡*El Moro*! —gritó cuando el rebobinado de su mente llegó hasta el encuentro con el sicario en la iglesia de La Paz.

*El Gabacho* intentó incorporarse, pero entre que su cuerpo seguía sin

acertar a responderle, que el suero que llevaba conectado a su brazo izquierdo le impedía moverse con libertad, y que la espontánea enfermera le presionaba ligeramente con su mano, le resultó imposible hacerlo.

—Aquí estás a salvo. No te encontrará.

La voz sosegada de aquella mujer, sus palabras y la cálida mano sobre el hombro ayudaron por fin a calmar al indigente que aún seguía preguntándose dónde estaba y desde cuándo se encontraba allí. La mirada de *El Gabacho* se apartó unos segundos del rostro de su salvadora para escudriñar la sala donde yacía postrado. Era un gesto que confirmaba la desorientación que padecía. Nada en aquella habitación le resultaba familiar. Ni la cama que tenía a su lado, en la que se sentaba su acompañante; ni la mesilla de noche; ni la cómoda de estilo español; ni la lámpara del techo a juego con ella. Aquellos brazos que salían del centro, y se retorcían en los extremos, parecían querer volver al origen, al lugar desde donde salía la luz, entre blanquecina y amarillenta, que iluminaba el cuarto.

—Ya va siendo una costumbre que compartamos la misma habitación para dormir —comentó sonriendo la mujer.

—¿Cómo dices? —dijo *El Gabacho* volviendo otra vez la vista hacia su benefactora.

—¿No te acuerdas que hace unos días amanecimos juntos entre cartones y basura?

—Sí... —*El Gabacho* lo recordaba bien, pero parecía que había pasado un siglo desde entonces—. Me dijiste que estabas limpia y no te creí.

—Exacto. Veo que no has perdido la memoria. Debe ser lo único que te queda a parte de los huesos. Estás hecho un desastre, pero al menos has dormido.

—¿Dónde estoy? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Pues, exactamente, veintinueve horas. Todas durmiendo.

—¿Estoy en un hospital?

—Se podría decir que para ti lo es.

—¿Qué es esto? —*El Gabacho* se refería al gotero con el suero.

—Algo para que te recuperes. Te desmayaste por la desnutrición galopante que sufres.

—¿Cómo te llamas?

—Por fin una pregunta amable. ¿Ya te interesas por las personas? Eso es buena señal.

—Te debo la vida, ¿no?

—Bueno, tanto como eso no creo, pero digamos que si no te recogemos lo habrías pasado mal.

—¿Recogemos?

—Mis compañeros de estudios y yo.

—¿Estudios?

—Sí. Todos somos alumnos aquí.

—¿Alumnos? No entiendo nada. ¿No eres un poco mayor para estudiar?

—Nunca es tarde.

—Pero, ¿cómo llegaste...? ¿Qué coño hago yo aquí?

—Ja, ja, ja. Veo que cada vez tienes más preguntas y ninguna respuesta. A ver, empezaré por el principio:

»Mi nombre es Isa —de Luisa, no de Isabel—. Llevó diez días limpia y pretendo estar así siempre (ya veremos si lo consigo). Estamos en una escuela que depende de la parroquia de La Paz, muy cerca de donde te desmayaste. Después de varios días deambulando por la calle, intentando desengancharme sola, me topé con este lugar. Prácticamente arrastrándome, con el mono haciéndome papilla, conseguí que me admitieran y me ayudaran a salir de esta mierda. Ha bastado una semana en este centro para que mi vida vuelva a tener sentido. Los profesores no sólo me han hecho albergar esperanzas, sino que ahora verdaderamente creo que se puede salir del pozo. Tan sólo hay que proponérselo y dejar que la gente de aquí te diga cómo hacerlo. Ellos te inculcan desde el principio que esto no es un centro de rehabilitación de drogas sino un lugar de enseñanza. Y nosotros no somos drogadictos o pacientes sino estudiantes. Aquí nos enseñan a recuperar el control de nuestras vidas. Por supuesto hay reconocimientos médicos periódicos y un tratamiento para desengancharte, pero no incluye drogas. No pienses que te van a suministrar metadona o cosas por el estilo. Nada de eso. El tratamiento es a base de suplementos nutricionales. Vitaminas, minerales y cosas así.

—Suenas muy bien. Demasiado bien... —opinó *El Gabacho* con un reflejo de incredulidad en su rostro.

—Es real.

—Pero no para mí.

—Ya veo que te gusta tu vida.

*El Gabacho* volvió la cara. En ese momento no se atrevía a mirar a Isa.

—¿Quieres salir de esta mierda? —exclamó Isa.

—No deseo otra cosa. Estoy más que harto, más bajo es imposible caer...

—Entonces ¿por qué no lo pruebas?

A *El Gabacho* se le iluminó la cara. Su palidez, más el reflejo de la lámpara de la mesilla de noche y el brillo de sus ojos acentuaron una pregunta que se quedó a medias:

— ¿Tú crees que yo...?

— Sólo si te lo propones.

*El Gabacho* se quedó unos segundos reflexionando. Dudando de si su cuerpo le iba a responder. Si iba a aguantar sin mezclar su sangre con el maldito caballo. Isa, que parecía estar al tanto de sus dudas, siguió animándole para que se incorporara al centro:

— Ten en cuenta que no vas a estar solo en ningún momento. Vas a ser mi compañero de habitación. Juntos, pero no revueltos ¿eh? — El guiño de Isa hizo que a *El Gabacho* se le escapara, por primera vez, un amago de sonrisa —. Igual que me están ayudando a mí, yo te ayudaré. Todos formamos parte del proyecto, alumnos y profesores. Un proyecto cuya meta final es la graduación.

— ¿Graduación?

— Sí. Aquí hay cursos como en la universidad o en el instituto. Son etapas por las que hay que pasar. Después de superarlas, finalmente te gradúas. Cuando terminas es para siempre. Olvídate de considerarte un drogadicto para toda tu vida. No necesitarás acudir con frecuencia a centros psiquiátricos o psicológicos para hacer terapia de grupo ni reuniones por el estilo. Cuando te gradúas estás recuperado. Y punto.

— ¿Y cuánto tiempo tardas en graduarte?

— Eso depende de cada alumno. Los hay aplicados que se gradúan en seis meses. A otros les cuesta más y tardan un año. Por cierto, tú conoces a uno que se acaba de graduar.

— ¿Sí?

— ¿Te acuerdas de las dos personas que iban conmigo?

— Ah, ya, el alto con las patillas.

— No, ese todavía está en la primera fase. Me refiero al más joven.

— ¿El chaval?

— El mismo. Aunque parezca nuestro hermano pequeño es el número uno, el alumno más aventajado. Hoy se ha graduado. Se enganchó muy pronto a las drogas, pero enseguida se dio cuenta de su error y ha logrado reconducir su vida a tiempo.

— Ojalá hubiera hecho yo lo mismo.

— Ahora tienes la oportunidad de hacerlo.

**E**l dueño del Bertín Márquez no lo dudó. Si bien manifestó que la fotografía parecía antigua, que ahora *El Gabacho* estaba más delgado, el caso es que lo reconoció enseguida: era el gorrilla a quién golpeó Cecilia el sábado, unas horas antes de su asesinato. Sam ya presentía que era él, pero tenía que comprobarlo. Por eso dejó solo a Hidalgo con la tarea de interrogar a Pedro Sastre y se volvió a subir en su automóvil con dirección al Porvenir. La entrevista con el camarero y a la vez empresario apenas duró unos minutos, el tiempo en enseñarle la hoja DIN A4 con la fotografía de *El Gabacho* impresa a tamaño natural. Pero llegar hasta allí le costó un mundo. A esa hora la ciudad era un caos. La jodida hora punta. Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para circular a la vez: los de los comercios que acababan de cerrar, las personas que volvían del trabajo y los que abandonaban la ciudad con dirección a sus casas en el Aljarafe. Al denso tráfico había que sumar las obras del metro, las de los carriles bici, la autovía de circunvalación, las de peatonalización del centro y todas las que se habían parado por descubrimientos arqueológicos. La orgía de levantamiento de la calzada era más propia de una búsqueda desenfrenada del tesoro que de la urgencia por cumplir con las promesas dadas al electorado cuando agonizaba la legislatura.

Ahora, la detective estaba de vuelta, sumida en un atasco doble: el del tráfico que saturaba la avenida de La Palmera; y el de su mente que no comprendía lo que estaba sucediendo con todos los casos que tenía pendiente de resolver. Los hechos y los sospechosos se agolpaban desordenados. Era un rompecabezas al que, o le sobraban fichas, o las tenía mezcladas con las de otro puzzle igual de caótico. Tenía tres casos por asesinato, dos de ellos con el mismo *modus operandi* y con un sospechoso en cada uno —Vicente Portolés en el primero, Pedro Sastre en el segundo; este último muy claro dado su comportamiento al intentar huir—, con posibilidades de que uno de los dos fuera un asesino en serie —y entonces el otro quedaría libre—, y con el resto de líneas de investigación abiertas. Si eso no era bastante, aparecía un nuevo elemento que perturbaba aún más el desbarajuste: *El Gabacho*. Un delincuente común, un infeliz drogadicto al que las pruebas señalaban como posible autor de los crímenes al estar presente en todas las escenas o en sus inmediaciones.

En efecto, a Sam le sonó inmediatamente el nombre cuando leyó la relación de huellas encontradas en el informe de Santi. Fue el dossier que le entregó Hidalgo en la cafetería relativo al asesinato de la calle Trajano. La

policía científica afirmaba que Ramón Gamundi, alias *El Gabacho*, había dejado la marca de la mano izquierda en un calendario que colgaba de la pared, muy cerca del cadáver. También en el suelo, al lado de unos restos de heroína, se hallaron huellas parciales suyas. A Sam, aquel mote le pitaba en los oídos y enseguida lo relacionó con el crimen de la Barqueta. Por eso acudió a su ordenador a comprobar la tabla Excel con los fichados del asentamiento de chabolas de Chapina. Allí estaba: Ramón Gamundi. Eso significaba que *El Gabacho* habría tenido la oportunidad, en tiempo y lugar, de asesinar a Carlos Casas, alias *Charlie*, y a Ana Mateos, la mujer de Portolés.

Luego fue cuando tuvo el presentimiento. Dudaba si era la misma idea que le estaba asaltando desde que se cometiera el crimen de la periodista. El caso es que le vino a la mente la información que el inspector Casares les había proporcionado esa mañana: Cecilia Ramos había tenido un altercado con un drogadicto el sábado. Tenía que ser él. *Era él*. El dueño del bar lo acababa de reconocer. De nuevo *El Gabacho* en la escena de un crimen. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Era un yonqui que en plena ansiedad mataba para robar unos cuantos euros y poder chutarse su dosis diaria? ¿Había liquidado a su camello por la misma razón? Y si eso era verdad, ¿entonces qué pasaba con Portolés y Sastre? Demasiadas preguntas que sólo se podían responder cuando encontraran a *El Gabacho*.

La sirena de una ambulancia trajo de vuelta a Sam a la realidad del embotellamiento. La subinspectora divisó las luces intermitentes entre el denso tráfico y giró el volante para apartarse del camino del vehículo sanitario. La ambulancia circulaba en sentido contrario así que Sam pensó que se dirigía al Hospital Virgen del Rocío. Cuando pasó a su altura el molesto sonido de la alarma se mezcló con el de la llamada de su PDA. Al estar conectado el sistema de *manos libres* pudo dar paso a la comunicación accionando el pulsador que tenía en el extremo del mando para el limpiaparabrisas.

—¿Diga?

—¿Sam? —preguntó una voz muy familiar.

—Sí, soy yo, adelante.

—Soy Germán. ¿Dónde estás?

La voz nerviosa de Solís no le inquietó demasiado a Sam: era el estado habitual del inspector.

—En medio de un atasco ¿por qué?

—Hay un problema: Hidalgo ha desaparecido.

—¿Cómo?

—Que no aparece.

—Pero si está de jefe de turno.

—Ya lo sé. Llevamos un rato llamándolo por megafonía y nada.

—¿Habéis mirado bien? Seguro que está en la sala de interrogatorios.

—No sé..., da igual, el caso es que aquí hay un tal Vicente Portolés que tenía una citación y dice que lleva una hora esperando y nadie le hace caso. Esto lo llevas tú ¿no?

—Mira, dile que no dé el coñazo. Yo voy hacia la comisaría, pero no sé a qué hora voy a llegar.

—Dice que su abogado va a elevar una protesta...

—¡Joder!, ¡que se vaya a tomar por culo!

—¿Cómo?

—Que le dejes irse. Pero dile que no hemos terminado con él, que lo llamaremos mañana.

—Vale. Hasta luego.

Sam cerró la comunicación sin despedirse. ¿Cómo que no aparecía Hidalgo? Este Solís no se enteraba de nada. Era un inútil, incapaz de resolver una situación por muy sencilla que fuera. Y ella en mitad del atasco del siglo.

La llamada de Solís la había dejado más inquieta de lo que ya estaba. Además, no le cuadraba que su jefe no estuviera pendiente de la citación de Portolés cuando él mismo la había solicitado a primera hora. No era propio de Rodrigo Hidalgo tener esos descuidos. Algo no marchaba bien. La inquietud de Sam se tornó en seria preocupación y su primera reacción fue conectar el sistema de alarma. Entonces, el sonido de la sirena y las luces azules centelleantes del coche patrulla anunciaron un hecho: la conducción de Sam pasó de tranquila a temeraria.

**O**tra vez encerrado. ¿No habías prometido que no volverías a la cárcel nunca más? ¿Cómo te has dejado atrapar de esa manera? Lo has hecho fatal. Rematadamente mal.

¡Atención!: alguien abre la celda. Es ese inspector alto con el pelo blanco, el que recibió en el garaje a la pequeña policía que te echó el guante. Dice que quiere conducirte a la sala de interrogatorios. Lo mejor es que sigas con esa pose de docilidad mientras piensas la manera de escaparte de allí. No puedes soportar estar ni un minuto más encerrado. Recuerda que lo juraste:

antes morir que volver a chirona.

Debes aprovechar el mínimo descuido. El agente parece mayor y ahora mismo estás solo con él. Tienes que decidirte. Intenta huir antes de que te encierre en la habitación para interrogarte. Dile que tienes que ir al baño, a ver qué pasa. Eso es: ha accedido, pero no se fía, te acompaña. Espera a llegar al urinario y que te quite las esposas. ¡Ahora o nunca! ¡Agárralo! No dejes que saque la pistola. Golpéalo con todas tus fuerzas. Dale con la cabeza en el lavabo. Está fuera de combate, pero por si acaso propínale un par de patadas. Ya está, no te pases. Nunca has podido controlar tu fuerza. Ese ha sido siempre tu problema. El causante de haberte metido en tantos líos; aunque en la mayoría de las ocasiones no haya sido por tu culpa. Como el día en el que Cecilia se cayó por las escaleras. Nadie te creyó cuando insististe en que no habías usado la violencia contra ella. Todo fueron mentiras y calumnias en aquel juicio. ¿No se daban cuenta de que jamás habrías hecho daño a la mujer que amabas?

El policía no se mueve. ¿Estará muerto? No puedes pararte ahora a comprobarlo. Lo mejor es que lo escondas. Enciérralo en uno de los retretes. Arréglate un poco y sal de ahí rápido. Disimula. En esa parte de la comisaría no te han visto antes. Recuerda que entraste por el garaje. Intenta encontrar la salida principal y actúa con naturalidad. Sube las escaleras, nadie te mira. Hay muy poca gente a esa hora de la noche. Estarán sólo los de guardia. Allí, al lado del mostrador, haz una parada y siéntate en la sala de espera. Aprovecha para estudiar la salida. La puedes ver al fondo. Sólo hay un agente en la puerta. Están llamando a alguien por megafonía. La persona que tienes al lado no deja de protestar al policía que se encuentra tras el mostrador. ¡Qué pesado! No entiendes lo que dice. No hace más que repetir su nombre y quejarse del tiempo que lleva esperando.

No puedes permanecer mucho más tiempo allí. Pronto se darán cuenta de quién eres. Ponte de pie. Ve tranquilo hacia la salida. Serán unos treinta metros como mucho. ¡Cuidado!: un tipo acaba de salir de un cuarto anexo. Parece un jefe. Mantén la calma. Te pregunta quién eres y a dónde vas. Dile lo primero que se te ocurra. Eso es: que eres ese tal Vicente Portolés. Reza para que no sepa quién es esa persona. Quejate del tiempo que llevas esperando y que si no te dejan salir se lo dirás a tu abogado. Intenta ganar unos segundos mientras estudias tu siguiente movimiento. Has tenido suerte: no conoce a Portolés. Pero espera, parece que lo está comprobando llamando a alguien.

Ahora es el momento. Los policías del mostrador se encuentran lejos y el

oficial está distraído hablando por el móvil, sólo el policía de la entrada parece vigilarte. Si golpeas al inspector, y actúas con rapidez, puedes correr hacia el otro agente, al de la puerta, y empujarlo con fuerza hacia la salida. Es bastante arriesgado: no sabes si te dará tiempo a salir antes de que el resto de agentes se te echen encima. Desde luego, la maniobra no está clara. Pero tienes que decidirte.

Demasiado tarde: el inspector ha colgado y ahora se fijan en ti dos personas. Pero... ¿será posible lo que está diciendo? Cuidado, que puede ser una trampa, aunque no lo parece: te está hablando en serio. No te lo puedes creer, pero ha funcionado: te deja salir. Eres libre.

Disimula tu alegría y compórtate como si estuvieras muy enfadado. Sal de la comisaría. Baja por las escaleras. Aléjate caminado. Con tranquilidad. Espera a doblar la esquina. ¡Ahora!: sal corriendo. ¡No pares! No mires atrás. Ya nunca te volverán a coger; al menos con vida.

**L**o primero que hizo Sam fue acudir a recepción a preguntar si habían localizado a Hidalgo. Allí se encontró a Solís discutiendo acaloradamente con Vicente Portolés. Sam no entendía nada. ¿No le había ordenado al inútil de Germán que dejara libre a Portolés?

—Creo que se ha cometido un error —reconoció Solís después de que la detective calmara a Portolés y le dejara irse a su casa.

—¿Entonces a quién coño has soltado? —preguntó Sam visiblemente preocupada, temiéndose lo peor.

—Pues no lo sé... Decía llamarse Vicente Portolés... Era un tipo enorme y parecía disgustado. No pensé que...

Sam ya sabía de quién se trataba. Con lo que le había costado atraparlo: Pedro Sastre estaba de nuevo en la calle, y lo malo es que había la posibilidad de que fuera un asesino. Un criminal al que le daban la oportunidad de volver a matar. Rápidamente dio su descripción a todos los coches patrulla e hizo circular la orden de detenerlo por sospechoso de asesinato. Aunque la prioridad número uno seguía siendo encontrar a Hidalgo. Sam se puso al frente de la situación dejando de lado al abatido Solís y saltándose cadena de mando y antigüedad. Organizó una búsqueda intensiva por la comisaría repartiendo los efectivos que estaban de guardia entre todas las plantas. Mientras tanto, ella se quedaba con Solís y un par de policías en la entrada.

—La has cagado Germán.

—Ya lo sé... Cuando se entere Ramírez me va a machacar.

—Deja de lamentarte. Ya no tiene remedio.

—Eso me pasa por hacer horas extras. Yo no tenía por qué estar aquí. ¡Maldita sea! —Solís estaba a punto de echarse a llorar—. ¡Tienes que ayudarme, Sam!

—¿Y qué quieres que haga?

—Ayúdame. Habla con Ramírez. Dile que no ha sido mi culpa.

Solís comenzó a zarandear a Sam agarrándola del brazo y estirando aún más el ajado jersey de lana de la detective.

—¡Cállate! —exclamó Sam deshaciéndose del pegajoso inspector.

Para evitar que Solís siguiera dando el lamentable espectáculo, Sam lo empujó dentro del habitáculo destinado al personal de guardia y cerró la puerta para quedarse a solas con él. El inspector se derrumbó en el desgastado sillón de sky y Sam se quedó de pie apoyada en la mesa metálica gris plancha.

—¡No me mires así, coño! ¡Déjame pensar! —gritó Sam que no podía soportar ver la mueca de angustia que reinaba en el rostro de Solís.

Después de unos segundos, Sam volvió la cabeza hacia Solís y le lanzó una mirada que hizo que el pusilánime policía se asustara aún más. Entonces la detective se incorporó con parsimonia, se acercó a Solís y le ayudó a levantarse como quien auxilia a un inválido. Una vez de pie, y casi sin tocarlo, le quitó con mucho cuidado las gafas, se dio media vuelta para colocarlas en la mesa y, de improviso, se volvió para sacudirle un directo de derecha que impactó de lleno en las narices de Germán Solís, inspector de policía. La fuerza del puñetazo sumado a lo inesperado del ataque hizo que Solís volviera a caer maltrecho en el sillón.

—¡Maldita sea! —gritó de dolor Solís— Estás loca, ¿o qué? —La voz del policía se tornó nasal cuando se tapó la cara con la mano para evitar que la sangre manara sin control.

—Toma, límpiate —Sam le alargó un pañuelo que había extraído del bolsillo del vaquero como si formara parte de un truco de magia.

—¡Joder! —siguió protestando Solís mientras cogía el moquero de mala gana para usarlo como tapón.

—¿No querías que te ayudara?

—¿Esa es tu ayuda? —Entre el dolor, la mano tapando medio rostro con un pañuelo ensangrentado y la expresión de sorpresa, la cara de Solís era todo un poema.

—No te enteras de nada. No soy yo quien te ha golpeado sino Sastre.

—¿Sastre?

—Exacto. Diremos que te agredió de forma imprevista y salió corriendo sin darte tiempo a reaccionar —explicó Sam.

—Pero si el agente de la puerta ha visto...

—No ha visto nada. Ya me encargo yo.

Solís parecía conformarse con el plan y por primera vez, pese al dolor, su expresión parecía optimista.

—Gracias. No sé cómo agradecértelo —dijo por fin Solís que hablaba como si fuera a arrodillarse para besarle los pies a la detective—. Ramírez me ha amenazado con pedir mi traslado si cometía un fallo más.

—Tranquilo. Esta vez te libras.

—Gracias, Sam, de verdad, eres una amiga.

—Por un compañero lo que sea.

El comentario de Sam le pareció a Solís que contenía un alto porcentaje de cinismo. No se equivocaba el inspector cuando Sam le pidió un favor a cambio de apoyar la versión falsa de la huida de Sastre. A Solís no le entusiasmó en absoluto la petición de Sam, pero no tardó mucho en decidirse por ella; tanto pesaba el otro lado de la balanza, el que contenía un más que seguro enfrentamiento con Ramírez. En pocos minutos, como caído del cielo, Sam obtuvo lo que quería. Algo tan ilegal como la representación que habían preparado para el comisario. La subinspectora anotó cuidadosamente en su bloc la precisa información que le proporcionó su colega y, justo cuando estaba terminando de escribir, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Sam.

—¿Subinspectora Torres? —preguntó el agente asomando la cabeza. Al ver a Sam se dio por respondido; entonces, lanzó su informe—: acaban de notificar por radio que un coche patrulla ha localizado a Pedro Sastre cerca del puente del Alamillo.

**Q**ué noche tan fría. Qué mundo tan hostil. Desengáñate: ya no tienes cabida en él. Desde que Cecilia lo ha abandonado ya no merece la pena habitarlo. ¿Qué te espera? ¿La ruina y la indigencia? ¿La lucha para demostrar tu inocencia? Si nadie te creyó en el pasado ¿por qué iba a ser diferente ahora?

No lo pienses más. Es inútil. Jamás podrás llenar el vacío que sientes. Imposible hacer otra cosa que caminar hacia tu destino. Adelante. Que no te preocupen las sirenas de la policía. Ya no pueden alcanzarte. Sigue atento al

*ojo de la cabeza de caballo*<sup>1</sup>; con la mirada puesta en él no te distraerás. Accede al paso peatonal del puente, irás más rápido y no tendrás que sortear los automóviles. Avanza hasta la mitad. Corre si es necesario. Aparta a toda esa gente que te mira extrañada.

Sigue caminando, parece que cada vez hay menos público. De hecho, casi nadie. Pero tampoco circulan los coches. El puente se ha quedado vacío de repente. ¿Qué está pasando?

Ya lo entiendes. Los muy inútiles no se dan cuenta de que te están poniendo más fáciles las cosas. Ahora no tendrás que preocuparte del intenso tráfico: han cortado la circulación en ambos sentidos. No tendrás ninguna dificultad en saltar a la calzada para acceder al borde sur del puente. Descuélgate por la barandilla y deja que tu cuerpo resbale por la estructura como si fuera un tobogán. Eso es: abandona la zona peatonal y salta al pavimento.

Un foco que viene siguiendo todos tus movimientos te molesta en los ojos. No mires hacia la luz: te cegará. Utiliza el proyector en tu favor. ¿No te das cuenta de que te sirve para ver por dónde pisas? Dirige tu vista unos metros más adelante. La luz ya no te incordiará, al revés: será una estupenda guía.

¡Cuidado!: un coche patrulla se acerca desde la izquierda y varias personas se aproximan desde la derecha. Creen que te tienen atrapado. Qué equivocados están. No les dará tiempo a cogerte. Nunca más te encerrarán. Unos metros más y estarás en el borde.

¿No es esa la detective que te atrapó en el hotel? No se distingue bien, pero crees que sí, es ella, la pequeña policía. Ahora son las luces centelleantes de los coches patrulla las que te confunden. Mira hacia abajo: está cruzando un barco fluvial, de esos tan estrechos con forma de carpa; los diseñados para los turistas. La gente señala hacia arriba. Se han dado cuenta de que sucede algo en el puente. No te preocupes. Pasa de ellos.

¡Atento!: se acerca la detective. Se adelanta ella sola. Está dejando la pistola en el suelo. La verdad es que es valiente la chica, pero no volverá a esposarte. Se cree que puede engañarte. No comprende que para ti ya no habrá más sufrimiento y que por fin vas a reunirte con tu amada. No le hagas caso, pero vigila sus movimientos. Está avanzando muy despacio; se cree que no te das cuenta. Apenas hay dos metros entre ella y tú. ¡Qué ilusa!, extiende el brazo para tocarte. No logrará ponerte la mano encima. Dile que como se acerque más saltarás al vacío.

Mira por última vez la ciudad donde naciste. Es noche cerrada pero los edificios emblemáticos del centro permanecen iluminados, unos de color ámbar otros más amarillentos. El río es un espejo donde se reflejan todas esas luces. De repente parece que se ha hecho el silencio. Ya no hay ruido de tráfico, ni de sirenas, ni tampoco distingues las palabras de la pequeña agente: ella mueve la boca, pero no te llega el sonido de su voz. Parece desesperada. Tú no lo estás.

Míralos a todos, despídete de ella.

Salta.

# **LIBRO SEGUNDO**

**L**o despertó el golpe seco; pero lo que le asustó fue la vibración. Ya se estaban peleando, como casi todas las noches. Aunque, en esta ocasión, el ruido no procedía de la habitación contigua sino de la superior. Arriba sólo había un cuarto abuhardillado que hacía las veces de desván. ¿Qué hacían en el trastero? ¿Por qué estaban discutiendo allí? La curiosidad, contenida por cierto temor, empujaron al pequeño a salir de su dormitorio. Primero, se asomó a la habitación anexa para comprobar que era cierto que estaba vacía. Que su madre no estuviera era algo habitual: hacía bastante tiempo que dormía fuera. Casi todos los días de los últimos meses finalizaban con bronca, con insultos y despedidas con portazo. Cuando se iniciaba la pelea, el pequeño se refugiaba en su cama y se tapaba con la almohada para no oír los gritos. Luego, se quedaba dormido y ya no veía a su madre hasta entrada la madrugada, cuando entraba a darle un beso, o a la mañana siguiente, en el desayuno; o más tarde, cuando se saludaban, ella entrando en el unifamiliar, él saliendo de la casa para coger el autobús que lo llevaría al colegio.

Pero tampoco estaba su padre en el dormitorio, eso sí que le extrañó y lo impulsó a ver lo que sucedía en el desván. El niño subió despacio agarrándose a la barandilla. El trecho de escalera entre el segundo y el tercer piso era sensiblemente diferente al resto: mientras el doble tramo que iba desde la planta baja hasta la segunda lo habían reformado, y ahora era de hormigón con revestimiento de piedra, éste aún mantenía el diseño original de madera. De ahí lo inestable que parecía, y el ruido característico que emitían las pisadas sobre sus combados peldaños de madera.

Cuando llegó arriba, observó que la puerta del desván estaba entreabierta y había luz en la habitación. El niño sólo tuvo que empujarla un poco para poder entrar. Lo que vio le provocó tal sacudida que se echó hacia atrás instintivamente cerrando la puerta de golpe. Su padre estaba suspendido en el aire. Al principio no entendía lo que estaba pasando. Recorrió con su mirada el cuerpo, desde los pies hasta la cabeza, y enseguida comprendió que estaba sujeto del techo. Un cinturón lo ataba por un extremo al cruce de dos vigas y se cerraba con fuerza por debajo de su mandíbula. Al pequeño, le pareció que el cuello seguía estirándose como si fuera de goma debido al peso que tenía que aguantar. Pero lo que

le dejó sin habla fue el espantoso rictus del rostro de su padre. Desde entonces, por muy impactante o terrorífico que fuera lo que estuviera viendo, no conseguía gritar. Abría la boca, pero de su garganta no salía ningún sonido.

Boquiabierto, pegado a la puerta, el niño notó un movimiento en la pierna derecha de su padre. Una especie de espasmo eléctrico. Una convulsión que sacudió el cuerpo e hizo que se balanceara por encima de la silla que yacía tumbada a sus pies. El pequeño pensó que su padre podría seguir vivo y se acercó corriendo para sujetarle las piernas. Pretendía descargar todo el peso del cuerpo sobre él mientras se acercaba a la mesa, pero una nueva sacudida, esta vez más fuerte, le impidió agarrarlo bien. El niño no se rindió y volvió a coger a su padre. Entre sollozos se dio cuenta de que jamás lograría colocar las piernas encima de la mesa. El mueble estaba demasiado lejos. Entonces intentó lo imposible: levantar con una mano la silla y sujetar con la otra las piernas. Pero tampoco podía hacer las dos cosas a la vez: en cuanto se agachaba para coger el respaldo de la silla tenía que soltar a su padre, y eso podría significar el fin. No, no quería soltarlo, pero debía hacer algo. Su padre lo necesitaba y se veía incapaz de ayudarlo.

Cuando más desesperado estaba, le pareció oír el ruido de alguien subiendo por la escalera de madera.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —Eran palabras que querían salir por su boca y, aunque no fueron nunca pronunciadas, sí parecieron llegar a su destinatario cuando el pequeño vio que la puerta del desván se abría lentamente.

# LUNES

*Juan Morales del Prado, Don Juan, falleció con la llegada de la primavera. Este año se había adelantado unas horas y en vez de arrancar el lunes 21 de marzo, comenzó el domingo 20. Don Juan murió esa tarde. Dicen que se acostó para dormir la siesta, después de un almuerzo ligero y una copita de oporto. Que se durmió plácidamente y ya no despertó. Fue una sorpresa para todos nosotros que estábamos convencidos de la inmortalidad de Don Juan. A sus noventa años aún llevaba las riendas del grupo Sincera y por sus manos pasaban todas las decisiones estratégicas de la empresa. Pero debió fallarle el corazón mientras trabajaba, porque, seguro que hasta en sueños, continuaba dirigiendo su imperio de comunicaciones para llevarlo lo más lejos posible.*

*El lunes me quedé al mando de “La Voz de Hispalis”. Roberto cogió el último AVE del domingo hacia Madrid para asistir a los funerales. No iba solo, le acompañaba Merche que se iba a encargar de cubrir la noticia. Jaime salió primero, nada más enterarse de la muerte de su padre. Pero antes de coger la carretera se pasó por el diario para soltarme con rabia una frase que supongo estaría deseando decir desde hacía tiempo: “ya puedes empezar a recoger tus cosas”. La verdad es que no me preocupó demasiado la posibilidad de que me despidieran. Era algo con lo que ya contaba y sólo dependía de lo que resistiera Don Juan al frente del grupo. Es decir, me lo tomé con calma y seguí haciendo mi trabajo.*

*En el periódico llevábamos unos meses tranquilos, prácticamente desde navidades, o antes, desde que murió Cecilia. Entonces aumentamos la tirada, ahora las cifras de suscriptores y lectores se mantenían estables. El caso más importante, el del asesinato de nuestra compañera, se cerró tras el suicidio de su pareja sentimental, Pedro Sastre. En la rueda de prensa que dieron los mandos de la policía nos enteramos que también había sido el causante de un crimen anterior, el de la Barqueta.*

*Sin la distorsión de los sucesos, el periódico se dedicó a las cosas que realmente les importaban a los ciudadanos. Así, le dimos prioridad a las noticias de actualidad política local y regional y a los temas sociales. Estos*

*últimos acapararon gran parte del espacio informativo. Al ocuparse de ellos, y gracias al personal tratamiento que le dio a la información, Merche creció como periodista y ayudó a que el diario creciera con ella.*

*Si nuestra relación laboral era inmejorable, la sentimental era perfecta. Llevábamos dos meses viviendo juntos en el ático de Bueno Monreal. Allí, la pasión presidía una fase de madurez y estabilidad. No podíamos ser más felices. Al principio, nos preocupaba el hecho de que pudiéramos cansarnos el uno del otro al estar tantas horas —todas— juntos. Pero enseguida vimos que aquello no sólo no era un impedimento, sino que reforzaba nuestro vínculo día tras día hasta hacerlo resistente a cualquier crisis por grande que fuera.*

**E**l fuerte sonido metálico casi le perforó el tímpano. El ruido retumbó en la cabina, penetró en sus oídos y permaneció en el cerebro todo el tiempo que duró la sesión de entrenamiento. Sam se había descuidado en el primer disparo al no colocarse los cascos reglamentarios. Se maldijo por su impaciencia de estrenar cuanto antes la flamante galería de tiro de la comisaría. Y es que muy pocas dependencias policiales podían presumir de disponer ese tipo de instalaciones. Todo un lujo que había que aprovechar.

Sam se colocó los protectores auditivos y volvió a comenzar el ejercicio recordando cómo se hacía en la academia. Extrajo el cargador de la pistola de 9 mm. Tiró de la corredera del arma reglamentaria dos veces hasta que salió la bala que estaba en la recámara. Se hizo con ella y la colocó en el cargador. Con la pistola apuntando a un sitio seguro, apretó el gatillo. No hubo disparo, como estaba previsto. A continuación, introdujo el cargador, comprobó que estaba el seguro quitado, montó de nuevo el arma y apuntó al blanco con las dos manos. Tiro del percutor hacia atrás, respiro hondo y, mientras soltaba el aire, apretó el gatillo. Sintió el retroceso, pero esta vez el ruido no la molestó en absoluto. «No hay nada como hacer las cosas bien», pensó Sam.

La subinspectora siguió con la misma rutina hasta vaciar el cargador. Entonces, accionó el pulsador rojo para recuperar el blanco y comprobar el resultado del tiro. Cuando la silueta estaba a su alcance vio que tenía casi el doble de impactos de los previstos. Enseguida se dio cuenta de lo que estaba pasando: «El capullo de al lado ha disparado a mi blanco». Sam dio tres golpes a la pared para llamar la atención del policía que estaba en la cabina adyacente.

—¿Tiene algún problema, agente? —preguntó alguien a sus espaldas al cabo de unos segundos.

—El problema lo tienes tú, so carajote —dijo Sam volviéndose hacia su compañero después de dejar el arma y el cargador en la repisa de la cabina.

—¿Cómo dice? —Ramírez se quitó los cascos para oír mejor lo que Sam le había contestado.

Evidentemente, Sam no repitió la frase:

—Decía, señor, que estamos disparando al mismo blanco. —En ese momento la detective hubiera querido tener el don de teletransportarse a un lugar lo más lejano posible de allí.

—Sí, ya me he dado cuenta de que está usted usando *mi* blanco.

Sam no quiso discutir con el comisario, a pesar de que era evidente que

el muy gilipollas se había equivocado. Lo que sí hizo fue respirar tranquila al comprobar que Ramírez no se había percatado del impropio.

—¿Además de estar aquí invadiendo la zona de otro por qué no avanzas en los casos que aún tienes pendientes? —Ramírez seguía mezclando el hablar de usted con el tuteo.

El comisario no desaprovechaba ningún momento para dejar en mal lugar a Sam. Era por todos conocido que, desde antes de que le nombraran comisario, ya tenía enfilada a la detective. No se molestaba en absoluto en disimular su aversión sobre las mujeres policías. Al contrario, procuraba que saliera el tema para mostrar su desacuerdo con la política del cuerpo tan proclive a sacar cada vez más plazas para agentes femeninos.

—Por ejemplo, ¿hay alguna novedad en el asesinato de la calle Trajano? —Ramírez recordaba cómo les había endosado ese caso, a Hidalgo y a ella, y disfrutaba viendo cuánto les escocía.

—Sí señor, tenemos varias pistas nuevas —mintió Sam—. Una de ellas nos lleva hasta Algeciras y hasta un traficante al que le llaman *El Moro*. Sabemos que puede estar implicado en el asunto y lo estamos investigando.

El informe de Sam estaba más de cuatro meses desfasado, pero sabía que no arriesgaba nada lanzándoselo a Ramírez. Por dos razones: por lo nulo que era su superior y por lo poco que llevaba al día los expedientes. Prácticamente, sólo se enteraba de cuándo se iniciaban y de cuándo se cerraban. Se limitaba a llevar el control del tiempo que se tardaba en resolverlos, el resto no le importaba. Sólo si sentía presión desde arriba entonces no tenía más remedio que interesarse por los detalles; pero este no era el caso.

—Bueno, bien, pues sigan esa pista y manténganme informados de los resultados. —Una vez más Ramírez había tragado con el cuento y Sam se había librado de una bronca mayor.

Un claro ejemplo de que a Ramírez lo único que le interesaba eran las estadísticas favorables de homicidios resueltos lo tenía Sam en el asunto de la Barqueta y en el de “La Voz de Híspalis”. Poco tiempo le faltó al comisario para ponerse de acuerdo con Jorge García, su colega del distrito Sur, y dar carpetazo al tema. El flamante jefe del sector sur resultó ser de la familia de Pascual Ivárs. Primo o algo así, aunque por edad debía ser su tío. Cuando Sam se enteró del segundo apellido de García (Jorge García Ivárs) comprendió enseguida el porqué del ascenso meteórico de Pascual.

Entre Ramírez y García convencieron al juez para cerrar los casos como

si fueran uno solo, gracias al oportuno suicidio de Pedro Sastre. La verdad es que todo apuntaba a su culpabilidad: los antecedentes violentos, entre ellos dos intentos de homicidio en la persona de su mujer, la fortaleza física y, sobre todo, la huida con el agravante de agresión a dos agentes de la ley. Un candidato ideal a asesino en serie. Pero ni en sus cinturones se encontraron huellas o ADN de las víctimas, ni tampoco había un móvil claro en el asesinato de Ana Mateos. Es decir, nunca se demostró con pruebas que el ex de Cecilia Ramos fuera el asesino. Fueron esas dudas las que llevaron a Sam a hablar con Ramírez para sugerirle que dejara el caso abierto, al menos el de la Barqueta. El comisario ni se lo pensó: la amenazó con destinarla a patrullar el Polígono Sur el resto de su vida si no se quitaba aquello de la cabeza. No sólo a ella, a Hidalgo también cuando llegó diciendo, después de estar casi dos meses de baja, que no lo veía nada claro.

Así las cosas, ambos crímenes se dieron por resueltos y se cerraron a cal y canto. Sam e Hidalgo tuvieron que resignarse, pero la detective cada vez que pasaba por las inmediaciones del puente del Alamillo sentía en su interior que aquel hombretón que saltó al vacío no era el culpable. Por otro lado, aún tenía la sensación de que la clave de todo se hallaba en un drogadicto llamando *El Gabacho*. Un personaje que tenía orden de busca y captura, pero que parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

**M**ás de cuatro meses limpio. *El Gabacho* lo había conseguido. Desengancharse del caballo y de su vida a ras de suelo. Su aspecto cada día era mejor: aseado y afeitado, con algunos kilos de más y bien vestido, no tenía nada que ver con el indigente que recogieron de la acera de la calle Río de Plata. Y todo gracias a Isa. Ella poseía tanta fuerza de voluntad que le sobraba para compartirla con los demás. Con él, sobre todo. Eran compañeros de estudios y de habitación desde el primer día; y así seguían. *El Gabacho* no podía haber tenido más suerte ni mejor compañera.

Pero aún era pronto para cantar victoria. Sólo había pasado la primera fase y para graduarse le quedaban al menos otros cuatro meses. Debía ir paso a paso, tal como le habían enseñado sus profesores. En esta segunda etapa ya podía hacer trabajos fuera del centro. En la escuela, a parte de las clases, todo el mundo se ocupaba de las tareas domésticas. No sólo de limpiar y ordenar sus respectivos cuartos, sino de cocinar, barrer, fregar, lavar la ropa, tender y planchar. Y hacer la compra. Ese lunes fue el primer día que permitieron a *El*

*Gabacho* salir del centro sin compañía. Tenía que encargarse de hacer la compra de la semana. Aunque estaba tranquilo, no podía evitar cierta sensación incómoda al verse desprotegido por primera vez después de todos esos meses. La verdad es que no tenía de que preocuparse, el mercado del Porvenir se encontraba en San Salvador, la misma calle de la escuela, tan sólo un par de manzanas más abajo. Ese recorrido lo había hecho tantas veces, acompañando a otros alumnos, que se conocía de sobra a cada uno de los dependientes y encargados de los puestos. Él los llamaba por sus nombres y ellos también lo saludaban por el suyo. *El Gabacho* había abandonado la droga y con ella se había deshecho de su alias. Ahora todo el mundo le llamaba Ramón; algunos Moncho.

El mercado del Porvenir era de los más pequeños y antiguos de la capital. Su diseño en planta cuadrada era tan sencillo como los colores que lo vestían, los tradicionales de la ciudad: el blanco y el albero. Su entrada principal, bajo un precioso azulejo de la Virgen del Prado, estaba custodiada por comercios con solera. Allí, carteles que se le antojaban a *El Gabacho* decimonónicos anunciaban droguerías, perfumerías y talleres de platería. En el interior de la plaza de abastos competían siete puestos distribuidos por parejas: dos pescaderías, dos carnicerías, dos fruterías y una recova. El lugar no daba para más, pero a la escuela le sobraba y bastaba dada su modesta logística y la docena de alumnos a los que tenía que alimentar.

Después de saltarse los puestos de pescado, que por ser lunes estaban vacíos, y de hacerse con pollos troceados y enteros, huevos, filetes, frutas y verdura, *El Gabacho* tiró del carrito de la compra rumbo a la escuela. El ligero desasosiego había desaparecido por completo. Ya sólo quedaba una agradable sensación de libertad. La que llevaba experimentando varios días atrás gracias al hecho de haber recuperado los sentidos. Sobre todo, el gusto y el olfato. Ahora que estaban empezando a florecer los naranjos, el olor a azahar hacía mucho más grata la simple acción de respirar. El aire que le llegaba a los pulmones era más limpio y abundante que el de antaño. Cada inspiración era premeditada. *El Gabacho* se esforzaba en huir del automatismo del acto para gobernarlo personalmente y poder escuchar el fluir del aire dentro de él. Casi sentía el aporte de oxígeno en cada una de sus células. Su cuerpo, el mismo que antes le obligaba a consumir estupefacientes, ahora le regalaba los mejores momentos del día.

Apenas unos metros antes de llegar a la entrada de la escuela, una desagradable visión le interrumpió el diálogo con su aparato respiratorio y le

dejó sin aliento: el vigilante de *El Moro* estaba rondando la puerta del centro. Isa y un par de alumnos discutían con él. El sicario tenía dos o tres papelinas en sus manos y parecía estar ofreciendo droga a los que lo increpaban. Aquel sujeto había escalado posiciones y ahora se comportaba como lo que era: un repugnante camello. Ya no se conformaban con vender la heroína en sus tugurios, sino que iban a tentar a los que luchaban por abandonarla. ¿Cómo se podía ser tan repulsivo?

*El Gabacho* pensó en el rechazo que le produjo la acción del malencarado y en lo poco que le atraía ya el caballo. Aquello era una muestra más de que su curación iba por buen camino. Sin embargo, no todos estaban en su misma situación: Isa intentaba convencer a uno de los nuevos que no se dejara engatusar por el camello. Cuando *El Gabacho* estaba a unos metros del sicario, vio como éste empujaba con fuerza a Isa. Sin pensar en la respuesta de aquel traficante, se puso en medio de los dos.

—¡Déjala en paz!

El macarra de la nariz hundida tardó en reaccionar, pero enseguida lo reconoció:

—Pero si es el payaso. Cuánto tiempo sin verte. Así, tan elegante no te había reconocido —se burló el mafioso.

—Lárgate de aquí y lleva tu mercancía a otra parte —exclamó *El Gabacho* situando el carrito de la compra entre él y el mafioso.

El sujeto se guardó las papelinas, pero en su lugar sacó una navaja. Durante dos segundos se hizo el silencio. Después, como por arte de magia, de la oscura empuñadura surgió una brillante y afilada hoja. Al oír el chasquido metálico que anunciaba el peligro, todas las miradas se dirigieron a la mano derecha del fulano. El primer intento de pinchazo pasó a un centímetro de la mejilla izquierda de *El Gabacho*. El segundo, le hizo un siete en la chaqueta de pana, gracias a que esa ropa de segunda mano aún le quedaba grande. El tercero no llegó a su objetivo —el corazón—, se lo impidió el carrito de la compra que *El Gabacho* le había lanzado con violencia en un acto reflejo providencial. Un repollo, varios tomates y una lechuga saltaron por los aires; y la navaja también. Cuando el chato se agachó para recoger el arma recibió una patada en la mandíbula que le hizo retroceder uno, dos y hasta tres pasos antes de caer de espaldas. *El Gabacho* se sentía como nunca. Los reflejos, la fuerza, el enfrentarse a los problemas, eran otros descubrimientos de su nueva vida.

—¡He dicho que te largues! —espetó *El Gabacho*.

El traficante no contestó. En su lugar hizo el movimiento instintivo de

llevarse la mano a la boca para, a continuación, mirarla en busca de sangre. Después, se levantó con un gesto de dolor y se dio media vuelta mascullando alguna amenaza entre los dientes.

La primera que reaccionó fue Isa: sujetó la cabeza del vencedor de la corta pelea y le dio un beso tan sonoro en la mejilla que le hizo un vacío en el oído. Mientras el mafioso se alejaba con el rabo entre las piernas, el resto fue saliendo del asombro poco a poco. A *El Gabacho* le llegaron palmadas en la espalda, vítores y todo tipo de signos de agradecimiento. La hazaña de Ramón, para algunos Moncho, recorrió la escuela de arriba abajo y le convirtió en el héroe del día. Una jornada intensa en la que sólo se echó de menos la habitual ensalada del almuerzo y un poco de repollo.

**E**l agua caliente le sentó de maravilla. Tras pasar la noche en vela, lo que más le apetecía era un baño relajante con lavado de pelo incluido, y una buena comida. Después, intentaría dormir un par de horas antes de arreglarse para salir al cementerio. Merche ni siquiera se molestó en vestirse para bajar al comedor. En albornoz, con una toalla liada en la cabeza, aprovechó los gastos pagados del alojamiento y llamó al servicio de habitaciones.

—Una ensalada César, carne asada con patatas y salsa de champiñones y una porción de tarta de chocolate —pidió Merche.

Mientras esperaba la succulenta comida decidió llamar a Enrique. Tenía una necesidad imperiosa de hablar con él. No sólo por el hecho de haberse acostumbrado a su presencia, sino porque tenía que darle un par de noticias: una muy importante y personal, la que no fue capaz de decirle en la estación; y otra, consecuencia directa de la muerte de Don Juan. Ambas seguro que tendrían repercusión en sus vidas a corto plazo.

—Hola, cariño —contestó Enrique muy seguro de quién estaba al otro lado de la línea telefónica.

—Hola, mi amor ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Me echas de menos?

—Nada en absoluto —mintió Merche—. Estaba mirando los contactos de mi agenda para llamar a alguien que me hiciera compañía, y no sé qué tecla he tocado que me has salido tú.

—Ya. Cosas de las comunicaciones —le siguió la corriente Enrique.

—Eso debe ser. Y tú ¿te acuerdas de mí de vez en cuando?

—A todas horas. Estaba apunto de llamarte, pero no tenía claro si comías

hoy con el jefe.

—No, hace ya un rato que le he dejado. Creo que va a comer con gente del Consejo de Administración.

—Ajá, o sea que es verdad que estás sola en tu habitación...

—Claro, ¿por qué no vienes? Hay un jacuzzi muy tentador.

—No seas mala...

—Ja, ja, ja. Tranquilo, enseguida estamos juntos otra vez.

—¿Cuándo volvéis?

—No sé. Supongo que mañana por la mañana. Esta tarde es el funeral en el cementerio de la Almudena; y por la noche creo que tenemos cena (de trabajo, me temo) con gente de la empresa.

—Estarás agotada...

—No lo sabes bien. Nos hemos pasado toda la noche en el tanatorio. Hicimos un par de intentos de salir de allí, pero fue imposible. No paraba de llegar gente y Roberto quería hablar con unos y con otros.

—Ya me imagino.

—Por cierto, nos hemos enterado de una bomba; o mejor dos.

—Dime.

—¿Sabías que Jaime no es hijo de Don Juan?

—¿Cómo?

—Quiero decir que no es hijo biológico.

—¡No me digas!

—Cómo lo oyes: es hijo adoptivo.

—¡Joder! Ahora comprendo lo poco que se parecían; y no me refiero sólo al físico. ¿Y él sabe que Don Juan no era su padre?

—Hombre, supongo que sí. Pero se lo tenía muy callado.

—¿Cómo te has enterado?

—Tuvimos una charla con la secretaria personal de Don Juan, Miss Nolan, una inglesa encantadora. No muy atractiva, con cara de pájaro, pero muy simpática. Nancy, que así se llama, lleva toda la vida siendo ayudante de Don Juan. Por lo afectada que estaba, me ha parecido que entre ellos debía haber algo más que una relación profesional, probablemente desde que Don Juan enviudó o, incluso, desde antes. El caso es que hemos simpatizado enseguida y al cabo de un rato nos ha contado todo acerca de la vida íntima de su jefe. Decía que de todas formas se iba a saber en el testamento.

—El testamento... —repitió Enrique con resignación sabiendo que la lectura de aquel documento podía ser el principio del fin de su puesto de

trabajo—. Que Jaime sea adoptivo no creo que afecte demasiado. Me refiero a que era hijo único ¿no?

—Sí, pero esa es, precisamente, la otra cosa que quería decirte: Don Juan hizo testamento pocos días antes de morir. Y parece que a Jaime le deja sólo sus bienes personales. Es decir, de las empresas, nada.

—¡Joder! A ver, repite eso.

—Que las acciones van aparte. Parece que se van a repartir entre la dirección y los empleados.

—Entonces...

—Entonces, Jaime se queda, entre otras cosas, sin “La Voz de Híspalis”. Y nosotros podemos respirar tranquilos.

—¿Pero eso es legal?

—Aquí está la pega. Parece que hay alguna laguna, algún resquicio por el que Jaime y sus abogados intentan colarse.

—¡Vaya lío!

—Pues sí. La noticia se ha corrido como la pólvora y anda todo el mundo inquieto. Sobre todo, los directores de cada empresa del grupo.

—De entrada, me alegro por el cabreo que debe tener Jaime.

—Ha montado en cólera y ha prometido no rendirse. Creo que pretende demostrar que el testamento es falso. Dice que es una especie de conspiración del Consejo. Por cierto, no sabemos nada de él desde anoche. Supongo que lo veremos en el funeral.

—Si demuestra que el testamento es falso entonces...

—Jaime se queda con todo.

La frase de Merche sonó como una sentencia y quedó flotando en el aire cuando unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación: era la camarera del servicio de habitaciones que portaba una bandeja con la comida.

—Bueno, cariño, te dejo que me muero de hambre y, además, quisiera dormir algo antes del funeral —dijo Merche.

—Un beso y descansa. Luego te llamo yo.

Merche colgó el móvil algo disgustada: no había sido capaz de hablarle de aquel otro asunto que les concernía a los dos. Se contentó con la excusa de que esos temas no eran para tratarlos por teléfono. Aunque, en el fondo, sabía que la razón era otra: no tenía claro cuál sería la reacción de Enrique cuando se enterase de la noticia.

**H**idalgo dio el último sorbo a su café cortado y acabó con la tarta de queso, mientras, Sam peleaba en la barra por un par de euros de más que les querían cobrar por la comida. Estaban más que hartos de la nueva empresa que se había hecho con la cafetería de la comisaría desde primeros de año. El dueño era un tipo huraño al que lo obligaron a mantener los precios si quería la concesión. En eso se escudaba cuando la gente protestaba acerca del tamaño de las raciones.

Hidalgo y Sam tenían una especie de acuerdo tácito de acompañar uno al otro en las comidas los días en los que alguno de ellos estaba de jefe de turno. Hoy le tocaba al inspector. Era el primer día que estaba de guardia desde que le dieron el alta. Aún le dolía a Hidalgo recordar cómo el último servicio se había saldado con un traumatismo craneoencefálico y varias costillas rotas. El exceso de confianza, y la enorme fuerza de Pedro Sastre, lo llevaron al hospital donde estuvo veinte días convaleciente. Otros tantos los pasó en la residencia de la policía recuperándose. En aquel periodo de baja recibió la visita casi diaria de Sam y las, cada vez más frecuentes, de Rocío Mateos. Esto último fue una sorpresa muy agradable.

Rocío se había enterado del ingreso de Hidalgo al preguntar por él cuando le notificaron que el asesinato de su hermana se había resuelto. Después de que le dieran el alta, Hidalgo continuó viendo a Rocío. Al principio, sólo los fines de semana que no le tocaba pasarlos con Cristina; luego, también esos sábados y domingos, cuando se dieron cuenta que Nacho y Cristina eran casi de la misma edad. Los dos niños congeniaron enseguida y se pasaban todo el día jugando juntos. Una circunstancia que agradecieron los mayores al tener cada vez más tiempo para disfrutar uno del otro a solas.

Generalmente, quedaban en Tomares. El sobrino de Rocío prácticamente vivía allí con ella. Lo que en un principio fue temporal se convirtió en definitivo. El propio Portolés entró en razón y reconoció que Nacho estaba mejor con su cuñada. De hecho, no puso condiciones a que su hijo viviera con ella. Fue Rocío la que, de vez en cuando, se sentía obligada a llevarlo con su padre para que pasara unos días con él. A pesar de todo, Hidalgo seguía con la sensación de que Vicente Portolés se había ido de “rositas” en el caso de la Barqueta, pero no le quedó más remedio que aguantar las órdenes de Ramírez —y las del fiscal— y cerrar el caso.

Hidalgo se levantó de la mesa y recogió el chaquetón de marinero que llevaba Sam. El día había comenzado soleado, pero unos nubarrones

procedentes del oeste amenazaban con volver lluviosa esa primera jornada primaveral. Durante la comida, su compañera le había contado el altercado que tuvo con el comisario por la mañana. Que Sam llamara carajote a César Ramírez en sus narices fue algo que le alegró el día, pero que el comisario se acordara del caso de la calle Trajano volvió las cosas a su sitio. El asesinato de Carlos Casas, alias *Charlie*, seguía sin resolverse y lo malo es que no tenían más pistas que seguir. Les quedaba la esperanza de encontrar algún día a *El Gabacho*, ese extraño sujeto que tanto se había cruzado con ellos.

Al levantar la prenda de abrigo de Sam un papel doblado se cayó de uno de los bolsillos laterales. Hidalgo se agachó a recogerlo y, o por curiosidad o por puro instinto, se detuvo unos segundos a mirar la información que contenía.

—Gracias —exclamó Sam arrancándole el papel de las manos y recogiendo el chaquetón.

—De nada... —musitó Hidalgo que comprendió que aquel asunto era algo personal de Sam y parecía no tener intención de compartirlo.

El inspector llevaba varios días preocupado por la actitud de Sam y sabía que tenía algo entre manos. Lo que no lograba entender era para qué quería el calendario de guardias de fin de semana de la Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental.

**L**os pilares que sustentaban el programa de desintoxicación eran la alimentación sana y la educación; junto con el descanso. Ocho horas de reposo por la noche y al menos dos más después de comer. Eso era lo que quería hacer *El Gabacho*: dormir la siesta. Pero el encuentro con el camello le había afectado demasiado. La euforia inicial de la victoria había dado paso a un período de depresión. Los fantasmas del pasado estaban allí de nuevo y no le dejaban descansar. No pudo conciliar el sueño pensando en la consecuencia inmediata de la pelea con el chato: *El Moro* ya lo había localizado.

Después de dar varias vueltas entre las sábanas encendió la mesilla de noche y vio que la cama de Isa estaba vacía. Ahora recordaba que su compañera de habitación tenía turno de cocina y le tocaba recoger y fregar, por eso no estaba en posición horizontal a su lado. Su compañía era lo que más necesitaba en ese momento en el que una desagradable sensación le recorría todo el cuerpo. Hacía tiempo que no estaba tan intranquilo. El calor que sentía le recordó tiempos de ansiedad por el miedo o por el mono. Necesitaba aire fresco. Se levantó, subió la persiana y abrió la ventana de par

en par. Llovía a mares. La humedad no era lo que necesitaba en ese momento. Justo en el instante en que volvía hacia el centro de la habitación le pareció ver, con el rabillo del ojo, a alguien plantado en la calle. La angustia crecía. Se asomó al exterior, pero allí no había nadie. Con las dos manos apoyadas en el alféizar, sacó medio cuerpo para mirar a un lado y otro de la calle. Estaba desierta. A esa hora, y con la que estaba cayendo, era normal. Pensó que su mente le estaba pasando una mala jugada. La sequedad de la boca y la sensación de haber visto un espejismo le hacían sentirse como si estuviera perdido en el desierto; una paradoja si se tenía en cuenta los treinta, o más, litros por metro cuadrado que estaba recibiendo la ciudad. Cerró la ventana y se dio la vuelta para sentarse en el borde de la cama. No pasó de esa posición. No podía acostarse: se tocó la frente y comprobó que estaba sudando. Se acercó al espejo del lavabo y vio como decenas de gotitas poblaban su frente. Unas procedían del exterior, de la lluvia; a otras las había fabricado la desazón. Su imagen reflejada le dio aún más sed. Entonces, abrió el grifo para beber un buen trago de agua fresca. Luego, hundió más la cabeza para remojarse el pelo.

Un violento ruido repentino, seguido del sonido del vidrio al romperse, provocó que *El Gabacho* se golpeará contra el grifo al incorporarse bruscamente. Dolorido, frotándose con la mano la coronilla, enseguida se dio cuenta del origen de aquel estrépito: la ventana estaba rota, los cristales se esparcían por el suelo y una piedra envuelta en un papel descansaba encima de la colcha de Isa.

Un mensaje. *El Gabacho* retiró el envoltorio del pedrusco y leyó lo que había escrito. Era un texto en mayúsculas, escueto y directo:

*ME DEBES MIL EUROS. SON LOS INTERESES DE CUATRO MESES DE DEUDA. O  
ME PAGAS EN 24 HORAS O LO VAIS A LAMENTAR, TÚ, TU AMIGA Y EL RESTO.  
SEGURO QUE ESTE EDIFICIO ARDE DE MARAVILLA.  
EL MORO*

**N**o para de llorar, ¿por qué lo has traído?, como te vea el gordo se va a cabrear. No he tenido más remedio, me he vuelto a pelear con mis padres. No quiero saber nada de ellos; si me lo tengo que llevar al trabajo, lo haré, al menos hasta que encuentre a alguien que se pueda quedar con él por la noche. Es tan pequeño... ¿Pero por qué llora tanto? No lo sé, Milagros; le acabo de dar el biberón y no le toca hasta dentro de cuatro horas. ¿No le das el pecho?

No, el pobre no admite nada más que leche de soja; sólo se vende en farmacias y me cuesta un ojo de la cara. ¡Qué niño tan delicado!, tiene gracia que no le gusten los pechos de su madre; ¡si son los mejores de todo el local!, pues anda que no están los clientes locos por las tetas de la Lola... No seas bruta, mujer. Pero si te lo digo como un cumplido.

Dejar de cuchichear y al trabajo que hay gente esperando. Ya va, ya va; ¡qué pesado! ¡Ni pesado ni hostias!, que luego viene el jefe y soy yo el que se la carga. Por cierto, alguien pregunta por ti, Lola. ¿Quién? Ese tipo que está apoyado en la barra. Ni idea. Pues por las señas que me ha dado debe referirse a ti. No lo he visto en mi puta vida. Qué más da, ve con él; a ver si le sacas una botella de champán. Ya voy, ya voy; ¿Milagros te quedas un rato con el niño? Claro, mujer, no te preocupes que yo lo cuido; ahora parece que está más tranquilo. Gracias, te debo la vida. De nada, Lola, además, en cuanto venga el gordo subo al pequeño a la habitación y te espero allí. ¿Y tú? ¿No trabajas? Luego, cuando vuelvas; no te preocupes y vete tranquila. Muchas gracias, Milagros, eres una verdadera amiga.

\* \* \*

¿Tan pronto estás de vuelta? No, es que vas a tener que cuidar al bebé un poco más: el tipo quiere llevarme a su casa. ¿Y has aceptado? Claro que sí, me ha ofrecido un pastón y me ha pagado por adelantado, y eso que le he dicho que no puedo estar más de una hora. Si quieres puedo quedarme con el niño más tiempo. No, no hace falta, por lo visto es aquí cerca, de hecho, vamos a ir andando. ¡Qué suerte tienes, *jodía!* Y tú también: vamos a medias. Bueno, ya veremos. Por supuesto que sí. Vale, pero ¿quién es ese chollo? No tengo ni idea, sólo sé que le he gustado; dice que se quedó prendado cuando me vio entrar. Ya te lo dije, Lola, tus tetas... Calla, tonta. ¡Mierda!, aquí viene el gordo! Llévate al niño antes de que te vea, nos vemos luego. Vale, pero ten cuidado.

No tuvo que esperar mucho a que Isa se durmiera. Su amiga descansaba plácidamente ajena a la amenaza que se cernía sobre ella y sobre la escuela. *El Gabacho* no le dijo nada acerca del mensaje recibido. Mintió cuando le explicó que la ventana se había roto por culpa de un golpe de viento en el momento en que se desató la tormenta. Todo el tiempo que estuvo haciéndose el dormido lo empleó para reflexionar acerca de las posibles acciones a

tomar. Desde luego, algo tenía que hacer, no podía poner en peligro a las únicas personas que se habían preocupado por él. La escuela, las clases, los profesores y sus compañeros no podían cambiar el hecho de la deuda contraída con *El Moro*. Estuvo a punto de pedirles ayuda, pero lo último que quería era implicarlos en su problema. Nada debía enturbiar la estabilidad del centro y el programa de clases. Y menos un asunto relacionado con las drogas.

Tampoco la policía era la solución. ¿Qué les podía decir? ¿Que le habían amenazado porque un drogadicto como él debía dinero a su camello? No, no quería saber nada de ellos. Los maderos y él no tenían muy buenas relaciones. ¿Qué le quedaba entonces? ¿Vivir atemorizado esperando el momento en el que *El Moro* y sus secuaces fueran a cumplir sus amenazas? ¿Huir de nuevo sin saber qué pasaría con sus amigos? La respuesta tenía que estar en lo que había aprendido en todos esos meses. La escuela le había enseñado que no debía darle la espalda a los problemas. Tenía que hacerles frente para luego poder seguir adelante. Si no, corría el riesgo de retroceder y volver a su miserable vida anterior. Eso jamás. Antes prefería morir.

La situación estaba clara: sólo podía hacer una cosa. Y tenía que ser cuanto antes; esa misma noche.

No eres muy hablador que digamos. No, no lo soy. ¿Falta mucho para llegar? No, ya casi estamos. Menos mal que ha dejado de llover, aunque ahora hace bastante frío. Sí, mucho frío. Hay que ver lo oscuro que está esto, debe ser la crisis, no hay dinero ni para alumbrar las calles. Ni para alumbrar las calles. Así que vives en Bami. Sí, en Bami, aquí al lado. Qué barrio más chulo, muy diferente a las Tres Mil Viviendas. Sí, muy diferente. Chico, pareces un eco. ¿Qué eco? Nada, cosas más... no pongas esa cara, no hay por qué enfadarse.

¿Ya hemos llegado? Sí. ¿Es ésta tu casa?, pues no veo ningún portal. ¿Por dónde se entra? ¿Qué haces?, ¿por qué te quitas el cinturón?

Llevaba más de media hora caminando. En línea recta no debía suponer mucha distancia, pero desde la calle San Salvador hasta la glorieta de Los del Río había que sortear la Ciudad Sanitaria. *El Gabacho* decidió bordearla por el Este. Iría por Ramón Carande y Luis Rosales hasta pasar el hospital Virgen del Rocío. Luego atajaría callejeando por Bami hasta la plaza donde se encontraba *El Moro*.

Bami, era otro barrio residencial, más popular que el Porvenir, pero

también más cálido. Aunque esa noche el frío y la humedad se habían aliado para hacer todavía más desagradable el paseo. *El Gabacho* se conducía como si estuviera camino del cadalso. Encogido, protegiéndose del relente, adoptaba una postura parecida a la de meses atrás, cuando tenía que soportar el síndrome de abstinencia. Igual que antes, ahora no podía evitar los escalofríos que le recorrían todo el cuerpo. La diferencia era que esta vez los originaban la temperatura exterior y el miedo. Ya no le parecían tan lejanos los tiempos en los que se arrastraba a ras de suelo buscando unos gramos de caballo para picárselos en cualquier esquina. Sin embargo, todo había cambiado. La situación era distinta: ahora no necesitaba la droga. Había tomado una determinación por sí solo, sin la nefasta influencia de la heroína circulando por su sangre: se iba a enfrentar a *El Moro*. Le diría que no tenía dinero para pagarle, que hiciera con él lo que quisiera, pero que no tocara a ninguno de sus amigos. Estaba dispuesto a todo. Si las cosas se ponían feas sabría como defenderse. La navaja que el sicario dejó tirada en el suelo ahora era su compañera. *El Gabacho* avanzaba con la mano derecha hundida en el bolsillo. Con ella se aferraba al arma. Lo hacía con tanta fuerza que los dedos comenzaron a dolerle y tuvo que aflojar la presión sobre la empuñadura de madera.

Los edificios de la Ciudad Sanitaria ya quedaban a su espalda. Conforme se alejaba de ellos la luz iba escaseando. Tanto que cuando alcanzó Castillo de Montellano, la iluminación de la calle se redujo al brillo que dejaba el agua de lluvia en la calzada.

La vio cuando ya la tenía encima. La oscuridad reinante provocó que *El Gabacho* casi se tropezara con el cuerpo que yacía en la acera. Era una mujer y estaba cubierta por los cristales rotos de un escaparate adyacente. En cualquier otro momento de su vida anterior habría pasado de largo, pero ahora sentía interés por aquella persona que podría necesitar su ayuda. Se agachó y al ver su rostro se dio cuenta de que estaba muerta. No había ninguna duda de que la mueca antinatural de su rostro, con los ojos tan abiertos y la lengua fuera, no podía ser más que la de un cadáver. Aun así, le cogió la muñeca para tomarle el pulso. Mientras intentaba buscar algún signo de vida en aquella infeliz se fijó en el pequeño bolso plateado que todavía agarraba con fuerza. Estaba abierto y de él salían varios billetes de cien euros.

Debió ser *El Gabacho* el que cogió el dinero; no Ramón, o Moncho como le llamaban algunos. Fue el yonqui que aún permanecía latente en su interior. El drogadicto que pugnaba por salir. O, simplemente, el hombre que pensó que

ese dinero ya no le iba a hacer falta a aquel cuerpo desmadejado y que, sin embargo, a él le daría la posibilidad de acabar definitivamente con su pasado.

—¡Asesino! ¡Asesino!

*El Gabacho* oyó los gritos como si estuvieran saliendo de su conciencia. Otra mujer había doblado la esquina y estaba junto a él. Tenía las manos en la cabeza y no dejaba de gritar.

—¡Asesino!

*El Gabacho* pudo ver la cara de la histérica que seguía llamándole asesino cuando alguien encendió una luz en el edificio de enfrente. Ella también vio la de él.

—Yo no... —intentó decir *El Gabacho*.

—¡Al asesino! ¡Ayuda! —La mujer se dirigía hacia la ventana donde ya se estaba asomando una persona.

—Se equivoca, yo...

Demasiado tarde para explicar. Y demasiado pronto para deshacerse del dinero. Ya no tenía sentido devolverlo. No sólo no le creería nadie cuando dijera que él no la había matado, sino que la oportunidad de cambiar su destino, de salvar otras vidas además de la suya, seguía siendo prioritario.

Correr. Ahora tenía que correr; lo más rápido que pudiera.

## MARTES

*Las noticias que llegaban desde Madrid tenían un componente tranquilizador, pero seguían siendo inquietantes. Por un lado, el misterioso testamento de Don Juan —que nadie había visto, pero del que todos hablaban— nos beneficiaba claramente a los que temíamos por nuestro empleo. Por otro, la extraña desaparición de Jaime, que no acudió al funeral, dejaba en suspenso la posibilidad de que “La Voz de Híspalis” pasara a nuestras manos.*

*Al parecer, nadie había visto a Jaime desde la madrugada del domingo al lunes. En la estación, ya de vuelta, Merche me comentó que el hijo de Don Juan había salido del tanatorio visiblemente contrariado. Se marchó con su abogado prometiendo que se haría justicia. Antes, amenazó a los presentes en las exequias con todo tipo de acciones legales. Una actitud insólita cuando ni siquiera se había demostrado la veracidad de las supuestas últimas voluntades de Don Juan. El comportamiento de Jaime daba qué pensar y, paradójicamente, apoyaba la tesis de la sorprendente herencia. ¿Sería cierto que su padre adoptivo lo había desheredado parcialmente? A día de hoy aún no sabemos si es verdad, pero la posibilidad de que Don Juan le haya retirado la confianza a su hijo para llevar las empresas del grupo no tiene nada de descabellado. El anciano, probablemente, era consciente de que Jaime sería incapaz de desarrollar tal labor. El miedo de que su hijo — que ni siquiera era portador de sus genes— llevara a la ruina el imperio que tanto trabajo le había costado levantar seguro que fue determinante a la hora de decidir.*

*En la otra sorpresa del lunes, la del descubrimiento de que Jaime no era consanguíneo con su padre, había un matiz importante. Merche me dijo que volvió a hablar con Miss Nolan en el funeral y que la secretaria de Don Juan le explicó los pormenores de la adopción. Por lo visto, aunque el matrimonio tomó la decisión de forma conjunta, fue la mujer la que se había empeñado en tener un hijo. La señora de Morales siempre había querido ser madre, pero su mala salud le impidió serlo por vías naturales. Por desgracia, casi no pudo disfrutar del niño: la pobre señora murió a los pocos años de conseguir su sueño.*

*Así, cargados de noticias, llegaron Roberto y Merche el martes a mediodía. Por la tarde, Roberto convocó una reunión extraordinaria para anunciar al resto del personal lo que Merche y yo ya sabíamos: el futuro del periódico y los trabajos de todos nosotros estaban pendientes de un testamento fantasma. A esa junta tampoco acudió Jaime, que seguía en paradero desconocido.*

*Para completar el día, Roberto nos anunció un nuevo suceso. Un asesinato que, inevitablemente, nos recordó los desagradables días de la muerte de Cecilia Ramos.*

**E**sa mañana parecía que al comisario le habían salido nuevas manchas de viruela en el rostro. Después de tantos años, primero como compañero, después como subordinado, Hidalgo seguía sin poder evitar mirarle las marcas de la cara cuando hablaba con él.

—Eso no es suficiente para abrir el caso —Ramírez no daba su brazo a torcer.

—¿Pero no ves que es evidente que el modo de operar del asesino es idéntico? —protestó con vehemencia Hidalgo.

—Me da igual. Cualquiera ha podido imitarlo. Recuerda que se publicó con pelos y señales.

—César, estás cometiendo un error. Y lo sabes.

—El asesino de la Barqueta está muerto y enterrado —siguió excusándose Ramírez que parecía ignorar el último comentario del inspector—. Este caso no tiene nada que ver. Además, pertenece al distrito Sur; que se las apañen ellos.

—Al menos, déjanos colaborar en la investigación.

—Ni de coña. Aún tenéis varios asuntos pendientes. No hay más que hablar.

Y no había más que hablar. Hidalgo salió entre cabreado y derrotado del despacho del comisario. Sam le vio llegar y enseguida supo que Ramírez había vuelto a adoptar la actitud del avestruz.

—¿Sabes qué te digo? —preguntó Sam y contestó sin esperar la respuesta de su jefe—: que me la suda lo que diga el comisario. Yo voy a seguir con el caso.

—No puedes hacer eso, Sam. Te lo he dicho mil veces.

—Hasta ahora me he aguantado, pero esto es demasiado. ¿Somos policías o qué coño somos? —Sam hablaba lo más alto que podía a propósito, para que sus gritos traspasaran la delgada pared y pudieran llegarle a Ramírez con nitidez.

—Encima me ha chorreado por ir a Bami sin su permiso. —En vez de reprocharle los gritos a su compañera, Hidalgo se unió al desbarre.

—Esto es el colmo. Es que hasta para ir al váter vamos a tener que pedirle permiso. Será hijo de...

—Calla. Vámonos de aquí. No podemos hacer nada —dijo Hidalgo resignado.

—No lo harás tú, jefe, pero yo sigo. Que me abra un expediente o me

eche a la calle. Me da igual.

—Tienes razón, pero no podemos actuar a lo loco.

—¿Y qué quieres que hagamos?

Hidalgo no contestó. Siguió andando con la cabeza gacha. Su caminar desgarbado parecía acentuarse cuando adoptaba esa postura. También su extrema delgadez ayudaba. Aún no había recuperado los kilos que perdió desde su paso por el hospital.

Ambos policías llegaron al despacho de Hidalgo y se sentaron uno enfrente del otro en silencio. Hidalgo fue el primero en hablar:

—Tenemos que hacer algo intermedio. Los extremos son siempre malos.

—¿Cómo?

—No podemos dedicarnos al caso ni tampoco dejarlo de lado ¿no es eso?

—Eso es —confirmó Sam.

—Pues vamos a hacer las dos cosas; o mejor dicho ninguna, al menos en apariencia.

—Sigo sin entender. —La subinspectora se retorció impaciente en la silla.

—A todos los efectos seguimos investigando el caso de la calle Trajano.

—Ya. ¿Y...?

—¿Recuerdas que el asunto del camello tenía una conexión con los asesinatos?

—Claro. Te refieres al *Gabacho*.

—Exacto.

—Comprendo. Estamos buscando al sujeto.

—Estamos buscando al sujeto —repitió Hidalgo.

—Muy bien. Llevaré conmigo una foto del personaje y preguntaremos por él mientras ayudamos a Casares. Tampoco está de más. Buena idea.

—Si Ramírez vuelve a darnos la lata tenemos que ponernos de acuerdo para decir lo mismo: estamos tras la pista del *Gabacho*.

—OK. No me parece una excusa muy convincente, pero algo es algo. Y, además, si no se lo cree me da igual.

—Pues venga, una vez superado el inconveniente del comisario...

—Tiene cojones que tengamos que hacer esto —le interrumpió Sam—, justificarnos de una forma tan..., no sé como llamarla..., infantil, para poder trabajar. Tenemos al enemigo en casa...

—Lo tenemos. Es lo que hay.

Hidalgo respiró hondo y animó a su compañera a que repasara con él los hechos desde que Casares le diera el aviso de madrugada.

Su orondo amigo se había puesto enseguida en contacto con él después de que el forense señalara en la víctima las conocidas marcas de los casos anteriores. Eran idénticas a las de Ana Mateos y Cecilia Ramos: heridas del cuero en el cuello y de la hebilla en la nuca. El maldito *modus operandi* de nuevo ante sus ojos. Ahora ya estaba claro que se enfrentaban a un asesino en serie que se dedicaba a estrangular mujeres con un cinturón.

En esta ocasión, la víctima era una prostituta. Al menos vestía como si lo fuera. Aún estaba todo por confirmar. No sabían ni su nombre, ni dónde trabajaba, ni si tenía familia o amigos. Pero la diferencia fundamental con los otros crímenes era la presencia de un testigo. O varios. En un principio, sólo tenían la versión del que avisó al 091: un vecino del barrio que pudo ver como el asesino escapaba de la escena después de oír los gritos de una mujer, la otra testigo. El hombrecillo declaró asustado que no pudo distinguir ni el rostro del criminal ni el de la mujer que lo delataba. Demasiada distancia entre su ventana y la acera de enfrente; y poca luz en la calle Castillo de Montellano. En cambio, opinó con insistencia que la otra mujer debió ver perfectamente al asesino. Reconoció que dudó unos minutos después de la llamada de emergencia, pero que al final bajó a la calle. Cuando llegó, lo único que aún permanecía allí era el cadáver.

Hidalgo llamó enseguida a Sam. Necesitaba su punto de vista y su claridad ante la escena de un crimen. Ella siempre se daba cuenta de cosas que a los demás se les pasaba por alto o que no eran capaces de interpretar. Sam llegó en una hora. Casares, Hidalgo y el inseparable compañero del primero, Ivárs, ya estaban allí. La mujer asesinada yacía boca arriba, asiendo con fuerza un pequeño bolso de escamas plateadas, sin dinero ni documentos. Otra vez el posible robo, o la simulación de tal delito; una coincidencia más con el resto de crímenes.

Sam se fijó en la postura del cuerpo y en el resto de la escena. La mujer descansaba en la acera al lado del escaparate de una pizzería. El cristal estaba hecho añicos. Una barra de hierro parecía la culpable de tal estropicio. Recogida, seguramente, de una obra que se estaba llevando a cabo en el edificio contiguo. El vidrio roto cubría parte del cuerpo y se extendía por acera y calzada. Esos no eran los únicos signos de violencia, también el cadáver los mostraba —otra diferencia más con los crímenes anteriores—: el rostro de la mujer estaba pintarrajeado con lo que parecía lápiz de labios de la

propia víctima. Un hecho que claramente no se debía a que a la prostituta se le hubiera corrido la pintura sino, más bien, a un ensañamiento nervioso por parte de su verdugo. Una cosa estaba clara: el asesino había evolucionado. Se había vuelto más violento. Y descuidado. La policía científica, que ya trabajaba en la escena, decía haber encontrado huellas en el bolso y en el reloj de pulsera. En cambio, la barra de hierro parecía haber sido limpiada a conciencia después de su uso en el destrozo del escaparate. «Primera cosa que no encaja», pensó Sam.

Casares y la brigada de homicidios del distrito Sur tenían ya material con el que comenzar la investigación. De entrada, debían averiguar quién era la víctima. Repasarían sus archivos, las prostitutas fichadas, e interrogarían a otras compañeras. Simultáneamente, tenían que analizar todas las huellas y pruebas halladas en la escena del crimen y ver a quién pertenecían. Aunque, quizás lo prioritario era encontrar a la testigo ocular. Esas eran las tres líneas de actuación principales. Hidalgo y Sam estaban dispuestos a ayudarles en todo y así se lo habían hecho saber a sus colegas antes de que Ramírez les echara su habitual jarro de agua fría.

Hidalgo y Sam repasaron todos los elementos juntos y se dispusieron a trabajar desempolvando los expedientes que Ramírez había cerrado. Sólo hubo un dato que Sam se guardó para ella. Algo que la estaba obsesionando. «Segunda cosa que no encaja»: cuando el juez ordenó el levantamiento del cadáver, Sam observó lo que había debajo de la víctima. Nada. Ni un mísero trozo de cristal. Eso llevaba a una conclusión clara: el asesino había roto el escaparate —con mucha violencia— justo después de matar a la prostituta, y no antes o durante la pelea. ¿Por qué? Tendría que averiguarlo; y le daba la impresión que podría ser la pista más importante de todas.

**L**a reunión fue tomando forma de asamblea. Roberto Stefani se situó en el centro de la sala de redacción, sentado encima de una mesa para que todos pudieran verle. A su lado, de pie, estaban los jefes de las distintas secciones. El resto de personal, con gran expectación, se fue colocando en semicírculo alrededor de Roberto. Era la primera vez que se convocaba una junta multitudinaria en el periódico y nadie quería perdérsela. El futuro inmediato del diario estaba en juego y con él los puestos de trabajo de todos y cada uno de ellos.

Roberto improvisó el orden del día sobre la marcha. No había tenido

tiempo de preparar la reunión, pero no quería retrasarla más para atajar rápidamente los rumores de toda índole que ya circulaban por el periódico. Se decía, desde que el diario cerraba esa semana hasta que Roberto era el nuevo propietario de la empresa, pasando por que Jaime tenía ya una lista negra con los nombres de los que iban a ser despedidos en breve.

—Silencio, por favor, vamos a empezar —exclamó Roberto en un intento de acallar las voces del personal que se mezclaban con el ruido del movimiento de sillas y mesas.

Roberto esperó unos segundos más para dar tiempo a que disminuyeran los decibelios en la sala y arrancó su discurso:

—Como sabéis todos, el domingo por la tarde falleció Don Juan Morales del Prado, presidente del grupo Sincera del que forma parte nuestro periódico. La noticia nos ha llenado de tristeza y también de inquietud. Soy consciente de la preocupación que tenéis por tal circunstancia. Y es lógico que el temor a perder el puesto de trabajo haya originado todo tipo de especulaciones, habladurías y rumores que lo único que han conseguido es inquietar más en vez de tranquilizar. Pues bien, la intención de esta reunión es, primero, la de informaros de cómo está la situación a día de hoy y, segundo, responder, en la medida que se pueda, a vuestros interrogantes.

—¿Van a cerrar el periódico? —preguntó un técnico de maquetación.

—¿Jaime Morales es el nuevo dueño? —inquirió un administrativo de gafas de culo de vaso.

—Pues ya puedo ir haciendo las maletas... —concluyó la jefa del negociado de personal al entender un sí a la pregunta anterior. La mujer de grandes pechos y corta melena era una de las muchas que habían sufrido el acoso de Jaime; y de las pocas que lo habían solucionado con un par de bofetadas cruzadas.

—¡Silencio! —grito Roberto que tenía la impresión de que todas las reuniones presididas por él estaban siempre al borde del caos. Un desconcierto que iba muy bien con su descuidado aspecto exterior.

—Vamos a intentar callarnos hasta que termine de hablar. Luego, de uno en uno —recalcó Roberto—, podréis hacer las preguntas que os dé la gana. Pero ahora, por favor, escuchar.

La orden disfrazada de súplica tuvo efecto porque se hizo un silencio sepulcral que sorprendió al propio director de “La Voz de Híspalis”.

—Seguimos: el fallecimiento de Don Juan, lógicamente, va a tener consecuencias en las empresas del grupo. Como sabéis hay un Consejo de

Administración en el grupo Sincera y un gerente o director en cada empresa. El presidente del Consejo era el propio Don Juan, al ser el accionista mayoritario del grupo —el único—. Tras su triste desaparición, se ha elegido un interino a la espera de la resolución de la herencia y del destino de las participaciones de la corporación. Una corporación que nació como negocio familiar, y así se ha mantenido hasta la fecha a pesar de su tamaño. En condiciones normales, la sucesión estaría clara: Jaime Morales, el único hijo de Don Juan heredaría su empresa y dirigiría el grupo.

—¡Lo sabía! —volvió a intervenir la del negociado de personal.

—¡Silencio, por favor! —ordenó tajantemente Enrique.

—Gracias, Enrique —dijo Roberto que tragó saliva y continuó con su disertación—. He dicho que eso es lo que pasaría en condiciones normales, pero éstas no lo son. De una fuente fiable, sabemos que existe un testamento que reparte la herencia y establece un plan de sucesión, o, mejor dicho, de transformación. El documento dispone que el grupo familiar evolucione hacia una serie de sociedades limitadas; una para cada empresa dependiente de Sincera. Es como formar varias cooperativas, pero dirigidas en su creación por un previsor Don Juan. Digo cooperativa por el hecho de que los accionistas son los trabajadores, pero en realidad, a partir de la creación, funcionaría como una sociedad limitada. Una S.L. con estatutos donde figuren los nombres y apellidos de cada uno de nosotros y el porcentaje que cada uno tiene en la sociedad.

—¿Y quién decide ese porcentaje? —preguntó el contable con nariz aguileña y tic nervioso en el ojo izquierdo.

—Por lo que sabemos todo está previsto en el testamento que ha confeccionado Don Juan. Él ha determinado cuantas participaciones le corresponde a cada uno. Casi un plan de negocio, donde aún no conocemos como se reparte la propiedad, pero sí su objetivo principal: asegurar el puesto de trabajo.

La última frase provocó un creciente rumor donde cada uno quiso expresar su caso particular y donde, en general, reinaba el optimismo.

—A ver, las preguntas... —dijo Roberto en un tono más alto, intentando sobrepasar el umbral de ruido que había vuelto a crecer.

—Entonces, ¿quiere decirnos que Jaime Morales está desheredado? —la de los pechos generosos insistía en su preocupación.

—No, exactamente. Su padre le ha dejado todos los bienes personales, lo que le corresponde como heredero único. Lo que ha hecho es excluirlo del

reparto empresarial.

—¿Y cuándo podemos decir en casa que somos propietarios de una empresa? —preguntó Dani provocando la risa nerviosa de unos cuantos jóvenes como él.

—Hay que esperar. Al menos quince días. Ese es el plazo previsto en la ley para que el testamento llegue al Registro General de Actos de Última Voluntad.

—¿Y si no llega? —preguntó de nuevo el contable que se había erigido como abogado del diablo.

—Pues nada de lo dicho aquí se haría efecto. Y Jaime Morales sería el nuevo presidente del grupo. Las empresas las dirigiría él personalmente, con todo lo que eso significa.

—¡Adiós! —exclamó la de personal.

—No seamos pesimistas. —Roberto intentó calmar los ánimos—. Como digo, las fuentes son muy fiables y ese testamento existe. La ley marca el plazo citado y después de esas dos semanas se emite el Certificado de Últimas Voluntades. Ése es el documento legal definitivo, donde constan todos los testamentos que existen. El último de todos ellos, el más reciente, es el válido.

—Del que estamos hablando —quiso confirmar Enrique.

—Del que estamos hablando —repitió Roberto.

**A**lgo más tenía que haber en común entre aquellas tres mujeres. Sam miraba las fotos sujetas con chinchetas a un tablón de corcho. Debajo de ellas, se hallaba un mapa de la ciudad donde Sam había dibujado tres círculos rojos: uno en las inmediaciones del puente de la Barqueta, al oeste de la ciudad; otro al sur, en el Porvenir; y un tercero más abajo, a un kilómetro aproximadamente del segundo, en la barriada de Bami. Los tres cuerpos estrangulados pertenecían a tres personas muy diferentes entre sí. En edad, profesión y físico. La localización de los crímenes tampoco parecía seguir ningún patrón preestablecido. A pesar de todo, ya no había duda de que habían sido cometidos por el mismo hombre. Desde luego, si no fuera por el inútil de Ramírez ya tendrían a personal de Madrid estudiando el caso. Un asesino en serie eran palabras mayores. Por culpa de su jefe tendrían que arreglárselas ellos solos.

¿Qué sabían de él? Poca cosa: era un criminal que robaba a sus víctimas, o intentaba el robo, o hacía que el robo pareciera el móvil a ojos de la policía.

No dejaba huellas, al menos hasta ahora. Un tipo listo, pero que parecía haber perdido los papeles después de cuatro meses sin asesinar. ¿Un psicópata? Seguramente.

Si estuvieran ante un enfermo mental, lo que mandaban los cánones era pedir ayuda a la central para obtener un perfil que los ayudara a delimitar la búsqueda. Se acordaba del curso que realizó en Madrid impartido por la gente de la Brigada de Investigación de Delitos contra las Personas. El problema de Sam era que no sabía qué datos darles para confeccionar el retrato psicológico. Sólo podía decir que estrangulaba con un cinturón a mujeres entre veinticinco y cuarenta y cinco años, cada una de su padre y de su madre. Eso no era suficiente, tenía que afinar más, mucho más.

—Si estás buscando datos de la víctima ya no hace falta. —Hidalgo irrumpió en la sala de *briefing* tan de sopetón que Sam dio un respingo.

—¿Qué?

—Ya sabemos quién es.

—¿La prostituta?

—Sí, se llama Dolores Marín; *Lola* para los amigos y los clientes. Me acaba de llamar Casares: sus padres han reclamado el cuerpo.

—¡Joder! ¿Cómo se han enterado de que estaba muerta? Que yo sepa no se ha dado todavía la noticia a la prensa.

Hidalgo se encogió de hombros y no contestó. Sam también se quedó pensativa.

Al hablar de la prensa se acordó de “La Voz de Híspalis” y se dijo que en cuanto se quedara sola tenía que avisarles para darles la primicia. Esa idea la llevó a otra relacionada con su investigación personal: debía hacer una llamada para concertar una cita con una amiga suya que no veía desde los tiempos de la Academia. Una compañera que le debía a Sam más de un favor. La subinspectora había esperado todos estos meses y por fin, esa semana, se daban las circunstancias para cobrar la deuda.

**J**oaquín Casares se sentía incómodo. En parte, por el hecho de estar sentado en aquella pequeña —minúscula— salita de estar. Una habitación con cuatro muebles que saturaban los escasos seis metros cuadrados. La culpa del poco espacio disponible recaía en el testero-estantería de yeso. Cuadrulado, organizado sin ningún estilo, tenía todos los huecos iguales, a modo de nichos. Servían para alojar la obsoleta televisión de rayos catódicos, cuatro álbumes

de fotos, una colección de premios Planeta y unas cuantas revistas antiguas; además de presumir de un juego de té de porcelana barata. El centro de la sala lo ocupaba una mesa camilla. Cubierta con una tela descolorida, estaba rematada con un tapete en crochet que en días mejores debió ser blanco, pero que ahora era amarillento. El mismo color decadente de los paños de encaje que, se suponía, adornaban la parte superior de los dos sillones orejeros.

Casares pensó en la pareja que tenía enfrente: seguro que pasaban la mayor parte del día sentados en aquellas butacas. Para agobiar más la habitación, Ivárs y él se sentaban en dos sillitas que habían acercado desde la cocina. Con medio trasero fuera, Casares, más que sentarse, hacía equilibrios. Esa especie de taburete con respaldo no estaba diseñado para aguantar el peso ni para hospedar a alguien tan voluminoso como el inspector.

—¿Por qué no podemos enterrar a nuestra hija? —preguntó el señor Marín, el padre de Lola.

—Ya se lo hemos dicho: están procesando el cuerpo y haciendo la autopsia —contestó pacientemente Casares.

—Pero somos sus padres..., tenemos derecho... Es nuestra hija —protestó la mujer con un hilo de voz.

—Señora, esto lo hacemos para atrapar al culpable —intervino Ivárs.

La mujer tenía el mismo color de pelo que el crochet de la mesa camilla. Vestida totalmente de negro se abandonó en el sillón, hundida en su tristeza. Su marido parecía tan agotado como ella, pero mantenía el tipo.

—¿Entonces por qué están aquí? ¿Por qué no están buscando al asesino de mi hija? —les reprochó el padre de Lola, que bien podría ser el abuelo; tal era la edad que representaba.

—Queremos hacerles unas preguntas, si no tienen inconveniente —dijo Casares apoyado en la mesa para descargar todo el peso posible por temor a que la silla se deshiciera de un momento a otro.

—¿Qué quieren saber?

—¿Cómo se enteraron de la muerte de su hija? —Ivárs no pudo ser más directo.

—Nos lo dijo Milagros, una... —contestó la madre.

—¡Calla, Ángela! —exclamó el marido interrumpiendo a su esposa y lanzándole un gesto de reproche.

—Qué más da, Alfonso. Tarde o temprano se van a enterar. —Por la forma de hablar de la mujer parecía que la muerte de su hija había acabado con ella también.

—Por favor, necesitamos saber todos los detalles. Todo lo que sepan es crucial para la investigación —insistió Casares—. Si están preocupados por el..., digamos trabajo de su hija, no se inquieten, estamos enterados y seremos lo más discretos posibles. Pueden confiar en nosotros.

Dos lágrimas formaban parte de la triste mirada de Ángela y fueron suficientes para convencer al marido de que ya era inútil esconder la verdad acerca de su hija.

—Milagros es otra puta —dijo con sequedad el padre de Lola. Él no lo sabía, pero cada vez que pronunciaba esa palabra era como si una daga afilada se clavara en el corazón de su esposa.

—¿Les ha dicho quién ha matado a su hija? —Ivárs se impacientaba.

—No sabe quién es, pero le ha visto la cara —contestó Marín.

—¿Nos puede contar todo lo que ha sucedido desde la última vez que vio a su hija?

Casares quiso poner orden en el interrogatorio. Ivárs dejó de apoyarse en la mesa camilla y se echó hacia atrás, como si estuviera colocándose en un segundo término después de ver que su compañero le había enmendado la plana.

—La vimos ayer por la tarde. Venía a dejarnos a Alex.

—¿Alex? —repitió Casares.

—Es su hijo. Sólo Dios sabe quién será el padre.

—Alfonso... —musitó la esposa en un intento de llamarle la atención por el comentario.

—Bueno, vino para que cuidáramos del niño mientras ella estaba...

Alfonso Marín no quería nombrar el oficio de su hija.

—Siga, por favor —le animó Casares.

—Nos peleamos. Había prometido que lo dejaría, pero una vez más nos estaba engañando. Se enfadó y se llevó al niño.

—Es muy pequeño ¿sabe? —dijo Ángela.

—Es un bebé de meses —confirmó Marín—. Lo tenemos en la otra habitación.

—Lo ha traído Milagros... —concluyó Casares, con poca seguridad.

—Sí. Un poco antes de que les llamáramos. Nos dijo que se quedó al cuidado del niño mientras Lola... mientras estaba fuera. Pero al ver que tardaba fue a buscarla. Tuvo que dejar al niño con otra puta.

—Alfonso...

—¡Déjame!, así es como se llaman ¿no? Putas. P-U-T-A. Eso es lo que

era nuestra hija —dijo entre sollozos—. Eso es lo que era...

—Tranquilícese. Nos está ayudando mucho. —A Casares le estaba dando reparo seguir con aquello al ver cómo le costaba a un padre reconocer que su hija se había perdido, pero necesitaba saber algo más—. Continúe, por favor.

—Milagros estuvo buscando a Lola por Bami, hasta que la encontró en una calle. El asesino aún estaba allí, registrando el bolso. Cuando vio a Milagros salió corriendo. Lola, mi hija, mi pequeña estaba muerta...

—¿Dónde podemos encontrar a Milagros?

—Vive cerca de aquí.

Esta vez la que contestó fue Ángela. Repuesta, a duras penas, de la última puñalada veía como su marido se había derrumbado: Alfonso Marín estaba apoyado con los codos en la mesa camilla. Tenía las manos tapándose la cara. Se cubría de vergüenza y dolor.

**E**l dolor de cabeza era insoportable. Cuando parecía que remitía, un nuevo tren, o de cercanías, o el AVE, o un rápido, se encargaba de que volviera a su sitio: a la nuca. No se le podía haber ocurrido esconderse en otro lugar que no fuera detrás del muro que daba a las vías del tren. Pero ese fue el refugio a donde lo llevaron sus piernas la noche anterior.

Allí estaba de nuevo, a ras de suelo. Huyendo, con un robo a sus espaldas y, seguramente, con una orden de búsqueda por asesinato. Como si los meses que había pasado en la escuela hubieran sido producto de su imaginación. Como si todo hubiera sido un sueño. Una ilusión.

Pero no, aquellos meses fueron reales. Isa era real. La escuela existía. Eran personas que ayudaban a construir nuevas vidas a partir de desechos humanos. No podía permitir que eso cambiara. A pesar de su desesperada situación, por primera vez en su vida, *El Gabacho* tenía claro lo que debía hacer. El encuentro con aquella infeliz, el haber sustraído el dinero de su bolso, y el haber sido descubierto no cambiaba nada. Seguía decidido a enfrentarse con su pasado. A resolver su vida o a morir en el empeño. Ya no había vuelta atrás. Casi veía el casual tropiezo con el cadáver como una bendición. Después de toda la noche dándole vueltas al asunto, estaba convencido de que el destino le había puesto en su camino a esa pobre mujer. En primer lugar, porque le daba la posibilidad de liquidar su deuda con *El Moro*, aún estaba a tiempo de hacerlo. Eso salvaría a Isa y a la escuela de las posibles represalias del mafioso. En segundo lugar, porque le proporcionaba

la excusa perfecta para no volver a la escuela: después de pagarle a *El Moro* se entregaría a la policía. Así, no enturbiaría la importante labor que realizaban los profesores con personas como él. Claro que intentaría convencer a los maderos de su inocencia, pero eso era otra cuestión. Lo importante era que pasaría una larga temporada encerrado, como mínimo por el robo del dinero —cosa que confesaría, aunque sin decir en qué se lo había gastado— y como máximo, por asesinato. El tiempo en la cárcel se lo tomaría como una penitencia. Ya no iba a ser tan terrible como cuando dependía de la heroína. Una vez purgada su culpa, a partir de ahí, podría comenzar una nueva vida.

**E**l Polígono Sur, o barrio de las Tres Mil Viviendas, se desplegaba antes sus ojos. La detective conducía su vehículo particular para no llamar la atención en un vecindario en el que no se aventuraban policías, bomberos, ni ningún otro servicio municipal. En realidad, la zona peligrosa era la formada por unos cuantos bloques, a los que denominaban “Las Vegas”. Sam acababa de pasar por allí y se le antojó lo más parecido a una ciudad en guerra: hogueras por las calles, donde se calentaban tertulianos poco recomendables; edificios en ruinas, después de décadas sin mantenimiento; basura por doquier, donde las ratas y las cucarachas eran las reinas y señoras del lugar; y colgados y drogadictos poblando las esquinas. Es decir, miseria y delincuencia. Por suerte la vivienda que tenían que vigilar no se encontraba en ese sector marginal.

Hidalgo le llevaba media hora de ventaja. Sam había salido más tarde con la excusa de que tenía que efectuar un par de llamadas —lo cual era cierto—. La detective comprobó la dirección, pero el cartel de la calle o no existía o se lo habían llevado. Enseguida se dio cuenta que se encontraba en su destino: enfrente, al otro lado de la avenida y aparcados en sentido contrario, divisó dos turismos, el de Hidalgo y un Ford Mondeo que debía pertenecer a Casares o a Ivárs. Los tres policías estaban charlando en el espacio que había de separación entre los dos automóviles. Hidalgo reconoció el Seat Ibiza de Sam y le hizo una seña a su compañera con la mano. La subinspectora frenó en seco y, como si fuera una piloto de *rallies*, dio un volantazo para girar casi en el mismo punto y colocarse en paralelo a los tres inspectores.

—Ya estamos todos —exclamó Sam después de bajar la ventanilla.

—Por poco tiempo, estos dos se van ya —dijo Hidalgo.

—Buenas noches, Sam —saludó Casares.

—Como sigas así te vas a cargar el coche; o algo peor —molestó Ivárs.

—Buenas noches. —Sam se llevó la mano a la sien, al estilo militar—.

Joaquín: dile a tu amigo que no sea tan sieso.

El sobrino del comisario del distrito Sur encajó la última frase de Sam encogiéndose de hombros en un gesto de “me da igual lo que hagas, por mí como si quieres matarte”.

—Bueno, os dejamos —se despidió Casares, viendo que Ivárs ya se dirigía al Ford—. A ver si tenéis más suerte que nosotros...

El edificio que tenían que vigilar era uno de los bloques típicos de las Tres Mil: blanco en origen, con una decena de pisos y la cubierta irregular de color teja, mitad llana, mitad dos aguas. Sam observó el único acceso al bloque de apartamentos. Allí, en las inmediaciones del portal, a ambos lados, estaban estacionadas dos furgonetas de las utilizadas para la venta ambulante. Cuando Sam se convenció de que podían controlar perfectamente la entrada desde el lugar donde estaban apostados, preguntó por la persona que estaban esperando. Hidalgo le dijo que Milagros seguía sin aparecer.

Unas horas antes, Casares los había llamado a la comisaría para ponerles al día. Por fin tenían una pista que podía ser definitiva: los padres de Lola habían declarado que Milagros, otra prostituta, había visto al asesino de su hija. La posibilidad de descubrir al criminal que les traía en jaque desde hacía tantos meses se hizo realidad. En cuanto la pareja desconsolada les dio la dirección de la testigo, Casares e Ivárs se personaron en su domicilio. En principio con poco éxito: nadie acudió a abrirles la puerta cuando llamaron con insistencia. Sin esperar ordenes judiciales, por la premura de la situación y porque la mujer de vida alegre podría estar en peligro, forzaron la puerta. Ni rastro de Milagros. Casares pensó que a esas horas (las seis y media de la tarde) podía estar ya “trabajando”. El problema era que los padres de Lola no habían sabido decirles donde ejercía su hija la prostitución. Siguiendo con los pocos escrúpulos, los inspectores del distrito Sur pusieron el piso patas arriba para intentar localizar alguna dirección. Tampoco hubo resultados positivos. Sólo consiguieron dos fotos de Milagros. Una estaba colgada de la pared y encuadraba a las dos amigas en algún paseo marítimo. La otra, la encontraron en la mesilla de noche: era la del carnet de conducir.

A pesar del poco éxito obtenido, no debían cejar en el intento de localizarla. Hablar con ella seguía siendo la prioridad número uno. Por ese motivo, decidieron no despegarse de aquel lugar. Cuando Casares le comunicó

las novedades a Hidalgo, éste se ofreció a hacer turnos de vigilancia para mantener el edificio controlado las veinticuatro horas del día. Como Casares e Ivárs ya llevaban bastante tiempo allí, Hidalgo propuso iniciar con Sam el primer periodo de vigilancia de doce horas: desde la medianoche hasta el mediodía.

En el momento en que el Ford de Casares se perdió de vista, Sam le sugirió a Hidalgo repartirse, a su vez, el turno en dos. Sam se quedaría hasta las seis de la mañana e Hidalgo la relevaría para vigilar hasta las doce del mediodía. Si Milagros no daba señales de vida, Casares e Ivárs continuarían con otro turno de doce horas, y así sucesivamente.

En unos minutos, Sam se quedó sola. Dentro de su Seat Ibiza, con unos prismáticos y dos fotos de Milagros como única compañía, la detective se armó de paciencia. Le esperaban seis horas de dura vigilancia luchando contra el sueño y el aburrimiento. Aun así, su determinación era clara: nadie iba a entrar o salir del edificio sin ser visto.

**A** medianoche, inició la aproximación. Bajó por Su Eminencia y dos manzanas antes de acceder a la glorieta de Los del Río, se desvió por la calle Guadamellato. Quería dar un gran rodeo para evitar la plaza y a los secuaces de *El Moro*. No le hacía gracia encontrarse con ninguno de ellos, y menos con el chato. Nada de intermediarios. Quería darle el dinero a *El Moro*, cara a cara, para asegurarse que lo recibía y que su vida y la de sus amigos estaban por fin a salvo.

Al cabo de unos cuatrocientos metros, bajó por la calle Guadalevín hasta la avenida de La Palmera para, una vez allí, invertir su camino en dirección hacia el *Tony's*. A esas horas, la gran avenida estaba casi desierta. Dormía como el resto de la ciudad. Ni siquiera los dos o tres automóviles que la cruzaban de vez en cuando conseguían despertarla. La fuente que se encargaba de dar la bienvenida a los que se aproximaban desde Cádiz, también reposaba. Tampoco había viandantes paseando por las aceras. Sólo *El Gabacho* se dirigía hacia su destino.

El estadio de fútbol que se levantaba a su izquierda parecía una fábrica de nubes: el viento moderado de poniente empujaba una familia de cirrocúmulos por encima de las gradas a medio terminar. *El Gabacho* pensó en el otrora equipo de su vida y en la mala racha que duraba ya unos cuantos años. Sumido en el pozo de segunda división, parecía por fin ver la luz, y se

hallaba a un paso de volver a la élite. Se le ocurrió una absurda comparación, entre su situación personal y la del club de fútbol: ya sólo unos pasos le separaban del inicio de su vuelta a una vida normal.

Cincuenta metros antes de llegar al cruce con Su Eminencia pudo ver el edificio azul que le era tan familiar. Decidió entrar por la puerta principal, como si fuera un cliente con ganas de descargar en alguna de las prostitutas que allí aguardaban. *El Gabacho* siempre había entrado por la puerta de atrás y nunca había llegado más lejos de las habitaciones que hacían las veces de almacén; las que también se utilizaban para el comercio de drogas.

El *Tony's* era un garito de lujo. Desde luego, muy lejos del tugurio que había sospechado. A la suntuosa barra americana la acompañaban media docena de mesas de metacrilato, extrañamente frías, casi ninguna ocupada, todas con una luz propia que irradiaba desde dentro. La barra también estaba vacía e iluminada por partes: la superior de rojo oscuro, la inferior de lila claro. En la superior, un enorme espejo duplicaba las decenas de botellas y copas que allí se amontonaban; en la inferior, una hilera de taburetes, también lilas, se alineaban con perfección. *El Gabacho* pensó que aún debía ser pronto para el sexo, a pesar de que ya se oían las maniobras preliminares en forma de risas nerviosas procedentes de los reservados. Falsas e interesadas las de ellas, lujuriosas las de ellos.

En un extremo de la barra, en la zona menos iluminada del club, la sombra de una mujer de la vida cuchicheaba con la de uno de los camareros. *El Gabacho* no pudo distinguir sus rostros, pero sí el del barman situado en el centro, el que esperaba a los clientes con las manos a la espalda. *El Gabacho* se acercó a él.

—¿Qué quiere tomar el señor? —se ofreció diligente el camarero.

—Quiero ver al *Moro* —dijo *El Gabacho* sin rodeos.

—¿Cómo dice?

—*El Moro*, tengo algo para él.

—Lo siento señor, pero aquí no hay ninguna persona con ese nombre.

—¡Déjate de gilipolleces! —*El Gabacho* se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y le enseñó unos cuantos billetes de cien euros—. Tengo que entregarle esto, no creo que le haga ninguna gracia enterarse de que no me has dejado verle.

—Espere un momento.

El barman se alejó hasta el extremo que estaba en penumbra. A la pareja del principio se le había unido una figura que ocupaba el doble que los demás.

Su silueta sí le era familiar a *El Gabacho*: aquel tipo obeso era el dueño del local. Los cuatro estuvieron unos minutos hablando. Fuera de la barra, la fulana y la mole, dentro, los dos camareros. Fue el gordo el que finalmente se le acercó.

—Me dicen que quieres hablar con *El Moro* —dijo el gerente del *puticlub*.

—Eso es —contestó *El Gabacho* con tanta serenidad que a él mismo le sorprendió.

—Muy bien, acompáñame.

¿Qué dices? Te digo que es él, el que asesinó a Lola. ¿Estás segura? Segurísima. Mira Milagros que si te equivocas, la cosa es muy seria. No me equivoco, tengo su jeta grabada en la memoria. Es que me extraña que se deje ver por aquí. Yo tampoco lo entiendo; ¡será descarado!, presentarse así de esta manera... Tenemos que decírselo al jefe, cuando lo sepa se le va a caer el pelo. Mira, precisamente, por aquí viene.

Siempre de cháchara, menos hablar y más trabajar que allí hay un cliente. Jefe, Milagros dice que ese tipo es el que asesinó a Lola. ¿Cómo? El que está hablando con Emiliano, dice Milagros que vio como mataba a Lola. ¿Ese tío? Por mis muertos que es él. Tú estás pirada. Que no, cojones, que lo tuve a un metro de distancia, te juro que no me equivoco: es el cabrón que se cargó a Lola y le robó el dinero. Milagros, como sea un error me las vas a pagar, pero como sea verdad ese hijo de puta es hombre muerto.

¿Qué pasa?, ¿qué le decías al tipo ese? Yo nada, es él que quiere hablar con *El Moro*. ¿Con *El Moro*? Me ha enseñado un fajo de billetes, dice que quiere entregárselos. Seguro que son los que le quitó a Lola. Calla, Milagros; la verdad es que ahora que me fijo bien me suena la cara del fulano. ¿Le echo a la calle, jefe? Tú te quedas aquí, yo me encargo; con que quiere ver al *Moro*... pues nada, vamos a darle gusto.

# MIÉRCOLES

*El asesinato de Bami volvió al periódico del revés. Lo situó de nuevo en aquella semana de otoño donde se sucedieron tantas noticias y donde Merche nos sorprendió con sus crónicas sobre la vida en una comunidad gitana.*

*El misterioso confidente que Roberto tenía en la policía nos dio de nuevo la primicia. Aunque el resto de diarios ya se habían hecho eco del suceso, nosotros teníamos una información mucho más completa. La proporcionada inicialmente por la comisaría del distrito Sur no pasaba más allá de “una mujer había sido asesinada en Bami en la madrugada del lunes al martes”. En cambio, el informe que recibió Roberto nos permitió ampliar la noticia desarrollando algunos puntos nuevos: la víctima era una prostituta, sus iniciales eran D.M., era madre soltera, y residía en el barrio marginal de las Tres Mil Viviendas.*

*Un material ideal para profundizar en la situación de las mujeres que sobrevivían gracias al oficio más antiguo del mundo. A Roberto le encantaba la idea de darle la vuelta al suceso y tratar la noticia desde el punto de vista social. Nadie mejor que Merche para enfocararlo de esa forma y prolongar el asunto como ya hiciera en otras ocasiones.*

*En la reunión de la mañana se debatió el tema, se preguntó a Merche por las posibilidades del reportaje y se le dio libertad para afrontarlo como ella quisiera. Merche se puso en marcha enseguida: llamó a Dani y planificaron el día para salir inmediatamente hacia el polígono Sur. Su intención era iniciar un reportaje completo de la vida de las prostitutas en las Tres Mil Viviendas. Pero sin ponerse límites. Con posibilidad de ampliarlo a las condiciones de salubridad de la zona, a la delincuencia, al problema de la droga y el alcohol, a la trata de blancas y, en general, al abandono por parte de las autoridades y su consecuencia directa: la marginación social.*

*La verdad es que no me hizo mucha gracia que Merche se adentrara en ese barrio para su investigación periodística, pero ella insistió. Se la veía muy ilusionada y además no iba sola. Por esa razón, al final, no tuve excusa para impedir que fuera.*

*Inevitablemente, en la reunión también se habló de los temas que nos tenían a todos en vilo: el futuro del periódico y la herencia de Don Juan. Roberto nos dijo que todo seguía igual. Que tenía previsto una reunión por videoconferencia con el resto de gerentes de las empresas del grupo. A esas alturas, después de haber efectuado una asamblea como la realizada en “La Voz de Hispaliis”, todos los directores debían tener claro lo que querían los trabajadores. La idea de la reunión virtual era confirmar la unidad de todos, verificar que los empleados querían seguir el plan de Don Juan y nombrar un portavoz que fuera el representante de todos ellos.*

*Cuando menos lo esperábamos, cuando ya terminábamos la junta matinal, se presentó Jaime. Como si fuera un espíritu procedente del lado oscuro vino a contradecir las palabras de Roberto: las cosas sí que habían cambiado, y mucho.*

Con su puntualidad característica, Hidalgo llegó a las seis de la mañana. Sam estaba totalmente despejada, pero el estómago le hacía unos ruidos extraños. Ella aseguraba que eran protestas por estar despierta a esas horas y por haber ingerido agua mineral como único alimento.

El relevo fue rápido: ni rastro de Milagros. Los dos policías estaban preocupados por la amiga de Lola. Tenían la esperanza de que su tardanza se debiera a que todavía no había finalizado su jornada de trabajo. No querían ni pensar que el asesino se les hubiera adelantado. Hidalgo decidió dar un margen de veinticuatro horas más. Si al cabo de ese tiempo no aparecía, debían tomar otras medidas.

Sam no se fue enseguida, se quedó una hora charlando con su jefe. Después de seis horas allí metida se la veía necesitada de hablar con alguien. Sin darse cuenta, la mayor parte de la conversación versó sobre Rocío y su relación con Hidalgo. El inspector solía mostrarse reticente con el tema, en cambio, a esas horas del alba, poco a poco, fue respondiendo y abriéndose a las preguntas de Sam de la misma manera que el sol salía por el horizonte. Estaba claro que Hidalgo sentía por Rocío algo más profundo que una simple amistad. ¡Era tan diferente a Reyes! Menos atractiva, sí, pero más madura; en todos los sentidos. Reyes y Rocío debían ser casi de la misma edad, pero mientras la primera aún seguía convencida de que tenía veinte años, la segunda se sentía tan orgullosa de su cuerpo como de sus cuarenta y cuatro primaveras. Hidalgo ya se imaginaba a Reyes dentro de una década: operada mil veces, con un rostro sin expresión, pintarrajeada más que pintada, al estilo de esos juguetes rotos que eran las actrices en decadencia. Reyes seguía pensando que Dios le había concedido el don de la belleza para no tener necesidad de trabajar, y que el dinero estaba por encima de todo. La verdad es que mantenía intacta su capacidad para engatusar a los hombres: siempre llevaba a alguno arrastrándose a su lado.

Hidalgo no conocía al nuevo “novio” de Reyes; ni falta que le hacía. Al principio, la actitud descarada de su exmujer empeñada en buscar pareja —a ser posible cada vez más adinerada— lo exasperaba, pero el tiempo se encargó de que Hidalgo viera esa faceta de Reyes como uno más de los aspectos —negativos— de su personalidad. De hecho, hacía ya mucho tiempo que no le interesaban lo más mínimo sus amigos. Como mucho, sentía lástima por ellos. Cuando alguna vez les tenía que saludar, solía llamarles por el nombre del anterior, casi siempre a propósito, como una suerte de diversión

para ver la indignación reflejada en el rostro de Reyes. Ella jamás había sido capaz de amar a nadie. No se entregaba; no daba. Sólo le interesaba recibir —atenciones y, sobre todo, dinero—. Estaba convencida que tenía derecho a ello, que era el precio justo por la oportunidad que les brindaba de poder pasearse con una mujer tan atractiva.

Rocío estaba en las antípodas de Reyes: le encantaba su trabajo. Era culta, con interés por aprender y enseñar; sincera y, además, simpática. Las arrugas que ya se iban formando en su rostro eran consecuentes con una vida alejada del materialismo, centrada en la docencia y volcada con familia y amigos. Ahora, Hidalgo tenía la suerte de pertenecer a su mundo. Era feliz a su lado y —le confesó a Sam— tenía la esperanza de compartir con ella el máximo tiempo posible. Sam lo animó a que se sincerara con ella y le expresara sus sentimientos. Incluso insinuó planes de boda.

Alcanzado ese punto, Hidalgo se dio cuenta de que la conversación había llegado demasiado lejos. A pesar de que estaba cómodo compartiendo con Sam lo que sentía hacia Rocío, quiso cambiar de tercio preguntando a su protegida si tenía algún problema. En los últimos días se la veía más preocupada y distante. La respuesta seca de Sam, asegurando que no le pasaba nada, dio por terminada la conversación.

—Me voy a desayunar algo —dijo.

—Nos vemos luego —contestó Hidalgo.

Mientras veía como se alejaba el Seat Ibiza de Sam, Hidalgo pensó lo que tantas veces en los últimos meses: que la detective le ocultaba algo. En más de una ocasión la había sorprendido con conversaciones telefónicas que finalizaban cuando él aparecía, o con documentos que nada tenían que ver con las investigaciones en curso. Hasta ese momento, el inspector había respetado la postura de Sam de no querer compartir con él lo que fuera que le estuviera pasando. Pero ahora ya estaba preocupándose en serio. Por eso decidió ayudarla; y para ello tendría que averiguar si Sam se había metido en algún lío, quisiera ella o no.

**A** las ocho de la mañana, la mitad de la ciudad estaba despertándose mientras la otra mitad entraba a trabajar, abría los comercios o servía los primeros cafés. Sam se acomodó en una de las sillas de aluminio con respaldo y asiento simulando mimbre y pidió un manchado con churros. La tentación era demasiado grande. Y el hambre apretaba. Así que se daban todas las

circunstancias para sentarse en la terraza de la confitería La Campana. Por eso, a los churros le siguieron un trozo de pastel de manzana y un zumo de naranja recién exprimida.

Sam había dejado el coche en su plaza de garaje del parking de la glorieta de Ponce de León y estaba haciendo lo habitual cuando salía de guardia: desayunar en la calle y pasear con tranquilidad por el centro antes de ir a su apartamento de la calle Cuna para descansar.

Pensaba que para ser ya primavera hacía un frío de mil demonios. A pesar de la baja temperatura, prefirió sentarse en la terraza. Le gustaba sentir el aire fresco de la mañana en su rostro mientras se calentaba las manos con la taza. Ya había dado cuenta de churros, pastel y zumo, pero el café se resistía. Estaba ardiendo. Sam tuvo que soplar un poco para poder beber el primer trago. Mientras daba un sorbo de prueba se fijó en la entrada de la pastelería. La fachada era toda de madera. Tan antigua que bien podía ser la original de 1885 —un cartel aseguraba que la casa se fundó ese año—. A ambos lados de la puerta de cristal, filigranas y artesonados separaban varios escaparates. Unos presentaban estanterías circulares con cortadillos, yemas, bombones, palitos de chocolate y pasteles de coco; otros mostraban vidrieras donde los dibujos de las señoritas vestidas de época invitaban a saborear tartas y dulces. Sam se fijó en aquellos anuncios y se vio dentro del escaparate. Observaba por encima de las gafas su imagen reflejada. Lo encorvada que estaba enfriando la bebida con su aliento. Las manos muy juntas aguantando la taza. No parecía ella. Y entonces volvió a ocurrir. Aquella sensación llevaba tiempo sin aparecer. Desde el asesinato de Cecilia Ramos no la había vuelto a experimentar. Pero ahora no fue fugaz. Se quedó con ella todo el tiempo. El verse allí reflejada en el cristal le dio la idea que estaba buscando desde hacía meses.

**J**aime entró sin llamar; tan seguro estaba. Quería demostrar quién mandaba en el periódico. Todo era suyo y por tanto no tenía por qué pedir permiso a nadie para acceder al despacho. Roberto, Enrique, Merche y el resto se le quedaron mirando desde la mesa de reuniones. Primero sorprendidos, luego enojados. Para Jaime era el principio de la victoria final. Realmente disfrutaba con todo aquello.

—¿Qué os pasa? —dijo—. Parece que habéis visto un fantasma.

La sonrisa burlona de Jaime no anunciaba nada bueno.

—La verdad, ya no te esperábamos —respondió Roberto.

—Veo que os he interrumpido —contestó Jaime a la vez que se acomodaba en el sillón de Roberto y ponía los pies encima de la mesa—. ¿Os habéis repartido ya el periódico? ¿De eso trataba la reunión?

—Roberto, cómo le dejas... —protestó Enrique—. Será cretino.

Roberto se fue echo una furia hacia el escritorio para bajar de un manotazo las piernas de Jaime. Lo hizo con tanta violencia que los pies de Jaime arrastraron en su caída varios papeles y un cubilete lleno de lápices.

—¡Sal de mi despacho ahora mismo! —ordenó Roberto.

—Tranquilo, no hay por qué ponerse así —dijo Jaime levantándose del sillón giratorio y haciendo un gesto con brazos y manos, como si estuviera empujando algo, para mantener la distancia entre él y Roberto—. Hay que ver cómo te aferras a la poltrona. ¡Qué poco orgullo! Si yo estuviera en tu lugar ya me habría pirado.

—Nadie se va a ir del periódico —sentenció Roberto.

Jaime se echó a reír con ganas. «Si ellos supieran», pensó. «Qué ilusos, todavía creen en los milagros».

—Yo de vosotros ya estaría buscando trabajo —opinó Jaime—. Aunque, tú puedes quedarte —Jaime señalaba a Merche—, pero tendrás que tratarme mejor.

Merche iba a decir algo, pero Enrique se abalanzó sobre Jaime.

—Hijo de puta... —llegó a decir Enrique antes de lanzar su ataque.

En esta ocasión, el hijo de Don Juan estaba preparado y el golpe no le llegó a tocar. Al echarse hacia atrás se dio con el perchero que cayó estrepitosamente al suelo. El choque fortuito hizo que Jaime perdiera el equilibrio. Para impedir la caída, alargó instintivamente el brazo con la intención de buscar apoyo en la mesa. Fue cuando constató que no sólo las personas estaban contra él, parecía que la conspiración se extendía también a los objetos inanimados: tuvo la mala fortuna de no apoyarse en la mesa sino en la bandeja del café que sobresalía un poco del borde. Al no tener ningún punto de sustento, Jaime Morales cayó al suelo. En sincronía con su caída, la bandeja dio un salto mortal en el aire. La Melita se desmarcó de la pirueta y se concentró en derramar todo el contenido de café encima del susodicho. Fue tan precisa la cafetera que la mayor parte del líquido cubrió el pelo engominado de Jaime, quien, al final, tuvo algo de suerte: el café ya estaba frío.

Las risas se generalizaron por toda la sala.

Jaime se levantó enseguida. Se limpió la chaqueta con la mano como si se

hubiera manchado de polvo o cal o se estuviera sacudiendo la caspa. El movimiento era tan ridículo como poco efectivo: lo único que consiguió fue extender por la ropa aún más los oscuros goterones que le caían del pelo.

—¡Estáis todos despedidos! —amenazó Jaime que parecía haber salido del tinte precipitadamente.

—Eso no lo tienes que decidir tú —contestó Roberto.

—¿No te has enterado todavía? —A pesar del incidente con Enrique y de su ducha de café, Jaime volvió a sonreír—: El testamento no existe.

—No te creo.

Seguro como se sentía del triunfo final Jaime abrió de golpe la puerta para espetar una última frase que no consiguió acallar del todo las risas:

—Mañana por la mañana volveré. Se supone que algo de dignidad os debe quedar, así que espero no veros más por aquí.

**L**as pruebas estaban allí desde el principio; sólo había que verlas. Tres fotos de tres asesinatos. Tres espejos partidos. Sam ataba cabos.

Desde la plaza de la Campana, la subinspectora había pasado por su apartamento, pero sólo para darse una ducha, cambiarse de ropa y salir corriendo para coger de nuevo el coche, esta vez con rumbo a la comisaría. Ante sus ojos tenía la confirmación de lo que ya sospechaba. El elemento en común de las escenas de los crímenes: espejos rotos. En la Barqueta, el homicida hizo pedazos el cristal de la polvera; en casa de Cecilia, lo que rompió fue el espejo del baño; y en Bami, la luna de la pizzería se convirtió en el blanco de su ira. En este último suceso, Sam se percató que el destrozo lo había hecho después de haber estrangulado a la prostituta, y no antes: el cadáver tenía cristales encima del cuerpo, pero no debajo. Los espejos no fueron dañados como consecuencia de la pelea entre el asesino y su víctima. Probablemente, ocurrió lo mismo en el resto de casos. Sin embargo, fue en la Campana donde descubrió el motivo. No se había dado cuenta hasta que se vio en el escaparate de la confitería: el asesino se veía reflejado en el espejo y, o no le gustaba lo que estaba viendo, o no se reconocía en él.

Esta segunda opción era la que le martilleaba en la cabeza. La que la llevó a consultar los apuntes del curso que hizo sobre psicología criminal el año pasado. Buscó en la carpeta azul de dos argollas lo que tenía sobre doble personalidad. Se acordaba que así era como se llamaba vulgarmente, aunque su nombre científico era Trastorno de Identidad Disociativa. Recordaba que en

clase se comentó lo del espejo. En efecto, allí estaba: “la sensación de confusión respecto a quién es uno mismo”, “no reconocerse en el espejo y ver allí a la otra personalidad”, “una personalidad siente ira contra la otra a la que considera débil”... Sam leía aquellas frases que tenía subrayadas. Por fin algo encajaba. Aún era una teoría, pero tenía cierta consistencia y se podía agarrar a ella para llamar a la central.

Cuanto más conocía a su compañero más gracia le hacía. Merche se fijó en el conductor del Jeep de segunda mano: en Dani; y lo vio tal como era. Muy lejos de lo que aparentaba. Reconoció que al principio la había engañado, cuando le pareció un corresponsal de guerra, un fotógrafo intrépido. En cambio, ahora, esa forma de vestir con el chaleco de camuflaje del Coronel Tapioca, abultado como si realmente fuera antibalas; las Ray-Ban; el Jeep; y la expresión tan dura como falsa, ya no la impresionaban. Claro que era muy joven, casi un chaval. Y hacía muy buenas fotos. Pero a la mínima sospecha de complicaciones daba marcha atrás. De arriesgarse nada. De hecho, le costó un mundo convencerlo para que la acompañara a hacer el reportaje en las Tres Mil Viviendas. Sólo accedió cuando ella le dijo que había quedado con Cisco, un buen amigo suyo del clan de *Los Sanluqueños*. Él los protegería de cualquier incidente.

Cuando Roberto les informó del asesinato de la prostituta, y decidieron llevar a cabo el proyecto de una serie de artículos relacionados con la vida de la víctima, y de las personas que vivían en el Polígono Sur, Merche recordó que Cisco y su familia habían sido alojados allí temporalmente. Estaban a la espera de que el ayuntamiento cumpliera lo prometido y terminara las viviendas sociales del nordeste de la ciudad. Merche llamó enseguida a Cisco y le preguntó si les haría el favor de hacerles de guía por el barrio. Cisco no se lo pensó dos veces: estaba encantado de volver a verla y se ofreció a llevarla dónde quisiera.

La periodista iba a salir del despacho de Roberto para planear el día con Dani cuando se presentó Jaime inesperadamente. La visita del hijo de Don Juan le dejó mal cuerpo durante media hora. Parecía muy seguro de sí mismo. Cuando se fue, Roberto intentó tranquilizarlos y les prometió que investigaría, que preguntaría al resto de gerentes si había algo nuevo sobre la herencia. Merche no las tenía todas consigo, pero quiso centrarse en su trabajo; quería hacerlo a conciencia. Podría ser el último reportaje para el periódico.

—Creo que te estás precipitando —dijo Dávila.

Sam no lo creía. Llevaba muchos meses trabajando en el maldito caso. De precipitación nada. Más valía seguir la intuición, y la única pista coherente que tenía, que seguir con los brazos cruzados y esperar a que el asesino volviera a matar.

—Don Manuel, los hechos demuestran que es un asesino en serie. Probablemente un psicópata; eso me lo ha enseñado usted.

Las gotas de saliva que desprendió Sam con la última palabra dieron de lleno en su HTC.

—Sí, pero de ahí a que se trate de un caso de trastorno disociativo va un mundo —contestó Manuel Dávila, el prestigioso psiquiatra de la Brigada de Investigación de Delitos contra las Personas—. Ha podido romper los cristales por cualquier otro motivo. Creo que estás sacando conclusiones erróneas sólo por un ejemplo que os puse en clase.

—Pues llámelo corazonada, pero estoy segura de que esa es su patología.

—Yo me lo tomaría con mucha más cautela.

—Vale, pero yo soy la responsable. Si quiere ayudarme, bien y si no me las arreglare sola; como hasta ahora.

—Veo que no has cambiado nada: sigues igual de orgullosa que siempre.

—Oiga, ¿no me estará analizando por teléfono?

—... y lo mismo de susceptible.

—Don Manuel...

—Está bien. Está bien... ¿Qué quieres que haga por ti?

—¿Me va a ayudar? —preguntó Sam.

—Qué remedio. Te pones tan pesada que es inútil decir que no —dijo Dávila cariñosamente.

Sam tenía muy buen recuerdo del tiempo que pasó en Madrid haciendo el curso. Era la más joven y la única mujer del grupo, pero enseguida se ganó la amistad del viejo profesor. Todo gracias a hacérselas pasar canutas al veterano médico delante del resto de alumnos con sus preguntas y las posteriores discusiones. Tuvo suerte de que el psiquiatra se lo tomara como una muestra de interés por la asignatura. Y en efecto así fue, ya que después de las clases se quedaban media hora más debatiendo sobre los temas que se habían expuesto en el aula.

—Primero, me gustaría que me recordase cuáles eran las causas de esa patología —solicitó Sam.

—Pueden ser muy diferentes, pero la mayoría tienen su origen en la infancia. Niños que sufren abusos repetitivos, sexuales o de otra índole, o han tenido que soportar algún trauma infantil.

—Y entonces llegan a desarrollar la enfermedad.

—No tiene por qué. Si el origen es traumático, el incidente que lo marcó puede permanecer durante años aislado en algún compartimento de la mente. Luego, con cada repetición del hecho, o de situaciones que puedan parecerse al suceso, puede ir desarrollando su otra personalidad.

—Así, hasta que llegue a manifestarse totalmente.

—Exacto. A partir de ahí pueden llegar los problemas.

—Los asesinatos.

—Sí. Aunque una de las personalidades no sea consciente de ellos. Es habitual diagnosticar amnesia asimétrica en este tipo de patologías. Es decir, que uno de ellos, la personalidad principal, no sepa de la existencia de la otra.

—Me acuerdo que nos contaba que incluso podían desarrollar otras cualidades...

—La personalidad agresiva puede aumentar considerablemente su energía en los periodos de crisis, como cualquier enfermo mental.

—Eso explicaría la extrema fortaleza en los asesinatos.

—Podría ser...

—Y *podría ser* también que la personalidad, digamos criminal, tuviera la serenidad suficiente para simular un robo y para evitar dejar huellas.

—Ya sé lo que pretendes con eso, pero sí, se puede dar el caso. De hecho, es habitual que una de las dos o más personalidades sea extremadamente inteligente y sagaz. Sobre todo, para evitar que la principal sospeche nada de él.

—Bueno —Sam respiró hondo—, ¿qué me puede decir con respecto a los crímenes?

—A ver... —dijo Dávila con algo de resignación—: Me has dicho que las víctimas son mujeres. Y que no ha abusado sexualmente de ellas.

—Y que, aparentemente, no tienen nada en común. Ni la edad, ni el físico, ni la condición social, ni la profesión.

—Ya veo, puede ser que le recuerden a su madre...

—¿Cómo?

—Que probablemente tenga algo que ver con...

—¡Joder! —interrumpió Sam.

—¿Qué he dicho?

—Hay otra cosa que tienen en común las tres.

—¿Cuál?

—La maternidad. La de la Barqueta tenía un niño de diez años; Cecilia estaba embarazada, a punto de dar a luz; y esta última era madre soltera.

—Pues eso aclara las cosas algo más.

—¿Qué?

—Que si estamos ante un asesino con doble personalidad (cosa que sigo sin tener clara) podíamos buscar a alguien que sufrió un trauma en la infancia causado por su madre. La sucesiva presencia de mujeres que puedan tener algo que la recuerden es posible que haya provocado que la patología muestre su cara más terrible; hasta el punto de convertirlo en un homicida.

—¿Algo que la recuerden? —Mientras Sam hablaba por la PDA se volvió hacia las tres fotografías.

—Una situación similar; un parecido físico; el pelo; un color...

Sam miraba las fotografías ensimismada. Estuvo un buen rato en silencio, pasando de una a otra. Tanto tiempo estuvo callada que Dávila creía que se había cortado la comunicación.

—Sam, ¿sigues ahí? ¿Oiga?

—Tiene que ser el rosa —dijo Sam por fin.

—¿Qué rosa? —Dávila se impacientaba al otro lado de la línea—. ¿Sam? ¿Quieres explicarte, por favor?

—Hay un color que predomina en dos de las tres escenas: el rosa. Ana Mateos llevaba puesto un chándal de ese color; y la prostituta una minifalda púrpura claro, además, el asesino se ensañó pintándole el rostro con un lápiz de labios de esa misma tonalidad.

—Es posible, pero ¿qué pasa con el segundo crimen?

—Eso es lo que no me cuadra, pero ya le encontraremos explicación. Igual que el *modus operandi* ¿por qué mata con un cinturón?

—Puede que su madre lo castigara pegándole con una correa. —Sin darse cuenta Dávila se estaba contagiando del entusiasmo de Sam y parecía que aceptaba la tesis de la detective.

—Puede ser. Todavía hay demasiados cabos sueltos. Pero creo que hemos avanzado mucho.

—¿Tú crees? —El Dávila escéptico volvió a relucir.

—Ha prometido ayudarme, no lo olvide.

—Y lo estoy haciendo. ¿Qué más quieres que haga?

—Sólo una cosa más. Por los viejos tiempos.

Sam le encargó una gestión que ella jamás hubiera podido hacer con sus medios.

Nada más colgar, Sam vio que tenía un SMS pendiente y varias llamadas perdidas. Todas eran de Hidalgo. El mensaje era escueto: “Milagros ha aparecido. Ven enseguida”.

Antes de salir hacia el Polígono Sur, Sam escaneó ciertos documentos y se los envió a Dávila por e-mail. También le puso una nota: le pidió que tramitara el servicio que le había solicitado como si fuera procedente de la central y, a ser posible, con la máxima prioridad. Estaba segura que su viejo profesor no le fallaría; aunque sólo fuera por los viejos tiempos.

Aún no estaba muy ducho en el tema. Era la segunda vez que utilizaba la aplicación interna de la compañía para realizar videoconferencias y su imagen era la única que faltaba. La pantalla plana del ordenador se había dividido en seis sectores, uno para cada empresa del grupo. El gerente de la revista de actualidad, el del periódico de tirada nacional, el de la emisora de radio, el del canal de televisión y el de la agencia de noticias, ya llevaban media hora debatiendo. «La Voz de Híspalis siempre dando la nota», pensó Roberto.

—¿Qué quieres? —preguntó Enrique con medio cuerpo asomando por la puerta.

—A ver si puedes ayudarme con esto. No soy capaz de darle a la tecla adecuada —dijo Roberto sintiéndose un inútil.

Enrique se acercó y se colocó detrás de Roberto. Ambos miraban el monitor de la mesita auxiliar, situado noventa grados a la izquierda del escritorio.

—Tienes la *webcam* apagada. —Enrique no tardó ni cinco segundos en encontrar el fallo. Un *led* de color rojo informaba que la cámara no estaba en marcha. Así era imposible que la imagen de Roberto se transmitiera a la red.

El periodista se hizo con el ratón y abrió el cuadro de diálogo que permitía modificar la configuración del programa. En efecto, la opción *webcam* no estaba seleccionada. Cuando Enrique la activó, el *led* se tornó verde y el rostro sorprendido de Roberto apareció en la pantalla, en el lugar correspondiente a su empresa.

—¡Joder que vergüenza! —se le escapó a Roberto.

Roberto se incorporó a la reunión y le dijo a Enrique que hiciera el favor de quedarse con él “por si surgía algún contratiempo técnico más”. Enrique

aguantó la risa para que no saliera al aire y se hizo con una silla de la mesa de juntas para colocarse a la izquierda de Roberto.

Hasta ese momento, el resto de conferenciantes habían hablado de los deseos de los trabajadores de cada empresa y parecían estar todos de acuerdo en seguir adelante con sus respectivos proyectos. Incluso, alguno llegó a proponer la unión de dos o más empresas aludiendo a la sinergia como factor importante en la producción. Es decir, volver a agruparse en una sociedad después de que se cumplieran los deseos de Don Juan, pero ya sin nadie de la familia al frente.

Pronto la discusión cambió de rumbo: Roberto informó al resto de directores de la visita de Jaime y de sus amenazas. La noticia alarmó a todos y el pesimismo se generalizó.

—Me temo que es cierto lo que dice el hijo de... —intervino el gerente de la agencia de noticias del grupo Sincera.

—... de Don Juan —corrigió Roberto.

—Eso. —El director de la agencia de noticias se quedó sin darse la satisfacción de insultar a Jaime—. Esta mañana he hablado con el abogado de la empresa. Es del mismo bufete que el albacea de la familia. Éste le ha asegurado que no existe tal testamento.

—¡No puede ser! —protestó el que gestionaba el canal de televisión

—Pero si el lunes todo el mundo daba por sentado que existía —dijo el de Radio Sincera.

—Pues estaban equivocados —insistió el de la agencia.

—Esto es muy raro —opino Enrique en voz baja.

—¿Qué podemos hacer? —El del periódico nacional se desesperaba.

—La secretaria personal de Don Juan me ha confirmado en dos ocasiones de todo lo contrario —informó Roberto—. Y yo la creo a ella antes que a nadie.

—Puedes creer lo que quieras, pero como el testamento no llegue al Registro olvídate del periódico. Dentro de unos meses se lo habrá bebido el señorito como todo lo demás —sentenció el que estaba a cargo de la revista.

—No nos podemos quedar de brazos cruzados —el director de la TV tomó la palabra—. Si es verdad lo que dice Roberto debemos investigar.

—De acuerdo, yo voy a hablar de nuevo con mi abogado —manifestó el director de la agencia.

—Y yo con Miss Nolan —dijo Roberto.

Cada uno expuso su punto de vista y propuso diferentes líneas de acción.

Todos estuvieron de acuerdo en la urgencia de las investigaciones y acordaron iniciarlas cuanto antes.

—¿Os parece que quedemos esta noche para ver lo que hemos adelantado cada uno? —preguntó finalmente el del canal de radio.

La sugerencia fue aprobada por unanimidad. Sólo el de la agencia de noticias quiso añadir algo:

—Propongo que Roberto acuda media hora antes para darle tiempo a que resuelva sus diferencias con el ordenador.

Las risas cerraron la reunión.

—**E**stá ahí dentro —informó Hidalgo—, colocando sus cosas.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Sam.

—Nada, ni esta boca es mía. Se cierra en banda. Sólo ha protestado al ver lo revuelto que estaba el piso. La verdad es que Casares e Ivárs podían haberlo ordenado un poco.

Hidalgo y Sam dialogaban en el rellano de la escalera. El edificio se caía a pedazos. La pintura, la poca que quedaba en las descascarilladas paredes, debía ser la original de hacía treinta años. El ascensor no funcionaba y las pintadas obscenas eran la única y deprimente decoración.

Sam le comentó a su jefe todo lo que había adelantado con el perfil psicológico del asesino. También le informó de la conversación que tuvo con Dávila. A Hidalgo le sorprendió todo lo que había adelantado su compañera, y volvió a admitir en su interior que Sam era de las mejores detectives que había visto en toda su vida. Estaba realmente orgulloso de ella.

—Pues habrá que hacerle hablar —dijo Sam refiriéndose a la testigo.

—A ver si tú lo consigues. De mujer a mujer.

—De policía a puta, diría yo.

Hidalgo sospechó que Sam no tenía especial respeto por las mujeres de vida alegre y pensó que a lo mejor no había sido tan buena idea que viniera para interrogarla.

Entraron en el apartamento que, efectivamente, no podía estar más desordenado. Casares e Ivárs se habían empleado a fondo para buscar cualquier pista que les llevase a descubrir a Milagros. Todo fue en vano. La testigo apareció pasadas las diez de la mañana. Hidalgo la reconoció enseguida. Aunque su pelo estaba teñido de un color indeterminado, entre el rojo y el naranja, no cabía duda de que la mujer que acompañaba a Lola en la

fotografía estaba atravesando el portal del edificio.

Hidalgo se quedó en la entrada de la habitación y Sam se acercó a Milagros que andaba ordenando los cajones de una cómoda desvencijada.

—Buenos días señora, soy la subinspectora Torres de la policía judicial —dijo Sam con toda la educación del mundo, cosa que agradó y tranquilizó a Hidalgo que llegó a pensar que sus temores eran del todo infundados.

—Quien lo diría —contestó Milagros con desprecio mirando a Sam de arriba a abajo.

—Lo que es usted, sin embargo, está más claro —lanzó Sam descubriendo que su amable presentación era pura fachada, que sólo le faltaba un leve empujón para saltar.

Hidalgo volvió a cambiar de opinión: definitivamente no había sido una idea muy brillante.

—Oiga, más respeto.

—La respetaré cuando el infierno se congele —le espetó Sam.

Hidalgo pensó que al final tendría que echar a Sam de allí.

—Haga lo que quiera, no pienso hablar ni con usted ni con nadie. Tengo derecho...

—Todo el derecho del mundo —ironizó Sam—. El derecho a que el asesino se ensañe con usted a la primera ocasión que tenga. Es más estúpida de lo que pensaba.

—Ese ya no puede hacerme nada —se le escapó a Milagros.

—¿Cómo? ¿Qué sabe de él?

—Nada.

—Acabo de oírle decir que ya no puede hacerle daño. O nos cuenta lo que sabe o la detengo por encubrimiento.

—Eso no puede hacerlo.

Sam actuó tan rápido que al propio Hidalgo le sorprendió la reacción de la detective. En dos segundos sacó las esposas, en otros dos Milagros ya estaba con las manos en la espalda y de cara a la pared.

—¡Pero qué coño...!

—Ahora es cuando tienes que cerrar la boca, o lo usaré en tu contra. Estás detenida por cómplice de asesinato.

—Esto es un abuso... ¡No puede! —Milagros intentó volverse para mirar a Hidalgo que veía la escena en silencio—. ¡Dígale a esta loca que me deje en paz!

Hidalgo comprendió lo que pretendía hacer Sam y dejó que siguiera con

la actuación.

—¡Silencio! ¡De cara a la pared! —gritó Sam empujándola con violencia contra una lámina medio torcida, de colores apagados por los años, que representaba la cacería del zorro—. ¡Los diez años no te los quita nadie, so zorra! —gritó Sam consecuente con la escena del cuadro.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Esto es injusto!

—¡Andando a comisaría! —Sam tiraba de Milagros como si la prostituta fuera un animal de carga.

—Espere, espere. —Milagros se rindió antes de lo que pensaba Hidalgo—. Le contaré a usted lo que quiera, pero quíteme a esta bestia de encima.

—Déjamela a mí, Sam. —Hidalgo actuaba como policía bueno. «Otro punto para Sam», pensó.

La policía “mala” se fue de la salita de estar, pero antes hizo dos cosas sin que la viera Milagros: le guiñó un ojo a su jefe y le dejó la fotografía que llevaba desde el martes en el bolsillo trasero izquierdo de sus vaqueros.

**A**l bajarse del Jeep, Cisco se acercó a saludarlos muy efusivamente. Merche se volvió a fijar en Dani. La periodista sonrió para sus adentros al ver la mal disimulada expresión de miedo en el rostro del fotógrafo cuando aquel hombre marcado por las cicatrices se aproximó a ellos.

—¡Qué alegría, señorita! —exclamó Cisco.

No se veían desde que Merche asistió a la corta e íntima ceremonia del puente del Quinto Centenario. También a la periodista le agradó volver a ver a Cisco. Estrechó la mano callosa del gitano y vio cómo su curtido rostro se transformaba en una sonrisa. Un gesto que ya no abandonó durante el tiempo que estuvieron juntos.

A lo largo de dos horas caminaron por el barrio que decían era el más peligroso de la ciudad. Cisco les mostró los bloques, las calles, los callejones; les presentaba a su gente —algunos ya conocidos por Merche: como sus padres y el menor de sus hermanos—, los llevaba por aquellos lugares más curiosos, donde se celebraban tertulias, donde reinaba el flamenco. El cante de verdad, señorita —decía Cisco—. De aquí han salido grandes cantaores que ahora triunfan en “Niuyor” y “Londón”.

Cisco era tan buen anfitrión que hasta le señalaba a Dani los mejores encuadres para sus fotografías: observa aquellos niños jugando a saltar una fogata; ¿has visto esa familia cargando la furgoneta de sujetadores, pantalones

vaqueros de “marca” y camisetas?; mira allá arriba, en lo alto de ese bloque, en el séptimo piso ¿no ves como asoman las orejas de un burro? Los reporteros se sorprendían de la forma de vida tan singular de aquella gente que vivía con sus animales. No vamos a dejar que nos lo roben; o que se mojen para que caigan enfermos —explicaba el dueño del animal, un primo de Cisco, también del clan de *Los Sanluqueños*.

Finalmente, Merche le pidió a Cisco que los llevara donde solían situarse las prostitutas.

—Son ellas las protagonistas del reportaje —dijo la periodista—. Me gustaría hablar con alguna.

Cisco los llevó a una de las calles que discurrían paralelas a Su Eminencia, pero no quiso permanecer con ellos mientras las entrevistaban. Se despidió allí mismo con otro vehemente saludo. Con Cisco, Dani parecía más tranquilo: el barrio no era para tanto, al menos las zonas por donde los había conducido el gitano. Pero ahora que faltaba su guía ya nos las tenía todas consigo.

Merche se acercó a dos mujeres que estaban apostadas en una esquina. Una era mulata, la otra de aspecto centroeuropeo. Las dos vestidas con la ropa justa y ajustada.

—Buenas tardes, somos de “La Voz de Híspalis” —se presentó Merche—. Nos gustaría hacerles unas preguntas.

La rubia se disponía a responderles cuando un cuatro por cuatro negro, enorme, se paró justo enfrente. Parecía que ambas habían visto al diablo; tal era la expresión de sus rostros. No llegaron a abrir la boca, simplemente se dieron la vuelta y se marcharon de allí a paso ligero.

El miedo de las prostitutas hacia aquellas personas era evidente. Merche supuso que se debía tratar de proxenetas, de los chulos de aquellas infelices; o de mafiosos que se dedicaban a la trata de blancas y protegían su inversión. Merche fue más descarada que Dani y dirigió su mirada hacia el turismo, pero le fue del todo imposible verles la cara a través de los cristales opacos del vehículo. Dani volvió a asustarse. Con la excusa de que ya tenían bastante material, sin esperar a Merche, dirigió sus pasos hacia el Jeep. Por suerte lo tenían estacionado a más de cincuenta metros del otro automóvil.

Pero Merche se resistía a irse con las manos vacías. Se aproximó a la única del gremio que no se había inmutado con la presencia hostil del cuatro por cuatro. Merche se presentó de la misma forma, pero tampoco tuvo mucho éxito. Esta vez la prostituta ignoraba las preguntas con una mirada al infinito.

—Merche: ¡Nos vamos! —Dani se impacientaba.

Merche le preguntó a la mujer de vida alegre acerca de su jornada habitual. Quería saber cuánto tiempo llevaba ejerciendo. De dónde era. Si conocía a su colega asesinada. Pero era como hablar con la pared.

—Al menos dime quién es esa gente que tanto os asustan... —preguntó Merche en última instancia.

—A mí no me asustan *Los Romanos*.

Al final resultaba que la mujer no era muda. La frase que salió por su boca dejó a Merche helada.

—¡Merche! —Dani arrancó el Jeep.

—¿Has dicho *Los Romanos*?

—No he dicho nada. No tengo nada que ver con esa gente de “Las Vegas”. Ellos pasan de mí y yo de ellos. Como quiero que la cosa siga igual, ya te estás pirando.

Dani retrocedió unos metros hasta la altura donde se encontraba Merche, y abrió la puerta del copiloto.

—O entras o me voy —amenazó Dani.

Merche se subió al vehículo, aún impresionada por lo que acababa de oír. El fotógrafo aceleró sin apenas darle tiempo a cerrar la puerta.

La periodista permaneció callada todo el viaje de vuelta al periódico. Por su cabeza rondaban varios nombres: *Los Sanluqueños*, *Los Romanos*, “Las Vegas”, Chus, Cisco y Francisco Salas Heredia, alias Curro. Pensaba en un crimen. También en una venganza.

**L**a zona que se extendía desde Su Eminencia hasta el lujoso Club Pineda era un descampado donde sólo había dos construcciones: las ruinas abandonadas de un cuartel del ejército y una especie de chiringuito de playa. El bar parecía desubicado, como si una fuerza extraterrestre lo hubiera teletransportado desde la costa. En medio de los dos se hallaban unas enormes tuberías destinadas a alguna mejora de la red interna de conducción de agua de la ciudad. Allí era donde debían buscar, según la información que finalmente les proporcionó Milagros.

La compañera de Lola reconoció enseguida la fotografía que le mostró Hidalgo. Milagros aseguraba que *El Gabacho* había asesinado a su amiga. También les dijo dónde podían encontrarlo, dónde le habían dejado tirado después de que le dieran su merecido. A pesar de la insistencia, y de que Sam

volvió a presionarla, se negó a decir quién había sido el que le dio la paliza a *El Gabacho*. Parecía más asustada de las posibles represalias, si hablaba, que de las amenazas de la subinspectora. Hidalgo y Sam no perdieron más tiempo y se dirigieron hacia el lugar que la prostituta les indicó. Dejaron el vehículo de Hidalgo en el Polígono Sur y se montaron los dos en el Seat de Sam. En pocos minutos, aparcaron en el límite de aquel terreno desocupado donde un cartel anunciaba la futura construcción de un centro comercial.

Ambos sacaron sus armas reglamentarias y se aproximaron con prudencia a la zona donde, según Milagos, debía estar *El Gabacho*. Hidalgo se adelantó unos metros y le hizo una seña a Sam para que lo cubriese desde el costado, un poco más retrasada.

No tardaron mucho en encontrarlo.

Se hallaba dentro de uno de los enormes troncos de tubería, encima de un charco de aguas fecales. Su estado era lamentable: lo habían molido a golpes. La paliza era mortal. Tumbado en postura fetal, sangraba por la boca y nariz. Sam presionó ligeramente su arteria carótida con dos dedos. El pulso era débil. Aún vivía.

Del chiringuito salía música. Sonaba una conocida y alegre canción. Era la banda sonora improvisada de aquella triste escena; una terrible paradoja pensó Sam.

*Sevilla, tan sonriente,  
yo me lleno de alegría cuando hablo con su gente,  
Sevilla enamora al cielo, para vestirlo de azul,  
capazo duerme en Triana, y la luna en Santa Cruz.*

Hidalgo miraba a Sam y negaba con la cabeza: aquel infeliz estaba agonizando. A pesar de todo, siguió con el procedimiento y llamó a la comisaría. Informó del suceso con un código predeterminado y pidió una ambulancia.

Sam seguía en cuclillas, al lado de *El Gabacho* que respiraba con dificultad.

—¿Quién ha sido? ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó la detective con insistencia.

\* \* \*

*El Gabacho* abrió los ojos lentamente. Poco a poco se iba configurando el

rostro de la persona que estaba a su lado. Le extrañó que, después de que la imagen se enfocara en su retina, no fuera Isa la que le acompañaba. Era otra mujer, más joven, de pelo corto, con gafas y con un pañuelo alrededor del cuello. No acertaba a entender lo que le estaba preguntando. El dolor acaparaba todos sus sentidos; era tan intenso que no le dejaba respirar. Por fin comprendió que la mujer le preguntaba por *El Moro*. Entre el mafioso y el dueño del puticlub lo habían machacado. Los dos le echaron en cara el asesinato de la puta y el robo del dinero. *El Gabacho* no se explicaba cómo podían haberse enterado; pero eso ya daba lo mismo: era hombre muerto.

Cuánto echaba de menos a Isa en aquellos instantes. Él ya sabía que iban a ser los últimos de su vida. Y, como no podía ser de otra forma, los iba a pasar a ras de suelo.

\* \* \*

Sam ya se iba a dar por vencida cuando observó que *El Gabacho* movía ligeramente los labios. Intentaba decirle algo, pero de su boca no salía ningún sonido. Sam se acercó todo lo que pudo hasta que su oreja derecha prácticamente rozó los labios del moribundo. Le oyó decir por dos veces la misma palabra: “Moro”, “Moro”.

¡*El Moro*! Sam lo había oído perfectamente. Así que el tipo que buscaban en Algeciras, el que se suponía estaba detrás del asesinato de Carlos Casas, alias *Charlie*, era el que se había ensañado con aquel desgraciado.

—¿Dónde? ¿Dónde está *El Moro*? —Sam esperaba que *El Gabacho* aguantara lo suficiente para darles la información que les permitiera atrapar a ese hijo de puta.

*Sevilla tiene un color especial,  
Sevilla sigue teniendo su duende.  
Me sigue oliendo a azahar,  
me gusta estar con su gente.*

El estribillo seguía sonando machacón. Desde el interior de la tubería, como si estuviera enmarcado por un portillo circular, se veía el chiringuito.

—¿Dónde se esconde *El Moro*? —insistía Sam.

*El Gabacho* hizo un último esfuerzo: utilizó la poca energía que le quedaba para mover su cabeza hacia el bar y luego mirar a Sam. Después, con los ojos muy abiertos, expiró.

\* \* \*

*El Gabacho* le había intentado decir algo antes de morir. ¿Estaba *El Moro* en aquel chiringuito? Si era así pronto lo iban a averiguar. De nuevo la aproximación con pistola en mano, Hidalgo se empeñaba en ir delante.

—¡Policía! —gritó Hidalgo al entrar de sopetón al local.

Era un tugurio destartado. Más una chabola que un bar. Cuatro paredes mal construidas, un techo de chapa y una barra de obra, de ladrillo visto. Detrás, un camarero, la única persona que habitaba el lugar.

Sam apagó de un manotazo el viejo radio casete que colgaba de la pared.

—¿Qué ocurre, agente? —preguntó asustado el hombre.

—¿Quién eres? ¿Dónde está *El Moro*? —inquirió Hidalgo.

—¿Qué *Moro*? ¿Qué dice?

—No te hagas el listo conmigo. ¡No estoy para bromas!

—Le juro que yo no he hecho nada.

Sam se dio cuenta enseguida de que aquel tipejo decía la verdad. Allí no se podía esconder nadie. No había más habitaciones. No había nada.

—Vámonos, jefe —dijo Sam resignada al cabo de un rato de peinar todo el lugar sin éxito y de ver que aquel fulano no sabía nada, de que ni siquiera se había percatado de la presencia de *El Gabacho*.

Los policías enfundaron la pistola y abandonaron el lugar. Cuando se alejaron unos metros volvieron a oír aquel estribillo:

*Sevilla tiene un color especial,  
Sevilla sigue teniendo su duende.  
Me sigue oliendo a azahar,  
me gusta estar con su gente.*

Sam se quedó paralizada. Se dio la vuelta y echo a correr hacia el chiringuito. Hidalgo no comprendía nada.

\* \* \*

Cuando el camarero la vio entrar con la cara desencajada se asustó tanto que fue él mismo el que apagó el aparato. Lo hizo con tanta violencia que casi tira el casete al suelo.

—¡Vuelva a encenderlo ahora mismo!

El tipo no entendía nada. Pulsó el *play* y otra sevillana diferente comenzó a sonar. Una que hablaba de un caballo que se enamoró de una yegua de Castilla. Era su cinta preferida. Ya quedaba poco para la feria y le gustaba oír esa antología de famosas sevillanas.

—¡Ponga la anterior!

Aquella mujer tan menuda parecía fuera de sí. El hombre no se molestó en preguntar ni en discutir, lo mejor era hacer lo que le ordenaban; tan cabreada estaba que la veía capaz de descerrajarle un tiro. El sujeto le dio a rebobinar y al cabo de unos segundos unas conocidas voces decían que Sevilla era su amante, su misteriosa reina mora, que era flamenca y elegante, que enamoraba al mundo por su manera de ser, por su calor y por sus ferias. “Sevilla tuvo que ser” aseguraban al final, antes de dar paso al estribillo.

—¿De quién es esa canción? —preguntó la detective con pinta de hippy.

—¿Cómo?

—¡Qué quién canta, coño!

El barman seguía sin entender lo que pasaba. Esa policía podía estar hasta loca, así que decidió seguirle la corriente y responder a todas sus preguntas, por muy extrañas que le parecieran.

—Es una sevillana de *Los del Río* —dijo.

# JUEVES

*Una de cal y otra de arena. Así estábamos la semana pasada. Tan pronto nos felicitábamos por el futuro que le aguardaba al periódico como nos dábamos el pésame por estar sin trabajo. La culpa la tenía Jaime Morales. Él y sus conspiraciones. Sólo tenía razón en una cosa: si el testamento no existía, para qué íbamos a prolongar más nuestra estancia en el diario. ¿Para darle la satisfacción de echarnos? Yo no estaba dispuesto y así se lo hice saber a Roberto el miércoles después de la sesión virtual con el resto de empresas del grupo. Roberto me dijo que esperara hasta la junta de la noche. En esa videoconferencia no estuve presente, pero nos envió un SMS a todos, ya de madrugada, para decirnos que el jueves era un día de trabajo normal, pero que se suspendía la reunión matinal. El misterioso mensaje no aclaraba nada, al contrario, nos volvía a sumir en la incertidumbre. No obstante, Merche y yo decidimos hacer caso al director de “La Voz de Híspalis” y el jueves acudimos al periódico como si fuera una jornada laboral cualquiera.*

*Merche ya había comenzado su serie de artículos sobre la vida en las Tres Mil. Anticipando el éxito de su trabajo se le reservó una columna en primera, con un extracto del reportaje, y dos páginas centrales con fotografías a todo color. Merche me comentó lo bien que le fue el primer día con uno de los gitanos de “Los Sanluqueños” como guía. Cuando el jueves volvió a salir para continuar con su reportaje supuse que todo resultaría igual de cómodo y seguro. Pero Merche me ocultó el peligro al que se exponía en esa ocasión. Jamás la habría dejado ir de haberlo sabido. Si hubiera sido necesario le habría recordado que era su jefe o la habría acompañado personalmente. Pero, desde luego, nunca habría dado el visto bueno a esa imprudencia. Hasta el día siguiente no me enteré de todo lo que sucedió. Y es que también ignoraba que la segunda visita de Merche al Polígono Sur se debía a una cuestión personal. Lo del reportaje fue una excusa en beneficio de la investigación de un asesinato ocurrido hacía más de dos años. Aún siento escalofríos sólo de pensar que ella, tan frágil e*

*indefensa, se metió en la boca del lobo: ¿Cómo se le ocurrió adentrarse de noche en “Las Vegas” sin compañía?*

**L**o estaba esperando. Jugando tranquilamente con los clips, uniendo unos con otros hasta formar una larga cadena. O mirando el monitor. Escudriñando alguna noticia nacional o internacional de la agencia; alguna de las que recibía por la red interna del grupo. Acababa de terminar el editorial de la cuarta. Lleno de referencias al extenso reportaje de Merche y con una clara denuncia acerca de las condiciones de vida en el Polígono Sur. Había adelantado trabajo. Y, además, la junta de la mañana estaba suspendida. Quería que no hubiera nadie. Sólo ellos dos.

Volvió a entrar sin llamar. Arrogante. Seguro de sí mismo.

—Veo que me habéis hecho caso —dijo Jaime recorriendo con su vista la estancia vacía.

La larga mesa de reuniones estaba desierta. Sin la eterna bandeja del café con la Melita a medio llenar, ni los botellines de agua mineral. Sin papeles ni periódicos. Nada.

—Ellos se lo han buscado. Lástima no haber estado aquí para ver cómo recogían sus cosas y se iban con el rabo entre las piernas. —Jaime se relamía pensando en la escena.

Roberto permanecía extrañamente callado. Seguía con su hilera de clips. Por fin levantó la cabeza para mirar a Jaime.

—Nadie se ha ido del periódico. Están todos en sus puestos de trabajo. Ni siquiera te has molestado en pasear por la redacción ¿verdad? Tan seguro estabas de tu victoria.

—Bueno, casi me alegro. Así no me privaré del gusto de echarlos.

—El que te vas a ir eres tú. Ahora mismo. Estás despedido.

—¿Cómo dices? Tú deliras. Nadie puede despedirme: soy el dueño de todo esto.

—No, no lo eres. No lo has sido nunca, ni lo serás. Yo soy el director del periódico y tengo la potestad de despedir y contratar gente. Pásate por la sección de personal y que te den el finiquito. Ya lo tienen preparado. No quiero verte más.

—De verdad, estás más enfermo de lo que imaginaba.

—¿Prefieres irte ahora o que te denuncie por falsedad documental, soborno, estafa y no sé cuantas otras cosas más?

—¿De qué estás hablando?

—Hemos investigado al albacea de tu padre. Resulta que algunos abogados de la empresa trabajan en el mismo bufete. Sobre todo, uno de ellos.

El que lleva la contabilidad. Ha encontrado algunos ingresos irregulares en la cuenta del albacea. Grandes cantidades. Pagos sucesivos desde el lunes hasta ayer mismo. A cargo de un cliente cuyo nombre no existe; por un trabajo que nunca se ha efectuado.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Nada. Seguramente sea una coincidencia que el testamento de Don Juan haya desaparecido y que, a la vez, “alguien” le haya entregado una gran suma de dinero al encargado de custodiarlo y llevarlo al Registro.

—No puedes probarlo. Además, tú sabes que no tengo ni un euro.

—Seguro que no te habrá sido nada difícil pedir prestado dinero a cualquier banco con el aval de la fortuna que te espera.

—No tienes pruebas. Estás divagando.

—A ti no te hemos investigado, pero si te empeñas lo haremos.

—Sin pruebas y sin testamento estás en la calle.

Jaime parecía recuperar la confianza después del primer envite de Roberto. Pero el director de “La Voz de Híspalis” seguía extrañamente tranquilo. Hablaba muy sosegado, incluso su larga melena estaba menos alborotada que otras veces.

—Ya que mencionas el testamento, antes de irte puedes pasar por tu escritorio para recoger las cosas y, de paso, mirar el correo. Hay un mensaje muy interesante.

—No pienso irme a ningún sitio. ¡No sé qué tonterías son estas! ¡Estás loco!

El portazo hizo temblar las mamparas de cristal, pero a Roberto no le importó en absoluto. Se levantó de su escritorio y se fue directo al ventanal que daba al puesto de trabajo de Jaime. No quería perderse la reacción del hijo de Don Juan cuando viera aquel mensaje.

\* \* \*

Jaime encendió el ordenador bastante nervioso. Ese estúpido abogado había sido muy descuidado. De todas formas, del testamento sólo quedaban cenizas. Jamás podrían probar la existencia de ese documento. Por su parte, tampoco había rastro del soborno. Si el albacea cantaba era su palabra contra la de él.

Jaime rabiaba. ¡Malditos bastardos, hijos de puta! Ahora verían quién era Jaime Morales. Se iban a ir a la puta calle y él mismo sería el encargado de darles una patada en el culo; uno por uno.

El portal de la red interna del grupo Sincera apareció en la pantalla.

Jaime seleccionó la pestaña del correo electrónico. Un cuadro de diálogo le pidió nombre de usuario y contraseña. El nombre era el mismo que su dirección de correo: [jaimemorales@sincera.es](mailto:jaimemorales@sincera.es); la contraseña era el teléfono que solía usar para pedir compañía nocturna, se lo sabía de memoria: 808567823. Al escribirlo siempre se acordaba de la última “conejita” con la que había estado. Eso le alegraba el día en aquel tugurio de periódico al que le quedaban dos semanas escasas de existencia.

Entre los mensajes habituales del grupo y los internos del periódico, destacaba uno por encima del resto: un *e-mail* de la central que tenía como asunto *Últimas Voluntades*. Hizo doble clic sobre él y descubrió que era un mensaje reenviado por Roberto Stefani a todo el personal del periódico. El *e-mail* tenía un archivo adjunto de extensión *mpg*. El texto del mensaje era escueto:

*Estimado Sr. Director:*

*Como quedamos ayer por teléfono, remito copia del vídeo grabado.*

*Atentamente.*

*Nancy Nolan*

Jaime no entendía nada. Pulsó de nuevo el ratón para abrir el archivo adjunto. El ordenador ejecutó el programa que tenía por defecto para reproducción de archivos multimedia y lo que apareció en pantalla le dejó petrificado. Era su padre. La fecha que aparecía en el vídeo era de tan sólo dos meses atrás. Don Juan hablaba lento y pausado. Leía con dificultad un documento con sus últimas voluntades. El testamento.

\* \* \*

—¡Ese vídeo está trucado! ¿Te crees que un juez se va a tragar esa patraña? — exclamó Jaime.

Roberto veía el rostro desencajado de Jaime y pensó que estaba derrotado, pero aún faltaba la puntilla.

—¿Un juez al que le digan que el albacea ha recibido un soborno por hacer desaparecer el testamento? ¿Un juez que vea el vídeo que ya circula por todas las empresas del grupo e incluso está colgado en Internet? Y, lo que es más importante, ¿un juez que lea la copia que Miss Nolan se guardó del testamento temiendo que algo como esto podría pasar?

—¡Mentiras todo son mentiras! —Jaime echaba espuma por la boca—.

¡Acabaré con todos vosotros, tarde o temprano acabaré con todos!

El portazo fue mayor que el anterior, tanto que rompió una de las dos hojas de cristal de la puerta y tiró la persiana veneciana que lo cubría.

—Lo dicho, vete a que te den el finiquito —dijo Roberto cada vez más tranquilo—. ¡Ah! Y no te preocupes, ya les llamo yo para que descuenten el precio del cristal.

Lo último que vio Roberto antes de que Jaime desapareciera por el vano de la puerta de la sala de redacción fue la patada violenta que éste le propinó a su mesa, y el empujón que le dio a la pantalla del ordenador. El monitor cayó estrepitosamente al suelo. Milagrosamente aún funcionaba. Allí, tumbado boca arriba, Don Juan seguía con la lectura del testamento.

**D**os manzanas antes de llegar dieron el aviso; tal como estaba previsto. Se tomaron ese resguardo para evitar el sistema de vigilancia que seguramente había organizado *El Moro* en las proximidades del garito. Sam colocó el mando del canal en el número 10. Lo tuvieron que cambiar a última hora porque el previsto para la operación tenía demasiadas interferencias. Resultó ser el mismo que el del SMM<sup>2</sup> utilizado por los prácticos. El que servía de enlace entre remolcadores y buques en las maniobras de atraque y desatraque del puerto.

—En posición —comunicó Sam.

Era la frase que indicaba que estaban a punto de llegar al *Tony's*. “Recibido y corto” fue la contestación de Casares. El inspector del distrito Sur daba por finalizada la comunicación a menos que algo saliera mal y hubiera que romper el silencio por fuerza mayor. Sam se guardó el pequeño *walkie-talkie* Motorola, pero antes giró el botón negro del *sqelch* hasta eliminar todo el ruido de fondo que salía del aparato.

El plan era sencillo, pero debía estar perfectamente sincronizado. Hidalgo y ella, ambos de paisano, entrarían por la puerta principal como dos clientes normales y corrientes. La única persona que podría reconocerlos, Milagros, había decidido volver a su pueblo. En El Arahal ya le aguardaban padres y hermanos. La muerte de Lola, y la posible represalia de *El Moro* si se enteraba de su charla con la policía, eran razones más que suficientes para darse una oportunidad e intentar cambiar de vida.

Sam no necesitó muchos arreglos en su vestimenta para hacerse pasar por un chico joven. El chaleco antibalas que llevaba debajo de su habitual jersey

de lana enmascaraba, por aplastamiento, los pechos. Hidalgo sí tuvo que cambiarse de ropa porque su atuendo de diario era casi un uniforme a ojos de los delincuentes. La verdad es que formaban una pareja algo extraña, pero quizás por esa razón podrían pasar más desapercibidos en un lugar como el *Tony's*. Los típicos marineros de un buque de cabotaje que buscaban relajarse después de días de dura navegación. Un contraamaestre ya curtido y su joven ayudante. ¿Por qué no?

Aunque levantaran sospechas, la dinámica de la operación estaba diseñada para que la acción se desatara de inmediato: a los diez minutos de llegar la pareja de policías. En ese momento, la unidad de la brigada de homicidios más algunos agentes de narcóticos, todos del distrito Sur, irrumpirían violentamente por la puerta trasera haciendo el mayor ruido posible, deteniendo a todo el mundo y empujando hacia la única salida que quedaba a los que consiguieran escapar de la redada. De la misma forma que hace el personal auxiliar en una batida de caza: espantar animales hacia el lugar prefijado donde los esperan apostados los cazadores. Los cazadores eran Hidalgo y Sam.

Sam daba por sentado que la presencia policial uniformada sería detectada mucho antes de llegar al *Tony's*. Así debía ser. Casares le había comentado que no era la primera vez que sus compañeros de estupefacientes habían efectuado una redada en la plaza de Los del Río. Siempre ocurría lo mismo: antes de llegar los agentes, los camellos se habían desembarazado de la droga y, como mucho, conseguían detener a algún yonqui desgraciado que tenía en su poder más cantidad de caballo de lo habitual. Lo que siempre quedaba fuera de las operaciones era el *puticlub*. Por lo visto, el dueño, Antonio Rivas, alias Tony, era un antiguo confidente de la policía. Un personaje de los barrios bajos de la ciudad que había conseguido engordar — literalmente— a base de sustanciosas recompensas por delatar a sus compañeros. Uno de los pocos que había conseguido sobrevivir. En recompensa a sus servicios, le permitieron regentar el club que llevaba su nombre y le prometieron hacer la vista gorda a sus oscuras actividades de prostitución siempre y cuando no se metiera en líos mayores. Ahora estaba metido en uno: dar cobijo a un peligroso traficante de drogas y asesino. Precisamente, esa permisividad hacia el tugurio era lo que permitiría coger por sorpresa a *El Moro* dentro del club. Su red de vigilancia jamás sospecharía que iban a por él, que iban a asaltar el local. Simplemente, creerían que se trataba de una redada rutinaria más en la glorieta de Los del

Río.

Los del Río. La ciudad fue generosa con el famoso dúo de cantantes cuando les levantó un monumento y colgó su nombre artístico en una de las plazas del municipio. Todo en reconocimiento de su labor al llevar el nombre de la ciudad por todo el mundo; sobre todo después del éxito de una canción tan pegadiza como “La Macarena”. El baile asociado a ella se popularizó tanto que lo llegó a utilizar Bill Clinton en su segunda campaña electoral.

El día anterior, Sam se dio cuenta de que *El Gabacho* señalaba la música que salía del chiringuito, y no el bar en sí. Su mirada, a través de la tubería que se convirtió en mortaja, se dirigía hacia el sonido. Cuando el camarero le confirmó que era una canción de Los del Río, la detective enseguida pensó en la plaza. Hidalgo y ella no tardaron en llegar a la glorieta, estaba a muy poca distancia del lugar donde habían matado a golpes a *El Gabacho*. Pronto se percataron de la actividad ilegal de la plaza: el tráfico de drogas. Una zona que, con toda seguridad, tendría vigilada y controlada la comisaría del distrito Sur. Por eso llamaron a Casares y le pusieron al día en sus investigaciones. Le informaron de la declaración de Milagros. De que gracias a ella habían encontrado al asesino de Lola —y de las otras dos mujeres—, aunque no habían conseguido la confesión del homicida —*El Gabacho*— pues falleció antes de poder contarles nada. Sólo tenían la información de dónde podían hallar a su verdugo: *El Moro*. Un mafioso que también buscaban por el asesinato de la calle Trajano y por otros crímenes en Algeciras.

Casares les confirmó que la plaza de Los del Río era un lugar de venta frecuente de cocaína y heroína. Que el único lugar donde podría esconderse *El Moro* era el *Tony's*. Casares también les dijo que sus compañeros de narcóticos llevaban varios meses con fuertes sospechas de que el club era el local desde donde se dirigía todo el negocio de la plaza. Pero que por órdenes de sus superiores no habían logrado el permiso para actuar allí dentro. No obstante, seguían vigilando a todo el que salía y entraba del edificio azul haciéndoles fotos desde una vivienda contigua. Se las enseñaron a Sam. Sólo tenían un par de instantáneas, desenfocadas, de un sujeto que atendía a la descripción que ella les había dado; la que, a su vez, Requeijo le proporcionó por teléfono. Pero eso le bastaba a la subinspectora. Aquel tipo alto, fuerte y calvo que cogieron con el teleobjetivo subiéndose a un todo terreno tenía que ser *El Moro*.

Hidalgo se ofreció a exponer la situación a Ramírez. A Sam le sorprendió la rapidez con la que obtuvo el permiso para colaborar con la gente del

distrito Sur. Claro que ahora el comisario no tenía por qué negarse, la operación podía solucionar el asesinato de *Charlie*, y subir la estadística de homicidios resueltos en su distrito. El caso es que ambos comisarios, César Ramírez y Jorge García Ivárs, autorizaron la colaboración. También dieron su bendición para que el miércoles por la tarde Hidalgo y Casares elaborasen un plan para coger a *El Moro* cuanto antes. En ello trabajaron hasta que estuvo listo el mediodía del jueves. Después del visto bueno de sus superiores ya sólo quedaba esperar al anochecer para ejecutarlo.

Aprovechó para estudiar la cámara que le había dejado Dani. Más que nada quería probar el manejo en modo nocturno de la Nikon digital. No parecía muy complicado, pero en algo se tenía que entretener. Debía hacer tiempo dentro del Peugeot hasta que se hiciera de noche. Merche se había documentado exhaustivamente acerca del barrio de “Las Vegas” y sabía que antes de finalizar el crepúsculo los patios del vecindario iban a estar todos desiertos. Sólo después de anochecer se formarían los corros de gente alrededor de fogatas improvisadas. Muchas de ellas con los pocos muebles que les quedaban a los pisos sociales que en su día entregó el ayuntamiento.

Eran reuniones aparentemente aleatorias, pero que guardaban cierta organización. En “Las Vegas” convivían cuatro estratos sociales muy diferentes pero conectados entre sí. Por un lado, estaban los que se dedicaban a la delincuencia organizada. Los peces gordos del contrabando, de la trata de blancas o del tráfico de drogas. Los que se encargaban de blanquear el dinero. Los que manejaban el cotarro con los todo terreno oscuros supervisando que los negocios transcurrieran sin incidentes. Cuanto mayores eran los vehículos más sensación de poder transmitían; y de temor. Mejor un Hammer que un Chrysler Voyager. El caso es que se notara su presencia patrullando la zona. Esa gente nadaba en la abundancia y tenían el poder adquisitivo suficiente para permitirse vivir en lujosas mansiones, sin embargo, preferían habitar los viejos pisos de “Las Vegas” por la impunidad que les proporcionaba un barrio donde ni siquiera la policía se atrevía a entrar. Eso sí, nada les impedía tener los mejores equipos electrónicos, las mejores televisiones de plasma, los mejores coches de la ciudad.

En un nivel inferior se situaban los que gestionaban el negocio directamente. Los proxenetes, traficantes, contrabandistas y falsificadores. Tenían una relación directa con los del primer estrato. A ellos les entregaban

las ganancias y de ellos recibían las sustanciosas comisiones. Más tajada cuanto más implicación y riesgo. Algunos podrían estar a punto de subir de nivel, aquellos que estaban al frente de una organización más compleja. Por ejemplo, en el campo de la droga, si el negocio lo requería, podían necesitar un mayor sistema de vigilancia e, incluso, una unidad más numerosa de intervención violenta para proteger sus esquinas de la competencia, para proporcionar cobertura y seguridad a los camellos, ganchos y vigilantes.

El tercer estamento se nutría de la gente que se dedicaba a actividades casi legales o no tan delictivas como las anteriores: eran los que recogían chatarra o los que vivían de la venta ambulante. La mayoría comerciaban con productos falsificados o robados, del sector textil, del audiovisual o de la electrónica.

Completaba esta heterogénea clasificación los que se encuadraban en el nivel más bajo. Los desechos sociales. Los drogadictos, las prostitutas que se vendían por cuatro euros para conseguir la dosis diaria y los indigentes, en general, que sobrevivían recogiendo las migajas que les dejaban los pertenecientes a las otras tres categorías.

Merche se lo pensó mucho antes de decidirse a probar suerte en los barrios bajos del Polígono Sur. Si quería ayudar a Cisco y a su familia a descubrir el asesino de Chus y, sobre todo, si quería evitar un nuevo derramamiento de sangre, tendría que arriesgarse. Simplemente obtener alguna información que permitiera a la policía detener al asesino. Ella sabía que los agentes de la ley jamás pisaban “Las Vegas” para investigar nada. Si iban allí era sobre seguro, a una dirección concreta, por un soplo; para encerrar a alguien.

Por otro lado, tampoco debía alertar a Cisco. No le iba a decir que parte de *Los Romanos* vivían ahora en Las Tres Mil Viviendas. Lo más seguro es que ya estuviera enterado, pero lo último que quería Merche era que Cisco interviniera directamente en el asunto. Tenía que mantenerlo alejado hasta que el asesino estuviera a buen recaudo.

Con esos pensamientos Merche se armó de valor. Se dijo que, después de todo, el barrio no era tan terrible como lo presentaban. La visita del día anterior fue pacífica y tranquila. Además, nadie se iba a preocupar de una mujer que andaba haciendo un reportaje después de todos los artículos, documentales y cortos que últimamente se habían realizado sobre el vecindario. Las Tres Mil estaban de moda y ella era una periodista más que escribía sobre la gente que sobrevivía en sus calles.

El razonamiento interno, que tan bien sirvió para autoconvencerse, no fue capaz de lograr que alguien la acompañara. Dani se negó rotundamente. Decía que no le pagaban lo suficiente para arriesgar su vida en el Polígono Sur. Que una vez bastaba. Con Enrique ni siquiera lo intentó. Sabía que no la dejaría ir. Y eso que su jefe, y a la vez amante, aún no conocía un detalle importante. Merche no encontraba el momento para decírselo. Pensó que de ese fin de semana no podía pasar.

**I**rregulares estratos de nubes, paralelos y encendidos, como si estuvieran ardiendo, iban configurando un cielo cada vez más oscuro. Anochecía. Era la hora de actuar. Hidalgo entró primero, Sam a continuación. La detective ya estaba cansada de tanta protección por parte de su jefe. Siempre la dejaba detrás con la excusa de que debía mantener seguro el flanco derecho, o el izquierdo, o de que tenía que cubrir la retaguardia. De cualquier cosa con tal de que la detective arriesgara lo justo. Se creía que era tonta y no se daba cuenta de que la protegía en exceso cuando, en realidad, el que necesitaba amparo era él. Sam le insinuó, medio en broma, medio en serio, si no era ya demasiado viejo para un operativo de esas características. A Hidalgo no le hizo ninguna gracia, pero al menos no le volvió a preguntar a su compañera si llevaba puesto el chaleco antibalas, si tenía cargada la Star 28 PK, si tal o cual. Realmente estaba cansada ya de tanta monserga. Con gesto contrariado cruzó la puerta del *Tony's*, detrás de Hidalgo; qué remedio.

El club estaba tranquilo. Sam pensó que demasiado tranquilo. Había poca gente y a la subinspectora le pareció que todos estaban colocados como si formaran parte de una puesta en escena estudiada: dos camareros detrás de la barra, con espacios perfectamente equidistantes entre los dos y entre cada uno de los extremos. Las chicas, modositas, sentadas en las modernas mesas de metacrilato. No había clientes. Ellos eran los únicos. De ahí que el personal los mirase expectantes. Como si los estuvieran esperando. Una desagradable sensación le recorrió el cuerpo, algo parecía estar fallando. Sin embargo, no podían saber que eran policías. *No debían*. Por eso siguieron con el plan previsto y se acomodaron en la barra.

—Emiliano, atiende a los señores —ordenó el barman situado más a la derecha.

Hidalgo pidió una coca cola, Sam un Ballantines en vaso ancho con hielo hasta arriba. El inspector disfrazado de no se sabía qué la miró cuando

solicitó la copa, pero Sam le respondió con un gesto contrariado que significaba “si pido otro refresco se van a mosquear”, o también “ya sé que estamos de servicio, pero hay que aparentar”. La situación era casi surrealista. Nadie se movía: ni las chicas, ni los camareros, ni los falsos clientes. Sam se llevó la mano a la espalda como para rascarse, pero realmente lo que quería era tocar, sentir, su nueve milímetros. La llevaba desde que se la adjudicaron en la Academia, decían que ya estaba obsoleta y por eso las estaban sustituyendo por otras más modernas. Ella no quería otra.

Así estuvieron diez minutos interminables. Hasta que todo explotó. Casares y su gente estaban poniendo el club patas arriba.

—¡Que nadie se mueva! ¡Policía! —gritó Hidalgo enseñando la placa con una mano y la pistola con la otra.

—Emiliano, las manos encima de la barra —dijo Sam con tranquilidad como si conociera al camarero de toda la vida—. Eso va por ti también —esta vez se dirigió al otro barman.

Ya estaba más tranquila. Con la Star en sus manos controlaba la situación. Ahora todo parecía más normal teniendo en cuenta dónde se encontraban. El ruido, los gritos y demás sonidos eran los que correspondían a una acción de ese tipo. Las profesionales del alterne seguían en su sitio. Sus rostros reflejaban la tensión. Los camareros parecían estatuas de sal. Sam estaba a su lado y no los perdía de vista. Hidalgo se había desplazado un par de metros a la izquierda para cubrir toda la salida. En pocos minutos, la puerta adyacente a la barra, la del cartel “privado”, se abrió violentamente. De allí comenzaron a salir los conejos de la batida de caza. Primero un sujeto fornido en camiseta, sin mangas, calvo, con tatuajes en los brazos. Detrás, un personaje tan gordo que tuvo que pasar medio de perfil para atravesar el vano de la puerta. Un tercero, con pinta de sicario de telefilm de sobremesa, completó la espantada. Los tres se quedaron clavados al ver a la extraña pareja que los estaba apuntando con dos pistolas amartilladas, como si una fuerza invisible les impidiera seguir la huida.

—¡Las manos sobre la cabeza! ¡Rápido! —Hidalgo seguía llevando la voz cantante.

El obeso y el sicario obedecieron como si tuvieran un resorte en los brazos. El calvo dudó.

—¡Moro, haz lo que dicen por Dios! —dijo la mole.

—¡Cierra la boca, estúpido! —espetó el calvo como si quisiera comerse a su grasiento compañero por haber pronunciado su nombre.

—¡Te lo advertí! ¡Me van a joder por tu culpa! —contestó el gordo.

—Hijo de puta... —parecía que por fin se lo iba a merendar.

—¡A callar todos! —Sam entró en acción.

La detective enseguida supo a quien tenía que esposar primero. Mientras Hidalgo los seguía encañonando, ella ordenó al calvo que pusiera las manos a la espalda. No le hizo falta decirle que le pasaría si no lo hacía porque su pistola ya le tocaba la nuca.

—Registren lo que quieran. No encontrarán ni un gramo de droga.

—A alguien que yo me sé le encantaría “registrarte”, la pena es que estén encerrados en Algeciras a la espera de echarte el guante —sonrió Sam.

—¡No sé de qué me está hablando! ¡No tienen nada contra mí! —protestó *El Moro*.

—¿Te parece poco un par de asesinatos? —contestó Sam justo después de ajustar con vehemencia las esposas a las muñecas del mafioso.

—¡Quedan todos detenidos! —exclamó Casares que en ese momento aparecía por la puerta trasera acompañado de varios agentes con chalecos antibalas, escopetas y linternas.

La orden del inspector del distrito Sur ya era un poco inútil: Sam e Hidalgo tenían la situación controlada. La unidad de Casares, por su parte, también había detenido a otros tres matones que encontraron en las inmediaciones de la entrada trasera del edificio y en el pasillo que daba a los almacenes. Sin contar a todos los de la plaza que ya estaban ocupando sus asientos en los vehículos blindados. La operación había salido mucho mejor de lo que esperaban. Eso fue lo que más le extrañó a Sam: lo fácil y rápido que había resultado todo.

**L**os primeros desdichados acudían a las esquinas esclavos a sus sombras alargadas. Allí les esperaban los camellos. Por parejas, con una suerte de uniforme que consistía en gorra de béisbol de ancha visera, chándal de Carrefour y zapatillas de deportes, conversaban distraídamente mientras suministraban papelinas o cobraban dinero. Se reían, hablaban a gritos o discutían a la vez que atendían a sus clientes. O espantaban sin contemplaciones, como si fueran moscones, a los que carecían de efectivo.

Merche también divisó a otros grupos que aprovechaban las hogueras que habían encendido los pequeños y las mujeres para reunirse a la luz y al calor del fuego. Resultó ser totalmente cierto lo que leyó en Internet para

documentarse sobre el barrio: el crepúsculo agonizaba y el patio central de los tres bloques comenzaba a cobrar vida. La periodista no veía el momento de salir del coche para abordar a alguno de aquellos personajes. Pensaba que unos minutos más de duda lo único que conseguirían era plantearse lo que sin duda era una imprudencia. Por eso decidió actuar rápido; pero tomándose ciertas precauciones. Primero, aparcaría el coche tan sólo a unos metros del lugar elegido para la entrevista, para asegurarse una vía de escape rápida por si las cosas se ponían feas; segundo, iniciaría la aproximación preguntando a alguno de los que veía menos peligrosos: a un indigente o a una de las mujeres. Esto último le pareció lo más adecuado, sobre todo después de ver un posible objetivo: una gitana que llevaba a su hijo en brazos. El bebé estaba arropado con el mantón, tan tapado que sólo sus ojitos cerrados asomaban por el ropaje.

Merche avanzó unos metros con el Peugeot y aparcó cerca de la gitana. Se bajó del vehículo con la correa de la Nikon cruzada, como había visto que hacía Dani, y con el bolso en bandolera, colgado del hombro izquierdo. Merche completaba su atuendo portando un bloc de notas que llevaba un bolígrafo sujeto en las argollas. Así, nadie tendría dudas de que se trataba de una periodista. Sopesó la posibilidad de que le robaran el coche y la comparó con la de poder salir rápidamente de allí. Finalmente ganó la segunda: dejó las llaves puestas y el pestillo de la puerta abierto.

—Perdone señora, estoy buscando a alguien de *Los Romanos* —dijo Merche con voz ronca, como si fuera por la mañana y estuviera recién levantada.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada la gitana.

—¿Me podría indicar dónde puedo hablar con alguien del clan de *Los Romanos*?

—Conmigo, habla conmigo *mi arma*.

Un primer escalofrío recorrió el cuerpo de Merche. Aún no sabía si había tenido suerte al encontrar tan pronto a alguien que pertenecía al grupo de Curro.

—Estoy haciendo un reportaje del Polígono Sur. Tengo una cita con una persona que pertenece a su familia. Me ha dicho que me esperaba en el barrio, pero no me dijo dónde, quizás usted podría ayudarme. —Merche sabía que se adentraba en terreno peligroso. Su plan era muy sencillo: conseguir, sin arriesgarse demasiado, alguna información acerca de Curro. Si alguien le confirmaba que vivía allí, ya era una victoria. Si lograba saber en qué bloque

o piso, lo que se merecía era una medalla. Después, inventaría alguna excusa y saldría pitando.

—Claro hija mía, dime a quién buscas.

—Se llama Curro. Francisco Salas Heredia.

—¿Curro? —la señora abrió los ojos muy sorprendida—. Hace mucho tiempo que no lo veo. ¿Seguro que has quedado con él aquí?

—Sí —titubeó Merche.

—¿Por qué no lo llamas al móvil?

—Es que me he quedado sin batería. —Segunda mentira y segundo escalofrío.

—Espera, mujer. —La señora miró a su alrededor mientras mecía ligeramente al niño que acababa de despertarse.

Ya era de noche cerrada y sólo se veían las siluetas de la gente que se reunía en las fogatas. A unos veinte metros, alrededor de un barril que escupía llamas y chisporroteos, se calentaban cuatro personas que iban pasándose una litrona de cerveza —. A ver si mis sobrinos pueden ayudarte: ¡Paquillo! ¡Julio!

Los que debían ser Paquillo y Julio se acercaron.

—La *paya* quiere hablar con *el Curro* —dijo la gitana.

—¿Con Curro? —repitieron al unísono, como si estuviera ensayado.

La mujer asintió y los dos hermanos se miraron aún con la sorpresa en el rostro. También a la vez, se giraron para llamar a sus compañeros. Fue cuando Merche pudo ver el tatuaje que llevaban en la nuca.

—Ya nos ocupamos nosotros, tía Juanita —dijo el más alto de los dos, el que llevaba el pelo rizado.

La gitana se encogió de hombros, musitó alguna frase que Merche no llegó a comprender y se fue. La periodista se sintió tan desamparada que le dieron ganas de llorar, de irse con ella o las dos cosas.

—¡Dice que ha quedado con Curro! —informó el alto a los que se hacían los remolones y todavía permanecían rodeando el barril.

—Si quieres ver a Curro, ven con nosotros —se ofreció el más bajo, el de las patillas. Lo hizo mientras guiñaba un ojo descarado a su compañero y hacía un ademán al resto para que se acercaran.

Aquello se presentaba de tan mal cariz que Merche no quiso alejarse ni un metro más de su automóvil.

—Es que él insistió en que lo esperase aquí —se excusó Merche con una mentira que ya no colaba.

Su voz trémula reflejaba el miedo que sentía al comprobar que los dos sujetos que faltaban se colocaban detrás de ella. Uno de ellos tiró la litrona. El ruido de los cristales hizo que Merche diera un respingo. La periodista estaba rodeada. El coche se encontraba a cinco pasos, pero entre ella y el vehículo se interponía el tipejo de las patillas. Por su mente pasó la idea de empujarlo y salir corriendo hacia el Peugeot, pero entonces el del pelo rizado se adelantó para tocarle lascivamente los pechos con su mano sudorosa. Merche se apartó con violencia y le arrojó el bloc a la cara. Justo en ese momento, oyó un chasquido metálico a su espalda. Instintivamente se volvió para ver, primero el filo de la navaja, después la mano que la sujetaba con dos dedos y, por último, el rostro sonriente de un fulano rubio que aseguraba que Merche era una mentirosa hija de puta.

—Qué suerte tiene Curro. No creo que le importe si nos ocupamos de su amiguita ¿verdad? —preguntó el rubio apuntando con la navaja el cuello de Merche.

Con un rápido movimiento, propio del que domina el arma, desplazó la hoja lateralmente, le cortó el asa del bolso a la altura del hombro y se hizo con él antes de que cayera al suelo.

—Mira que eres descuidada, estás que lo pierdes todo —dijo.

La gracia cundió. Todos rieron con ganas.

Merche estaba al borde de la histeria. Se alejó del navajero, pero al darse la vuelta se dio de bruces con el cuarto macarra, el que llevaba un brazo escayolado y tenía una enorme cicatriz que le cruzaba toda la cara.

—Me prefiere a mí, hermano, ¡me prefiere a mí! —exclamó el de la marca en el rostro, con Merche prácticamente en sus brazos.

Estaba atrapada. Presa del pánico. Desesperada. Y se temía lo peor.

El círculo se cerraba cada vez más entorno a Merche. Estaban jugando al gato y al ratón. Merche sabía que en cuanto quisieran harían con ella lo que les viniera en gana. Lo malo no era que no supiera como librarse de ellos, sino que no tenía tiempo para pararse a pensar en cómo hacerlo. Sólo se dedicaba a esquivarlos; hasta que se cansaran de jugar.

Fue el rubio el que le dio la solución cuando intentó robarle la cámara de fotos. Merche se dio cuenta a tiempo y sujetó la Nikon con fuerza. Sin saber cómo, se disparó el flash. La intensa luz cegó por unos segundos a los tres que estaban a tiro del objetivo. Merche aprovechó para salir disparada hacia el coche. Se alegró de su previsión de haberlo dejado abierto y con las llaves puestas. Pero el rubio fue más rápido. Era el único que no había sufrido la

pérdida de visión temporal. El fulano puso la mano en la puerta antes de que ella lograra abrirla. Merche no estaba dispuesta a rendirse, ahora que tenía tan cerca la posibilidad de huir. Con todas sus fuerzas le propinó un puntapié en la espinilla. Fue una patada muy efectiva gracias a que sus botas de pirata terminaban en sendas puntas extremadamente agudas. El aullido del rubio fue la señal para que Merche abriera la puerta, se lanzase al asiento de cuero y pulsara el botón que cerraba los pestillos. Para entonces ya se habían recuperado los tres del flash. El del pelo rizado se colocó delante del Peugeot, cogió una barra de hierro del suelo y la emprendió a golpes contra el parabrisas y el capó. El de la cicatriz comenzó a golpear, como un poseso, la ventanilla con la escayola. Sólo el de las patillas se preocupó del dolorido compañero que seguía gritando improperios. Merche ahora sí estaba histérica. No acertaba a arrancar el coche. Justo cuando el cristal del parabrisas estaba a punto de romperse se le cayeron las llaves. Gritando, llorando, suplicando, se agachó para recogerlas. Un movimiento que a la postre resultó providencial cuando evitó que una lluvia de vidrio impactara en su rostro. La rotura del cristal fue tan espectacular que sorprendió a los macarras. Los cuatro se quedaron ensimismados mientras observaban al parabrisas hacerse añicos, como si lo estuvieran viendo a cámara lenta. Vociferando, como lobos en celo; riendo, como hienas, se dispusieron al ataque final. El Peugeot parecía que se unía a la fiesta porque comenzó a bramar también. Era el motor de arranque; por fin giraba. Merche metió la primera y aceleró. El “manco” salió despedido, más por sus reflejos que por el movimiento del turismo. El de los rizos no tuvo tiempo de apartarse. La periodista llegó a sentir su aliento cuando la cabeza del sujeto atravesó el hueco donde una vez había estado el parabrisas. Sin dejar de gritar, aterrorizada, metió la marcha atrás y derrapó violentamente. Acción y reacción. El cuerpo inerte del gitano cayó del capó por un costado, dio una vuelta completa y quedó tumbado bocabajo. Merche pisó el embrague para volver a mover la caja de cambios. El Peugeot 207 salió disparado, como impulsado por un cohete a reacción. Ahora no tenía a nadie delante. Ya nada podía frenarlo.

Sólo cuando Las Tres Mil Viviendas quedaron muy atrás, Merche se atrevió a mirar al espejo retrovisor; un gesto inútil porque ya no existía. Tuvo que volver la cabeza para comprobar que nadie la seguía. Con el viento dándole en la cara sintió alivio por primera vez. Respiró hondo. Se había salvado de milagro.

Jamás olvidaría aquella noche, ni la expresión patológica, cargada de

odio, del cuarteto que la había atacado. Recordaría sus caras en mucho tiempo. También el tatuaje que todos llevaban en la nuca. Aquel pájaro negro volaría en muchas noches de pesadilla.

# VIERNES

*Parecía normal cuando llegó. Quizás algo cansada. Desde luego, jamás podía imaginar por lo que había pasado. En cuanto la abracé para darle un beso, se derrumbó. Durante unos minutos fue incapaz de articular palabra. Luego, poco a poco, me contó lo sucedido. Le recriminé el que no me hubiera dicho a dónde iba, pero su estado, al borde de la histeria, me impidió hacer cualquier otra cosa que no fuera consolarla. Ya más tranquila, Merche me insistió en que bajara a ver como había quedado el vehículo. No sé por qué le dio por ahí. Supongo que son reacciones absurdas postraumáticas. Fuimos al parking. Al coche parecía que lo hubiera arrollado un tren en un paso de nivel. Estaba sin parabrisas, con el capó abierto, la chapa doblada y el costado izquierdo destrozado. Volvió a echarse a llorar. Creo que lo que pretendía era que sintiera con mis propios ojos parte del horror que había soportado.*

*Quise denunciar el asalto y el robo del bolso, pero no me dejó. Dijo que ya se encargaba ella de contactar con la policía. La verdad es que fue lo primero que hizo al volver a subir al ático. Estuvo como media hora hablando con alguien del cuerpo. Mientras tanto, yo calenté una pizza en el horno y puse unas cervezas. Ella no probó bocado, pero se bebió su Heineken y la mía.*

*Me dijo que había quedado al día siguiente, a primera hora de la mañana, para declarar en la comisaría del distrito Sur. Quedamos en que la acercaría en mi coche de camino al periódico. Antes de dormirnos, hicimos planes para el fin de semana. Decidimos salir de la ciudad. Iríamos a Punta Umbría, sacaríamos el velero de Merche y estaríamos navegando todo el sábado y el domingo. Dejarnos llevar por las olas y el viento. Sonaba muy bien. Quizás consiguiéramos olvidar todo lo que había sucedido, como si formara parte de un mal sueño.*

*Estuve despierto toda la noche. Merche daba vueltas en la cama y, aunque ella sí estaba dormida, no paraba de hablar. Le toqué la frente; ardía. Merche deliraba y un par de veces se despertó gritando. Tuve que insistir mucho para convencerla de que había tenido una pesadilla. Le dije que no tenía por qué preocuparse, que mientras estuviera a mi lado nadie le*

*iba a hacer daño.*

*Merche se durmió por fin entre mis brazos. El que no consiguió pegar ojo fui yo. También estaba tenso. No sólo por ver a Merche en ese estado, sino por todo lo que había ocurrido en el periódico a lo largo de esta semana; con las desagradables visitas de Jaime incluidas. El mensaje de Miss Nolan, y el vídeo de Don Juan, parecía que despejaban por fin todas las dudas acerca del testamento y del futuro de “La Voz de Hispalis”. Gracias a la previsión de la secretaria de Don Juan, Jaime tenía ya muy poco —o ningún— margen de actuación. De hecho, hasta el día de hoy, no hemos vuelto a tener noticias suyas.*

Se afianzaba el buen tiempo. Después de un inicio de primavera borrascoso, tanto el jueves como el viernes anunciaron un fin de semana casi veraniego. De camino a la comisaría del distrito Sur, a Sam se le ocurrió fijarse en las personas que cruzaban los pasos de peatones. Con el semáforo rojo impidiendo la marcha, desde dentro del Citroen Picasso la detective iba relatando las dudas de la gente al vestirse en esas primeras jornadas calurosas. Unos optaban por llevar las prendas que correspondían con la época del año: cazadoras, gabardinas, jerseys y medias. Otros, los deseosos de vacaciones, se decidían por un atuendo más acorde con la temperatura: camisetas, vestidos sin mangas, pantalones cortos e, incluso, chanclas. Hidalgo reconoció que era gracioso verlos juntos cruzando la calzada. Parecía una competición en toda regla donde hasta la vegetación quería participar. Los árboles habían perdido ya los colores del otoño y las hojas rellenaban los espacios vacíos de las ramas recién podadas en invierno. Las acacias, tipuanas y jacarandas no daban muchas pistas en aquella batalla por la moda. Aún faltaba tiempo para su floración, y preferían alinearse con los que se abrigan. En el otro bando se situaban los naranjos, que saludaban a los viandantes con sus flores y su aroma de azahar. No estaban solos: las palmeras se unían a los cítricos ofreciendo su presencia tropical a los que ya querían tomar color para las vacaciones de Semana Santa.

Hidalgo se puso muy pesado. No paraba de decirle a Sam lo bien que se le presentaba el fin de semana. Hasta le había pedido permiso a Ramírez para irse en cuanto terminara el interrogatorio. Iría directo a Tomares, a esperar a Rocío a la salida de clase. O a sorprenderla entrando en el aula para forzarla a terminar la lección. Seguro que los alumnos se lo agradecían. Rocío le había comentado lo nerviosos que se ponían los viernes hasta que sonaba la sirena. Era inútil esforzarse para que atendieran, lo único que querían era abandonar el pupitre y no verlo hasta el lunes.

Sam también quería terminar pronto con el trámite de *El Moro*. El caso estaba resuelto y ya le habían pasado todo el expediente del asesinato de *Charlie* a la gente del distrito Sur. Esa zona era donde se habían producido tanto la detención del mafioso como la muerte de *El Gabacho*, así que les correspondía a ellos finiquitar el tema y dejárselo en bandeja al fiscal. Casares ya les había adelantado por teléfono algunos detalles. Como, por ejemplo, que nada más llegar a comisaría, después de la redada, le tomaron las huellas a *El Moro* y una muestra de ADN. Que ya había confirmación de

coincidencia con las huellas halladas por Santi en la jeringuilla que tenía *Charlie* clavada en el brazo. El análisis de ADN tardaría unos días más, pero todos ponían la mano en el fuego a favor de otra coincidencia con los restos encontrados en las uñas del camello de la calle Trajano. Por otro lado, la policía científica del distrito Sur había terminado de procesar el cuerpo de *El Gabacho* y pronto tendrían resultados para otra comparación dactilar. Tampoco había duda del resultado positivo que tendrían en pocas horas.

No dejaba de ser curioso como estaban unidos los diferentes casos. Sin duda, *El Gabacho* era el punto en común. Llevaba siéndolo desde hacía bastante tiempo. Un sujeto que había estado presente en todas las escenas de los crímenes, o en sus inmediaciones. Hasta que, finalmente, en el último asesinato fue descubierto por una testigo. Sus huellas —ya estaba confirmado— se hallaban en el bolso y en la muñeca de Dolores Marín. No cabía duda: era el asesino del cinturón. Y, probablemente, ni siquiera él mismo era consciente de ello. Según Sam, su personalidad principal debía ignorar que su otro yo era un criminal. No obstante, la detective aún tenía algunos interrogantes. Entre ellos, la ausencia de pruebas en la correa que llevaba *El Gabacho*; y su constitución física, no muy acorde con la que se suponía debía tener el criminal. Claro que, como señalaba el profesor Dávila, siempre sorprende la fuerza que es capaz de desarrollar una mente enferma en plena crisis.

El resto de dudas se centraban, precisamente, en el perfil psicológico del asesino. Ignoraban la causa de su neurosis y, aunque Sam sostenía su teoría de la personalidad múltiple, jamás podría confirmarla. De todas formas, la subinspectora pensaba que en una infancia como la de *El Gabacho*, en un barrio marginal, seguro que no faltaron los traumas de todo tipo. Hidalgo le decía a su compañera que tampoco había que obsesionarse con cuestiones que nunca tendrían respuesta. Ramón Gamundi, alias *El Gabacho*, se las había llevado consigo para siempre.

Sam asintió resignada mientras aparcaba justo delante de la puerta de la comisaría. En la entrada, una persona los miraba fijamente. La detective le hizo una señal con la mano y la mujer respondió al saludo con una sonrisa.

—¿Quién es esa joven, que tanto me suena? —preguntó Hidalgo.

—Es una periodista. La habrás visto en alguna rueda de prensa. Me está esperando —respondió Sam apagando el motor y quitándose el cinturón de seguridad.

—Y se puede saber para qué o es otro de tus misterios —se le escapó a

Hidalgo.

—No es ningún misterio. Tiene que ver con un crimen antiguo. Es probable que, gracias a ella, también se resuelva hoy.

—¿Estás segura? —insistió Sam.

—No me cabe ninguna duda —aseguró Merche—. Ojalá pueda, pero me temo que no voy a olvidar ese tatuaje mientras viva.

Las dos amigas miraban la sala de interrogatorios a través de una ventana; un cristal que era un espejo para los del interior de la sala. *El Moro* estaba sentado con las manos esposadas encima de la mesa. Lo habían colocado, a propósito, de espaldas al espejo para que Merche pudiera reconocer el pájaro negro que tenía dibujado en la nuca. El águila siniestra, o lo que fuera, le provocaba un creciente desasosiego a Merche. Tanto, que tuvo que apartar la vista y respirar hondo para superar las náuseas que le estaba ocasionando. Había pasado muy poco tiempo desde el desagradable encuentro con los cuatro *romanos* y lo que más deseaba en esos momentos era alejarse de allí. Pensó que, después de lo sucedido, tenía que aguantar un poco más. Era consciente de que sufría un ataque de ansiedad. Para superarlo tuvo que autoconvencerse de que estaba a salvo, en la comisaría, rodeada de policías. De que no corría ningún peligro. Poco a poco empezó a sentirse mejor. Miró a Sam y entonces comprendió lo dura que era su profesión. La admiraba. A ella y a sus compañeros. Y se preguntaba de qué estaban hechos para aguantar día tras día un trabajo como ese.

Cuando la noche anterior llamó a la detective y le contó todo el incidente, lo primero que hizo Sam fue echarle en cara su imprudencia y decirle que podía haberle costado la vida. Que ella no estaba preparada para ese trabajo y que tenía que haberle avisado antes de ni siquiera pensar en ir a “Las Vegas”. Merche sabía que Sam tenía razón, pero lo hecho, hecho estaba. Lo principal era que tenía una pista para dar con Curro, aunque no sabía si era importante o no: el cuarteto macarra que la atacó pertenecía al clan de *Los Romanos* y todos tenían el mismo tatuaje en la nuca: un águila negra. Si Curro era del mismo grupo, lo lógico es que tuviera una marca similar. Sam le pidió a la periodista que repitiera lo que estaba diciendo. Merche notó la tensión en Sam al otro lado de la línea y se contagió de ella al volver a contar lo del dibujo del pájaro. Sam reaccionó con entusiasmo. Le dijo que acababan de detener a un tipejo que llevaba varios tatuajes. Y se acordaba perfectamente del que llevaba impreso en la nuca: era un ave oscura con las alas

desplegadas. Luego pensó en alto y dijo que algunos elementos iban encajando. El fulano estaba indocumentado y podía ser perfectamente el que estaban buscando. El tal Francisco Salas Heredia tampoco tenía documentación y había desaparecido del mapa hacía dos años, desde el asesinato de Chus. *El Moro*, que era como le conocían al traficante detenido, también había estado fuera anteriormente, en el norte de África y en Algeciras. Es decir, coincidían varias cosas, pero lo del tatuaje podía ser definitivo. Merche se preguntó por qué Cisco no le había hablado de esa marca cuando le dio su descripción. Sam le dijo que quizás al tener el pelo largo en esa época a Curro no se le veía el dibujo en la nuca. De todas formas, para salir de dudas, Sam le pidió a Merche que fuera a la comisaría del distrito Sur para identificar la marca. Mientras tanto, la detective contactaría con el inspector que llevaba el caso del asesinato de los Bermejales para que comparase las huellas del arma del crimen con las de *El Moro*. En eso quedaron y por eso estaba Merche allí.

En la sala de interrogatorios había movimiento. A parte de *El Moro* y del agente que no le quitaba ojo, entraron tres personas más. Sam le comentó a Merche que el más alto era un compañero suyo, Rodrigo Hidalgo, y que los otros dos uniformados eran los comisarios del distrito Sur y del distrito Poniente. En ese momento, se abrió la puerta de la habitación donde se encontraban Merche y Sam. Un detective grueso, de chaqueta y corbata, con la placa de policía colgada del cuello y con media camisa por fuera, saludó a Sam.

—Tenías razón —exclamó el recién llegado con el pulgar de la mano derecha hacia arriba—. Es nuestro hombre: coincidencia total en las huellas. También se cargó al chaval de los Bermejales —concluyó.

Sin esperar la reacción de las dos mujeres, tal como entró el agente, salió. Merche vio a través del cristal como el policía gordito se incorporaba al interrogatorio. Las dos amigas se felicitaron por la noticia, pero Merche volvió a sentir náuseas. Ya no se trataba de la crisis de ansiedad. La había superado. Era *el otro problema*. Ahora echaba de menos a Enrique. También lo había necesitado antes: a pesar de la seguridad que Sam y el resto de policías de la comisaría podían darle, Merche sólo se sentía a salvo entre los brazos de Enrique.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sam.

—Sí... no te preocupes es que... estoy un poco mareada.

—No me extraña. Siéntate, ya hemos terminado. Como mucho, tendrás

que declarar ante el juez esta tarde, pero después te dejarán tranquila.

—Eso espero porque tengo un mal cuerpo...

—¿Quieres un poco de agua? —le ofreció Sam.

—Gracias.

Sam presionó la pequeña palanca del depósito de agua y llenó un vaso de plástico.

—¿Se te ha pasado? —se interesó Sam después de que Merche bebiera un largo trago.

—Sí, gracias. Lo necesitaba, tenía la boca seca.

—Es normal en tu situación, menudo susto debiste pasar.

—Fue horrible, pero creo que el mareo no se debe sólo a eso... — Merche esbozó una ligera sonrisa, miró hacia abajo y pasó la palma de la mano por la barriga.

—¿Qué? —Sam extendió la comisura de los labios y alzó las cejas en un gesto que mezclaba alegría y sorpresa—. No me digas que estás...

—Embarazada. De casi tres meses —confesó Merche.

**L**a táctica de saturación no funcionaba. Ni esa ni ninguna otra. *El Moro* se negaba a contestar. De su boca sólo salían exabruptos y amenazas. Que lo estuvieran bombardeando a preguntas dos comisarios y dos inspectores no parecía afectarle mucho. Los policías se encontraban en el mismo punto desde que comenzó el interrogatorio: *El Moro* no confesaba ninguno de los delitos. No tendrían más remedio que atenerse a las pruebas para acusarlo de tráfico de drogas y de tres asesinatos: el de Chus, el de *Charlie* y el de *El Gabacho*. La presencia de los dos jefes superiores subrayaba la trascendencia del caso. Sin duda, uno de los más importantes de los últimos tiempos. Un caso que se remontaba al operativo conjunto de Policía Nacional y Guardia Civil cuando, hacía ya un año y medio, interceptaron un considerable alijo de heroína en Algeciras.

—Vamos a comenzar desde el principio. —Casares llevaba la voz cantante en el interrogatorio, pero ya empezaba a mostrar signos de cansancio. Apoyando medio cuerpo en la mesa volvió a preguntarle a *El Moro* por su nombre y apellidos.

—¿De dónde habéis sacado al gordo este? —*El Moro* se dirigía al resto despreciando a Casares que lo tenía a medio metro de distancia—. ¿Es que no tenéis a nadie más presentable?

Casares dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar el tablero. *El Moro* ni se inmutó. Siguió sonriendo. Era el criminal el que se había hecho con el control del interrogatorio y no al revés. Hidalgo se colocó más cerca de su compañero, justo detrás; por si tenía que sujetarlo. Sabía que Casares estaba a punto de explotar, como un cartucho de dinamita al que le quedase ya muy poca mecha.

—Se me está agotando la paciencia. —No hacía falta que Casares lo jurase—. O confiesas ahora mismo o me encargo personalmente de que ya no vuelvas a ver la luz del día.

*El Moro* seguía la estrategia iniciada prácticamente desde que nació: ocultar su identidad. Permanecer invisible ante los ojos de la ley. Fuera del sistema. Sin documentación, sin registro en ninguna oficina de la administración. Todo para poder actuar con impunidad sin ser localizado. De lo único que se lamentaba era de no haber llegado tan lejos como alguno de sus compañeros cuando se quemaron las yemas de los dedos para evitar la identificación dactilar.

Con la situación en punto muerto, entró Sam en la sala de interrogatorios. Era un espacio austero sin ninguna concesión a la decoración: el techo y paredes de corcho, una mesa metálica, dos sillas y un espejo. Para el resto, daba la impresión de que Sam se mantenía al margen. De que, simplemente, observaba el interrogatorio estéril de Casares. Nada más lejos de la realidad. Sam llevaba bastante tiempo siguiéndolos desde la habitación contigua y sabía perfectamente los derroteros por donde transcurría el interrogatorio. Allí estuvo acompañada de Merche todo el tiempo. Parecía que la periodista se iba más tranquila después de haber compartido con Sam sus planes para el fin de semana: navegación y celebración cuando Enrique conociera su estado de buena esperanza. Cuando Merche se fue, Sam decidió entrar en la sala. Casares seguía con su bombardeo machacón y *El Moro* con sus insultos. El comisario Ramírez y su colega, García Ivárs, conversaban en voz baja en una esquina, justo en la opuesta donde se situaba el único agente en misión de seguridad.

—Te repito la pregunta por última vez —insistió Casares—: ¿cuál es tu nombre?, ¿cuáles son tus apellidos?

*El Moro* iba a contestar algún improperio cuando Sam se adelantó:

—Venga, Curro, no seas tímido y díselo.

El tono de Sam intentaba ser lo más irónico posible. El comentario hizo efecto porque *El Moro* giró la cabeza para ver de dónde venía aquella voz.

Reconoció enseguida a la policía que lo había detenido en el *Tony's*. La mirada de odio que le lanzó confirmaba que Sam iba por buen camino.

—¿O prefieres que te llame Francisco Salas Heredia? —añadió Sam.

—¡Que te jodan! —escupió *El Moro*.

—Al que te van a joder es a ti. Ya sabes como se las gastan en la cárcel con la gentuza como tú. Con los “valientes” que se dedican a matar niños a navajazos. —amenazó Sam.

Eso no se lo esperaba *El Moro* que siguió insultando:

—¡No puedes demostrar nada, zorra!

—Aunque a lo mejor prefieres que te encerremos en Algeciras, con tus compañeros. Dicen que están deseando compartir celda contigo. —Sam continuaba con su sarcasmo. Hidalgo sonreía, ya conocía la habilidad de Sam para sacar de quicio a la gente y conseguir que se le escapara alguna información importante.

*El Moro* intentó levantarse. Estaba lleno de ira. Quería tapan la boca de aquella detective, pero Hidalgo y Casares lo sujetaron por los brazos y tiraron de él hacia abajo para volverlo a sentar violentamente.

—Te gustaría matarme a golpes como hiciste con *El Gabacho* ¿verdad? —Sam se acercó peligrosamente a *El Moro*.

—¡Que te follen, puta! —la saliva de *El Moro* impactaba en el rostro de Sam, pero la detective seguía su ataque:

—¿O prefieres asfixiarme con una bolsa de plástico como hiciste con *Charlie*? —La nariz de Sam casi rozaba la del mafioso. Hidalgo y Casares sujetaban con fuerza al criminal, que se veía impotente ante el desafío de Sam —. ¿Así les pagas a los que trabajan contigo?

—¡Él se lo buscó! ¡No tienes ni puta idea! —*El Moro* ya estaba fuera de sí. Casares miró la grabadora que permanecía recostada en el centro de la mesa. Una luz roja indicaba que estaba registrando toda la conversación.

—Te engañaba. Es eso —dijo Sam—. Al temible *Moro* le tomaban el pelo.

*El Moro* temblaba de rabia.

—Engañado por un pobre camello y un indigente —anunció Sam como si estuviera leyendo el titular de un periódico.

—¡Al *Moro* no le engaña nadie! —estalló de nuevo. Sam parecía haber descubierto el punto sensible de *El Moro*—. El hijo de puta creía que podía consumir la mercancía sin que me enterase. ¡Los que intentan joder *al Moro* salen jodidos! —el asesino se sentía orgulloso de sus palabras y no se daba

cuenta que se estaba hundiendo cada vez más.

—¿*El Gabacho* también te la jugó? —Sam podía sentir el fétido aliento del mafioso y contar las gotas de sudor que brillaban en su calva; tan próximos estaban.

—A ese yonqui le dimos su merecido por matar y robar a una de las chicas.

—¿“Le dimos”? ¿Quién más estaba contigo? —inquirió Sam.

—El grasiento. Si piensa que se va a librar está muy equivocado. Ya me encargaré yo de que pringue.

—¿A quién te refieres? ¿A Tony?

—A ese hijo de puta, bola de sebo. ¿A quién si no? Estoy harto de sus trapicheos con los maderos. Con vosotros. ¿Os creéis que *El Moro* es tonto? Ya he visto cómo lo habéis soltado. ¡Pero esto no va a quedar así! Si yo caigo, él se viene conmigo.

Sam no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Ni tampoco una mirada de reproche a Casares con el ceño fruncido, como preguntando si era cierto que habían soltado a Antonio Rivas, alias Tony. Casares asintió con resignación y se encogió de hombros. Estaba claro que la orden venía de más arriba.

**E**l día era espléndido. Luminoso y cálido. Pilar Maestro caminaba fijándose en lo convexa que era la calzada del puente. Parecía que la estructura se hubiera doblado por el peso de los peatones que circulaban a ambos lados del asfalto. El puente temblaba bajo los pies de Pilar al paso de un autobús urbano y de un camión de mudanzas. El río brillaba y cuatro piraguas disputaban una carrera particular. En las estelas en V dos patos jugaban con las olas. Metían y sacaban sus cabezas y parloteaban animosamente en lo que parecía una declaración de amor o, simplemente, un cotilleo acerca de aquellos cuatro extraños que también surcaban las aguas. A pesar del agradable paseo, Pilar no se sentía cómoda. Aún no sabía el motivo de la cita y eso la tenía intranquila. La preocupación se compensaba por la alegría de volver a ver a una persona tan querida, con la que no se hablaba desde hacía tanto tiempo. «Desde el día de la boda», pensó.

Pilar cruzó la calle a la altura de la Capilla del Carmen. Los azulejos de las dos cúpulas reflejaban la luz solar. Eso le daba al conjunto, llamado popularmente “el mechero”, el toque de elegancia que seguramente imaginó Aníbal González cuando lo diseñó. Pilar dejó atrás el Mercado de Triana y el

Castillo de San Jorge. A continuación, bajó las escaleras de la plaza del Altozano y se sentó en una mesa de la terraza del “Faro de Triana”, el quiosco-bar donde había quedado citada. El plan era comer de tapas mientras conversaban de aún no sabía qué.

Al parecer había llegado demasiado pronto, pero no le preocupó, la vista desde allí era privilegiada. Los protagonistas de la espectacular panorámica eran el río, los monumentos más emblemáticos de la ciudad y, sobre todo, el puente de Triana. Denominado oficialmente puente de Isabel II, era el puente de hierro más antiguo que se conservaba en España. Construido a mediados del siglo XIX, había sustituido a un puente de barcas que llevaba funcionando desde la Edad Media: trece naves unidas entre sí con fuertes cadenas, sobre las que se apoyaban tablones de madera. Ese paso inestable, después de numerosos proyectos que no cuajaron, fue finalmente reemplazado por el puente de hierro y piedra que ahora estaba contemplando.

Con la escultura homenaje al torero Juan Belmonte como única compañía, Pilar Maestro disfrutaba del paisaje; y de la cerveza helada que le acababan de servir. Estaba tan ensimismada por la belleza del lugar que dio un respingo en la silla cuando alguien le tocó el hombro a sus espaldas.

—¡Qué susto me has dado, Sam! ¡Qué alegría verte de nuevo! —exclamó Pilar.

**A**ntes de ir a declarar pasaron por el ático para hacer una pequeña maleta con un par de mudas y el aseo. Merche le dijo a Enrique que el piso de Punta Umbría tenía de todo. Si acaso, podrían hacer una pequeña compra en Mercadona, al llegar al pueblo costero. Se aprovisionarían de víveres frescos, hielo y bebidas. Lo necesario para dos días de navegación.

Esperaban acabar pronto en el juzgado de lo penal, donde Merche tenía que comparecer en calidad de testigo. Con el coche ya cargado, saldrían directamente de los juzgados hacia Huelva. Pasarían esa noche en el apartamento de la plaza Pérez Pastor, en Punta, y el sábado por la mañana, no muy temprano —tampoco hacía falta madrugar—, se harían a la mar en el “Borinquen Dos”, el Jeanneau de Merche.

El secretario del juzgado les dijo a Merche y a Enrique que primero iban a tomarle declaración a *El Moro*. Que ella entraría luego. Si querían, podían esperar fuera. Sólo tendrían que estar atentos a la llegada del furgón de la policía. A partir de ese momento, el juez podría requerir la presencia de

Merche. Con una tarde tan agradable, veinticinco o veintiséis grados, con el cielo despejado y los jardines de Murillo de un verdor esplendoroso, decidieron aguardar en la calle a que llegara el furgón.

El Citroen blindado para transporte de detenidos llegó en media hora. Aparcó a unos veinte metros de la entrada del juzgado. Un grupo de personas comenzó a reunirse en torno a la puerta; entre ellos, Merche y Enrique. Del vehículo salieron dos agentes y después bajó *El Moro*, esposado. Quisieron taparle la cara con su propia cazadora, pero el criminal se negó. Parecía que disfrutaba retando a la gente con su mirada. El detenido se colocó entre los dos policías. Los tres comenzaron a andar para atravesar el pasillo de curiosos que ya se había formado en torno a ellos. De forma casual, *El Moro* miró a Merche a los ojos. La periodista sintió que el corazón se le paraba. Sabía que el mafioso no la conocía de nada, pero aun así sintió como si la estuviera amenazando con la mirada. Al pasar a su lado pudo ver perfectamente el tatuaje del pájaro en la nuca. La marca impresa en la piel del asesino hizo que Merche reviviera, fugazmente, el ataque sufrido la noche anterior en “Las Vegas”. La periodista se estremeció y buscó el amparo de Enrique arrojándose a él como un gato cuando saluda a su amo para pedirle comida. Enrique sintió la desazón de su novia y la abrazó con ternura y firmeza.

A partir de ese momento todo sucedió muy rápido: Merche notó detrás de ella como una sombra se abría paso entre los curiosos. En un principio, no reconoció quién era; sólo cuando impactó con *El Moro* se dio cuenta de que se trataba de Cisco. Merche quería creer que se había limitado a empujarlo por detrás. Pero pronto se dio cuenta de que había ido más lejos. Cisco se apartó de *El Moro* y extendió los brazos lentamente hasta dejarlos en cruz. Entonces Merche vio perfectamente que la mano derecha del gitano sujetaba una navaja. Los policías se recuperaron de la sorpresa y fueron a detenerle, Cisco no opuso resistencia y dejó caer el arma al suelo. La hoja ensangrentada brillaba desafiante.

—¡Nooooooo!

El grito de Merche coincidió con la caída de *El Moro*. El traficante y asesino había aguantado de pie todo ese tiempo. Cuando la periodista se llevó las manos a la cabeza, al mafioso se le doblaron las piernas; cuando ella emitió el sonido desesperado, *El Moro* se derrumbó herido de muerte.



# SÁBADO

*Nos fuimos de allí en cuanto nos dijeron que ya no necesitaban a Merche. Queríamos alejarnos lo más rápido posible de aquella ciudad donde la muerte estaba a la orden del día. Donde los asesinatos, la venganza y el odio eran tan habituales como las náuseas que provocaban. Cogimos el coche y nos adentramos en la autopista de circunvalación camino de Huelva. Merche se culpaba de lo sucedido. Estaba entre decepcionada, por no haber sido capaz de evitar la venganza de Cisco, y deprimida, por el encarcelamiento de su amigo gitano. En veinticuatro horas había sido víctima de un asalto violento y había presenciado un asesinato. Si yo estaba impresionado, ella debía rozar el shock. Intenté hablar de cualquier cosa, pero no fui capaz de sacarla de su estado casi catatónico. Sólo cuando llegamos a Punta Umbría la expresión de su rostro comenzó a cambiar. Merche volvió gradualmente de su mundo apático e indiferente a la vida real.*

*Decidimos aplazar la compra de víveres para el sábado por la mañana. No nos encontrábamos con ganas de recorrer las calles de un supermercado. Merche quería pasear por el pueblo antes de entrar en el apartamento. Decía que el olor a mar y a algas, que la humedad y el salitre le estaban haciendo efecto y cada vez se estaba encontrando mejor. Caminamos un par de horas. Cruzamos varias veces el paseo marítimo y vimos como el “Borinquen Dos” se mecía ligeramente en su lugar de atraque. Nos estaba esperando y parecía llamarnos con el sonido de los grilletes de las drizas golpeando los obenques.*

*Vagamos sin rumbo por la villa costera. Estuvimos mirando las novelas que se ofrecían a precio de saldo en la feria del libro de la plaza Pérez Pastor. Los stands ya hacía tiempo que habían perdido su carácter itinerante para ganarse un emplazamiento fijo en la explanada. En permanente liquidación, se vendían los clásicos de siempre: Tolstoi, Dickens, Poe; y las novelas de toda la vida: “Cumbres Borrascosas”, “Viento del Este, Viento del Oeste”, “Corazón”, etc.*

*—Los mismos libros de todos los años —decía Merche mientras hojeaba “Conversaciones en la Catedral”.*

*El paseo le sentó de maravilla. Y a mí también. El terral saltó cuando la luna salía por el horizonte. Ya llevaba una semana menguando y su forma ovoide destacaba por encima del skyline de Huelva y sus fábricas. Una imagen cinematográfica, más propia del plano de una gran urbe norteamericana que de la silueta nocturna de una pequeña ciudad de provincias.*

*Con el viento bajó la temperatura. Los fantasmas de la capital habían desaparecido y, aunque nos encontrábamos a tan sólo una hora de distancia, parecía que estuviéramos en la otra punta del planeta. Con esa sensación agradable nos fuimos al apartamento. A dormir; a intentarlo, al menos.*

**E**l estudio se le caía encima. Esas cuatro paredes la estaban agobiando por primera vez. Nunca se había quejado de lo pequeño que era su apartamento. Al revés, era ideal para ella. Pero ese sábado, simplemente, no lo soportaba. Decidió ir a la comisaría a adelantar trabajo. Pensó en Hidalgo y en la sorpresa que le daría a su jefe el lunes cuando viera como había desaparecido de su mesa toda la documentación que estaban tramitando. Tenían pendientes varios informes de los casos que se habían resuelto en los últimos días. Por fin convencieron a Ramírez para abrir el crimen de la Barqueta, aunque sólo fuera para volverlo a cerrar con los nuevos datos de *El Gabacho*. Sam se dispuso a liquidar el papeleo. Era mejor enfrentarse al ordenador y al *Word* que estar dándole vueltas a la cabeza pensando en lo que le esperaba el domingo por la noche.

Y eso que ya era seguro que podía contar con la ayuda de Pilar. La condenada se conservaba estupendamente. Incluso más atractiva. Estaba claro que le sentaba bien el matrimonio. No la veía desde el día en que se casó con Sergio. Desde la ceremonia. Sam no llegó a ir al banquete. No pudo soportarlo. Sergio era el único hombre al que había amado de verdad y no podía ver como se casaba con otra. Aunque fuera su mejor amiga.

La inspectora Pilar Maestro, de la jefatura, ni más ni menos, había hecho carrera, no como Sam. A nadie le extrañó su éxito. Ya apuntaba buenas maneras en la Academia. El último año consiguió salir de número uno. Eso era lo que contaba: cómo finalizabas el ciclo académico. Ya nadie se acordaba del resto de cursos y de cómo Pilar los pasó raspando; e, incluso, de que estuvo a punto de pedir la baja. Nadie excepto Sam. Y Pilar, claro está. La inspectora Maestro, prácticamente, le debía a Sam la vida. Aunque se mostró un poco sorprendida, y un mucho reticente, Sam sólo tuvo que insistir un par de veces y recordarle los días de compañeras de estudios para que finalmente accediera a ayudarla. Pilar se comprometió a hacerlo, pero le recordó que una vez finalizado el asunto estarían en paz. Ya no le debería nada. Su deuda estaría saldada. A Sam aquello le pareció una despedida anticipada. Seguramente, después del domingo por la noche ya no la vería más. Tampoco le importaba demasiado.

Sam encendió el ordenador y le pareció ver la imagen de Pilar Maestro reflejada en la pantalla del monitor. Abrió y cerró los ojos dos veces hasta que el símbolo de Windows sustituyó al de su compañera. El ordenador arrancaba y poco a poco iban apareciendo los iconos del escritorio y los de inicio

rápido de la barra inferior. Hizo clic sobre uno de ellos, sobre el programa de correo electrónico. Una acción que ya era instintiva, como cuando pisas el embrague y metes la primera al arrancar el coche. El *Outlook* se abrió. En el apartado de la bandeja de entrada había una alerta de mensaje no leído. Sam pasó el ratón sobre el vínculo y pulsó dos veces el botón izquierdo para abrir la carpeta de nuevos mensajes. En efecto, de la lista de mensajes destacaba un *e-mail* que tenía el “asunto” en negrilla. Sam volvió a hacer doble clic en la línea de texto que decía “resultado informe solicitado”. El mensaje era de Manuel Dávila. Dos signos de admiración en rojo acompañaban al “asunto” y anunciaban que se trataba de algo urgente.

**I**ban a salir con la marea muerta. La hora prevista para la bajamar se había cumplido hacía cinco minutos. Así, sin apenas corriente, la maniobra de desatraque sería más sencilla. Había que tener en cuenta que disponían de un solo motor, pequeño y poco potente, y que la fuerza y la velocidad de la corriente en la ría era tan importante que podía contrarrestar la velocidad del barco hasta hacerlo ingobernable. El Johnson auxiliar de seis caballos no daba más de sí. Merche arrancó el motor y se puso a los mandos de la caña del timón. Enrique estaba en proa y seguía las indicaciones de la patrona del “Borinquen Dos”.

El velero era un barco esbelto. Un solo palo y ocho metros de embarcación proporcionada y estilizada: con una roda hidrodinámicamente perfecta que ofrecía la menor resistencia al agua cuando cortaba las olas como si fuera la hoja de un cuchillo. Un casco con diseño en gota de agua que ensanchaba muy pronto la manga, justo cuando las amuras dejaban paso al combés. La bañera era amplia, con instrumentos de navegación modernos que contrastaban con los sistemas estándares para el manejo de la cabuyería. La imposibilidad de control remoto de drizas, escotas y demás aparejos, era lo que dificultaba la navegación en solitario. Por eso llegaron dos horas antes. Para que Merche le diera unas mínimas nociones de navegación a Enrique. Ante todo, de nomenclatura de las partes básicas del barco. Merche intentaba que a Enrique no le sonaran a chino sus órdenes y que se familiarizara con los elementos que iba a manejar en las maniobras: cornamuzas, chigres, *winches*, y cabos. También se tomaron su tiempo en dejar las velas preparadas. Quitaron la funda de la Mayor e introdujeron el puño de driza por la guía del palo. El foque lo sacaron a cubierta por el tambucho de proa y lo dejaron

arranchado, engarzado con sus mosquetones al stay y también listo para ser izado. Las escotas amarradas con as de guía a los puños del foque, pasadas por fuera de los obenques y preparadas para ser cazadas cuando correspondiera. Así, con la maniobra preparada en cubierta y el amarre pasado por seno, de tal forma que Enrique sólo tuviera que cobrarlo a bordo cuando Merche se lo indicase, se dispusieron a salir a la mar.

Merche largó la codera y abrió la popa con el bichero. Enrique tensó el largo para hacer cabeza y se quedó preparado para recoger el cabo y traerlo a cubierta.

—¡Larga el largo!, ¡larga todo! —gritó Merche.

Enrique obedeció con un “a la orden patrón” que hizo sonreír a la periodista. Cuando Merche comprobó que ningún cabo sujetaba el Jeanneau a tierra dio atrás con el motor y salió del *finger*. Una vez libre del atraque, metió toda la caña a babor para dejar el barco paralelo al pantalán. Sólo entonces, Merche cambió de sentido de marcha y dio avante con el Johnson. Enrique, mientras tanto, se dedicaba a hacer adujas con los cabos de amarre, tal como le había enseñado Merche, pero le salió tan mal que los escondió debajo del foque.

—¡Todo listo en proa! —mintió Enrique.

—Ven aquí, cariño —le llamó Merche.

Con torpeza, Enrique atravesó la cubierta agarrándose a pasamanos y obenques hasta llegar a la bañera. Una vez fuera del puerto deportivo, Merche le dijo que podía meter las defensas abordo. Enrique se quedó perplejo.

—Las defensas, Enrique, esa especie de balones de goma que andan colgando por fuera —dijo Merche con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es verdad, ¡las defensas! —Enrique se dio un golpe con la mano en la frente.

Ambos reían mientras Merche le preguntaba qué se creía que eran las defensas y Enrique le contestaba que no había mejor defensa que un ataque y tonterías por el estilo.

El Jeanneau surcaba mansamente las aguas interiores de la ría de Punta Umbría rumbo a las boyas de la canal de salida. Por babor se cruzó con dos pesqueros que navegaban en línea de fila; por estribor les dio una pasada la embarcación de aduanas de la Guardia Civil. Era una mañana soleada y el viento era racheado, “en régimen de brisas” anunciaba el canal 9 de VHF. Merche le indicó a Enrique que cobrara la driza de la mayor y le diera dos vueltas al chigre para izar la vela. Costearían por la ría con el motor y la vela

principal, en sistema mixto de navegación, para avanzar algo más y así sólo tener pendiente la maniobra del foque cuando se encontraran en mar abierto.

Merche estaba relajada. Le encantaba navegar y, además, estaba acompañada del hombre que quería. Esa sensación tan agradable fue la que le llevó a pensar lo mal que lo había pasado hacía tan sólo veinticuatro horas. Se acordaba de Cisco. De cómo lo había detenido la policía y de su mirada, resignado a su suerte.

—Lo siento, señorita. Tenía que hacerlo. Ahora Chus descansa en paz — le dijo el gitano antes de que lo metieran a empujones en el mismo furgón en el que habían trasladado a *El Moro*.

Se salió con la suya. Y Merche fue incapaz de impedirlo. Hubo un momento en el que se culpó de lo sucedido: si ella no hubiera ido a “Las Vegas” el día anterior, si no hubiera descubierto el tatuaje, si no hubiera llamado a Sam, si no... Desechó aquellos pensamientos y se dijo que era inútil torturarse. Que la forma en que habían transcurrido los hechos era independiente del resultado final. Éste siempre habría sido el mismo. Tarde o temprano. La ley gitana. El ojo por ojo. *El Moro* estaba condenado, y Cisco también, desde el momento en que se sometían a aquella tradición. Merche había sido una ilusa: ni ella ni nadie iban a cambiar las cosas. Todo eso era cierto, pero había algo que la atormentaba y no se podía quitar de la cabeza: ¿Cómo se enteró Cisco de que habían arrestado a *El Moro*? ¿Quién le dijo que el traficante era el asesino de su hermano? Y, sobre todo, ¿cómo sabía que esa misma tarde lo iban a trasladar al juzgado?

Cuando vio el mensaje le vino a la mente la conversación que había tenido con su antiguo profesor de psicología. Sam se había olvidado totalmente de la gestión que le había encargado. Pero no le dio mucha importancia. El informe llegaba algo tarde: con la muerte de *El Gabacho* el caso estaba resuelto. A pesar de todo, quiso leer lo que Dávila le enviaba desde Madrid. Se puso tan pesada cuando le pidió ayuda que era lo menos que podía hacer. Después le contestaría dándole las gracias y le diría que la investigación policial había finalizado.

En el mensaje, Dávila explicaba la mecánica para elaborar el estudio que Sam le había encargado. «Siempre dando clase» —pensó la detective—. El profesor relataba cómo él y sus colaboradores habían conseguido investigar a las personas de la lista enviada por su exalumna. Allí estaban los nombres de

todos los sospechosos seleccionados por Sam e Hidalgo el pasado otoño. Desde Vicente Portolés, el marido de la primera víctima, hasta los chabolistas de Chapina, pasando por los compañeros de Cecilia Ramos en “La Voz de Híspalis”, incluyendo a Pedro Sastre, su expareja. Dávila le comentaba cómo había escarbado en todos los centros de acogida, los orfanatos, las distintas oficinas de asuntos sociales, los hospitales psiquiátricos y sus propios archivos en busca de datos que pudieran asociar a alguno de esa lista con enfermedades mentales o infancias traumáticas. Dávila subrayaba en el mensaje la especial atención que prestaron a las personas aparentemente normales. Aclaraba que una investigación de ese tipo no solía incluir a la gente marginada socialmente (a los que, por otra parte, ya se les supone una infancia difícil). Sam entendió lo que el profesor decía entre líneas: habían desechado los indigentes y se habían centrado en el resto. Pronto comprendió el porqué: el estudio de los segundos les había dado resultado positivo casi de inmediato.

Tenían un sospechoso.

Dávila le remitía un dossier más concreto de la persona. El profesor le adelantaba que reunía todas las características del perfil objetivo. Era un archivo con la extensión *.doc* que se acompañaba como adjunto al *e-mail*, con el nombre del sujeto como título.

Sam no daba crédito a lo que estaba leyendo.

Jamás hubiera imaginado que fuera él. De hecho, estaba convencida de que el viejo profesor había cometido algún error. Por eso no tomó ninguna decisión. No quiso actuar hasta ver el informe completo. Hizo doble clic en el vínculo que le daba acceso al dossier y comenzó a leer. No salía de su asombro. A medida que iba sumergiéndose en la lectura, las dudas se iban disipando. El resumen que Dávila hizo del informe de un hospital psiquiátrico infantil resultó muy esclarecedor. Aunque lo definitivo fue el recorte de periódico que el profesor había escaneado y pegado como imagen al documento. Era un artículo cuyo titular anunciaba el suicidio de un corresponsal de la agencia de noticias del grupo Sincera. El periodista se había ahorcado en el desván de su casa con un cinturón. El artículo aseguraba que el suceso se había convertido en tragedia porque, al parecer, la esposa y el único hijo del reportero presenciaron su muerte y no pudieron —o no quisieron— hacer nada por evitarla. Una fotografía de archivo de la familia completaba el artículo. Alguien había señalado con un círculo la imagen del niño que aparecía en el centro, entre sus padres. Aunque habían pasado

muchos años, Sam lo reconoció: era él, sin duda. Sin embargo, no fue la imagen del pequeño lo que más le llamó la atención. La detective se fijó en la mujer. Sam no podía apartar la vista del rostro de la madre. El parecido era extraordinario. Por edad era imposible que fuera la misma persona. No, esa mujer no podía ser Cecilia Ramos; sin embargo, era su viva imagen. Un doble de la periodista. Una casualidad que hacía que ahora, por fin, todo coincidiera.

Por fin y por desgracia. El mensaje de Dávila tenía una desagradable consecuencia. Sam sintió un mareo, como si el corazón se le hubiera parado de repente: pronto se iban a dar todas las circunstancias —si no se habían dado ya— para que el asesino volviese a matar.

**A**l izar el foque, la vela se enredó con los cabos de amarre. Merche le lanzó a Enrique una mirada de reproche, con ceño fruncido incorporado. Aunque pronto la transformó en una sonrisa al ver el gesto de Enrique. El periodista parecía un niño travieso al que le han cogido con las manos en la masa.

—¿No decías que estaba preparada la maniobra de proa? —preguntó Merche con retintín.

—Eso creía, patrona —se excusó Enrique mientras largaba la driza para arreglar el desaguisado.

—Menudo marinero estás hecho. —Merche reía con ganas mientras giraba despacio la rueda del timón para aproar el barco al viento y facilitarle las cosas a Enrique.

Con la mayor flameando y el velero prácticamente parado, Enrique consiguió deshacer el lío y volver a izar el foque. Enseguida se hinchó la vela y Merche giró la rueda del timón para volver a rumbo. El “Borinquen Dos” viró despacio hasta el SSE. Merche lascó un poco la escota de la mayor y le dijo a Enrique que hiciera lo mismo con la del foque. Ahora navegaban a un largo, con las velas más sueltas. El viento venía de aleta y soplaba con fuerza, «a mayor velocidad que la que llevaba el Jeanneau», pensó Merche que notaba cómo el cabello se le venía hacia delante. Una situación poco habitual, pues lo normal era tener el viento relativo de proa. Para intentar disminuir la acción del viento en su melena, la periodista extrajo del bolsillo de sus shorts una cinta elástica de color fucsia. Mientras se hacía una coleta con ella sorprendió a Enrique mirándola. El brillo de sus ojos indicaba que debía estar atractiva

con su polo Lacoste rosa y la cinta del pelo a juego.

—¿Qué se siente al ser la mujer más guapa de la Tierra? —dijo Enrique en sintonía con lo que pensaba Merche.

—Un poco de sed —contestó Merche sonriendo—. ¿Por qué no subes un par de cervezas?

—A la orden —exclamó Enrique saludando al estilo militar.

El periodista dio unas vueltas en ocho para sujetar la escota a la cornamuza, le dio un beso a su novia y desapareció por el tambucho de popa. Merche ajustó el rumbó para corregir la bolsa que se había formado en el foque. Enrique había amarrado la escota antes de cazar la vela. De todas formas, se estaba haciendo al barco muy rápidamente, pensó Merche. Era el hombre perfecto. Cada vez se sentía más enamorada de Enrique. No imaginaba pasar el resto de su vida con otro que no fuera él. Merche decidió que aquel era el mejor momento para darle a Enrique la noticia. No podía esperar más. Quería quitarse ese peso de encima y, además, ahora no tenía que mirarlo a la cara. Sentía entre vergüenza y preocupación, así que aprovechó que Enrique estaba bajo cubierta para lanzarle la buena nueva:

—¡Enrique! —gritó

—¡Dime, mi amor! —contestó el periodista entre dos sonidos que indicaban la apertura de sendas latas de Heineken.

—Tengo que darte una noticia.

—Soy todo oídos.

—¡Estoy embarazada!

—¿Cómo?

—¡Vamos a tener un niño! ¡Estoy de tres meses!

Merche oyó como los vasos se caían al suelo. El ruido del vidrio al romperse fue la única respuesta que escuchó.

—¿Cariño, te encuentras bien? —preguntó Merche.

Enrique no contestaba. Merche ya estaba preocupándose.

—¿Enrique, te pasa algo?

Silencio. Merche pensó que había tenido algún accidente. Comprobó los datos de viento real y relativo y antes de abandonar su puesto de timonel cambió el modo del piloto automático Simrad de *stand by* a *viento*. Bajó a la cabina. Enrique estaba sentado en una de las colchonetas. Los asientos estaban situados longitudinalmente, uno a cada banda. Eran como dos sofás que se convertían en cama de matrimonio cuando se abatía la mesa de en medio y se colocaba otra colchoneta en su lugar. Merche terminó de bajar los peldaños de

madera y accedió al habitáculo. A un lado tenía la cocina portátil y la nevera; al otro, un mueble de madera que alojaba en su interior un váter químico y soportaba un lavabo y un espejo. Enrique aún sostenía una de las latas de cerveza. Los cristales rotos de los dos vasos estaban a sus pies. Tenía una mirada extraña. Como ausente. Merche se acercó y le puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien? —inquirió Merche.

Enrique le cogió la mano violentamente y giró la cabeza para lanzarle una mirada de odio. Sus ojos estaban encendidos.

—¿Qué te pasa? Me estás haciendo daño —protestó Merche.

Enrique le estaba sujetando con fuerza la muñeca mientras se levantaba. Merche consiguió soltarse y se colocó enfrente, al otro lado de la mesa.

—¿Qué te ocurre, cariño? —seguía preguntando Merche.

En ese momento la radio VHF lanzó un mensaje:

—Borinquen Dos, Borinquen Dos, aquí puerto deportivo de Punta Umbría, cambio.

Enrique y Merche volvieron la cabeza hacia el transceptor del SMM que estaba en la entrada de la cabina. El mensaje volvió a sonar por el canal 16, el destinado para las comunicaciones de emergencia.

—Voy a contestar —dijo Merche.

La periodista no pudo dar más que dos pasos. Enrique se abalanzó sobre ella hecho una fiera.

—¡Ni se te ocurra! —espetó mientras la agarraba por la coleta.

—¡Enrique, suelta! —Merche no entendía lo que pasaba. Enrique estaba fuera de sí. El gesto, la expresión de su rostro, distorsionaban su cara de tal forma que parecía otra persona.

—Borinquen Dos, Borinquen Dos, aquí puerto deportivo de Punta Umbría, cambio.

La radio insistía. Enrique se colocó entre el aparato y Merche. Parecía que por fin iba a contestar, pero lo que hizo fue destrozar la radio con un solo puñetazo. Merche a esas alturas ya estaba aterrorizada.

—¡No dejaré que vuelva a ocurrir! ¡Hija de puta! ¡Vas a recibir tu merecido! —Enrique escupía frases inconexas que no tenían ningún significado para Merche.

Él se quitó el cinturón. Ella se echó hacia atrás. Enrique sujetó con ambas manos la correa y avanzó lentamente. Merche atravesó el estrecho pasillo entre el sofá de estribor y la mesa y siguió andando de espaldas. Cuando se

dio con el mamparo de proa, el que daba al pañol de velas, lanzó un grito. No tenía escapatoria. No supo cómo llegó a esquivar el primer ataque de Enrique: se agachó cuando el quería rodear su cuello con el cinturón. El caso es que logró atravesar de nuevo el pasillo, esta vez por babor. Echó a correr hacia la salida sin mirar atrás. Cuando estaba a punto de subir a cubierta un golpe en la garganta la detuvo en seco. Enrique la había alcanzado. Había pasado la correa por su cuello y comenzaba a apretar. El dolor era insoportable. Merche no podía respirar. Se le nublaba la vista. Sabía que iba a morir.

Inesperadamente, con una fuerza tremenda, Enrique tiró a Merche al suelo. La periodista se dio con la cabeza en el mueble sanitario y se quedó aturdida con el cinturón alrededor del cuello. Aún respiraba. Enrique había parado su ataque y soltado la correa, eso le salvó la vida a Merche; momentáneamente. Su agresor estaba como ensimismado, apoyado en el lavabo y mirándose en el espejo. Parecía hipnotizado. Merche aprovechó el momento de desconcierto, se levantó y subió a cubierta. Oyó como Enrique mascullaba algo y después rompía el espejo con sus puños. Merche estaba en estado de shock, pero cuando oyó el ruido de los cristales al romperse lanzó un grito de terror, se quitó el cinturón sollozando y se colocó al timón. Pulsó la tecla PWR del Simrad hasta que el piloto automático se desconectó. Sabía que sólo tendría una oportunidad contra Enrique.

—¡No escaparás, puta! —gritó Enrique apareciendo por el tambucho—. ¡No tienes a dónde ir!

Todo sucedió en pocos segundos: Merche giró con toda la energía de la que fue capaz la rueda del timón. El barco escoró a estribor. Enrique perdió el equilibrio momentáneamente desplazándose hasta la banda, pero enseguida se puso de pie. El Jeanneau estaba virando por redondo<sup>3</sup>. El viento cambió de banda rápidamente y la mayor trasluchó con violencia. Es lo que Merche esperaba: la botavara golpeó a Enrique con tanta fuerza que lo arrojó al agua.

El “Borinquen Dos” comenzó a dar vueltas. Merche se mantenía agarrada al timón como si tuviera las manos pegadas a él. Presa del pánico, gritando, sollozando, con las velas descontroladas, Merche estaba histérica. El barco giraba y giraba alrededor de Enrique. La cabeza del periodista aparecía y desaparecía al ritmo de las olas de viento; de los senos y las crestas de las ondas de corto período aisladas provisionalmente de la mar tendida gracias a la estela del velero.

Merche no supo el tiempo que estuvo así. Sólo la despertó el sonido de un megáfono:

—Borinquen Dos, Borinquen Dos, ¿se encuentran bien?

La voz procedía de un barco a motor con la mitad del costado verde seguido de una franja con los colores de la bandera española. Era la embarcación de aduanas de la Guardia Civil que estaba iniciando la maniobra para abarloarse al Jeanneau.

# EPÍLOGO

**E**sa noche llegaba antes que de costumbre. Debía olerse algo, pensó el pequeño. Su madre abrió la puerta del desván, pero no cruzó la entrada. El gesto era de asombro, al menos el inicial.

—¡Ayúdame mamá, coge la silla! —gritó el pequeño con desesperación.

El niño seguía sujetando las piernas de su padre. El cuerpo ya no se movía. Habían desaparecido las convulsiones.

Su madre no reaccionaba a la petición de ayuda. Se había apoyado de forma indolente en el quicio de la puerta. Llevaba uno de aquellos vestidos cortos y ajustados que le ponían tan nervioso a su padre. “¿Es que quieres que te confundan con una cualquiera?” solía espetarle antes de oír el portazo. Sus labios del mismo color rosa que el vestido brillaban a la luz de la única bombilla. Sujetaba un bolso de lentejuelas con la misma gracia de quien porta una bolsa de Carrefour.

El pequeño había visto la forma en que se dejó caer para apoyarse en la puerta. Seguro que estaba bebida, como de costumbre. Como cuando entraba en su dormitorio para darle las buenas noches. No soportaba que lo despertase con el desagradable olor de su aliento. Cuando salía de la habitación, después de besarle en la frente, el niño se levantaba, iba al baño y se limpiaba con jabón la zona donde su madre lo había besado; tal era la repulsión que sentía.

—¡Mamá ven! ¡Rápido! —insistía el pequeño.

La mueca de sorpresa de su madre había evolucionado. Al niño le pareció que extendía ligeramente la comisura de los labios. Que estaba apareciendo una sonrisa contenida.

—Déjalo, Quique. ¿No ves que está muerto?

# DOMINGO

*Soy consciente de la gravedad de la situación: me acusan de crímenes terribles. Dicen que he cometido asesinatos. Que he intentado matar a la mujer que quiero. Por la que daría mi vida sin pestañear. Y lo malo es que tengo que creerlo si no no tendría explicación que estuviera aquí detenido. Que estuviera escribiendo una declaración detallando todos los hechos que recuerdo desde el otoño pasado hasta el día de ayer.*

*Un día confuso. Que comenzó muy bien. Merche y yo salimos a navegar hacia el mediodía. Recuerdo el tránsito por la ría, y la maniobra de izado de velas, ya en alta mar, pero hay un vacío en mi memoria desde que bajé a la cabina a preparar el aperitivo hasta que me encontré en el agua flotando. Estaba mareado y el barco daba vueltas a mi alrededor. La cabeza me dolía tremendamente, yo gritaba pidiendo ayuda, pero Merche no se acercaba a auxiliarme. Finalmente, cuando estaba a punto de ahogarme, totalmente exhausto, me recogieron unos agentes de aduanas de la Guardia Civil. Me detuvieron. Antes de que me empujaran a una especie de bodega, pude ver a Merche llorando desesperada a bordo del “Borinquen Dos”.*

*Llegamos a puerto y allí me estaba esperando un coche patrulla de la Policía Nacional. Me trasladaron a la comisaría. Estuve parte de la tarde y de la noche en esta sala de interrogatorios respondiendo a todas las preguntas que me hicieron una agente y un inspector. Preguntas que me eran extrañas, que hablaban de crímenes. Que me acusaban directamente.*

*Sigo sin entender nada.*

*Me han dicho que escriba esta declaración. No he tenido inconveniente en hacerlo. Me han aconsejado que llame a un abogado y consulte con él antes de firmar este escrito. Les he dicho que no tengo nada que ocultar. Y que todo lo que aquí figura es la verdad.*

*Sólo deseo que termine esta pesadilla. Nadie me dice nada acerca de Merche. Si se encuentra bien o no. Estoy muy preocupado por ella.*

*A los que lean estas líneas: por favor les ruego que le hagan llegar un mensaje a Merche. Díganle que, independientemente de todo lo que haya*

*podido pasar, de las cosas que haya podido hacer que, a pesar de todo, tenga presente que la amo. Que la necesito. Que jamás le haría daño. Que, si es necesario, estoy dispuesto a que me encierren para el resto de mi vida con tal de mantenerla a salvo.*

*Por favor, díganle que la quiero.*

*Comisaría del distrito Poniente, domingo 27 de marzo de 2011*

*Firmado: Enrique Jarque.*

Tan cerca y tan lejos. En línea recta no debía haber más de tres metros escasos de distancia, pero a Merche se le antojaba que les separaban mil kilómetros. Ella lo veía a través de la ventana. Enrique estaba escribiendo. Sam se lo había explicado todo, pero aún estaba confusa. Merche al menos tenía una cosa clara: todavía lo quería. Pero también le temía. No podía olvidar que intentó matarla como a las otras. Necesitaba tiempo para convencerse del motivo. Para comprender el porqué. Parecía sencillo: el que la atacó simplemente no era Enrique. Era su otro yo. Muy fácil. No obstante, exigía comprensión de los demás —incluso de ella misma— cuando la presionaban para que entrara en razón. Tenía que concederse unas semanas para acostumbrarse, para poder vivir con ello. Quizás tardara varios meses en hacerse a la idea; o incluso años.

—Irá a la cárcel... —Merche no preguntaba, estaba afirmando.

—No lo sé. A la cárcel no creo —respondió Sam—. Habrá un juicio y antes lo estudiarán médicos, psicólogos y psiquiatras. Probablemente lo internen en un centro psiquiátrico hasta que se recupere. No hay que perder la esperanza.

Sam le puso la mano en el hombro a su amiga cuando vio como una lágrima recorría el rostro de Merche.

—No puedo verle ahí encerrado, pero tampoco quiero hablar con él. No ahora. —Merche estaba al borde del llanto, llevaba así toda la mañana.

—Tranquila. Te comprendo perfectamente. Tienes que darle tiempo.

A Sam le había afectado el caso casi desde el principio. Más que ningún otro. Le había tomado cariño a la periodista y, además, estaba implicado el diario al que tanto debía. Comprendía como se tenía que sentir Merche. Lo confusa que debía estar con un hijo de Enrique en su vientre, del hombre del que estaba enamorada, pero también del que atentó contra su vida. Sam hizo todo lo posible por explicarle las razones, los motivos que llevaron a Enrique Jarque a cometer todos esos crímenes. No quiso ocultarle ningún detalle. Le habló de cómo su profesor de psicología le había enviado un dossier con los antecedentes de Jarque. En el documento se detallaba su infancia: Enrique, con doce años, presencié el suicidio de su padre, también periodista del grupo Sincera, de la misma agencia de noticias para la que luego trabajaría Enrique. Él y su madre vieron como agonizaba ahorcado con su propio cinturón. Probablemente, el pequeño Enrique culpó a su madre de la tragedia. “Eso lo tendrán que dilucidar los médicos”, le dijo Sam a Merche. También le

comentó cómo el niño estuvo un tiempo ingresado en un hospital infantil para luego quedar al cuidado de su tío. De su madre nunca más se supo. Un motivo más para odiarla: el que lo dejara abandonado.

Sam le expuso a Merche su teoría, aún por confirmar, pero que ya tenía el beneplácito de uno de los mayores expertos criminólogos como era Manuel Dávila. En parte, porque el psiquiatra del hospital infantil donde ingresó Enrique diagnosticó que el niño presentaba un cuadro de trastorno bipolar. Aunque era sensiblemente diferente al disociativo por el que apostaba Sam, el dictamen del médico ya indicaba la tendencia de la enfermedad. Sam le explicó a Merche cómo el trauma se mantuvo latente en la mente de Enrique durante muchos años, y que no llegó a desarrollarse hasta hacía relativamente poco. Sam suponía que el hecho de que Cecilia fuera el vivo retrato de la madre de Enrique tuvo que influir decisivamente. Sobre todo, cuando se quedó embarazada. Se estaba reproduciendo el trágico suceso de su infancia y su otra personalidad, la violenta, no podía permitirlo. La mala suerte hizo que Ana Mateos y su hijo se cruzaran en su camino cuando el otro yo estaba emergiendo provocado por la presencia de Cecilia. En el interrogatorio previo, Enrique reconoció que solía pasear por los jardines del Guadalquivir cuando salía del periódico por la tarde. Una costumbre nada extraña si se tenía en cuenta la poca distancia que había entre el edificio “Expo 2” y dichos parques. El periodista en crisis debió encontrarse con la mujer y su hijo. Algo le llamó poderosamente la atención para despertar su instinto asesino. Sam le dijo a Merche que creían que el color rosa tenía algo que ver. Después de matar a Ana Mateos no necesitó ningún estímulo extra para asesinar a Cecilia; allí la presencia de su madre era más evidente.

Tras asesinar a la periodista estuvo un tiempo más controlado, seguramente por la tranquilidad que le daba la relación con Merche. De hecho, volvió a matar cuando se quedó solo unos días mientras Merche asistía a los funerales de Don Juan. De nuevo la localización de la escena del crimen era lógica: Enrique vivía al final de la calle Tabladilla, a las puertas del barrio de Bami donde se encuentra el *Tony's*. Un paseo fatídico le puso en contacto con su presa. La tercera víctima era otra madre, esta vez soltera, que también vestía de rosa. Seguramente la debió ver entrar con su hijo en el club.

Sam le comentó a Merche algunos de los síntomas del trastorno que suponían sufría Enrique: la obsesión por los espejos, el no reconocerse al verse reflejado y la consiguiente reacción violenta; la tremenda fuerza que se puede desarrollar en plena crisis; o la sangre fría y la falta de escrúpulos

necesarios para, por ejemplo, disimular el asesinato o borrar las huellas. Eran elementos que configuraban una personalidad que se situaba en las antípodas del verdadero Enrique. El Enrique que amaba Merche, que ignoraba su propia enfermedad y la existencia de su otro yo al padecer la amnesia asimétrica habitual de dicha patología.

Cuando todo apuntaba a la culpabilidad de Enrique, Sam recordó la conversación que tuvo con Merche el día anterior, durante el interrogatorio de *El Moro*. Si Merche le comunicaba a su novio la noticia del embarazo, se podían dar de nuevo todas las circunstancias para que apareciera el Mr. Hyde particular de Enrique. Sam sabía que iban a pasar el fin de semana navegando en Punta Umbría. No perdió el tiempo: intentó llamar a Merche, pero no lo consiguió por estar el móvil de la periodista fuera de cobertura. Inmediatamente reclutó un par de agentes, cogió un coche patrulla y se dirigió a Huelva. En el camino, le mando un SMS a Hidalgo. Sabía que le estaba fastidiando el fin de semana, pero aquello era urgente. También llamó al puerto deportivo de Punta para que avisaran a Merche, para que le dijeran por VHF que se pusiera en contacto con Sam. Más tarde se enteró que la insistente llamada del náutico en el canal 16 fue escuchada por la Guardia Civil. Los agentes de aduanas enseguida pusieron rumbo al velero. No lo habían perdido de vista desde que lo adelantaran cuando salía por la ría. No porque fuera sospechoso de nada sino por ser, prácticamente, la única embarcación de recreo que estaba navegando por allí ese sábado de marzo.

Sam se temía lo peor cuando vio llegar la lancha de la Guardia Civil remolcando al velero. Felizmente, Enrique estaba detenido y Merche sólo tenía unas magulladuras y contusiones. Habló con ella e intentó tranquilizarla. Después, la dejó en su apartamento de Punta Umbría mientras los agentes llevaban a Enrique a la comisaría.

\* \* \*

Merche vio como Enrique terminaba la declaración. La estaba firmando. Se levantó para entregarle el escrito al inspector alto de pelo cano. Al dárselo, preguntó por Merche. La periodista escuchó la conversación y cuando oyó su nombre le dio un vuelco el corazón. Hidalgo hizo un gesto que señalaba la ventana. Enrique no podía ver nada. Merche sabía que para los de dentro el cristal era opaco, un espejo. Por desgracia, ya tenía experiencia en salas de interrogatorios. Enrique se acercó y puso la mano en la superficie lisa de vidrio. Merche hizo lo propio desde el otro lado. Palma contra palma.

No dijeron nada.

Permanecieron quietos por el espacio de un minuto. El único movimiento lo protagonizaron dos lágrimas que bajaban simultáneamente por las mejillas de Merche.

Merche se hizo una promesa: prometió cuidar al hijo de Enrique y darle todo el amor del mundo. Intentaría compensar con creces la infancia desdichada que había tenido su padre. Ambos, su hijo y ella, esperarían a que Enrique se curase. Merche tenía la esperanza de que Enrique saliera a tiempo para ayudarle a cumplir el juramento. Para, entre los dos, darle a su hijo el cariño y el calor de una familia feliz.

¿Cuál es el significado de la vida? ¿Y el de la muerte? ¿Tienen algún sentido? —Sam estaba sumergida en una suerte de ejercicio existencial mientras se acercaba a la Jefatura Superior de Policía. Estaba atravesando a la carrera el puente de Alfonso XIII. Pretendía llegar fatigada, como si de verdad estuviera haciendo footing a esas horas de la noche. Iba con la capucha puesta para protegerse de la humedad. Llevaba una sudadera gris claro, pantalones de chándal negros y unas deportivas del mismo color. No sabía por qué le había dado por esos pensamientos tan elevados. Quizás para olvidarse de lo que tenía por delante.

Por ejemplo, la muerte de *El Gabacho*, ¿para qué había servido? —seguía preguntándose Sam—. ¿Acaso había muerto por alguna causa noble?

El fallecimiento de *El Gabacho*, un yonqui que se arrastraba por las calles, recogiendo las sobras de la gente, soportando los golpes de personas como Cecilia Ramos, no parecía importarles a nadie. Sin embargo, gracias a él habían podido detener a *El Moro*, uno de los delincuentes más buscados. Gracias a *El Gabacho* se resolvieron los crímenes de *Charlie* y de *Chus*. Y no sólo eso, ¿por qué ese indigente aparecía una y otra vez en los asesinatos de Enrique Jarque? Sus huellas, su presencia, habían sido el único enlace durante mucho tiempo entre las víctimas. Una coincidencia que conducía a una pista errónea, pero que vinculaba una muerte con otra, que las mantuvo unidas hasta la resolución final. ¿Una casualidad? Seguramente. Pero si alguien quería interpretarlo de otra forma, si alguien alegaba que el destino había intervenido para darle sentido a la vida —y a la muerte— de aquel desgraciado, Sam no iba a reprochárselo.

¿Y en el caso de su padre? ¿Había muerto el inspector Torres en vano?

Eran preguntas que atormentaban a la detective.

Sam esperaba obtener algunas respuestas en la siguiente hora.

Llevaba meses planeando el asalto a Asuntos Internos.

La poca, o ninguna, información acerca del caso que indujo a su padre a autoexiliarse fue la que le llevó a Sam al único lugar que aún le faltaba por comprobar. Ella sabía que, necesariamente, tuvo que abrirse un expediente de asuntos internos para investigar la desaparición de la droga incautada. Tenía que encontrarlo si quería restaurar la memoria de su padre. Después de averiguar que Germán Solís había pertenecido a dicha sección, consiguió que el inspector le describiese con detalle dónde se encontraban los archivos de los expedientes, y le confirmara que el domingo era el día ideal para entrar en las dependencias de Asuntos Internos. Ahora sólo quedaba diseñar un plan. Después de darle muchas vueltas al asunto, Sam se convenció de que necesitaba la ayuda de alguien de dentro. Recordó que Pilar Maestro, su antigua compañera de estudios, estaba destinada allí. Durante dos meses estuvo comprobando las guardias de fin de semana de Jefatura. Hasta que, por fin, salió la previsión para el domingo 27 de marzo con Pilar Maestro como oficial de guardia. Tenía que ser esa noche si no quería esperar, no sabía cuántos meses más, hasta que se dieran otra vez las condiciones para el asalto. El viernes se entrevistó con Pilar. Su colega accedió a ayudarle a regañadientes. Sam le hizo una petición: Pilar debía dejarle media hora sola por las dependencias de Jefatura con las llaves maestras. No le explicó el porqué; ni Pilar quiso saberlo. Sólo necesitaba media hora.

Sam terminó de cruzar el puente de Hierro, como popularmente se le conocía. La estructura metálica databa de 1926 y, después de dos décadas de ostracismo, desmontado en el margen del río, acababa de ser trasladado a su nuevo emplazamiento al norte de la ciudad. Todo gracias a la Plataforma para la Conservación del Puente. Sus miembros hicieron tanto ruido para evitar que el viaducto terminara oxidándose que el alcalde no tuvo más remedio que resucitarlo. El paso levadizo había sido un símbolo de la capital durante muchos años y, aunque le habían vaciado de engranajes, ruedas dentadas y mecanismos, como si fuera un animal disecado, su presencia estilo Eiffel seguiría acompañando a los ciudadanos.

Sam llegó con trote cansino a la entrada de Jefatura. Había dos agentes en la puerta que le pidieron la documentación. La detective les enseñó la placa. Les dijo que pasaba por allí haciendo footing y que quería hacerle una visita a la inspectora Maestro. Eran amigas y había quedado con ella para hacerle más

soportable la guardia.

Pilar la estaba esperando. Casi no la saludó. Cuando Sam entró al despacho, la inspectora Maestro cerró la puerta que daba al hall de la comisaría. Sin decir palabra le entregó un manojito de llaves y abrió la otra puerta, la que conducía a un corto pasillo sin luz que desembocaba en las escaleras de servicio.

—Tienes media hora, ni un minuto más —le recordó Pilar.

—Gracias —contestó Sam con la misma sequedad. La detective se quitó la sudadera y le dio la vuelta antes de volver a ponérsela. Ahora estaba totalmente vestida de negro.

—Espero que no tengamos que arrepentirnos de esto —añadió la inspectora.

—Enseguida vuelvo —dijo Sam encendiendo una pequeña linterna que guardaba en el bolsillo del pantalón y sacando un plano doblado en cuatro partes.

—Ten cuidado porque de vez en cuando pasa alguien haciendo la ronda por el interior —le avisó Pilar, cambiando ligeramente su gesto serio por otro que denotaba preocupación.

—Tranquila —musitó Sam antes de perderse en la oscuridad como una sombra más de aquel incierto pasillo.

Con la capucha puesta, y toda de negro, la detective parecía un hermano de alguna cofradía de Semana Santa. Como un penitente al que sólo le faltaba la cruz y el cilicio Sam alcanzó la escalera y comenzó a bajar despacio hasta el segundo sótano. No había ni un alma. Normal —pensó—, un domingo por la noche las oficinas de la comisaría debían estar vacías y todas las luces apagadas. En el descansillo, encendió la linterna y comprobó el plano: al llegar abajo debería recorrer todo el pasillo y, al fondo, torcer a la izquierda. Después, tendría que caminar unos veinte metros hasta la segunda puerta de la derecha: el acceso a Asuntos Internos. Sam rezaba porque la información de Solís fuera exacta. No se fiaba ni un pelo de aquel inútil. Además, las cosas podían haber cambiado en cuatro años. No sólo la ubicación de los despachos sino también la de los ficheros.

Por fin se deshizo del último tramo de escalera y se enfrentó al largo pasillo. Al pasar por delante de uno de los despachos vio como por la rendija de la puerta salía un estrecho haz de luz. «¡Mierda!» —se dijo—, «un tío haciendo horas extras». Ahora debía andar con más cuidado. Sus temores pronto se tornaron en realidad cuando al llegar al final del corredor escuchó a

sus espaldas el chirrido de una puerta. Alguien salía del despacho habitado. O era una casualidad o habían oído sus pasos. Con la velocidad del rayo, Sam torció a la izquierda como estaba previsto. Pero no pasó de allí, en la esquina se pegó todo lo que pudo a la pared con la intención de mimetizarse en la oscuridad y pasar inadvertida. Calculó que tenía un veinticinco por cien de posibilidades de que la descubrieran; si no lo habían hecho ya. El sujeto podía ir hacia el fondo del pasillo o hacia la escalera. Mala suerte; se dirigía hacia Sam. La detective cada vez escuchaba sus pisadas más cerca. Ahora el porcentaje había aumentado drásticamente a un inquietante cincuenta por cien. El funcionario tenía dos opciones: la buena, optar por la derecha; y la del desastre, girar hacia donde estaba ella. La subinspectora aguantó la respiración. Esta vez la suerte la acompañó. Sam volvió a respirar cuando por una rendija de la capucha observó como el agente desaparecía por su derecha. Esperó unos minutos para despegarse de la pared y recorrer el tramo que había hasta la segunda oficina. Gastó otros dos minutos en encontrar la llave, pero finalmente abrió la puerta de Asuntos Internos. Entró y cerró con cuidado. Aguantó a oscuras unos segundos. Cuando comprobó que afuera reinaba el silencio, encendió de nuevo su linterna. Todo parecía dispuesto como indicaba el plano. Un archivador horizontal recorría una de las paredes y terminaba en una columna vertical con varios cajones. La mayoría con cerradura. El tercero comenzando por arriba era el que debía abrir. Del bolsillo de la sudadera sacó una navaja suiza multiusos y puso en práctica las habilidades que Hidalgo le había enseñado. En segundos tenía abierto el archivador.

Los expedientes relativos a la comisaría del distrito Poniente estaban ordenados por años. Extrajo la carpeta de 1992. Dentro sólo había un dossier confidencial: el relativo a las diligencias practicadas por la desaparición de un alijo de drogas. Sam calculó que al menos habría cincuenta folios. Imposible leerlos con detenimiento. Le quedaban apenas quince minutos para que Pilar diera la alarma. Rápidamente se hizo con su HTC. Confiaba en que los 3 megapixels de la PDA fueran capaces de fotografiar con calidad los documentos. Con la linterna en la boca, apuntando a los folios, hizo una primera instantánea de prueba. Éxito total: se leía perfectamente. En casa descargaría tranquilamente las imágenes en el ordenador y las ampliaría si fuera necesario para leerlas con más detalle. No podía perder más tiempo, se puso manos a la obra.

Al final fueron cincuenta y tres las fotografías que tomó Sam. Todas con flash. Todas muy reveladoras.

Con la media hora ya cumplida, Sam corrió por el pasillo y subió las escaleras de dos en dos. Era consciente de que estaba haciendo ruido, pero ahora lo prioritario era llegar a tiempo. La puerta del despacho del oficial de guardia estaba abierta y el vano ocupado por Pilar Maestro que miraba su reloj de pulsera.

—Estaba a punto de dar la alarma —dijo.

—Gracias por haber esperado. —Sam hablaba con la voz entrecortada por el cansancio.

—Estamos en paz —manifestó Pilar—. Espero no volver a verte más.

\* \* \*

Sam evitaba pisar los raíles del puente de Hierro. Le daba lástima pensar que ya no estaban en uso, que no lo iban a estar más. Por allí ya no pasaría ningún ferrocarril. Sam estaba tan abatida como el puente. Y eso que, en teoría, su ánimo debería ser otro. Tendría que estar deseando llegar a su apartamento para leer con tranquilidad la información fotografiada. Sin embargo, lo que estaba haciendo era demorar ese momento caminando muy despacio hacia el aparcamiento que estaba al otro lado del viaducto.

Aún mantenía en la retina los reflejos de los fogonazos del flash. Mientras estuvo fotografiando el dossier no pudo evitar leer en diagonal alguna información. Sobre todo, la relativa a las personas implicadas en la investigación. Por supuesto estaba el nombre de su padre, pero también el de los agentes que habían incautado la droga. La sorpresa fue mayúscula al ver quién era el, por entonces, inspector jefe de narcóticos. César Ramírez había sido el responsable del operativo. También aparecía en las diligencias el nombre de Jorge García Ivárs, por entonces auxiliar de Ramírez. Incluso llegó a leer, en dos o tres párrafos, el nombre de Antonio Rivas, alias Tony. Aquel tipo tan obeso y desagradable había tenido algo que ver, «seguramente como confidente», pensó Sam. A falta de una lectura más detallada, la detective empezaba a comprender algunas cosas. Sam veía cómo el pasado configuraba el presente y lo manchaba de corrupción. Y de podredumbre. ¿Habían soltado a Tony por sus antiguos servicios? ¿Por eso estaban, él y la gente del club, al tanto de la redada cuando trincaron a *El Moro*?

Era cierto que todo aquello la repugnaba, pero no fue lo que le produjo ese estado de ánimo. Lo que la dejó tan abatida fue leer que Rodrigo Hidalgo, su jefe, su amigo íntimo, también figuraba en los documentos. Sam recordaba las veces que le había preguntado por el caso. A fin de cuentas, él se

encontraba en aquella época en la misma comisaría y era compañero de su padre. Tendría que saber algo, aunque sólo fuera información basada en comentarios entre compañeros. A Sam siempre le extrañaron las respuestas evasivas de Hidalgo, y su rotundidad al mantener que no sabía nada del asunto. Ahora se explicaba el porqué de esa actitud: Hidalgo era parte implicada.

Hidalgo la había engañado.

Sam arrancó el coche. Los focos que iluminaban el puente de Alfonso XIII ya estaban apagados. Medidas anticrisis. Ahorro de energía. A pesar de todo, Sam pudo ver la silueta del gigante de hierro gracias al contraluz de luna. Su sólida estructura hacía tiempo que cayó por última vez. Sam miraba el almacén tumbado y lo comparaba con los ideales, con los principios y las personas a los que nos aferramos para dar sentido a nuestra vida; aquellos que nos parecen compactos y resistentes, pero que, finalmente, se desploman ante nuestras narices. Le había pasado a Merche con Enrique; y ahora le ocurría a Sam con Hidalgo.

La detective pisó el acelerador con desgana para perderse entre la niebla. Quería dejar al viejo viaducto dormir en paz. Soñando con los días en los que, orgulloso, izaba su pesado esqueleto metálico para dar la bienvenida a mercantes y cruceros. El puente levadizo ahora reposaba tranquilo. Lo hacía con la seguridad del que sabe que ya nada volverá a ser igual: el puente de Hierro ya no se levantaría nunca más.

*La historia continúa en “CENIZAS PARA UN BLUES”*

# ACLARACIONES Y AGRADECIMIENTOS

Aunque es evidente que la novela se desarrolla en Sevilla, el lector habrá advertido que no se nombra explícitamente a la capital andaluza. Y no se hace porque, si bien la mayoría de calles, plazas y puentes que aparecen en la historia son reales, hay otros lugares —y ambientes— que son fruto de la imaginación del autor debido a motivos puramente dramáticos.

Veamos algunos ejemplos: La plaza de Los del Río existe y está ubicada donde se detalla en la novela, pero no es una glorieta conflictiva donde se trafique con droga; tampoco lo es el moderno y elegante barrio de Los Bermejales (aunque la historia del clan itinerante se encuentre basada en un hecho real). “La voz de Híspalis” es un periódico local inexistente y también su emplazamiento en el imaginario edificio “Expo 2”. No existe el distrito Poniente como tal y, por tanto, tampoco la comisaría donde trabajan Sam, Hidalgo y Ramírez. Sin embargo, la huida de Pedro Sastre no queda muy lejos de la realidad cuando se han dado sucesos parecidos —y del todo increíbles— en alguna comisaría española; eso sí, de forma muy puntual.

Un caso especial es el del puente de Hierro (Puente de Alfonso XIII). En la novela, el emblemático viaducto levadizo ha sido recuperado por el Ayuntamiento para disfrute de los ciudadanos. En la vida real —me apena decir—, a fecha de finalización del libro, el puente de Hierro continúa en su exilio oxidándose en uno de los márgenes del río; olvidado por todos.

Me enorgullece anunciar que el apartado de agradecimientos es bastante extenso. En primer lugar, quería dar las gracias a mi madre, poeta, pintora, y artista en general, y ahora correctora de manuscritos. A mis hijos por la suerte que he tenido al contar con tres asesores en casa: un criminalista y dos comunicadores. A Cristina y Mara. A la primera por sus oportunas correcciones; a las dos por su contagioso entusiasmo, el que me ha permitido no cejar en el intento de ver publicada esta historia. A todos y cada uno de mis familiares y amigos que han leído el manuscrito y me han dado su opinión y aliento. A mis editores Germán y Pepe por su firme apuesta por la novela. Y, en especial, a Mar por sus continuadas lecturas y correcciones, por su acertada idea sobre el final y por toda esa paciencia; la que ha tenido conmigo.



# Autor

*Fernando de Cea (Madrid, 1958) es capitán de fragata de la Armada, especialista en Armas Submarinas y diplomado en Estado Mayor. También es licenciado en Economía, con especialidad en Análisis Económico, y crítico de Cine.*

Como marino ha mandado los buques “Anaga” y “Guadalquivir”, entre otros destinos. Como crítico de cine ha publicado artículos profesionales en revistas especializadas y numerosas reseñas y críticas de cine en prensa escrita, revistas culturales y medios digitales. Escribe con asiduidad en su blog de cine [“El blog de Ethan”](#).

*Es autor de las novelas, "[Puentes y Sombras](#)" (ABEC Editores, Sevilla, 2012) "[Cenizas para un blues](#)" (Ediciones En Huida, Sevilla, 2014), "[El suave roce de tu pelo](#)" (Ediciones Alféizar, Córdoba, 2016) y "[Visibilidad cero](#)" (Editorial Juventud, Barcelona, 2018), y de los ensayos, "[El Autoremake en el cine. ¿Obsesión o repetición?](#)" (T&B Editores, Madrid, 2014) y "[Cine y Navegación. Los 7 mares en 70 películas](#)" (Editorial Berenice, del grupo Almuzara, Córdoba, 2018). En 2014 gana el premio local del IV Certamen Internacional de Novela Corta "Giralda" con "[La Habitación 104](#)" publicado en el recopilatorio [Azucenas de bronce](#) (ITIMAD, Sevilla, 2014). En 2016 queda segundo finalista en el I Premio "Alféizar" de novela con "[El suave roce de tu pelo](#)". En 2017 gana el XXI Premio Nostromo con la novela "[Visibilidad cero](#)".*

Leer más: <https://www.fernandodecea.com/nosotros/>

# Notas

[←1]

El punto más alto del puente del Alamillo es el mirador, conocido como el “ojo de la cabeza de caballo”. Construido por Santiago Calatrava, es un puente atirantado, con un solo pilar, que permite el acceso a la Isla de la Cartuja desde el norte de la ciudad.

[←2]

Servicio Móvil Marítimo

[←3]

Variar el rumbo del barco para que el viento cambie de banda por popa.

# Table of Contents

## LIBRO PRIMERO

MARTES

MIÉRCOLES

JUEVES

VIERNES

SÁBADO

DOMINGO

LUNES

## LIBRO SEGUNDO

LUNES

MARTES

MIÉRCOLES

JUEVES

VIERNES

SÁBADO

## EPÍLOGO

DOMINGO

## ACLARACIONES Y AGRADECIMIENTOS

Autor

Notas